VÍCTOR CONDE

HIJA DE LOBOS

No os fiéis de aquél que nazca con la marca, pues llegará el día en que el mal que anida en su alma despierte.



«Rhum era el último lugar que se me habría pasado por la cabeza a la hora de buscar refugio, pues sus campos deshabitados, sus mares de jacintos y las verdes jorobas del Cullin se quedarían grabados para siempre en mi cabeza como "el lugar donde todo empezó"».

Escocia, 1826. La isla de Rhum está siendo desalojada con el fin de dedicarla a la cría de ganado. Sin embargo, un erudito en los misterios de la ciencia llega para ocupar la única casa que hay en la isla, una mansión de rotundos muros, acompañado por su hija adolescente y su hijo pequeño, que padece una terrible enfermedad.

Pero la presencia de los extranjeros parece haber despertado algo en la isla, algo antiguo y malvado que hasta entonces vivía solo en las leyendas locales. La hija mayor, Sabine, deberá dejar atrás sus sueños de adolescente para enfrentarse a un mundo lleno de sombras y peligros, si quiere salvar su propia vida y la de su hermano…

Víctor Conde

Hija de lobos

ePub r1.0

Balhissay 01.11.15

Título original: *Hija de lobos*
Víctor Conde, 2011
Diseño de portada: Alejandro Colucci

Editor digital: Balhissay
ePub base r1.2



Para Ruth y Thais, las gemas más brillantes del mundo.

En vano intentó hablar; desde ese mismo instante sus mandíbulas se llenaron de baba y su sed solo la sangre podía saciar. Rugía entre las ovejas y ansiaba matar. Su ropa mutó en piel, sus miembros se agarrotaron… los ojos relumbraron salvajes, imagen de la furia.

OVIDIO
Metamorfosis, I. 237; Pausanias, VIII. 2

La muerte de Helga será vengada cuando tú, como Lobo, vagues por los bosques sin conocer fortuna ni placer alguno, sin tener otro manjar que trozos de cadáveres.

Cantar feroe de Finnur hin friy, estrofa 31

NOTA DEL AUTOR

Al escribir este libro he preferido rehuir la concepción hollywoodiense del licántropo, esto es, la bestia que cambia de forma bajo el influjo de la luna llena y solo puede ser herida con armas de plata y por alguien que la ame realmente. Tras hacer una investigación en textos medievales y acudir a expertos en folclore europeo, me di cuenta de que esos atributos (la luna, la plata, la licantropía transmitida a través de las heridas) son realmente un invento del cine moderno. El hombre lobo europeo sobre el que versan las leyendas no obedece a tales cánones, no está vinculado a semejantes restricciones.

Toda la información sobre la maldición de la licantropía expuesta en este libro es real, así como sus orígenes y las formas de enfrentarse a ella. Al menos, es tal y como lo entendieron los eruditos de la Edad Media, verdadera tierra de lobos…

PRIMERA PARTE

EL CICLO DE LA LUNA

Soy un hombre. Y por lo tanto tengo dentro de mí todos los demonios.

GILBERT CHESTERTON

EL CANTAR FEROE DE VOELUND (VOCES DEL LEJANO NORTE)

Extraído del *Organon Maleficarum*, capítulo 17, título IV, revisado por Montage Kegan.

Y fue que en el tercer invierno después de la prodigiosa Aurora Boreal de Friggolh, cuando el aliento de las ballenas se alzaba tan cerca de la playa que sus lágrimas llovían sobre las casas de los pescadores, el hijo de un ballenero se internó en el bosque para talar árboles, pues agujereada había quedado su barca en la lucha contra un narval y tenía que reponer la madera.

No transcurrió mucho tiempo hasta que el joven, llamado Voelund, encontró un sitio de árboles blancos que eran más altos y rectos que la mayoría, cuya madera flotaba mejor sin ser untada de brea que con los tibios aceites. Voelund alzó el hacha, pero antes de que pudiera descargar el primer golpe, un aullido estremecedor le heló la sangre.

Preocupado por la cercanía de fieras, olvidó su intención de derribar el árbol y trepó por él, llegando hasta las ramas más altas, pues pensó que ningún animal podría alcanzarlo allá arriba. Para su sorpresa, desde lo alto pudo ver algo que destacaba entre la fronda: la columna de humo que brotaba de una chimenea, en una casa solitaria sita en medio de un calvero. Ya anochecía, y Voelund se sintió atraído por la promesa de un refugio y unas paredes que lo separasen de las fieras. Así que bajó del árbol y, sin temer ningún mal salvo el que vaticinaba aquel espeluznante aullido, se dirigió al calvero.

La casa parecía habitada, aunque era tan antigua que bien podría haber estado allí cuando los primeros balleneros, en tiempos de sus antepasados, se arriesgaron a remontar los fiordos. Una sensación de temor se apoderó del joven, que blandió el hacha con ambas manos, pues algo en aquel lugar sugería que lo rondaba la muerte.

Tocó tres veces en la puerta, pero nadie respondió. Había leña esparcida por doquier y restos de animales muertos bajo las ventanas. Voelund se asomó a una de ellas y vio a dos hombres en el interior, durmiendo desnudos bajo unas pieles de lobo.

De nuevo vibró el bosque con el terrible aullido, y de nuevo se encogió el corazón del ballenero. Sin esperar invitación, abrió la puerta y se refugió en la casa. Ninguno de los hombres advirtió su presencia, pues siguieron durmiendo plácidamente.

Hacía mucho frío en el interior de aquella cabaña, incluso más que en el ventoso exterior. El hogar estaba apagado (¿de dónde procedía el humo, entonces?), y el montón de ceniza escarchada sugería que no había conocido fuego en mucho tiempo. Aterido, Voelund apiló unos troncos y trató de encenderlos, sin resultado. Se preguntó si aquellos hombres tendrían tratos con la brujería, pues ningún ser humano podría dormir desnudo en semejante lugar sin morir congelado. Pero aunque tenía miedo de despertarlos y enfrentarse a ellos, más fuerte era el temor de abandonar la morada, pues algo parecía estar rondándola por el exterior, una sombra oculta entre los árboles.

Como no tenía otra manera de calentarse, Voelund descolgó una de las pieles de lobo de la pared y se la echó sobre los hombros, confiando en que el pelaje del animal le transmitiera parte del vigor que poseyó en vida. ¡Trágico error, *at skipta hömum, eigi einhamir*![1] Ese gesto fue la perdición del joven, pues una vez se vistió con la piel del animal ya nunca más se la pudo quitar, y profundos y poderosos cambios comenzaron a suceder en sus entrañas.

Uno de los hombres despertó como de una larguísima pesadilla, aquel que dormía bajo la piel que escogió Voelund. No había rencor en sus ojos, sino la más profunda gratitud.

Cuando vio al joven que le había robado la piel, cayó de rodillas y así le habló:

El hombre desnudo:

Alabados sean los dioses
que pintan de nieve los montes y de espuma las olas
alabadas las estrellas y el círculo de las letanías
pues en sacros fiordos atesoran mi nombre
y pronto lo devolverán a las tierras baldías.

Sea el hamr[2] *devuelto a su dueño de oscuras fauces*

o custodiado por otra alma demente
pues la sangre que calmó mi sed hierve
la ira inflama los nervios de fiebre
y profundos dolores laceran mi vientre.

Yo que pensé elevarme
coronado de goces inmortales
y me creí feliz por la gloria haber alcanzado.
Extraviado en el dédalo de monstruosidades
por el insensato libro de mis actos seré juzgado.

Dicho esto, el hombre se desplomó sin vida. Voelund sintió que su cuerpo se estremecía de horror, pues la lobreguez del *varga mor*[3] había caído sobre sus hombros, y sentía cómo el espíritu del animal lo estaba llamando.

El joven no regresó aquella noche a su aldea, ni la noche siguiente, ni ninguna otra. Partidas de cazadores que salieron del pueblo dijeron haber entrevisto a dos bestias corriendo entre los árboles, los ojos inyectados en sangre y la baba manando de sus fauces, buscando cualquier ser vivo sobre el que descargar la ira. Durante años, los hombres de los fiordos trataron inútilmente de darles caza, hasta que un día una joven encontró a un muchacho durmiendo bajo un roble. Junto a él había una piel de animal colgada de las ramas. La joven sustrajo esa piel y, sin llegar a ponérsela sobre los hombros, la quemó en una hoguera.

Grande fue su sorpresa cuando el joven despertó y se interpuso entre ella y un lobo terrible que merodeaba por las cercanías, matándolo tras una cruenta lucha. El joven, que dijo llamarse Voelund, le preguntó en qué año estaban. Al enterarse de la fecha rompió a llorar, pues más de un siglo había pasado sin que su carne envejeciera. Tan solo podía recordar una larga y atroz pesadilla de cuerpos mutilados y presas sangrantes.

El ballenero se casó con la muchacha que lo había rescatado, y ella le dio muchos hijos. El séptimo, que nació varón, fue bautizado con el nombre de Valk y apadrinado por su hermano primogénito para evitar que se transformase en lobo, como mandaba una antigua costumbre…

I. COSTAS BAÑADAS EN NIEBLA

Recuerdo… – Un sueño pavoroso – El último barco parte de Rhum, dejando unos inesperados viajeros – La mansión que habitó la memoria de los días antiguos – Un sobresalto inesperado – Una joven hermosa y su extraña forma de comunicarse

1.

Recuerdo…

… que yo también fui joven, una vez. Pero hace mucho tiempo de eso, tanto como para que el tiempo mismo se convierta en guardián y en consejero. Jamás en censor, y contra eso he tenido que luchar en más batallas de las que recuerdo.

Hubo mucha gente, sobre todo en aquella época, que quiso acallar lo que pasó, sepultar bajo paletadas de tierra unos hechos que destrozaron muchas vidas y marcaron las de los que sobrevivieron para siempre. Pero ¿debo permitir que su opinión sea la que triunfe? ¿Debo dejar sin contar esta historia, aun cuando sé que la tildarán de increíble y de sangrienta? ¿Debo gritar a los cuatro vientos aun cuando sé que me llamarán loca?

Puede que esté loca, en estos días en los que la cordura es la excepción y no la norma. Pero todavía no estoy senil, mi mente sigue siendo mía, para bien o para mal. Aún recuerdo, al cerrar los ojos, las imágenes que vio aquella adolescente; imágenes de un mundo nuevo, un paraíso que ocultaba más dragones que princesas. Pero de eso me terminaría dando cuenta con el tiempo.

Yo, una joven francesa con apellido inglés, por haber nacido de un padre emigrante. Una joven que no sabía nada del mundo, pero que estaba a punto de aprenderlo (sobre todo lo referente a su lado más oscuro) por las malas…

Así comienza mi diario. Con una barca que llega a la isla de Rhum. Para hacer realidad el sueño de un hombre, mi padre… y destrozar los míos.

Creo que todo empezó con el mar de hierba.

Siempre comenzaba así, en realidad, con hierba dorada y viento. Y una mano invisible que iba apartando poco a poco los tallos del color del sol para revelar lo que había debajo. Yo me sentaba en el suelo, con las piernas cruzadas, y contemplaba en silencio cómo se levantaban las semillas en lentas olas, en una marejada de luz petrificada, de gemas brillantes y vaporosas. Al fondo del cuadro, la prueba de que eran los óleos de un sueño: unas montañas de hielo que surgían de un mar embravecido frente a una playa.

La primera vez que lo vi fue siendo muy niña. Ni siquiera sabía contar los años, aunque tuviera dedos más que suficientes. Donde vivíamos no había mares de hierba ni playas cuya piel pudiese desdoblar el viento a su capricho. Solo bosques, y ardillas, y mucha humedad. No sé cómo pude imaginar con tanto detalle aquel paisaje sin que nadie me lo hubiese descrito con anterioridad, ni por qué se me antojaba tan familiar. Era como si… perteneciese a un lugar muy distinto de donde me había tocado nacer, y ese santuario me estuviese llamando, gritando mi nombre. Reclamando mi alma.

Con su canción.

Oh, cómo he llegado a odiar esa canción. Con el tiempo aprendí a convertir mis dedos en números, y después a prescindir de ellos, pero la música seguía allí, diciéndome algo. Urgiéndome a algo. ¿Qué era lo que el destino me tenía reservado?, pregunté innumerables veces a mis rodillas en los reclinatorios de la iglesia. ¿Por qué esos poderes que esculpían montañas heladas en la mar me tenían tanto cariño?

En una ocasión, cuando el sueño se prolongó lo suficiente para que el viento retirase la hierba y me permitiese ver qué escondía, creí entenderlo. Al fin pude ver qué había estado yaciendo a mis pies desde que era niña, a menos de un metro pero a toda una pesadilla de distancia. Me costó identificarlo por su color bilioso y ligeramente brillante, como si el roce de la hierba lo hubiese pulido dándole la textura del marfil.

Nunca antes de aquel día había visto un esqueleto humano.

2.

Ninguno de los dos marineros parecía saber quién tenía que echar la amarra ni quién

debía recogerla. Al cabo de un rato se pusieron de acuerdo, después de protestar en su raro idioma de consonantes anudadas y de correr de un extremo a otro de la chalupa, zarandeándola tanto que creí que íbamos a volcar. La madera crujía bajo mis posaderas como si la mixtura de salitre y antigüedad, más que los clavos, fuera el engrudo que la mantuviese entera.

De haberme caído al agua, en realidad, tampoco habría corrido peligro de ahogarme. Me di cuenta después, cuando mis pies tocaron la arena y la falda parecía una campana mojada que pesaba más que yo. La chalupa se acercó tanto a la playa como para que los marineros pudiesen saltar sin peligro y atar la soga a una roca. Padre los contemplaba en silencio, esperando a que cada cual concluyera la tarea para la que había sido entrenado, y luego nos ayudasen a bajar las maletas.

Él mismo se encargaría de llevar en brazos a Isaiah, cosa que me disgustó. ¿Con tanta tranquilidad dejaba a su hija en manos de aquellos brutos, que no sabían tocar nada sin hacerlo pedazos, y reservaba el cálido espacio de sus brazos para el fardo de mi hermano? ¿Es que no había respeto hacia las cosas delicadas en este mundo?

Llegaron más chalupas, borrones de madera sucia en las olas. El barco que nos trajo desde Normandía levantaba los mástiles en el horizonte, allá donde la prudencia de su capitán le permitió atracar. Parecía un recortable negro y agujereado, de esos que el aya me enseñó a hacer de pequeña, con el nombre amurado en verde: *Enchanted*. Una bañera maloliente y desordenada, llena de hombres igual de sucios y desmañados.

Me dejé caer sobre las posaderas en la arena, mientras el marinero me dirigía un torpe «ir a ayudar» en una burda imitación del *patois*. Era consciente de que cuando me levantase ni las enaguas se iban a librar de la costra de arena mojada, pero a esas alturas todo me daba igual.

Vi cómo Padre depositaba al desecho escuálido y retorcido que era Isaiah en una esterilla, lo tapaba pulcramente con una manta y luego me miraba para comprobar que todo iba bien. Le devolví la sonrisa. Sí, por qué no iba a ir bien, con toda la familia desembarcando en esta condenada playa, fría como el hielo, abrazada por espigones que parecían ramas entretejidas de barro y sin el menor rastro de civilización.

Volví la cabeza hacia el interior de la isla, para fijarme por primera vez en el paisaje que nos ofrecía nuestro nuevo hogar. Hasta aquel momento había evitado ese contacto visual, como un medio de defensa contra la idea de que la mudanza a Rhum era inevitable. Me refugiaba en la esperanza de que si no miraba a la isla, la isla no me miraría a mí. Pero la situación había cambiado. Desde el momento en que mancillé la tierra con mis enaguas, ella sabría sin asomo de duda que yo estaba presente. No

podría refugiarme nunca más en el anonimato.

Por eso estiré el cuello y recorrí el horizonte con la mirada, para asimilar de una vez por todas qué clase de lugar horrible era mi nueva casa.

Padre había elogiado en diversas ocasiones la belleza del Rhum Cullin, la montaña doble que dominaba el centro de aquella masa de tierra. Sin embargo, al ver ese par de riscos amasados por unas manos titánicas, corvos y simétricos como los pechos de una mujer, no encontré belleza en ellos, sino inquietud. No sé por qué, pero al verlos medio sumergidos en un banco de nubes espesas, siluetas apenas insinuadas entre cortinas de lluvia, se me antojaron dos gigantes dormidos que esperaban el momento ideal para alimentarse de todas estas insensatas criaturitas que se amontonaban a sus pies.

Rhum Cullin, el peñón de la bruma, lo llamó en una ocasión un marinero. Y había algo más que respeto en su voz.

Había miedo.

Las barcas encallaron una detrás de otra en la playa, formando una hilera precisa, como si a la arena le hubiesen salido colmillos. En una de esas barcas venía la posesión más querida de Padre, un arcón sellado con candados y siete férreos cinturones que contenía sus preciados libros, tomos vetustos que se había traído de sus viajes a lo largo y ancho del mundo. Él mismo se encargó de supervisar el desembarco del arcón, al que trató con más delicadeza que a Isaiah, extremando las precauciones para que no lo empapase el agua. Padre solía decir que no era nada sin sus libros, y yo me preguntaba si diría lo mismo de su familia en caso de que algún día faltáramos.

El paraguas de Madre se volvió del revés unos segundos antes que el de mi abuela (a mí me gustaba llamarla aya), y aunque las pobres mujeres luchaban por mantenerlos abiertos con una mano mientras se recogían los faldones con la otra, ninguno de los marineros acudió en su ayuda. Habían formado un corro para orinar juntos, apuntando todos hacia el mismo sitio, y mientras dejaban fluir aquello en lo que se había convertido el aguardiente de la noche anterior (cortesía de Padre, en pago por sus «atenciones» durante el viaje), miraban de reojo a las señoras entre comentarios jocosos.

Aparté la vista. Nunca había visto a un hombre desnudo, y si alguna vez me veía obligada a ver… cosas, que no fuera un racimo de ellas colgando al aire, en manos de marineros resacosos.

—¿Estás bien, Sabine? —preguntó Padre. Se me acercó y me echó una mano con la falda—. Por Dios, cómo te has puesto el vestido. No te preocupes, en nada nos

pondremos en marcha a la mansión.

—¿Es esta tu decisión final, papá? —La pregunta me salió de dentro, de lo más profundo del pecho, y había tanta emoción y tanta súplica contenidas que a Padre se le nublaron los ojos—. ¿Vamos a quedarnos aquí para siempre?

Sus cariñosas manos desaparecieron bajo mi barbilla, desanudando el lazo del sombrero y volviéndolo a atar, más fuerte.

—Para siempre es mucho tiempo, hasta para mis proyectos —sonrió—. No; puede que pasemos aquí algún tiempo, unos años tal vez, pero en cuanto encuentre lo que busco regresaremos a Normandía. ¿No era ese el trato?

—¿En serio piensas que lo que no has encontrado en la biblioteca de París lo vas a hallar aquí, en este… trozo flotante de… lo que sea? —Hice un gesto extensivo a la isla y a lo que esta tenía encima, incluyendo el Cullin, los espigones de barro, lo que parecían unos bosquecillos que pintaban de verde oscuro los yermos, e incluso los marineros.

—El conocimiento no siempre se halla en los libros, hija. A veces hay que salir a buscarlo en los sitios más insospechados.

—Deberíamos hacer caso a mamá y dejar que sean tus ayudantes los que viajen al fin del mundo y luego te traigan muestras de todo a casa —insistí, con un tono entre terco y desilusionado propio de una niña pequeña.

No bastó para ablandarlo.

—Un buen científico debe estar en el lugar donde se halla lo desconocido, para ser él quien seleccione las muestras. Si te fías de tus ayudantes para que elijan hacia dónde hay que mirar y qué merece la pena ser analizado, estás perdido.

—¡Pero…!

—Déjalo estar, cariño. —Dio un último tirón del lazo, como para poner punto y final a la conversación—. Te acostumbrarás a Rhum muy pronto, ya lo verás. Este sitio es precioso; está lleno de rincones muy bonitos para que practiques la poesía.

Madre se acercó con el paraguas vuelto del revés. Ella y la abuela se apoyaban una en la otra como dos cisnes mareados.

—¿Cuándo vendrán a recogernos? —preguntó. Había verdadero cansancio en su voz, más incluso que en la de los marineros que habían descargado el arcón y la pianola de Madre a pura fuerza de brazos. El instrumento de caoba se erguía como un elemento irreal, fugado de un sueño, en medio de la arena—. Porque saben que estamos aquí, ¿verdad?

—Por supuesto. Se intercambiaron señales entre el faro y el barco cuando fondeamos —aseguró Padre. Apuntó con un dedo a lo alto de la colina que dominaba

la playa, por donde apareció la silueta de un carromato—. ¡Mira, allí está! Ya sabía yo que el viejo Freys no podía tardar mucho.

—¿Quién es el viejo Freys? —pregunté. Otro nombre nuevo a sumar a la lista.

—El farero. Se quedará unos días más aquí, después de…

Su repentino silencio me preocupó.

—¿Después de qué, Padre?

—De nada, hija. Recoge tus cosas, hay que ponerse en marcha.

El carro se detuvo justo al borde de la playa, pues sus desvencijadas ruedas no podrían aguantar ni un minuto la lucha contra la arena. Los marineros se sacudieron sus… cosas, las guardaron a buen recaudo en los pantalones y se dispusieron a cargar el equipaje. Entre tres de ellos levantaron la pianola, mientras que otro transportaba en brazos a mi hermano con la mayor delicadeza de la que era capaz.

El hombre que conducía el carro nos saludó efusivamente. No sé cuál de los dos tenía un aspecto más lamentable, si él o el escuálido jamelgo al que le había tocado en penitencia tirar del carro. Freys era más viejo que Padre, de nariz torcida, pelo alborotado de ningún color en particular y ojos que, pese a estar perfectamente colocados, daban la impresión de mirar en dos direcciones a la vez. Y desde luego, le sobraba buen humor.

Padre intercambió con él unos saludos, abrazos y hasta un breve beso en la mejilla. Luego nos presentó:

—Freys, esta es mi esposa, Sylvain, y mi madre, doña Geneviève. —El farero hizo una exagerada genuflexión sin bajarse del pescante. Se me antojó insoportablemente empalagoso, pero ellas estaban encantadas—. Mi hija Sabine… —La pausa duró lo justo para que mi mano también rozase aquellos labios—, y el pequeño Isaiah.

Freys se inclinó sobre la manta enrollada que era mi hermano y la acarició tiernamente.

—Pobrecito. ¿Lleva así mucho?

—Desde que nació. Pero con suerte encontraré una cura aquí, en estas viejas colinas.

Si al tal Freys semejante declaración le pareció una locura, no lo demostró. Una vez estuvimos todos bien acomodados (es un decir) en el carro, el látigo restalló sobre el pobre jamelgo.

—¿De dónde vienen, de Francia? —preguntó el farero, más por rellenar el silencio que por verdadero interés.

Padre, apoltronado sobre su querido arcón, asintió.

—Yo nací aquí, en Escocia, pero mi familia tiene flema continental —bromeó—.

Los niños solo han conocido los bellos parajes normandos, pero tenía ilusión porque vieran la tierra de origen de su padre.

—Aquí las cosas funcionan de manera distinta —comentó Freys, dirigiéndose a Madre—. Ya lo verá. Las estaciones tienen un aire más frío y no siempre vienen en el mismo orden. A veces se oyen ruidos extraños por la noche, procedentes casi siempre del mar, pero si uno intenta buscarles un origen racional acaba por volverse loco. En fin, las islas son las islas —concluyó.

Madre y el aya cruzaron una mirada inquieta. Padre, por el contrario, no hacía más que asentir, como si suscribiese punto por punto lo que decía aquel loco.

—¿Hay alguna iglesia por aquí? —preguntó Madre, oteando en la distancia. Apenas había construcciones a la vista, y las pocas que veíamos parecían cuartos de aperos o porquerizas a medio construir. Eso sin contar el faro, cuya espiga blanca sobresalía de los pliegues de otra bahía. La isla ofrecía un aspecto tan desolado que en cualquier momento podríamos tropezar con algún vestigio druídico, un montón de piedras con aspecto de crómlech que brotara del suelo para mordernos las pantorrillas.

—Me temo que de templos andamos bastante escasos —se lamentó Freys—. Creo que el más cercano es el de Mallaig, pero tendrán que alquilar una barca para llegar. Una travesía de un par de horitas, nada más. Hace tiempo lo presidía el pastor Chris Laycock, un hombre joven y bastante enérgico, debo decir. Pero tuvo un problemilla con el consistorio de presbíteros y dimitió de su puesto.

—¿Puede dimitir un pastor? —se extrañó Madre—. Creía que su compromiso con los fieles era inviolable.

—Pueden obligarlo a renunciar si lo que hace o dice no les gusta a los ancianos —respondió con picardía—. Por lo poco que sé, a Laycock le ordenaron investigar el caso de una joven acusada de brujería, pero él se negó, o se puso de parte de ella frente al tribunal… No sé, un asunto muy escabroso. Además, tenía la fea costumbre de llevar sus sermones a extremos… demasiado atrevidos. Actualmente lo tenemos alojado aquí, en Rhum, así que no ha ido muy lejos. El venerable Tobías Tinker[4] se ocupa de la iglesia desde que él la dejó, aunque dicen que no atrae ni a la mitad de público.

—¿Por qué?

—Creo que está claro: no es lo mismo abandonar la calidez del hogar en una fría tarde de otoño para ir a escuchar el sermón de un viejo decrépito que el discurso apasionado de un joven que parece tocado por el Altísimo.

—¿A qué se refiere con que lo tenemos alojado aquí? —preguntó mi abuela, súbitamente interesada en el tema. En sus ojos se veía lo poco que le gustaba la idea de tener que coger un barco para ir al pueblo de Mallaig cada vez que quisiera asistir a un oficio. Pero el asunto del joven orador traicionado por el sínodo empujaba con más fuerza la sangre por sus venas.

—Cuando se marchó de la iglesia no fue a vivir lejos. Cogió una barca y desembarcó en Rhum. Luego se buscó una casa de pastores, de esas que hay desperdigadas por todo el Cullin, y desde entonces vive allí arriba. —Señaló con la barbilla el pico truncado, sobre el que el cielo derramaba un cuenco de nubes—. En las laderas, como un ermitaño. De vez en cuando baja para comprar algunas cosas en la tienda del faro, que yo mismo regento —apuntó con orgullo—, pero pasa la mayor parte del año aislado allá arriba, entre la niebla. Él sabrá si se pasa las estaciones escuchando a Dios, o si Dios lo escucha a él, o si ambos se ignoran mutuamente y la cosa queda en tablas.

—Hay que ser un poco raro para dejar atrás lo que conforma tu vida y aislarse de esa manera —convino Padre, sin darse cuenta de cómo casaba esa misma definición con lo que él nos estaba haciendo. No se lo recalqué, no hacía falta.

Aprovechando que ya llegábamos a lo alto de la colina, miré hacia atrás y vi partir las barcas, sembrando finos trazos de espuma allá donde los remos golpeaban las olas. Dentro de poco, el *Enchanted* proseguiría con su viaje al lejano Canadá y no se distinguirían sino sus mástiles en la distancia, a punto de ser tragados por la curvatura natural de la Tierra.

Y nosotros seríamos náufragos en una isla perdida, atrapados entre la maldición de mi hermano y la obsesión de mi padre, con tan solo un pastor loco recluido en la montaña al que acudir para consolarnos.

Mientras me sentía la adolescente más desdichada del mundo, el viejo Freys volvió a reír.

3.

Dimos un rodeo bastante largo por la costa, hasta que encontramos una especie de camino y Freys giró hacia el interior de la isla. El pobre animal que tiraba del carro no dio muestras de cansancio en ningún momento, a pesar de que iba siempre con el cuello agachado. Nosotras teníamos las posaderas tan doloridas que apenas las sentíamos.

El tímido sol no bastaba para calentar mi falda mojada, y el salitre y la humedad habían cristalizado hasta conferirle la dureza de la piedra. Temí coger un buen catarro si no llegábamos pronto a algún sitio, el que fuese. ¡Ojalá hubiese venido a recogernos un cabriolé de esos tan elegantes, para llevarnos a una parada de postas o a un albergue digno de su nombre!

Estaba preguntándome por enésima vez cuándo acabaría aquel maldito viaje cuando la mansión asomó sus tejados sobre un banco de niebla.

—Allí está —dijo Padre, orgulloso, alzándose sobre el arcón—. Caer Minloch. Nuestro nuevo hogar.

Nos miró para disfrutar de nuestra reacción, que desde luego incluyó el asombro. Hasta yo alcé las cejas, impresionada.

La casa en la que había pasado mi niñez, en Normandía, con sus dos alas de habitaciones, el porche, el jardín secreto escondido en la parte de atrás y los diversos cuartos de aperos, no era ni una cuarta parte de lo que asemejaba esta. La mansión (o Caer Minloch, como tendría que llamarla a partir de entonces) parecía tan vieja como un crómlech, pero se mantenía en pie en un amplio y brumoso páramo, tan propio de las Hébridas como la imaginación de mi poeta favorito, lord Byron. Era un edificio de dos plantas saturado de chimeneas, más de las que cabalmente hacen falta para conferir un aspecto siniestro a cualquier mansión. Tenía un porche señorial con altas columnas invadidas de enredadera, y unas ventanas estrechas, acabadas en punta, que el aire del páramo había pintado de cien colores indeterminados. A su alrededor, la tierra se extendía en todas direcciones como una planicie yerma, infectada de hierba raquítica, hasta diluirse en el mar hacia el este y trocarse paulatinamente en las cañadas del Cullin al oeste.

Entonces comprendí por qué asomaba el miedo a la voz de los marineros cuando nombraban aquellos lugares. Ni lord Byron habría encontrado el solaz necesario para componer su oda a la bestia de los Alpes en un sitio tan macabro[5].

—¿Y bien? ¿Qué os parece? Es grande, ¿verdad?

La sensación ominosa del lugar nos tenía anonadadas. No era tanto la casa en sí como su relación con el entorno: el verla allí plantada, en medio de la nada, como si su constructor hubiese sido un hombre tan deseoso de aislamiento como el ermitaño del Cullin, solo que no estaba dispuesto a prescindir de las comodidades de una clase social aventajada.

El carro nos dejó frente a la escalinata del porche. El sol era apenas un fulgor entrevisto en las nubes, por lo que en el interior de la mansión se hacía necesario

encender quinqués para iluminar las habitaciones. Distinguí el parpadeo de varios candiles tras las ventanas de la planta baja, y seguí uno con la vista. Uno que, atravesando el recibidor, llegó hasta la puerta de entrada y la abrió.

—¡Qué maravilla que hayan llegado tan pronto! —dijo la mujer que apareció en el umbral. Vestía como un ama de llaves y poseía una cara redonda, graciosa, moldeada a partir de una naranja—. Un pastor nos dijo que había divisado unas velas por el sur, pero no sabía si se trataba de su barco.

Padre nos presentó a la mujer. Se llamaba Delphine, y aunque su nombre pudiera sonar tranquilizadoramente francés, por su acento se deducía que era más escocesa que la niebla que nos clavaba las garras.

—¡Por todos los pasajes censurados de la Biblia, si está empapada, señorita! —exclamó al verme—. ¿Cómo ha permitido que la muchacha viaje en este estado? —regañó a Padre con una insólita familiaridad. Este se sonrojó.

—Es cierto. Encárguese de que las damas estén calientes, por favor —le pidió—. Y diga a los criados que preparen la habitación de mi hijo.

—De inmediato, señor. —Con un gesto, Delphine conjuró al resto del servicio, un grupo de chicos y chicas muy jóvenes (ni siquiera rebasaban mis dieciséis años, me dio la impresión) que salieron apelotonadamente de la casa y se repartieron los bártulos. El arcón y la pianola fueron los más difíciles de bajar, pero al final pudieron meterlos entre todos en el recibidor.

—Bueno, pues yo ya he cumplido —resopló Freys, y le tendió la mano a Padre—. Encantado de haberlo visto otra vez, señor Donovan. Espero que no pasen mucho frío hasta que llegue la primavera.

Padre le devolvió el apretón.

—El placer es mío, Freys. ¿Cuánto tiempo se quedará en la isla?

—Iré y vendré con frecuencia. Alguien tiene que cuidar de esa antorcha mal instalada o crearemos un nuevo mar de los Sargazos. —Entendí que se refería al faro, cuya luz flotaba como un fuego feérico sobre las colinas del sur—. De todos modos pienso instalarme en Mallaig, así que no andaré lejos. ¡Señoras, el domingo habrá servicio del pastor Tinker, por si quieren venir! Y ha anunciado un discurso realmente polémico, por lo que la iglesia estará a rebosar. ¡No se lo pierdan!

Sin esperar contestación, azuzó de nuevo al pobre jamelgo y se marchó, dejándonos al cuidado de los criados. Padre los había contratado en sus viajes previos a la isla, a la vez que hacía los trámites para adquirir la mansión, y ya los conocía como mínimo por sus caras.

—¿Por qué insistes en preguntarle cuánto se va a quedar, Padre? —inquirí.

—Porque están desalojando la isla, hija —respondió sin demasiado énfasis. Sus palabras, sin embargo, provocaron un hondo escalofrío en mi pecho. Ya estábamos a buen recaudo en el enorme recibidor de la casa, pero la temperatura no había subido ni un grado.

—¿Que la están desalojando? —repetí, aturdida—. ¿Por qué?

—El gobierno va a destinarla a la cría de ganado. Pero no te preocupes, los pastores estarán en todo momento rondando por los prados, y ya has visto que hay un servicio de barcas que podemos contratar para que nos lleve a Mallaig.

Me quedé estupefacta.

O sea, que no solo nos veníamos a vivir a un lugar olvidado de Dios, sino que encima nos dejaban solos. Completamente solos en aquella isla horrible, sin más compañía que unos rebaños de ovejas.

Estaba tan ocupada con mi congoja que no me di cuenta de que una de las chicas se acercaba al hatillo de mantas que alguien había depositado en una cómoda.

—¿Esto es para la cocina…? —preguntó, desliándolas un poco.

Su chillido nos puso los pelos de punta. La joven comprendió de inmediato la situación, pero era demasiado tarde para guardar el decoro. Sus mejillas desaparecieron bajo capas de rubor.

—Lo siento —dijo, azorada—. Yo… no sabía…

Padre la calmó dándole unas palmadas en el hombro y cogió a Isaiah en brazos, volviendo a cubrirlo con ternura. De las profundidades del hatillo llegaba algo así como una risita ahogada, a la vez inocente como la de un niño y afligida como la de un anciano. Mi hermano encontraba una maligna diversión en el efecto que su rostro producía en la gente.

—Lo subiré a su habitación —dijo Padre—. Delphine, si es tan amable…

—En seguida estará el baño, señor —puntualizó el ama de llaves, lanzándole una mirada furibunda a la joven criada. «Ya ajustaremos cuentas después», pareció prometerle. Chasqueó los dedos y los sirvientes desaparecieron como por ensalmo por diferentes puertas, cada uno con su propio abanico de tareas. Parecía gente competente y muy dedicada, pese a su juventud.

Padre desapareció escaleras arriba. Yo me dejé guiar a otra de las habitaciones, una alcoba suntuosa contigua a la de Madre, para que las chicas me ayudasen a cambiarme de ropa. El vapor que salía de una tinaja auguraba un rápido olvido de los pesares del viaje.

La falda petrificada desapareció, y también el corsé y la blusa. Las dos muchachas se volvieron cuando me desprendí del último estrato de ropa y me sumergí despacio

en el líquido. Por Dios, cómo ardía, pero era un suplicio tan agradable que no me importó sufrirlo en silencio.

El cálido abrazo del agua me fue sumergiendo en un estado de placidez bovina. Nunca mejor dicho, dado quiénes serían nuestros vecinos en el futuro. Por un lado me atenazaba el rencor hacia Padre, que tenía en la cabeza un esquema clarísimo de cómo funcionaba el mundo y qué era lo mejor para su familia (aunque no coincidiera en absoluto con el mío), y por otro la curiosidad hacia el pequeño universo de misterios que se abría ante mí. No habíamos hecho más que desembarcar y ya me venía a la cabeza una y otra vez la figura del rebelde presbítero, expulsado de la Iglesia por sus discursos atrevidos. Un hombre de fe condenado a vivir como un salvaje.

¿Qué audaz teoría se habría arriesgado a defender con tanto ímpetu como para que los ancianos decidieran que era más útil fuera del templo que dentro?

Seguro que Madre y el aya no dormirían en paz hasta que Padre contratase el dichoso servicio de barcas, que viniera a recogerlas puntualmente para asistir al oficio de Mallaig. Y yo tendría que ir con ellas, por supuesto, ataviada con mis mejores galas. Aunque Madre lo tildaría de blasfemia si oyese a alguien decirlo en voz alta, estaba claro que no había sermón que sus piadosos oídos no hubiesen escuchado una y mil veces. Y no hablemos de mi abuela, tan curtida en los vericuetos de la Biblia que hasta se permitía el lujo de corregir en voz baja a los presbíteros, cómodamente sentada en su banco, cuando estos cometían algún error citando las Escrituras.

Ambas sabían de sobra lo que era en realidad la iglesia: una especie de concilio social donde los asistentes venían a lucir sus modelos importados del continente, juzgar los de los demás y deshacerse en chismorreos, pasar la tarde hasta la llegada de la cena o, directamente, buscar pretendientes. Este era el principal objetivo de Madre: sabía que una chica de buena cuna como yo no tendría problemas en coleccionar suplicantes, pero no iba a hacerlo en cualquier lugar. Las tabernas estaban prohibidas para alguien de mi alcurnia, y también las plazas y los mercados.

Por otro lado, aquí no había salones de té ni teatros de música a los que recurrir, así que solo quedaban los templos. Ningún caballero de renombre osaría abandonarlos antes de haber concluido la ceremonia, o en cualquier caso, de haber asperjado con agua bendita. Eso nos daría el tiempo suficiente para valorar el talante y los modos de cada cual.

Casi pude escuchar los engranajes articulando en la cabeza de Madre a través de la pared, decidiendo cuál sería el conjunto más apropiado para presentarme en sociedad. El domingo estaba más cerca de lo que parecía, y teníamos que ir tomando sin perder tiempo una serie de decisiones. No sabíamos qué grado de elegancia lucirían las

mujeres de Escocia, por norma general, así que habría que pactar un término medio: ni tan rocambolesco como para resultar ridículo, ni tan simple como para pasar desapercibida.

Seguro que Madre encontraría el punto medio; era una verdadera experta cuando se trataba de calibrar las apariencias.

—Niña —llamé. La más joven de las asistentas, que no debía de tener más de doce o trece años, se volvió con la cabeza baja. Me tapé los pechos con un brazo y señalé un estante de mármol que surgía de la pared, donde descansaban unas ampollas con esencias—. Alcánzame la de color rosa, por favor.

La joven obedeció, tendiéndome el frasquito desde la distancia máxima a la que llegaba su brazo. Era bastante bonita de cara, aunque sus caderas apuntaban a ensanchar tanto cuando fuese mayor que tendría problemas con los polisones. Eso sí, sería una estupenda criadora de niños.

—Rosa no propio dormir —dijo, timorata—. *Sahij mahdaja*, mejor para misa. Dormir *paigott* pétalos azahar. —Extendió un dedo hacia otro de los frasquitos, de color turquesa.

Lancé una mirada interrogativa a su compañera.

—Ella no habla normal —explicó—. Dicen que se crio en un monasterio, cerca del *loch* Morar. Los monjes que la educaron no supieron enseñarle a distinguir entre el latín, el inglés y otros dialectos que se hablaban allí. La pobre solo aprendió unas cuantas palabras de cada idioma, y así se quedó.

—Tradúceme, si no te importa.

—Sí, señora. Dice que la esencia del frasco rosa no ayuda a dormir, sino que se recomienda para armonizar la mente con los salmos de la Biblia. La de azahar, por el contrario, es relajante.

—Pues elijo esa, entonces. —La niña obedeció, rociando con un chorrito de azahar el agua de la tinaja. Tenía un aroma dulzón—. Por cierto, ¿lleváis mucho tiempo aquí?

—No, señora. Nos contrató el señor hará tres meses. Yo soy de un pueblo cercano a Mallaig. —Abrazó a la más pequeña como si fuese su hermana, aunque no se parecían en lo más mínimo—. Ella es Dulsie, y yo Mary.

—¿No habíais estado antes aquí?

—¿En esta casa? Sí, ya le digo que llevamos acondicionándola varias semanas, pero…

La interrumpí.

—Me refiero a la isla. ¿Habéis oído las historias que se cuentan sobre ella?

Las muchachas cruzaron una mirada que no me pasó desapercibida. Me sonó a inquietud, pero como no era experta en el lenguaje gestual escocés, sino en el galo (orientado hacia otro tipo de mensajes, otra clase de cortesía social), no podría asegurarlo.

—El ermitaño —las animé, dándoles un pie de estrofa.

Mary sacó de no se sabe dónde una labor y comenzó a plantar grandes puntadas irregulares en un chal. Se notaba que era una adolescente inquieta, incapaz de dejar pasar el tiempo sin aprovecharlo de alguna manera.

—Nunca lo hemos visto, pero dicen que habita en la cara oeste del Cullin, un lugar muy frío. Los vientos del invierno pueden hacer crujir las piedras allí. Imagínese lo que le harían a un hombre.

—¿Acaso no baja al faro a comprar suministros?

Mary asintió.

—Muy de vez en cuando, pero nunca hemos coincidido. Dicen que fue expulsado de la comunidad por sus ideas, un tanto radicales. Mi padre escuchó en una ocasión uno de sus discursos, y me dijo que era difícil distinguir si quien hablaba por aquella boca era Dios o el Diablo.

Ajá, acabábamos de llegar a un punto que me intrigaba muchísimo.

—¿Sobre qué versaban? —pregunté, como quien no quiere la cosa.

La criada bajó tanto la voz que apenas la oí.

—Pues… dicen que… sobre el acto.

—¿El acto? —Fruncí el ceño.

—Sí, ya me entiende. Las connotaciones espirituales del… acto. —Sus dedos insinuaron un acoplamiento un tanto indecoroso entre varios cuerpos—. Y cómo está relacionado con la actitud de las bestias y de todos los seres de la Creación.

—Aaahhh… —musité. Comenzaba a entender de qué iba aquello. No era de extrañar que los ancianos se hubiesen enfadado con aquel pastor insolente si «ese» era el tema central de sus sermones, por religioso que fuera el enfoque.

Eso me dio que pensar el resto de la noche. Despedí a las criadas y disfruté del baño en soledad hasta que el calor se evaporó y mis dedos agusanados comenzaron a bailar solos. Salí y me enrollé en una bata. No había relojes en la alcoba, pero por lo oscuro que estaba fuera, deduje que la hora de cenar llegaría pronto.

No había que retrasarla demasiado, porque según la costumbre de mi familia, dentro de muy poco comenzaría la hora de los gritos.

II. EL SENDERO DE LOS JACINTOS

Desayunos y advertencias – El bosque mágico y las flores del color del cielo – Cuentos para no dormir a la luz del faro – Un oficio religioso poco conmovedor

1.

Las caras de las muchachas, al día siguiente, eran dignas de verse. Cuando nos levantamos, el servicio ya había preparado la mesa para el desayuno y nos esperaba alineado en el inmenso salón comedor. La actitud de Delphine era la de alguien que hace mucho que ha abandonado las sábanas y mira la hora temprana como un interludio en lo que ya es media mañana de trabajo.

No me habría extrañado que el lechazo del almuerzo orbitase ya el espetón, mientras los fámulos y espeteros reían sus bromas privadas y mezclaban salsas en pucheros de cobre. Yo, por mi parte, no tenía estómago para pensar en semejantes manjares; lo único que deseaba en aquel momento era algo suave, una tisana de margaritas y rapónchigo.

Huelga decir que no había conseguido dormir bien. La casa, más que un refugio contra el frío y la lluvia del exterior, parecía una extensión viva del páramo. Tal vez fuera por la novedad de dormir bajo un techo que no era el mío, o por las tensiones acumuladas durante el viaje, pero me pasé la mitad de la noche mirando aquel techo irreal, tan poco nuestro. Las pocas veces que me arriesgué a otear por la ventana lo que vi fueron unas nubes bajas, broncíneas, que se condensaban en el apagado titilar de una luz distante. ¿El faro, quizá, o alguna casa que los pastores usaban como refugio en la noche cerrada?

La mansión era realmente señorial, pero había algo impreciso en su arquitectura que asustaba. Puede que fueran las líneas góticas que estiraban columnas, alzaban techos y afilaban ventanas. O las señales rectangulares de humedad en algunas paredes, que delataban la retirada de cuadros de otro tiempo, de otra familia. Pasé un

buen montón de horas construyendo una madriguera entre sábanas y mantas mientras observaba la huella que había dejado un cuadro en mi habitación. ¿A quién representaría? ¿De quién serían los ojos siniestros que, durante años, vigilaron aquella estancia con expresión misteriosa?

¿Seguiría su espectro rondando por los pasillos, atento a los intrusos que venían a ocupar su feudo?

La hora de los gritos ya había pasado. Mi hermano chillaba agónicamente todas las noches alrededor de la hora bruja. Lo odiaba por eso. Siempre pensé que era un truco para llamar la atención, y obligar a Padre y Madre a levantarse para mimarlo. Padre me hizo ver lo desgraciada que era la existencia de Isaiah a través de esos gritos: «No puede soportar el mero hecho de respirar», me dijo. «Su corazón hace tiempo que debió haberse rendido, pero sigue luchando», me dijo.

Era un verdadero calvario que no solo le había tocado en suerte a él. Todos pagábamos por alguna deuda pasada que ni los ángeles de la guarda tenían claro cuál era.

Me consolé escuchando los gritos que venían de los pisos inferiores, transmitidos por el hueco de la escalera, e imaginé a las criadas temblando de miedo en sus camastros y preguntándose qué clase de demonio había embrujado la casa.

En fin, bienvenidas a mi familia.

Apenas había cerrado los ojos cuando se hizo de día. No tuve más remedio que espabilar, abrir la ventana para orear mi cabeza embotada, vestirme y bajar al comedor. Por Dios, en toda Francia jamás había hecho tanto frío como en aquel pasillo.

Padre fue el primero en llegar al comedor. Saludó a los criados y les dio permiso para retirarse a sus aposentos y desayunar, o continuar con sus quehaceres aquellos que ya hubiesen comido. Madre y él ocuparon los extremos de la mesa, y esperaron mientras las criadas situaban los cubiertos y traían el primer plato. En mi casa siempre se ha desayunado fuerte, a la manera inglesa.

Observé que Dulsie y Mary estaban allí: eran las encargadas de retirar los platos y servir el vino. Las ojeras enturbiaban su semblante, confiriéndoles un aspecto más maduro. Ninguna se atrevió a preguntar qué había ocurrido, pero estaba claro que deseaban más que nada en el mundo que alguno de nosotros hiciese un comentario.

Padre rompió el hielo, dirigiéndose al ama de llaves en representación de la servidumbre.

—Escúchenme, por favor. —Su tenedor golpeó el cristal de la copa—. Algunos de ustedes subieron al segundo piso anoche, alertados por los gritos, para ver qué

ocurría. Sé que su reacción fue normal, pero a partir de hoy estableceremos una norma. —Miró a Isaiah, que ocupaba una silla especial con correas situada a su derecha—. Hay hechos en la vida que son muy difíciles de explicar, sobre todo en términos que los no versados en la ciencia puedan entender. Cada familia tiene sus propios problemas, con los que debe lidiar a su manera. En la nuestra, episodios como el de anoche son habituales. No quiero que se preocupen ni que suban al segundo piso por fuertes que sean los ruidos, a menos que les llame expresamente. ¿Me han entendido?

Las criadas formaron una cadena de barbillas que se agitaba graciosamente de arriba abajo.

—Tienen todo el derecho a preocuparse y a incluirnos, si lo desean, en sus plegarias —continuó Padre, enarbolando el cubierto como la vara de un maestro de escuela. Había repetido aquel discurso infinidad de veces ante audiencias igual de sorprendidas, así que lo tenía muy ensayado—. Pero bajo ningún concepto —subrayó — han de entrar en mi habitación o en la de mi hijo pequeño cuando sea de noche. Es de extrema importancia que memoricen esto. —Clavó sus fríos ojos en los de Delphine—. Cualquier violación de esta regla será severamente castigada.

—Respetaremos sus deseos al pie de la letra, señor.

—Y otro detalle: como sabrán, entre mis pertenencias había un arcón que he depositado en el estudio. Contiene los libros de referencia de mi biblioteca privada. Poco a poco los iré colocando en los estantes, pero nadie, y cuando digo esto me refiero a nadie —precisó—, debe tocarlos nunca, ni siquiera para limpiarles el polvo. Esos textos son incunables, libros que tienen cientos de años y que pueden estropearse al menor descuido. El menor rasguño en los lomos o las páginas sería irreparable.

—Hemos comprendido, señor —aseguró el ama de llaves—. Hablo por todos al asegurarle que jamás violaremos estas reglas, pase lo que pase.

—Muy bien. —Padre recobró la cordialidad—. Bueno, ¿vienen esas rebanadas de pan o no?

Delphine chasqueó los dedos y la maquinaria de la servidumbre se puso en marcha. Vi cómo Dulsie, más que las otras (o quizá de manera menos disimulada), mantenía los ojos fijos en Isaiah, fascinada y horrorizada a un tiempo. Mi hermano se daba cuenta, claro está, y disfrutaba haciéndose el interesante. Su forma de juguetear con los guisantes (nunca comía nada que no fuera redondo, o que fuera de color pardo) me crispaba los nervios.

Madre se colocó pulcramente la servilleta sobre la falda.

—Querido —preguntó—, ¿has hablado con los barqueros para que se hagan

cargo de nuestro traslado a Mallaig?

Padre carraspeó.

—Hoy mismo pensaba ir al faro para encomendarle el asunto a Freys. Además, tengo que pasar por el bosquecillo para recolectar unas cuantas hierbas. —Me miró—. ¿Quieres venir, Sabine? Es un paisaje realmente precioso.

Ir con Padre a buscar hierbajos medicinales y a la casa de aquel chalado baboso. Sí, en circunstancias normales habría preferido el suicidio, pero no aguantaba un segundo más encerrada entre aquellas gruesas paredes.

—Estaré encantada, Padre, es decir, si no te molesta mi presencia —sonreí.

—¿Para qué te lo iba a proponer si me molestase? Además, realmente me gustaría que vieses ciertos lugares. Te darás cuenta de que la isla también esconde rincones preciosos.

—Respecto a lo de Mallaig, nos gustaría aprovechar el viaje para conocer un poco el pueblo —terció Madre, atacando la comida sin dilación. Tenía la costumbre de cortar con el cuchillo de una manera tan contundente que acababa rayando el plato—. Ir al mercado y esas cosas. Lo digo para que adviertas a los barqueros que no regresaremos justo después del oficio.

—Se lo diré. Pero tened cuidado —advirtió Padre—: los escoceses suelen mostrar un carácter volátil y envidioso. No destaquéis demasiado hasta que no nos hayamos hecho a sus costumbres.

—Ay, mi amor —sonrió Madre—. Si somos capaces de adaptarnos a esta casa, no habrá pueblo pesquero que se nos resista.

Dejamos escapar una risa cortés y nos concentramos en el desayuno. Dulsie pasó por delante de la mesa, justo enfrente de mí, y me lanzó una mirada inquieta. «Pobre chica —pensé—. Cómo te entiendo». Yo no podría ni contar las noches que pasé enterrada bajo kilos y kilos de mantas, imaginando las cosas que sucedían en la habitación de mi hermano y que Padre nos tenía prohibido conocer. Secretos de la ciencia, decía él. Secretos de los que hacen daño y que es mejor que las mentes inocentes no conozcan.

En el fondo nos menospreciaba, aunque no sería yo quien se lo dijera. Puede que la mía fuese una mente joven, pero en muchos aspectos no tenía nada de inocente.

2.

Salimos bien entrada la mañana. Nos abrigamos bastante, pero un sol más luminoso y

cálido de lo que esperábamos se abrió paso entre las nubes e inundó la tierra con un glorioso manto de rayos nacarados. Hasta sentí algo de calor en las mejillas, sonrosadas por la exposición al frío.

Bajo esa nueva luz, hasta el páramo tenía un aire acogedor. El Cullin, sin embargo, seguía amortajado de nubes.

Alguien había uncido dos yeguas a un carro. No era un carromato desvencijado como el de Freys, más adecuado para transportar chinches que personas, sino una calesa de diseño elegante y ruedas finas, con la caja abierta por delante y una capota de vaqueta. Miré ilusionada a Padre, como si fuese el responsable de agitar una varita y hacer que maravillas así se materializasen.

—Sube, nos vamos al bosque de la bahía —sonrió.

Ocupé el asiento posterior y nos desplazamos velozmente hacia el sureste. Los rayos del sol navegaban por el mar de hierba decorando con perlas los tallos. Me di cuenta de que la distancia que nos separaba de la costa no era tan grande como nos pareció la noche anterior; lo que ocurrió fue que el ritmo del jamelgo de Freys nos hizo creer que la isla era vastísima. A paso de calesa y yeguas jóvenes, sin embargo, alcanzamos la bahía en apenas media hora.

Allí nos aguardaba una sorpresa. Había un elemento del paisaje que, si bien era ilógico pensar que la noche anterior no estuviera, me pareció completamente nuevo y maravilloso.

Era un bosquecillo, no demasiado extenso y mezclado con mar, sembrado de océano y de sal. La senda se yugulaba y bifurcaba al pasar junto a él.

Sé que Padre no aprobaría mis epítetos a la hora de describir las cosas. Era un científico curtido en las artes del saber y los misterios de las ciencias ocultas, pero yo tenía más alma de poeta que de mujer práctica, y aquel color azul que teñía las flores me recordó las tranquilas olas de un mar congelado.

—¿Qué lugar es este, Padre? —pregunté—. ¿Cómo es que el agua baña los troncos y las olas se detienen a la sombra de las ramas?

Padre soltó una carcajada.

—No son olas. Qué imaginación tienes. —Detuvo el carro a la linde del bosque—. Fíjate: conoces muy bien esa flor. La has llevado prendida del vestido muchas veces.

Comprendí dónde estaba el misterio. Bastaba una palabra de Padre para que todo el misticismo desapareciera y la parte analítica de mi cabeza apuntalara el mundo que me rodeaba en base a principios científicos.

La marejada que inundaba el bosque eran jacintos, con sus hojas angostas y acanaladas y sus preciosas flores en espiga que robaban pinceladas de color al cielo.

Se decía que donde había jacintos el firmamento era menos azul, ya que había prestado su fulgor a la tierra. En aquel lugar, el dicho era cierto.

Bajamos del carro y nos internamos en la alfombra de flores, que nos llegaba hasta la cintura. Padre se puso de inmediato a buscar las plantas medicinales; yo me sentí flotar. Al andar en silencio entre las flores, provocando olas sin espuma, imaginé que junto a mis pies nadaban delfines y que en cualquier momento podían salir a la superficie, pasándonos por encima con una pirueta.

Padre tenía razón, aquel lugar podría convertirse en el rincón secreto que necesitaba para dejar fluir mi poesía. Lamenté no haberme traído la libreta de apuntes, sobre la que solía volcar todos mis versos, pues sentía llegar la inspiración cada vez que mis manos rozaban los pétalos y con cada ráfaga de viento respiraba su aroma.

—No te alejes mucho —advirtió Padre—. Dentro de nada nos vamos.

Asentí, embriagada por las sensaciones. ¿Conocerían Mary y Dulsie la existencia de semejante paraje? Por supuesto. Quién no lo conocería, habitando esta isla. Si yo me había enterado de su existencia nada más llegar, seguro que ellas habrían pasado por aquí muchas veces.

Tendría que pedirle a Padre que lo comprara para vallarlo, para que nadie salvo nosotras pudiese entrar a disfrutarlo. ¿De qué sirven los tesoros si no están ocultos, restringidos al común del pueblo?

—¿Qué plantas vamos a encontrar aquí, Padre?

—Unas angiospermas muy raras que solo crecen en estas islas —contestó, agachado de manera que solo su espalda sobresalía del mar azul—. Tienen propiedades que puedo destilar para unos preparados.

—¿Para Isaiah?

—Quién si no.

—Voy a coger un ramo para la iglesia. Seguro que a Madre le va a encantar —avisé. Padre contestó con un distraído asentimiento.

Me alejé de él. Adoraba el tacto de los jacintos. Era lo único en ellos que sabía más a tierra que a océano.

Distinguí algo entre las matas. Era un objeto cuyo color lo diferenciaba de las demás piedras, una aproximación al nácar sucio, amarillento, como el rastro que deja el azúcar en el bandullo de la infusión. Y estaba rodeado de moscas.

Tuve una fuerte sensación de *déjà-vu* que me dejó paralizada. A mi mente regresaron las imágenes del sueño que tenía desde niña, con el esqueleto abandonado entre espigas doradas.

No supe qué hacer, ni si esa sensación fría que atenazaba mi espalda era miedo u

otra cosa. Padre, al verme quieta mirando el suelo, se acercó.

—¿Ocurre algo, princesa?

Señalé los jacintos. La brisa los mecía como un telón de teatro.

Una línea de sudor frío me bajó por la espalda al comprobar que, efectivamente, lo que había en el suelo era un esqueleto. Pero la parte analítica de mi mente, esa que Padre tanto quería que cultivase, puso freno a la fantasía: de acuerdo, era un esqueleto, pero ni remotamente humano. Parecía el cráneo de una oveja, unido a lo que quedaba del costillar después de que algún carroñero gozara del festín. Las cuencas de hueso miraban sin ver los jacintos, con pupilas que eran profundos agujeros negros donde se acumulaba el polvo.

—Debió de separarse del rebaño y murió de frío —especuló Padre, poniéndose en cuclillas. Metió un palito en una de las cuencas y lo sacudió; de su interior salió un montón de guijarros con antenas y patitas. Insectos—. O puede que alguien le disparase por error. Cerca de aquí había un coto de caza.

—¿Qué son esas marcas que tiene en la testuz? —pregunté, señalando unos orificios situados detrás de los ojos. El hueso parecía astillado en esa zona, como si alguien hubiese hundido unos enormes clavos en la cabeza del animal.

Padre introdujo el extremo del palito en uno. Se hundió al menos tres centímetros.

—Marcas de colmillos —murmuró, y se puso en pie. Me apreté contra él y miré con desconfianza el entorno. El viento meció de norte a sur los tallos sin provocar el menor ruido. Los jacintos parecieron echársenos encima, fustigándonos con su delicado aroma.

La risa de Padre rompió el encanto.

—No hay de qué preocuparse. Habrá sido el perro de algún pastor, que habrá encontrado el cráneo y se habrá puesto a jugar con él. En esta isla no hay fieras.

—¿Estás seguro? ¿Un perro puede morder con tanta fuerza?

Padre dudó.

—Eh… claro que sí. ¿Recuerdas los mastines de tu tía Poncet, cuando salían de caza? En cuanto atrapaban una presa, ¡zas! —Cerró el puño—. Si ellos no querían soltarla, había que llamar al herrero para que les abriese las mandíbulas con una tenaza. Esos animales tienen muchísima fuerza.

Sonaba razonable, pero aun así no me separé de él hasta que acabó de recolectar hierbas y nos subimos al carro.

Mientras nos alejábamos rumbo a la bahía, sentí una gran pena. Había encontrado el rincón idílico de Rhum, no cabía duda, pero como en cualquier paraíso, también subyacía un peligro. Me pregunté si sería capaz de bajar sola hasta aquí, con mi libro

de poemas, y si encontraría el sosiego para cantarle al amor en lugar de estar vigilando de reojo cada sombra.

El faro tenía las puertas abiertas cuando llegamos. Era un edificio de torre redonda y pintada de gris, con una casucha en la cúspide que alojaba la enorme lente anillada. Freys nos saludó desde el umbral en cuanto oyó el chacoloteo del caballo.

—¡Hola, bienvenidos! —Una sonrisa partió en dos su barba—. Menos mal que han venido. Estaba haciendo las maletas para salir hacia Mallaig. —Señaló un embarcadero que había al extremo del camino, donde una barca de cuatro remos esperaba a sus últimos pasajeros.

—Pues parece que hemos llegado a tiempo. —Padre se apeó de un salto y me ayudó a bajar. Me asombré al ver lo abarrotada que estaba la tienda del faro, llena de utensilios de pesca, aparejos de labranza y enseres útiles, como calderos, platos, alambiques y menaje de cocina.

La mayoría de aquellos objetos estaban metidos en cajas, aunque hubo uno en particular que me llamó poderosamente la atención: era un fusil de caza, idéntico al que le había visto usar a mi abuelo en sus ejercicios de tiro. De «ánima rayada», creí recordar que se llamaba, y era tan feo como amenazador. Cuando el farero detectó que mis ojos se posaban en él, se apresuró a meterlo en un compartimento disimulado que había tras el mostrador.

—Hay cosas que no están a la venta —dijo.

—¿Cuándo regresarás al faro? —preguntó Padre.

—En cuanto empiece la temporada de pesca y los barcos salgan de la rada. Pero para eso faltan todavía algunos meses; hasta entonces el faro puede permanecer apagado. Si algún barco extraviado se aproxima por este lado a la isla, la luz de su casa y las fogatas de los pastores bastarán para orientarlo.

Así que nuestra nueva casa se vería en la distancia, a muchos kilómetros, siempre que la niebla no fuera muy espesa. Esa idea me reconfortó.

Padre examinó las cajas y eligió unos cuantos enseres que faltaban en la casa. Normalmente habría sido tarea de los criados, pero a él le apetecía tomar todas las decisiones, incluso las menos trascendentes. Era normal en Padre: controlándolo todo, hasta los asuntos que no eran de su competencia, se sentía más seguro cuando se

instalaba en un lugar nuevo.

—¿Hay fieras en la isla? —pregunté espontáneamente.

Freys y Padre me miraron.

—¿Fieras? Bueno, exceptuándome a mí y a ese truhán de Rupert Coswald —caviló el farero—, pocas más. Pero Rupert se marchó en la barca de esta mañana, así que solo queda este viejo campeón de dardos para servir de amenaza.

—¿A qué ha venido eso? —Padre me lanzó una mirada aviesa—. Ya te dije que en Rhum solo hay ovejas y ciervos. Nada agresivo para los humanos.

—Sí, lo sé, pero… —Mis manos juguetearon con el plisado de la falda—. Es que no me quito de la cabeza lo de aquel cráneo.

—¿Cráneo? —se extrañó Freys—. ¿Qué cráneo?

Padre le quitó hierro al asunto.

—Un esqueleto de oveja que encontramos en el sendero de los jacintos. Tenía marcas de colmillos.

—Vaya, vaya, así que han encontrado rastros del antiguo *ulfhed*… —dijo Freys, bajando la voz sin darse cuenta.

Le miré con ojos muy abiertos y marrones, todo iris y pupila.

—¿Qué es eso?

El farero estalló en una risotada.

—¡Nada de lo que debas preocuparte, chiquilla! No es más que una vieja leyenda popular. Si quieres te la cuento, pero no te garantizo que duermas esta noche.

—¿No tienes que marcharte ya, Freys? —refunfuñó Padre, hundiendo los brazos en el contenido de una caja.

—Por favor —supliqué—, cuéntemela. Prometo excusarle si no puedo dormir.

Freys se apoyó en el mostrador, con el gesto cómodo de quien encaja su cintura en la barra de una taberna.

—La expresión proviene de antaño, niña. Es una palabra prohibida que las gentes de Escocia usaban para referirse a ese demonio.

Arrugué el entrecejo. El idioma anglosajón que mis padres me habían enseñado de pequeña ya se me hacía un nudo en la lengua por falta de práctica, pero esas palabras en gaélico estaban más allá de mi capacidad de pronunciación.

—¿*Ul… uljet*? —tartamudeé.

—*Ulfhed*, así los llamaban en el país de los hielos del que llegaron los hombres que se vestían con piel de lobo. Cuenta la leyenda que vinieron a parar a esta isla cuando una feroz tormenta hundió sus barcos. Aquí cavaron madrigueras con las manos desnudas, para procrear y perpetuar su linaje.

Padre lo miró de reojo al oír la palabra «procrear», pero murmuró algo ininteligible y siguió coleccionando trastos. Cuanto más le permitiera a Freys soltar la lengua, de más tiempo dispondría para huronear a la caza de gangas.

—¿Todavía viven en la isla? —pregunté, acongojada. A la imagen de la oveja muerta se unió otra aún más repelente: la de un hombre velludo hasta el extremo de lo grotesco que se alimentaba de ella, hundiendo sus afilados caninos en la carne.

—No, hijita —dijo Freys, tranquilizador—. Ya no. Se extinguieron hace mucho, pero el recuerdo de que un día corrieron desnudos y ávidos de sangre por estos páramos sigue atado a la tierra. Una vez, un emigrante francés me dijo: «Si alguna noche ves a un pastor señalar con temor la niebla y susurrar las palabras *loup-garou*[6]… —trazó la señal de la cruz sobre su barba—, mejor ve a esconderte, porque significa que el espíritu de las antiguas bestias corre libre de nuevo».

Me quedé paralizada durante un instante, sin poder apartar la vista de los ojos del farero. Luego Freys dejó escapar otra de sus estruendosas carcajadas y el momento de magia se esfumó. Ya estaba otra vez en la tienda del faro, sintiéndome tan inocente como una niña.

Me había tragado la historia con una facilidad humillante.

—Me ha tomado el pelo —dije, molesta.

El farero ensayó una reverencia al estilo de un juglar.

—En realidad no, mi dama. Me siento halagado de que mis palabras hayan logrado conmoverla, pero debo advertirle que, aunque no es más que una leyenda popular, es cierto que hubo eso que en Francia llaman *garous* en esta isla. Pero fue en otra época, una muy lejana que pocos recuerdan.

Padre esparció el fruto de su búsqueda encima del mostrador y depositó la cantidad justa de dinero al lado.

—Deja de asustar a mi hija, viejo zorro —gruñó—. Y date prisa, porque esos marineros ya están recogiendo la amarra.

Freys se apresuró a meter nuestra compra en un saco y llevarla hasta la calesa. Luego cerró a cal y canto el edificio y, antes de correr como un jabalí gordinflón hasta el embarcadero, me miró y dijo:

—¡No se inquiete, señorita! Las cosas que le contarán aquí no son más que historias de viudas que la gente comparte para matar el tedio.

Y se fue. Pero hubo algo en su mirada que delató un pensamiento, el colofón de aquel discurso que, por respeto a Padre y sus creencias, no había salido de su boca: en toda leyenda, por fantástica y exagerada que suene a nuestros oídos, por risibles e

infantiles que sean sus detalles, siempre hay un germen de verdad.

Cuando volvimos a casa, le rogué a Padre que diésemos un rodeo para no pasar cerca del bosquecillo.

3.

El domingo se presentó como una flor a destiempo, un regalo que, aunque esperado, nos sorprendió cuando lo tuvimos encima. Madre y el aya se despertaron eufóricas, antes incluso que Padre, y bajaron rápido a desayunar. Por la musiquilla de su toque supe que fue Madre quien golpeó en mi puerta, despertándome. Estaba amaneciendo, y había mucho que hacer antes de que las barcas vinieran a recogernos.

Dulsie me saludó al servir las pastas, y dado el estado de mis ojeras, me preguntó si tenía algún problema para dormir. La tranquilicé diciéndole que mi espalda necesitaba algo de tiempo para acostumbrarse a un colchón nuevo. No le hablé de la advertencia del farero, que había ignorado creyéndome inmune a la influencia de los cuentos de terror.

Ulfhed. Qué tontería.

Tras desayunar bien fuerte, para no tener que demorarnos buscando un café o un puesto limpio en el mercado de Mallaig, subimos a cambiarnos. Madre, tan clásica como siempre, optó por el socorrido guardainfante que realzaba sus pechos, aunque no tanto como para instigar el escándalo. La abuela eligió un bolero de colores claros que le quitaba unos años, y yo… bueno, probé varias de las combinaciones sugeridas por Madre hasta plantarme a medio camino entre lo napoleónico y lo liberal, un conjunto que bajaba de nuevo el talle hasta la cintura (¡donde debía estar, no como en la moda de hace diez años!), rematado por unas mangas de pernil. En todo momento fui consciente de que nos estábamos saltando nuestra regla de no ir demasiado sofisticadas a la presentación en sociedad, pero qué caramba, estábamos disfrutando de lo lindo.

Así de elegantes dejamos nuestras habitaciones. Padre se cruzó con nosotras en la escalera mientras bajábamos armadas con los paraguas, y compuso la misma cara que debió de poner Napoleón cuando cargaron contra él las brigadas prusianas.

—¿Nos invaden? ¿Se quema la casa? —preguntó, atónito.

—¡No, vamos a la iglesia! —Dije entre risas.

La calesa aguardaba en el porche. Apenas nos dio tiempo a despedirnos de Padre cuando el cochero (uno de los jóvenes mozalbetes de las cocinas) sacudió las riendas

y salimos hacia el embarcadero.

El viaje hasta la costa de Escocia (o la Isla Grande, como la llamaban por aquí), fue más ajetreado de lo previsto. El oleaje pintaba lunas de espuma bajo la quilla, y cuando por fin divisamos el malecón teníamos un color más bien verdoso en los carrillos. Recé por no vomitar, y menos en presencia de la gente que abarrotaba las pescaderías del puerto, aunque no tenía muy claro si Madre y el aya lo conseguirían.

Mallaig me sorprendió por lo bulliciosa que parecía, a pesar de su tamaño. Era un arrecife de casas de aspecto coqueto disperso entre pliegos de colinas. El puerto albergaba numerosos barcos de pesca, aunque como había dicho Freys, casi todos tenían echada el ancla, en espera de que las potentes marejadas trajesen a los bajíos los bancos de peces.

Las casas estaban orientadas al mar, y se apoyaban unas en otras como si necesitasen la colaboración de sus vecinas para hacer frente a las tormentas que invocaba el *cardneir*, el caprichoso viento del oeste. Según los ancianos, del mar podían levantarse dos tipos de huracanes, uno que nos resultaba familiar a los no isleños (lluvias de cascabeleo deprimente y vendavales altos, de nubes lejanas y ráfagas caprichosas), y otro que parecía engendrado en los fuegos del Infierno, un aquelarre de granizo, rayos y truenos como tambores de guerra.

De todo esto nos hablaron los marineros que gobernaban la barca, mientras nos recomendaban con insistencia al nuevo presbítero, el venerable Tinker. Oficiaba las ceremonias desde que el anterior se marchó, como ya sabíamos por Freys (hasta aquel momento no me fijé en la enorme fuente de información que era aquel hombre, y por primera vez lamenté que se fuera de Rhum). Tinker era un hombre serio y dedicado, de discurso admonitorio y poco dado a las fantasías. Desde luego, un pastor más apropiado para aquella comunidad que el anterior, cuya juventud alimentaba unas ideas que poco tenían de cautelosas, y que por momentos, por lo que nos contó Freys, oscilaban cerca de la herejía.

La iglesia nos llamó la atención porque no estaba hecha de piedra, que era lo que cabría esperar, sino de largos y finos listones de madera blanca. El edificio rehuía cualquier ornamentación más que la cruz, de un dorado devastado por el salitre, y era lo suficientemente espacioso como para albergar a todos los comunes.

Eso lo descubrimos cuando nos pusimos en cola para entrar, así como otro detalle fundamental: nos habíamos excedido (y bastante) en la sofisticación de nuestra ropa.

Los paisanos de Mallaig iban elegantes pero sencillos: no abandonaban su estilo marinero, pero lo adornaban con cachemira (en el caso de las mujeres pudientes) y chaquetas de piel de ciervo (en el de sus maridos). Múltiples ojos se clavaron sin

disimulo en nosotras, todos rematados por frentes pecosas y cabellos pajizos tan apretados que parecían boinas.

Al final acabamos siendo arrastradas por la marea humana y depositadas contra nuestros deseos junto a una columna, muy lejos del lugar que ocupaba Tinker. Se podría decir que la marea nos filtró dentro del edificio, nos batió un poco a su gusto y acabó plantándonos donde ella quiso. Pero bueno, desde allí también veríamos y oiríamos perfectamente al pastor, así que nos conformamos.

Tal afluencia de gente corroboraba otra de las profecías de Freys: el sermón de este domingo iba a ser polémico.

Tuvimos suerte: a nuestro lado cayeron tres caballeros de aspecto impoluto, refinados a su estilo escocés, cuyo saber estar sugería que no pertenecían al pueblo llano, sino a la burguesía que fletaba los barcos. La abuela me dio un ligero codazo en la cintura, y yo respondí como un resorte, estirando la espalda. La presencia de una señorita empezaba por lo tensa que quedaba la línea que unía su cabeza con el pompis, me había dicho en un millón de ocasiones.

Madre se colocó entre los caballeros y yo, a modo de muralla de Adriano, y susurró al más guapo:

—¡Cuánta gente hay! Parece que los discursos del pastor Tinker despiertan pasión, ¿verdad?

El caballero se volvió hacia ella con una preciosa sonrisa. Madre dominaba mejor que yo el inglés, pero dejaba fluir la suficiente cantidad de acento galo como para volver refinada su charla.

—Sí, por estos lares es bastante conocido.

Una sola frase para contestar otra, eso estaba bien. Denotaba que el caballero quería ser amable pero sin molestar.

—Le ruego me disculpe si soy demasiado atrevida, pero somos nuevas en el pueblo y no sabemos demasiado.

—¿Demasiado sobre qué?

—Sobre nada. Vuestro nombre, por ejemplo. Hace un minuto hemos sido víctimas de esa galerna humana y aún sigue siendo un misterio.

Di un respingo ante el atrevimiento de Madre, pero seguí tiesa como una estatua y mirando al frente, convertida en un soldado napoleónico que no se hubiese enterado de que su emperador había cambiado el trono por una celda en una isla no muy distinta de Rhum.

El hombre no pareció tomárselo a mal.

—No voy a dejar que una bella dama siga sumida en esas tinieblas durante lo que

queda de domingo, así que se lo aclararé. Me llamo James, James Buchanan, y soy inspector de muelles. Mi padre es el señor Anthony Reys Buchanan, médico y mesmerista de larga tradición escocesa.

—Ahora igualaré la balanza y os diré que mi nombre es Sylvain, y que esta es mi madre, doña Geneviève. Mi marido también es médico, igual que vuestro padre, pero nunca se ha acercado a los secretos del mesmerismo, me temo. —Madre utilizó uno de sus trucos, saltándose mi presencia a propósito para que el caballero fuera quien preguntase—. Acabamos de instalarnos en Rhum.

—¿En la isla? —Pareció extrañado—. ¿No la estaban desalojando?

—Sí, pero mi marido ha obtenido un permiso especial. Necesita algunas plantas muy específicas que crecen allí.

—¿No les da un poco de miedo ser las únicas personas que viven en ese lugar? —Se asombró—. Rhum es hermosa, pero a veces adopta formas un poco… ¿cómo decirlo…?

—¿Inquietantes?

El hombre, que aparentaba unos veintiocho o veintinueve años, movió su nariz achatada de una forma graciosa, como una liebre de campo.

—Por ahí iba. Aunque la inquietud se combate muy bien en compañía. ¿Son muchos en su casa?

—Oh, poca gente. Nosotras tres, mi marido, mi hijo menor y apenas una docena de sirvientes.

Madre acababa de apuntarse otro tanto. Le había dicho (sin decirlo) que éramos una familia pudiente, con criados y terrenos, y que si yo no llevaba hábitos y mi prometido no estaba en ese momento a mi diestra, es que era un buen partido. Un buen tesoro que pretender para alguien de cómoda canonjía.

El murmullo general fue acallado por el pastor, que alzó una mano y comenzó la ceremonia con unas frases en latín. Tinker hacía juego con su fama, con ese aspecto estirado y nudoso que lo hacía parecer una vara de fustigar el ganado. Era un hombre que mantenía siempre la misma pose, con una tez amarillo limón y una barba cana y piramidal.

En voz muy baja, mientras Tinker recitaba versículos, el caballero James le preguntó a Madre:

—¿Me habéis dicho ya el nombre de vuestra hija? Porque si lo habéis hecho, mi despiste y yo tendremos que saldar más tarde una deuda.

Madre sonrió.

—Perdón, he sido yo la despistada. Mi hija se llama Sabine, y aunque ya ve lo

recatada que es, le aseguro que fuera de la iglesia es una perfecta conversadora, instruida en muchos y variados temas.

—Me alegra oírlo —asintió Buchanan.

Lo miré por primera vez. De sobras sé que la belleza es poder, y que una sonrisa es su espada. Y si el caballero no cayó fulminado en ese momento bajo mi estocada, sería porque algún compromiso previo le impediría buscar nueva esposa.

—… Desde luego, será en las Escrituras que fueron rubricadas por el puño y letra de los elegidos del Señor —estaba diciendo Tinker— donde encontraremos, como es habitual, la respuesta a nuestras preguntas. Es en tiempos de inestabilidad cuando los siervos de Dios nos sentimos más perdidos, más solos en este mundo que Él nos entregó para que lo dominásemos. Pero cuidado —levantó un dedo que cada asistente sintió hundirse en su propio pecho—: no todos los hombres y mujeres que disfrutan de Sus dones saben que es la Gracia la que les dio la vida.

—¿Es cierto que antiguamente hubo otro pastor en la iglesia? —tanteó Madre.

James cambió de posición, incómodo, y cruzó las manos a la espalda.

—Sí, supongo que habrá sido de las primeras cosas que os dirían —murmuró—. Es la comidilla de los marineros de la zona. El pastor Chris Laycock. —Pronunció su nombre con más ecuanimidad de la que merecía, según los rumores—. Todo un personaje. La mitad de las jovencitas casaderas del pueblo suspiraban por sus huesos, aunque esté mal decirlo, y seguían a pie juntillas cada enseñanza que surgía de sus labios.

—¿Lo idolatraban?

—Ese fue el problema de Laycock, que se volvió demasiado popular —gruñó James—. Al principio era el favorito del consejo, hasta que empezó a reflexionar en foro público sobre temas… inapropiados. Era lo que le quitaba el sueño por las noches, nadie sabe por qué. En lugar de hablar del pecado y la redención, como cualquier otro, empezó a dejarse llevar por ideas sobre las relaciones místicas entre los hombres y las bestias. —Debió darse cuenta de la barbaridad que estaba diciendo, por lo que se apresuró a presentar sus disculpas a Madre. Ella, por el contrario, estaba disfrutando horrores de la conversación.

—No os preocupéis, caballero —rio Madre—. Cuando una llega a cierta edad, se acostumbra a oír tantos disparates que hasta las mayores barbaridades pasan sobre ti sin molestarte.

—Por favor, habla usted de sí misma como si hubiese llegado a esa edad hipotética de la que no es posible volver.

Madre se tapó la cara con el pequeño abanico que llevaba en el bolso, una

fruslería comprada en España. Estaba contenta por los halagos, pero no perdía de vista que era a mí a quien James debía tener presente.

—… Y son esas personas, esas ovejas descarriadas que han adoptado voluntariamente la piel de un chacal —prosiguió Tinker, su dedo más amenazador que nunca—, las que reniegan de la paz que da la única religión verdadera, y buscan en otros credos el abrigo que, erróneamente, creen que un dios distinto puede otorgarles. Esos descarriados indagan en los textos de otras religiones y ponen en práctica rituales y sacrificios que tiempo atrás, cuando el bautismo aún no había purificado estas tierras, tenían sumido al pueblo en una era de oscurantismo.

—¿Reside aquí, en Mallaig? —preguntó Madre, atando un poco más corto el nudo. Al caballero no parecía importunarle la presencia del cepo, por otro lado.

—Vivo en la casa roja de la colina. —Miró en una dirección concreta, como si la pared de la iglesia fuese transparente—. Inconfundible no solo por el color, sino porque es una de las más grandes del pueblo.

—Bien, bien. ¿Y es practicante hasta el punto de acudir a la iglesia cada domingo, sin faltar?

—Así me criaron mis padres, y a menos que las obligaciones me lo impidan, aquí estaré. Es más, prometo rondar esta misma columna, por si usted vuelve a sentir la llamada del pastor.

—Oh, la sentiré —aseveró Madre—. Por eso no debe preocuparse.

—… ¿Somos capaces de abandonar las creencias que envenenan nuestras mentes, y regresar al redil con la cabeza gacha y la actitud mansa que nos acabará salvando? —Se preguntaba Tinker, con una voz tan afectada que parecía que Escocia misma dependía de la respuesta—. Bocas llenas de iniquidad acariciarán nuestros oídos con promesas de poder y gloria profana, pero a los verdaderos cristianos esas palabras les provocan aversión. ¡Risa, incluso! Los únicos rituales que podemos realizar con la confianza de que darán fruto son los aquí descritos. —Elevó la Biblia con la mano—. Alejaos, pues, de los que veneran a las bestias como si fueran dioses, y se arrastran junto a ellas por el fango y tienen insectos por todo alimento. Los soldados del Señor vendrán pronto a ajusticiar a esos depravados, y ya no habrá más peligro, ni más muerte…

La multitud rugió, encendida por las palabras del presbítero, y se oyeron aplausos y exclamaciones piadosas. El aya también asentía, comulgando sin demasiado esfuerzo con el mensaje del pastor.

—Desde luego, Tinker sabe cómo ganarse a su público —comentó James con un punto de humor socarrón.

—¿A qué se refiere con que los soldados de Cristo vendrán a ajusticiar a los pecadores? —pregunté a la abuela. Esta se encogió de hombros. Había oído tantas veces ese mismo discurso que aceptaba el hecho de que las promesas eran más poéticas que reales. Pero Tinker había cargado con tanto fervor el sermón que, al menos a mí, me dio la impresión de que en cualquier momento desembarcarían en la costa legiones de inquisidores, mosquetes en mano, para limpiar de herejes las tierras de Escocia.

Abandonamos la iglesia por el mismo método que entramos: siendo arrastradas por la corriente. Mientras Madre se despedía del guapo James, me encontré dándole vueltas a una segunda lectura de las palabras del pastor. Había una interpretación de las mismas que me causaba inquietud.

Tinker hizo hincapié en castigar a los impuros que practicaban rituales ajenos a nuestra fe. Nos advirtió de los peligros de buscar dones en áreas de misticismo paganas. Pero… ¿a qué venía tanto temor por las consecuencias, si los únicos prodigios reales solo podía realizarlos el Cristo?

Desde el momento en que Tinker admitía que acudiendo a magias extrañas podíamos caer presa de su influjo, estaba concediendo verosimilitud a esas magias. Es decir, que los prodigios ya no solo podía hacerlos nuestro Dios Padre. Y si había poder fuera del cristianismo, es que esta no era la única religión verdadera.

Me estaba preocupando demasiado. Reí en voz baja, pensando en lo curiosos que eran mis temores. Decidí que no valía la pena preocuparse por ello. Si de verdad los dioses antiguos habían existido, y aún se escondían en alguna parte, a salvo de la ola purificadora del bautismo…, los modernos cruzados armados de mosquetes y lombardas les darían una merecida lección. Seguro.

III. EL HABITANTE DE LA MONTAÑA

Ceremonias inusuales y paseos por el campo – El ermitaño y el rey de la montaña – Un hijo bastardo para un cura

1.

En medio del pánico de por la mañana, el ama Delphine navegaba con calma hacia la lavandería como un velero que transportara un cargamento de sábanas. También llevaba instrucciones de preparar un febrífugo para Isaiah, una receta extraída de uno de los misteriosos libros de Padre y que este había tenido a bien traducirle de una lengua muerta. Las siguientes noches que pasamos en Caer Minloch habían sido iguales que la primera, con fuertes ráfagas de viento y gritos procedentes del cuarto de mi hermano. Pero los criados habían cumplido las órdenes, manteniéndose al margen y dejando que los problemas de mi familia se resolvieran por sí solos.

En el fondo, tanto misterio les venía bien; apostaría a que las conversaciones mantenidas por encima de los saleros habían sido aburridas y estériles hasta que llegamos nosotros.

Una de las primeras cosas que Padre había hecho nada más elegir la habitación que sería su despacho fue abrir el arcón para airear su preciosa carga de libros. Entronizado en su sillón de escribir, Padre nos concedió un privilegio que raramente otorgaba a nadie, y fue dejarnos ver sus libros, y lo que es más, ¡ayudarle a colocarlos en los estantes!

Estaba tan emocionada que me temblaban las manos.

La ceremonia comenzó con Padre destrabando los cinturones que mantenían bien cerrada la tapa; abrió los candados y apartó el forro interior que protegía los volúmenes, una especie de abrigo de piel que se había traído de su último viaje a los países nórdicos. Al apartar aquella espesa capa, mis dedos se posaron con reverencia

en los cantos de unos libros viejísimos, apergaminados y con marcas del maltrato del tiempo y de amos menos considerados. Algunos hasta tenían mordeduras de rata y rastros de llamas que se acercaron demasiado a sus lomos.

La mayoría estaban escritos a mano. Las caligrafías que alcancé a ver mientras me hacía la ocupada ordenando los estantes eran apresuradas, nerviosas, como si el contenido fuera demasiado importante para confiarlo a un amanuense, o sus dueños estuviesen redactando en la clandestinidad, temerosos de que cualquiera pudiese sorprenderlos en semejante pecado.

Me resultó más sencillo leer los títulos que rubricaban las tapas: por mis manos pasaron ejemplares del *Agrícola: Germania*[7] de Publio Cornelio Tácito, el *Historiae Danicae Libris* del danés Saxo Grammaticus[8], e incluso un raro manuscrito encuadernado en piel de iguana titulado *Die Emeis*, que según explicó Padre contenía la única transcripción fidedigna del famoso «Sermón sobre los licántropos» con el que un sacerdote luterano[9] había conmocionado a su parroquia allá por el siglo XVI.

Por qué Padre sentía tanto interés por semejantes temas era algo que se me escapaba. No me pareció extraño ver junto a aquellos libros unos compendios sobre flora y fauna de regiones remotas, pero… ¿sermones sobre licantropía y sagas nórdicas? ¿Por qué motivo fascinaban a Padre semejantes temas, además de para entretenerlo llenando de color y de historias humorísticas las horas muertas?

Por cortesía, no le pregunté nada en aquel momento. Si volvíamos a coincidir en el carruaje, a solas, lo interrogaría con mucha sutileza, pero aquel no era ni el momento ni el lugar. Además, mi curiosidad se vio inmediatamente desviada hacia otro asunto, pues hubo un libro que Padre no quiso que nadie tocara. Ni Madre, ni la abuela ni yo, que fuimos sus brazos aquella mañana. Estuvo atento en todo momento al instante en que su lomo, pintado de un negro sucio, asomaría entre la pila de volúmenes.

En cuanto esto ocurrió, nos apartó con cierta brusquedad y dijo:

—Yo me encargaré de ese, no lo toquéis. —Compuso una expresión severa—. Hacedme sitio.

Y eso fue todo. Padre se puso unos guantes y sacó el libro sin tocarlo directamente, sino empleando una especie de tenaza. Madre y yo cruzamos una mirada de asombro.

Si aquel libro tenía letras estampadas que indicasen su título o autor, debían de ser en negro sobre negro, pues no pude distinguir la menor grafía. Las tapas, eso sí, parecían forjadas en un metal herrumbroso, y los cantos de las hojas tenían un

reborde brillante, puede que también metálico. Y habría asegurado que tan cortante como una hojilla de afeitar.

Qué locura. ¿Quién iba a diferenciar hoja por hoja un tomo de más de trescientas páginas, usando guías afiladas que pudiesen herir los dedos del lector y manchar las hojas de sangre a medida que las fuera pasando? ¿Qué encuadernador estaría tan enfermo?

Sea como fuere, Padre pidió que lo dejásemos a solas en el despacho cuando aquel libro siniestro abandonó el arcón. Por lo que yo misma le sonsacaría al ama de llaves después, fue de ese tomo de donde sacó la receta con la que mandó a Delphine a la cocina. El febrífugo haría que la adaptación de Isaiah a su nuevo entorno fuese menos problemática, cosa de la que me alegré… pero no me sentí tan contenta al saber de dónde habían salido las fórmulas para su elaboración.

Aquel inquietante libro con hojas que parecían espadas me provocaba escalofríos.

Dulsie estaba esperándome para ir a comprar leche. El día anterior la había interrogado sobre sus quehaceres (teniendo a Mary como intérprete), y me contó que uno de los deberes de la semana, además de limpiar el suelo y cuajar manteca, era recorrer el páramo en busca de los pastores para negociar la compra de leche. Me resultó curioso que el ama confiase una tarea tan importante a una chiquilla, pero si se fiaba de ella hasta ese punto, por algo sería.

Dulsie era tan hermosa y pizpireta que compensaba con su profunda mirada azul los defectos en el idioma. Al cabo de pocos días desde su llegada a la isla ya la conocían la mitad de los pastores, e incluso se dirigían a ella usando algunas expresiones en su extraña lengua. La piel de sus manos estaba un poco embastecida por las labores de cocina, pero su carita resplandecía con la alegría de la juventud, róseos los labios, aframbuesadas las mejillas, emburujados los ojos de tanto guiñarlos bajo el sol del mediodía.

Aquella mañana me reuní con Dulsie apenas salí del despacho, y juntas nos alejamos de la mansión páramo adentro. El tardío amanecer supuraba oro pálido entre las columnas del porche y acariciaba con suavidad las hojas de los arbustos.

Qué distinto lucía aquel lugar durante el día. Invitaba a caminar sin descanso hasta coronar alguno de sus cercanos horizontes. Quería preguntarle varias cosas a la

chiquilla, pero aunque ella parecía entendernos a los demás, solo respondía en su complejo dialecto.

Inesperadamente, fue Dulsie quien rompió el silencio.

—Tomillo bueno… *fainly gleist*, fiebre *recorum*.

—¿Disculpa? —Comprendí que no iba a ser capaz de decírmelo de otra forma, así que hice un esfuerzo—: El tomillo… ¿es bueno para la fiebre?

La joven asintió.

—Tejo bueno también… Crece en… cementerios —continuó, esforzándose por emplear la mayor cantidad posible de vocablos en mi idioma—. *Pauca sed bona* frutos. También boj… rapónchigo y lupa salvia… Alivian dolor… mezcladas en… tisana.

—Entiendes bastante de hierbas —dije—. ¿Quién te enseñó, los monjes?

Dulsie movió afirmativamente la cabeza. La imaginé trabajando de sol a sol en un huerto protegido por altos muros, aprendiendo un oficio que bien podría servirle de mucho cuando fuese mayor, o bien de nada. Todo dependía de si alguna vez conseguía escapar de aquella vida y encontrar marido. Seguramente, los monjes se habrían encargado de mantenerla a salvo de los jovenzuelos que podrían importunarla con sus madrigales.

Ante ese árido panorama, sin otros jóvenes de su edad de los que copiar conductas, a la bella Dulsie no le habría quedado más remedio que refugiarse en los rezos y el estudio de las hierbas. No era de extrañar, pues, que pese a su corta edad fuese toda una experta en la materia.

—¿Crees que esas tisanas aliviarán el sufrimiento de mi hermano?

Hizo un gesto ambiguo con los hombros, como queriendo decir «depende de su origen», o tal vez «la naturaleza ayuda, pero no hace milagros».

—Por probar no perdemos nada —concedí—, pero te advierto que los mejores médicos de Francia han tratado a Isaiah, y mi padre se encuentra entre ellos. Si con toda su sabiduría no han podido hacer nada por curarlo, dudo que unas simples hierbas puedan.

—Curar… solo Dios puede. *Imo pectore*, frutos tierra… *chadnaiis vor*, mejor que plegaria.

En eso tenía razón. Los frutos de la tierra solían ser mejor cura para las afecciones de la carne que las plegarias. A fin de cuentas, ¿no eran los preparados de los médicos variantes formulaicas de los secretos de la naturaleza, aquellos con los que el hombre llevaba lidiando desde la génesis del mundo?

Me estaba preguntado si Padre conocería las peculiares dotes de la muchacha,

cuando noté una molestia en el empeine. Me miré los pies. Los estaba inclinando hacia atrás al caminar, ya que el terreno comenzaba a ascender ligeramente, pasando de páramo a colina en menos de un kilómetro. Oteé sobre el hombro y vi la mansión a lo lejos, convertida en una casa de muñecas; estaba tan entretenida descifrando la charla de Dulsie que ni me percaté de cuánto habíamos recorrido ya.

—Pastores cruzan aquí —dijo la joven, señalando una especie de vereda que serpenteaba entre colinas—. Yo dinero. —Abrió la bolsa que le había dado el ama—. *Cuique suum*.

—Guárdalo hasta que hayamos avistado un rebaño —aconsejé—. Aunque la verdad… aquí no habrán demasiados salteadores de caminos de los que tengamos que preocuparnos.

Miré al Cullin. Desde esta perspectiva se veía distinto que desde mi habitación, más ancho y plano. Incluso se apreciaban siluetas de casitas de pastores, pequeñas y rectangulares, abrazadas por minúsculos huertos.

Me pregunté si alguna de las que estaba mirando era la que el pastor Laycock había elegido para su forzoso retiro espiritual.

—Oye, ¿sabes si el presbítero vive allá arriba?

Dulsie examinó las quebradas, levantó una mano y señaló una motita pálida que destacaba cerca de la cumbre.

—*Dot*.

Me sorprendió su seguridad. Se notaba que las noticias viajaban rápido en las alforjas de la servidumbre. Alguien había debido de obtener alguna prueba de que aquella, en concreto, era la morada del pastor, y el secreto había aguantado el tiempo de hacer un pleno para elaborar la siguiente cena.

Sentí que el calor se instalaba en mis mejillas.

—¿Por qué no nos acercamos? —Propuse a lo loco—. Seguro que allá arriba también habrá rebaños.

Dulsie pareció turbada, como si la idea la sedujese y asustase al tiempo.

—¿Ocurre algo?

—Si quiere… *shallorn* subir. Pero no… no alejarnos… demasiado… sendero.

—Despreocúpate, no tengo los pies como para trepar hasta la meseta —sonreí—. Solo quiero ver esa cabaña más de cerca.

Dulsie me siguió a regañadientes. Yo estaba sorprendida y algo escandalizada ante mi propia intrepidez. ¿Qué hacía una joven recta y apocada escalando la colina, teniendo cuidado de dónde pisaba para no hundir el tobillo en un zarzal, solo por satisfacer el capricho de ver a un hombre? ¿Qué pensaría Madre si llegara a…?

Si llegara. Esa era la clave. Tendría que hablar con Dulsie en cuanto acabara el paseo para que mantuviese la boca cerrada respecto a los pormenores de nuestra aventura.

Al fin y al cabo, en ningún lugar estaba escrito que las jovencitas de buena familia no pudiésemos hacer novillos.

El paseo no duró mucho. A la altura de la siguiente loma ya distinguíamos la pequeña casita solariega y el huerto que la adornaba como una diadema de sésamo.

En cuanto la coronamos nos echamos detrás de unas zarzas. No era descabellado pensar que si podíamos ver al habitante de la casa, él estaba en mejor posición para divisarnos a nosotras. Así pues, ocultas e inmersas en plena travesura, reímos por lo bajo y nos cubrimos los ojos con las manos, a modo de visera, para que el sol no restara nitidez al cuadro.

El tal Laycock tenía que ser por fuerza un hombre hacendoso. A la puerta destartalada le habían reforzado los goznes. Las ventanas bostezaban sin postigos, pero unas cortinas se encargaban de mantener a salvo el interior del estrago del viento. Se notaban algunos arreglos en el tejado de cañizo, y había partes de la cerca cuya madera lucía más joven y brillante que el resto, menos castigada por la intemperie.

El huerto estaba bien organizado, peinado en pulcras hileras para que las legumbres no se robasen mutuamente el agua, y había incluso un árbol frutal, un manzano, cuya fronda daba cobijo a la casa.

Entonces asistimos a dos sucesos tan dispares como sorprendentes. Por un lado, un enorme ciervo apareció trepando por la colina de Laycock. Había visto ciervos en Francia, pero ninguno tan majestuoso como aquel, coronado con una osamenta ramificada que lo hacía parecer un verdadero rey entre bestias menos nobles.

Y muy cerca, asomándose desde la parte de atrás de la casa, alertado por la presencia del animal, apareció Laycock.

Agachamos las cabezas hasta casi enterrarlas en las zarzas. Aparté delicadamente unas ramas, procurando no pincharme, para no perder detalle de lo que sucedía.

El pastor, si es que se trataba de él (a esta distancia ni Dulsie era capaz de asegurarlo) era bajo de estatura y corto de espaldas, aunque sus brazos y piernas, a los que no cubría ninguna tela, estaban acostumbrados al trabajo duro. Tenía las mejillas

replegadas y la mandíbula fina, de mujer; llevaba el pelo trigueño corto a la altura del cuello, con un flequillo que le cruzaba la frente y que alteraba de alguna forma la simetría de su cara. No parecía un hombre guapo, pero emanaba un poderoso atractivo físico que incluso desde aquella distancia me pareció herético.

Ambos se quedaron paralizados, sosteniéndose la mirada, como si el humano también luciese una corona sobre la frente que pudiera legitimarlo como auténtico dueño de la tierra. El ciervo estuvo atento a su mirada, a sus movimientos, perdido en cábalas de líder de manada, hasta que al final se rindió. Con un resoplido, hizo un gesto de desafío con la cornamenta, sacudiéndola majestuosamente en el aire, elevó las patas delanteras, y desapareció de unos cuantos saltos colina abajo.

Laycock siguió mirando el lugar por donde se había ido, ponderando quizá el significado místico de aquel encuentro, y volvió a sus quehaceres.

Dulsie y yo ahogamos una exclamación, nuestras orejas encendidas por el rubor. Nos sentíamos increíblemente afortunadas por haber asistido, aunque fuera de tapadillo, a semejante espectáculo, y ardíamos en deseos de contárselo a alguien. Ella no tendría problemas en hacerlo, pero si yo quería ocultarle a Madre esta aventura tenía que ser discreta.

Por otro lado, pensé, tal vez no fuese tan buena idea mantenerla al margen. Sobre estas cosas nunca hablaría con Dulsie, por supuesto, y muchísimo menos con Padre, pero la verdad es que estaba al tanto de las prácticas tan ligadas al mundo femenino que Madre y el aya solían llevar a cabo en fechas sensibles del calendario. Esas «prácticas», que Padre habría condenado con dureza dadas sus creencias científicas, no pasaban de cumplir con ciertos rituales destinados a mejorar la suerte, o a invocar mejorías para un estado de gripe, o para alguna apuesta comercial arriesgada.

Seguro que Madre, por lo tanto, sabría leer entre líneas en estos prodigios, y averiguaría si el silencioso encuentro del pastor con el ciervo llevaba aparejados augurios.

—Minloch volver —susurró Dulsie, e hizo el ademán de ponerse en pie. Miré una última vez hacia la casa, esperanzada, pero la silueta del pastor no volvió a aparecer.

Resignada, me di la vuelta…

… Y tuve el peor susto desde que había puesto un pie en Rhum.

2.

El niño estaba a menos de tres metros de nosotras, escrutando la loma con ojillos

siniestros; ojos en cuyas profundidades ardían unas pupilas que me parecieron demasiado anchas y negras para alguien de su edad. Eran los que cabría encontrar en un carnero o en un ciervo añal, pero nunca en un chaval de ocho o nueve años de aspecto harapiento y con cara de haber pasado más hambre que gozo.

Dulsie se quedó tan paralizada como yo al verlo. Instintivamente, alargó la mano y aferró la mía como una tenaza. Por fortuna, no tardé más que unos segundos en recobrar la compostura (mientras respiraba hondo para controlar los latidos de mi corazón).

Dado que el zagal no parecía dispuesto a romper el hielo, tuve que ser la primera en hablar.

—¿Y bien? —Puse los brazos en jarras—. ¿Vas a quedarte ahí mirándonos, tieso como un pasmarote, o nos dirás quién eres?

El chico prolongó el silencio. Mis ojos se endurecieron, acercando las cejas al puente de la nariz.

—¿Eres el hijo de algún ganadero, o te parieron las piedras en esta misma colina?

El niño estaba tan quieto que parecía una estatua. Tenía los músculos en tensión, pero esa tensión no iba a ninguna parte. Sus ojos de carbón pasaban rápidamente de Dulsie a mí y viceversa, y casi nunca se detenían en nuestras caras. Sonrojándome, me di cuenta de que el chaval no le quitaba ojo a nuestros escotes, y que su mano derecha colgaba peligrosamente cerca de su entrepierna, rozándola de vez en cuando con el pulgar. Parecía un salvaje de esos que nunca aprendieron a vivir en los pueblos, y que por lo normal eran abatidos junto a los zorros por alguna partida de caza, por esconderse demasiado bien en la foresta.

Mi nerviosismo aumentaba, y dado que el repelente niño no mostraba signos de vida aparte de mover los ojos y respirar, forcé a Dulsie a moverse.

—Bueno, si piensas quedarte ahí como un poste…

—¡Soy el hijo del cura! —exclamó, con una voz tan rasposa y craquelada como la gravilla que pisaban sus pies desnudos.

Nos detuvimos en seco. El zagal se movió como una serpiente, manteniendo una curvatura inusual en la columna. Estaba a solo dos metros, distancia suficiente para apreciar una mancha que le había crecido como una enfermedad de la piel, en la parte posterior del cuello, pero que no parecía natural. Era como si alguien le hubiese tatuado una escena de bocas hambrientas y colmillos manipulando la aguja desde dentro del cuerpo, no desde el exterior.

Confieso que sentí miedo. Y Dulsie también, a tenor de cómo me estrujaba la mano.

—¿Qué cura? —pregunté—. ¿Hay católicos en la isla?

—Los hubo —siseó, y no se molestó en dar más explicaciones. En realidad no estaba bloqueando el camino de regreso al páramo, así que podríamos seguir bajando y pasarlo de largo en cualquier momento. Pero no me hacía ninguna gracia la idea de tener a semejante elemento pisándome los talones y mirándome con avaricia el trasero.

—¿Para qué has venido?

—¿Para qué habéis venido vosotras? —Se defendió, aún más hosco y desagradable que yo—. ¡Esta es mi casa!

—¿Tu casa? ¿A cuál te refieres, a esa de la colina? —Recé interiormente para que el pequeño monstruo no señalase la misma en la que habitaba Laycock, pero el niño se limitó a abrir los brazos y abarcar de una pasada el Cullin entero.

—Mi casa. Mi tierra. Santuario.

—Ya veo. La montaña entera te pertenece —dije con sorna—. Albricias, Dulsie, si resulta que estamos hablando con un terrateniente.

El niño ensayó una sonrisa macabra.

—No, a mí no. Pertenece a los espíritus —murmuró—. Terribles presagios leo en el viento y en la lluvia. Los habitantes ancestrales están inquietos. Vuestra llegada, trayendo una execración de tierras distantes, perturba su descanso.

Hice un esfuerzo por contener la risa. Aquel niño hablaba igual que las santeras de los pueblos y las ferias ambulantes, con ese tono infausto de las grandes revelaciones. ¡Execración, nada menos! ¿Sabría lo que significaba? La palabreja no resultaba chocante en una anciana apergaminada que se esconde tras su bola de cristal, pero sí en un chico de esa edad.

—A menos que tus espíritus vivan en Caer Minloch, me parece que no estamos perturbando el descanso de nadie. Ahora vete, que no nos dejas bajar.

El niño nos contempló en silencio, las cejas amartilladas entre el desprecio y la burla. No dejaba de mirarnos el escote, ni a mí ni, lo que era peor, a la cándida Dulsie. Su expresión me hizo imaginar un lince al acecho de su presa, en un sitio de árboles nudosos a los que incluso añadí parches de espinos que los asfixiaban.

Cuando creí que el niño había adoptado una pose y no iba a moverse de ella, se nos aproximó súbitamente tres pasos (las dos salimos repelidas hacia atrás la misma distancia, y estuvimos a punto de meter los pies en la zarza). Nos señaló con un dedo.

—Esta noche será la primera en que se escuchará de nuevo al *wellen* correr libre por los campos, mujer —advirtió—. Demasiado tiempo ha dormido ya, y tiene hambre. Pobres de quienes no cumplan con los rituales al caer el alba, beban sangre

de raposa o coman de la placenta recién expulsada de una parturienta, porque no estarán a salvo ni interponiendo ante su pecho una cruz de oro.

Aquella asquerosidad fue la que me decidió a emprender la marcha. Tiré de Dulsie y bajamos a toda prisa por la colina, dejando atrás al grotesco niño.

—¿Qué ha querido decir con eso? —jadeé—. Esa palabra en gaélico…

—*Wellen* —repitió Dulsie—. Lobo.

No llegamos al páramo sin que mirase por encima del hombro al menos una docena de veces para controlar al niño, por si le daba por perseguirnos. Pero, gracias a Dios, no se movió de aquel lugar. Dulsie estaba mucho más intranquila que yo, y tropezó varias veces. En una incluso colgó de mi brazo, en peso muerto, y tuve que dar un fuerte tirón para plantarla de nuevo en sus zapatos.

—Vamos, no te rezagues —espeté—. Oye, ¿los pastores de Rhum son todos así, o nos hemos topado con el loco de la isla?

Dulsie no respondió.

A la siguiente vez que volví la cabeza, el niño ya no estaba.

IV. LA NOCHE INFERNAL

Una reunión de costura ligera y una broma pesada – Rezos y malos augurios bajo el muérdago – El primer Horror Auténtico de mi vida – Una huida hacia ninguna parte

1.

Era media tarde cuando regresamos a Caer Minloch, cumplida nuestra misión de obtener leche. Madre no lo expresó con esas palabras, pero en la familia estábamos acostumbrados a que la buena leche de oveja formase parte de nuestra dieta, y no concebíamos un desayuno sin ella.

El encuentro con el extraño niño nos había dejado bastante turbadas, aunque no como para dejar que el miedo a la superstición nos cegara la vista. Dulsie propuso un rápido retorno a casa, pero la convencí de que unas mujeres hechas y derechas no tenían por qué asustarse de las locuras de un cabrero. Así que cogimos las cestas, las afianzamos bien sobre el hombro, y bordeamos las colinas hasta que dimos con un rebaño. Gracias a Dios, su dueño era un hombre normal, incluso encantador, y se ofreció a acercarse periódicamente por la mansión para llevarnos leche y que no tuviésemos que salir a buscarla.

Al regresar, encontré a Madre y al aya cosiendo en el salón regio. Y había una invitada de honor en su círculo de costura: Mary. La criada se manejaba con las agujas tan bien como ellas, marcando el *staccato* con que las puntadas caían sobre la tela.

El aya pugnaba con dedos reumáticos por coser un adorno a la chaquetilla de alamares de Padre. Al verme se le iluminó la cara.

—¡Sabine! Mira qué agradable sorpresa nos deparaba esta chiquilla. —Le dio un pellizco en el hombro a Mary—. Y qué calladito se lo tenía. ¡Sabe zurcir mejor que nosotras!

—Mejor que las señoras no —se excusó la sirvienta, como si la destreza fuese un pecado—. Tengo otro estilo, simplemente. Mi tía era costurera en Mallaig.

—¿Habéis traído la leche? —preguntó Madre.

—Sí, Dulsie la llevó a la despensa. Hay suficiente para el desayuno de mañana, pero no te preocupes: he negociado con un pastor que venga cada par de días a traernos más —añadí, satisfecha de mí misma. Madre me dedicó una sonrisa tan grata que dudé en contarle lo otro—. Madre, yo…

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Por qué estás tan agitada? —preguntó—. No me digas que os habéis bebido medio cántaro por el camino sin decirnos nada.

—Madre, tuvimos un encuentro en las colinas.

Tres agujas quedaron suspendidas en el aire.

—¿Un encuentro? ¿De qué clase?

Les relaté de manera un tanto suavizada nuestro tropiezo con el niño, omitiendo los detalles más inquietantes. No quería preocuparlas más de lo debido. También prescindí de la parte en la que explicaba por qué habíamos subido hasta la colina, para ver la casa de un hombre…, pero no la de la horrenda profecía que aquel zagal nos había hecho. Esa la referí con pelos y señales.

—El niño nos habló de los espíritus de la montaña, y aseguró que esta noche correrían libres y hambrientos por los campos —concluí—. Madre, ¿está Padre en su despacho? Me gustaría preguntarle algo.

—No, cariño. Ha ido a Mallaig con el ama Delphine para encargar unas tuberías para la caldera del sótano. Está muy estropeada.

Di un respingo.

—¿Padre se ha ido? ¿Cuándo volverá?

—Regresarán mañana, a media tarde. —Torció el gesto—. ¿A qué viene tanta preocupación, Sabine? ¿Te ha asustado ese muchacho con sus fantasías?

—No, es solo que… —Me arrodillé a su lado, bien encajada entre sus faldas y las del aya. Era un lugar donde me sentía a salvo de casi cualquier cosa desde que era pequeña—. Sabes que Padre ha hecho lo imposible por inculcarme su manera racional de ver el mundo. Pero a ti… te he visto hacer cosas. Cosas que no tienen explicación.

A Madre se le escapó una mirada furtiva hacia la criada, dudando de si sería bueno que escuchase esto. No costaba imaginar con qué fuerza zapateaban las lenguas en las cocinas. Pero no le pidió que se marchara, así que continué:

—No es que crea en nada de lo que ese loco nos dijo, pero sería más tranquilizador para todos si…

—No te preocupes —comprendió Madre—. Esta noche consultaré las hojas del té y el muérdago. Si eso consigue que duermas mejor, y aprovechando que Padre no está

en la casa, podríamos hacer entre todas algún rezo para espantar el mal de ojo.

Respiré. Sí, eso era precisamente lo que quería.

—Gracias, Madre.

Un sonido provino del otro lado de la puerta. Por un momento pensé que Padre no se había ido y que había estado escuchando la conversación. Pero el sonido no era de pasos, sino el de unos tacos de madera que golpeaban rítmicamente el suelo.

—Ábrele al señorito Isaiah, Mary —pidió el aya.

Mi hermano entró en la habitación ayudado por unas muletas. Se había vestido él solo, lo cual ya era meritorio, pero lo que más me impresionó fue que se las había arreglado para bajar la escalera.

—Mamá —saludó. Isaiah era el único al que Madre consentía que la llamase de una manera tan familiar. Ni siquiera Padre tenía ese privilegio en presencia de terceros.

—Ven, precioso mío. —Se levantó y le dio un fuerte abrazo. Al instante retrocedió, arrugando la nariz como una pasa—. ¡Isaiah! ¿No te has lavado esta mañana?

Mi hermano puso cara de saber que estaba haciendo algo mal, y que daba igual porque se lo acabarían perdonando. Sabía jugar sus cartas, el muy…

—Mary, si tienes la bondad, lleva al señorito al excusado y que se dé un buen baño. —La criada obedeció, dejando los útiles de costura en el suelo. Pensé que la cosa había acabado ahí, pero entonces Madre me miró, y supe que lo que iba a decirme no me gustaría—. Sabine, si es la primera vez que ella va a bañar a tu hermano, ya sabes las recomendaciones que hay que darle. Acompáñala, por favor.

—¡Pero Madre…!

—No protestes.

A regañadientes, seguí a Mary escaleras arriba, hasta el excusado del segundo piso. Procedimos a sentar a mi hermano en un taburete e irle quitando la ropa. Esta abultaba como un saco sobre el torso retorcido, las costillas sobresalientes y la cintura ladeada, por lo que visto desde fuera no parecía que su cuerpo fuera tan deforme. Pero a medida que íbamos retirando las capas, el rostro de Mary se arrugaba por la impresión. Probablemente hasta ese momento no se le habría ocurrido que la Naturaleza pudiera hacerle algo así a un hombre, y permitirle vivir para contarlo.

—Madre dice que fueron las estrellas, que seguían una alineación espantosa cuando nació —dije, ayudando a Isaiah a meterse en la tinaja—. Padre opina, sin embargo, que algún factor nocivo influyó en el embarazo y alteró el desarrollo del feto. Algún tipo de toxina. En realidad —alcé los hombros—, ninguna de las dos

explicaciones descarta la otra.

—Cristo misericordioso —susurró Mary, calentando el agua con un brasero. Hasta que Padre arreglase la caldera habría que recurrir a aquellos métodos—. Lo siento, señora, es que… nunca antes había visto…

—No te excuses, sé que mi hermano no es una visión placentera. Ni la primera ni la última vez que lo miras. —Isaiah me dedicó un gesto de desprecio al oír aquello, pero no dijo nada. Como era habitual, estaba medio sumido en un estado introspectivo que solo abandonaba de vez en cuando, como si su mente solo soportase el mundo real a intervalos—. Aunque una se termina acostumbrando a la fealdad.

—¿Cuál creéis que es la explicación más sensata? ¿Estrellas o toxinas?

No supe qué responderle. ¿El misticismo de Madre o la racionalidad de Padre? En realidad, aún no habíamos encontrado pruebas fehacientes para ninguno de las dos, aunque la ciencia tenía las de ganar. Lo cual, para los asuntos referidos al mundo cotidiano, era reconfortante.

—Quién sabe. Puede que ambas. A lo mejor una es la consecuencia directa de la otra. —Froté los dedos de Isaiah—. Atiende, Mary, porque esto lo tendrás que hacer tú sola a partir de ahora, ¿vale? El cuerpo de Isaiah es muy frágil. Más que una porcelana, aunque no lo parezca. Algo en sus huesos… bueno, lo que quiero decir es que cuando le estires los miembros para frotar los pliegues, no los tenses nunca del todo. —Ilustré el consejo desenrollando el índice y el anular de su mano izquierda, que casi siempre llevaba contraídos, pero me detuve antes de conseguir la alineación completa de las falanges con la muñeca—. Si fuerzas mucho la rigidez, le duele. Y esto se aplica también a la parte interior de las rodillas y a los codos. Una vez logras estirarlo tanto como para introducir la esponja, haces así.

Froté en lentos movimientos circulares, como me había enseñado Padre hacía años, cuando no era más que una niña y me sentía orgullosa de tener un hermanito más pequeño e inválido que cuidar, una especie de mascota que estaba bajo mi responsabilidad. Lo que en aquel entonces no sabía era que los inválidos no siempre devuelven los favores prestados con amor, sino que el humor se les agria hasta el punto de descargar toda la ira y el malestar sobre sus seres queridos.

Así era mi hermano, así había sido desde que nació, y nada hacía presagiar que cambiaría en el futuro. Pero en lugar de advertirle sobre su carácter a Mary, opté por dejar que lo descubriese ella sola. Si no, iba a pensar que calumniaba a Isaiah porque me poseían los celos. Lo que sí le dije fue:

—Has de tener cuidado. Que no te engañe su aspecto desvalido, porque es un

verdadero diablillo y tratará de asustarte a la primera ocasión. —Le retorcí con suavidad una oreja. Isaiah me enseñó la lengua—. Se divierte haciendo trastadas.

—Ya… es la vieja cantinela —dijo Mary—. Si nos fiamos meramente del aspecto externo de las personas, corremos el peligro de que el Mal nos clave un puñal por la espalda.

—¿Por qué lo dices?

—Dulsie me contó una historia sobre algo terrible que sucedió en el monasterio donde vivía —recordó mientras reproducía con exactitud mis maniobras con la esponja. Isaiah permanecía callado, dejándonos hacer, aunque no se perdía ni un ápice de lo que hablábamos—. Ella era muy pequeña, pero lo recuerda con asombrosa exactitud.

—¿De qué se trata?

—Los monjes acogieron a un vagabundo por un par de noches, haciéndole pagar el hospedaje con trabajo. Desde el principio les pareció un hombre muy normal, incapaz de hacer ningún daño, incluso enclenque para la dura vida de los caminos. Sin embargo, en el transcurso de la segunda noche, se oyó un espantoso grito procedente de una de las celdas. —Mary hizo una pausa, situando en el lugar correcto los retales de la historia—. Los monjes acudieron a toda prisa para ver qué había sucedido. Muchos de ellos vomitaron al echar un vistazo en el interior.

»El vagabundo había descuartizado a uno de los hermanos con las hoces que le habían suministrado para que ayudase en el huerto. Lo encontraron sentado sobre el cadáver, con el arma aún sangrante en la mano, y… que Dios me perdone por decirlo, comiéndose los pies del monje muerto.

La miré horrorizada. Mary seguía con la vista perdida en la nada mientras sus manos frotaban con delicadeza la piel de Isaiah.

—Cuando lo llevaron amarrado a casa del alguacil, el vagabundo dijo que solo quería hacer lo que ordenó Cristo: comer carne de su carne y beber sangre de su sangre. Sangre de sus semejantes. Afirmó que en este mundo había dos clases de lobos, unos cuyo pelaje crece hacia fuera, y otros a los que les crece hacia dentro. Él mismo se confesó miembro de la camada. En el fondo… —Se secó el sudor con la manga. Los braseros desprendían mucho calor—. En el fondo creo que el desgraciado sufría el anhelo pagano de un credo mejor y más misericordioso.

—Por todos los santos, qué historia más horrenda. ¿Qué fue de ese monstruo?

—Lo ahorcaron aquella misma semana, y el abad, que fue testigo de cargo, contó en voz alta los bandazos que dio la cuerda hasta que dejó de moverse. —Se despejó, volviendo a la realidad—. Antes de que todo acabara, los jueces quisieron comprobar

si era cierto aquello de que su pelaje crecía hacia dentro, y lo abrieron en canal mientras aún estaba vivo y colgando de la cuerda[10].

—Es grotesco… —No solo me parecía alarmante la idea de que un suceso como este pudiera haber ocurrido aquí, en Escocia, sino también el hecho de imaginar a una criatura cándida como Dulsie relatándolo con su vocecilla angelical.

—Lo es. Pero creo que la moraleja está clara: una nunca debe fiarse de la apariencia de nadie, por inofensiva que sea, porque es en el interior, en el fuego del alma, donde hierve la verdad de cada uno. Y más de un monstruo se ha ocultado para pasar desapercibido entre sus semejantes tras una fachada de absoluta inocencia.

Ambas nos quedamos mirando el brasero, en silencio.

Entonces mi hermano se apretó el escroto con un dedo y le dijo a Mary:

—¡Sopla, mira qué sé hacer!

Al apretarse sus partes, estas penetraron en el cuerpo y parte del tubo rojo que ocultaba su prepucio salió al exterior como un globo que se infla demasiado. Mary dio un grito antes de salir corriendo del excusado.

Le propiné un fuerte pescozón a Isaiah.

—¡Malo, más que malo! —lo regañé mientras se retorcía de risa en la tinaja—. ¡Eso no se hace!

Ya era demasiado tarde para interceptar a Mary. La pobre bajaba corriendo la escalera dándose con los pies en la grupa.

Me enfrenté con resignación a lo que quedaba del baño. A que iba a ser verdad, después de todo, que el Mal se ocultaba en los recipientes más inesperados…

2.

El efecto desasosegante del relato de Mary todavía revoloteaba en mi cabeza como un sueño del que es complicado evadirse (la típica pesadilla que una trata de sacudirse de encima mientras se castiga los párpados, que no tienen culpa de nada) cuando devolví a Isaiah a su habitación, al cuidado de las criadas, y dirigí mis pasos al dormitorio de Madre. La imagen del reo balanceándose sobre el cadalso volvía una y otra vez.

Me pregunté cómo sería enfrentarse a ese horror, el temor de la muerte cercana y verdadera, que es el que Dios tiene reservado a quienes cometen crímenes de sangre. ¿Podría la bella Dulsie haberle preparado, en un último acto de misericordia, un brebaje que sepultara el dolor? ¿Habría consentido el tribunal ese acto de piedad antes de la barbarie?

Era poco probable. Los castigos deben ser ejemplares, nos dijo una vez un párroco en la diócesis de Calvados, en Lion-sur-Mer. Cuando se juzga al Mal absoluto nunca se debe mostrar debilidad, o el Diablo saca partido de ella. Una sentencia muy triste para provenir de los labios de una persona dedicada al bien.

Luego nos describió el Infierno, como si él mismo hubiese caminado por sus fronteras, para que nos hiciésemos una idea de a qué hedían las estepas de la angustia. En mi cabecita de niña transformé aquellas palabras en olores, y distinguí el apelotonamiento del sudor frío y húmedo, el olor de los aceros al rojo, el olor del terciopelo polvoriento, el olor de orquídeas en descomposición, el olor de las lágrimas petrificadas, del llanto árido, del plañido gris, del polvo de azufre, de las lágrimas de cristal, de la piel humana arrancada a tiras.

El mensaje del cura me quedó suficientemente claro. Aquel día aprendí lo que era el temor de Dios, y nunca más se me olvidó.

Al cruzar frente a una ventana advertí que se estaba haciendo de noche. El páramo se deshacía del velo de tranquilidad que en un dulce engaño le prestaba la luz del día y recuperaba su frialdad mórbida. Las sombras merodeaban inquietas cerca de la mansión. Apreté el paso para llegar cuanto antes a la habitación de Madre.

—Pasa —dijo una voz.

No fue Madre quien me invitó a entrar, sino el aya. Habían despejado entre las dos el centro de la estancia, empujando los muebles hacia las paredes. Del gancho de la lámpara de araña colgaba un círculo de ramitas de muérdago, y bajo él, en el suelo, había tres cuencos formando un triángulo. Dentro de cada uno yacían distintas especies de plantas, machacadas con mortero y rociadas con una mezcla de aceites.

Me asombré. Había visto a Madre hacer sus rituales en varias ocasiones, cuando Padre estaba en algún viaje de estudios, pero ninguno había requerido una preparación tan compleja. El único del que me había hablado y que era tan complejo como este, era uno que habían puesto en práctica durante el parto de mi hermano, pues Madre era muy estrecha de caderas y su primer parto (o sea, yo) la había puesto al borde de la muerte.

—Vamos a espantar el mal de ojo de la casa, querida —declaró la abuela, dejando caer sus posaderas en una butaca y señalándome otra—. ¿Has oído hablar del rito de san Aparicio?

—No me suena —respondí, aunque en parte era mentira. Una santera gitana se lo había mencionado a Madre en una feria, justo antes de venderle un amuleto de rabo de lagarto que pagó a precio de oro. Yo aún iba cogida de su mano allá donde fuéramos, y me quedé mirando a aquella vieja sarmentosa, sin saber si había

engañado pérfidamente a Madre o le había hecho un favor.

—Es una costumbre que tiene mil años —explicó Madre, ocupando el tercer y último taburete. Noté que el triángulo que formábamos las tres era complementario al de los cuencos, ocupando con sus vértices los espacios libres—. Data del martirio del santo en Angiers, y se supone que expulsa a los malos espíritus de un lugar cerrado. Si alguna vez te sientes en peligro bajo un techo que no es el tuyo, este ritual te ayudará.

—¿Podemos saber de alguna manera si lo que me dijo aquel chico era cierto? —pregunté, inquieta—. Esta tierra tiene aspecto de albergar presencias muy antiguas, mucho más que las que sentíamos en Francia.

Madre me apartó el flequillo de los ojos.

—Eres sensitiva, Sabine —se alegró—. Eso te honra. Lo que vas a ver esta noche es una prueba de que por tus venas corre sangre de *hume*[11], un don que ha sido herencia de las mujeres de esta familia desde tiempo inmemorial.

—Sé que no toleraría esto, pero me gustaría que Padre estuviese aquí. No es que haya dormido tranquila desde que llegamos a esta maldita isla —rezongué—, pero esta noche tiene algo… un hálito que… —Las palabras se me atascaron en la garganta. Fantasmas así me rondaban de vez en cuando desde que cumplí trece primaveras y recibí la dote de Eva, como la llamaban en brujería, lo cual me facultaba para contribuir con mi propia fuerza espiritual a los rituales. Siempre que experimentaba estas sensaciones, una mano fría e invisible se apoyaba en mi pecho.

—No pienses en los malos augurios o estarás abriendo una puerta para que cristalicen. Concéntrate en el muérdago. Él cribará y purificará tu *hume*.

El ritual comenzó con unos rezos encadenados entre Madre, el aya, y los que brotaban tímidamente de mis labios. Mi cabeza no estaba situada del todo en el ahora: no dejaba de pensar en el relato de Mary, y en que esas cosas realmente eran posibles en esta parte del mundo.

Le eché la culpa a Padre de mi temor. ¿Cómo había podido irse a hacer algo tan trivial como comprar repuestos para la caldera cuando la noche estaba tan… tan negra?

Entonces lo noté.

El silencio.

Había demasiado silencio, y eso que estábamos rondando la hora en que Isaiah entraba en crisis. Rocé con la pierna a Madre, pero su miraba vagaba perdida como un camino que se yugulara una y otra vez al adentrarse en un bosque. El aya también

estaba abstraída; ambas habían cogido sus cuencos y derramaban por el borde las últimas jaculatorias. Plegarias nítidas y prodigiosamente expresadas, como miniaturas en un libro de horas.

No me atreví a interrumpirlas en ese momento. Habría sido como entorpecer con un importuno bostezo la sinfonía que algún geromante, esticomante, litomante, catoptromante o nigromante estuviese interpretando para mí.

Agarré el cuenco y me lo acerqué a la barbilla. Lo sentía caliente, aunque la madera tendría que haber estado fría al tacto.

—Debes buscar en el aceite, Sabine —susurró el aya, plegando los labios hacia atrás para desnudar sus dientes estragados y marrones. Por un instante me dio miedo. Me recordó a una gárgola, una mujer que era más un vestigio del pasado que una prueba del presente—. Asómate a tu futuro, y hazle las preguntas adecuadas.

—Observemos juntas los reflejos del líquido, mi amor —dijo Madre, y sopló la capa de virutas de canela que se había extendido por la superficie—. Preguntémosle por lo que nos depara el destino, para que podamos espantar el mal que anida en la tierra.

Hice lo propio, limpiando el aceite del cuenco con mi aliento para que formara un espejo perfecto, sin impurezas.

Me asomé a sus lóbregas profundidades.

Al principio no distinguí nada. O más bien, no supe interpretar lo que estaba viendo. ¿Eran aquellas manchas fluidas algo más que simples concentraciones de aceite? ¿Estaban contándome una historia los destellos, o no era más que la sombra invertida del muérdago que colgaba sobre mi cabeza, un engaño tan obvio que no podía diferenciarlo de lo trascendente? Pues era cierto que allá abajo, a pocos centímetros de mi naricilla curiosa, se movían figuras de azabache sobre negro, mimos de púrpura y granate. Era como leer el mensaje deletreado por unos guijarros en la escudilla de una gitana.

Logré diferenciar una silueta que permanecía coherente en el líquido. Estaba como en un segundo plano, sin fragmentarse en otras menores, y me estaba mirando. Creí que se trataba del rostro de aquel mozalbete de la colina, pero se me antojó menos desagradable. Más atractivo. ¿El escorzo de nariz chata del apuesto James Buchanan, el hijo del médico que tan hablador se mostró en la iglesia?

Pero no. Era otro hombre. Uno cuyas manos llevaban tatuado un estigma, dos cruces gemelas que rezumaban sangre. Despedía santidad por los cuatro costados, y estaba encarado con una chica que podría ser yo, aunque me pareció demasiado joven.

Había empezado a sonreírle cuando tres cosas sucedieron. Oí un portazo y unos golpes fuertes procedentes del pasillo que lograron sobresaltarme. El reflejo oscuro se rompió en dos mitades, desgarrándose, y fue como si el rostro difuso abriese una enorme boca llena de colmillos. El cuenco se me escapó de las manos para volcar todo su contenido en la alfombra.

Apenas pude controlar el grito que surgió de mi garganta cuando aquella imagen me mostró sus fauces.

—¡Sabine! ¿Qué ocurre? —preguntó Madre, alterada—. ¿Qué has visto?

Mis ojos saltaron como cigarras al pomo de la puerta, que se abría lentamente. Las tres contuvimos la respiración hasta que el familiar rostro de Mary se asomó con timidez a la estancia.

La joven parecía asustada.

—Lo… lo siento muchísimo —balbució—. No quería molestarlas, señoras, pero es que… hay una emergencia.

—¿Sucede algo en la casa? —preguntó Madre, levantándose.

—No, en la casa no. Es fuera, en el páramo. Alguien está gritando, pidiendo ayuda.

Madre se envaró.

—¿Gritando?

3.

Bajamos a toda prisa al recibidor. Madre insistió sobre la visión, pero no le dije nada. No quería hablar de ello de momento. Tenía que reflexionar sobre lo que me había mostrado el cuenco, y prefería hacerlo sola.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Madre cuando nos reunimos con el servicio frente a la puerta principal. Solo faltaba Dulsie. Imaginé que la habrían dejado encargada de Isaiah, porque salvo ellos dos el resto estaba allí: las cinco chicas y los dos mozalbetes que componían la renovada tropa de Delphine (había habido cambios en los últimos días, motivados sobre todo por la predilección de Madre hacia algunos de sus componentes y la manía que les había cogido a otros). Fue uno de los chicos, un adolescente poco agraciado llamado Bert, quien dijo:

—Hay un pastor ahí fuera, merodeando la casa. Dice que algo ha atacado a sus ovejas, y suplica que lo dejemos entrar.

Sentí que el sudor frío que me resbalaba por el escote se convertía en agujas. La

imagen del rostro demoníaco salió una vez más de aquel cuenco para materializarse a mi lado.

—Dejadme ver. —Madre se abrió paso. Observó por el ventanuco de la puerta, adornado con una bella guirnalda de metal. Yo me pegué a su falda.

En el exterior, en efecto, había un hombre, un pastor desaseado que sujetaba a un perro perdiguero. Llevaba una pelliza de piel de cordero echada sobre los hombros, y botas altas rematadas en un anillo de plumas de ganso.

No parecía la clase de persona a la que se le debe permitir entrar en casa de uno por la noche, pensé. Ni por el día.

—¿Qué quiere a estas horas? —preguntó Madre a través del ventanuco. El hombre, como si el resorte del miedo lo hubiese hecho reaccionar, subió de dos zancadas las escalinatas del porche y pegó la cara al cristal. Tenía el semblante pálido, como si una fiebre eruptiva hubiese exprimido torrentes de sudor por todo su cuerpo.

—¡Por Dios misericordioso, señora, os suplico que me dejéis entrar! —gritó—. ¡Hay algo ahí fuera que ha matado a mis animales!

Los que estábamos en el salón cruzamos una mirada de espanto. Madre se aclaró la garganta y, con voz atirantada, le espetó:

—Si realmente habéis sido agredido, no sería juicioso abriros las puertas de la casa de par en par. Id por la parte de atrás, al cuarto de aperos. Allí podréis refugiaros hasta que amanezca.

La puerta tembló. Imaginé los puños del hombre estrellándose contra ella, desesperados. El perro no dejaba de ladrar histérico hacia el manto de niebla que se nos había echado encima y que no dejaba ver absolutamente nada a más de diez metros. Era una gasa blanca, un velo que rodeaba la mansión como el ojo de un huracán perezoso.

—¡En ese cuarto no estaré a salvo! —gimió el pastor. Sollozaba como una damisela, lo cual contrastaba con su aire de bruto campestre y acostumbrado al rigor de la vida sin techo—. Por favor, señora, sé que sois gente de bien. Si alguna vez habéis creído en los Evangelios, os lo suplico, dejadme entrar. Yo…

El perro dio un fuerte tirón y la correa se deslizó de sus manos. El pastor lo llamó inútilmente. No pudo sino contemplar cómo el perdiguero se lanzaba de cabeza hacia la niebla, ladrando como un poseso.

Todos pegamos la nariz contra la ventana, nuestras aceleradas respiraciones haciendo aletear mariposas. Vimos cómo la silueta del perro era engullida por la niebla.

Durante unos instantes nada sucedió. Hasta el pastor se había quedado paralizado,

mirando la bruma con ojos inyectados en sangre.

Entonces se oyó el ruido.

Fue un golpe seco, como un martillazo, seguido por el tableteo de madera rota al caer al suelo. Pero no provenía de la parte delantera de la casa, sino de la trasera.

Mary se dibujó una señal de la cruz en el pecho y susurró:

—Una de las puertas de servicio.

Madre tomó la delantera y guio a la comitiva de sirvientes, en cuyo núcleo más protegido estábamos abrazadas la abuela y yo. Con infinito cuidado fuimos abriendo las puertas del ala posterior de la casa.

De pronto, una idea angustiante cruzó el rostro de Madre.

—¡Isaiah! —exclamó. Me puso una mano en el hombro—. Sabine, sube ahora mismo y quédate con tu hermano.

—¿Y tú?

—Voy a averiguar qué maldita broma es esta. Mary, acompáñala. No dejéis solo a Isaiah por nada del mundo, ¿me habéis comprendido?

—Ya no está —dijo una voz apagada.

Nos volvimos. Había sido el chico, Bert, que cerraba la procesión armado con un atizador para la chimenea. Estaba señalando la puerta principal.

—¿Quién no está?

—El pastor. Ya no está.

Nos acercamos a una ventana. En efecto, no había el menor rastro del hombre sucio. Eso no significaba nada, por supuesto, salvo que podía haber salido corriendo tras su perro o a la parte de atrás de la mansión, para esconderse en el cuarto de aperos. Pero Bert dijo que no, que no lo había visto salir corriendo: un segundo estaba allí y al siguiente no, como si algo mucho más grande que él lo hubiese arrancado del suelo.

—Madre, tal vez si… —Comencé, y solté un chillido.

Algo atravesó la ventana haciendo un ruido horrible, de mil pedazos de cristal que a su vez se quebraran en otros más pequeños y cortantes.

El bulto que había sido el perdiguero cayó con un sonido hueco, de pescado frío, sobre la alfombra.

Lo habían mutilado.

El salón se convirtió en un pandemonio de personas asustadas que corrían de un lado para otro, sin tener claro adónde. Abrimos un espacio alrededor de aquel amasijo de pelo espesado en mechones por una sangre muy negra. No tenía cabeza.

Por Cristo bendito, no-tenía-cabeza.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —chilló alguien, creo que mi abuela. Bert chocó sin la menor consideración conmigo y me hizo caer al suelo. Una mano pálida me ayudó a levantarme. Era Mary.

—¡Está abajo! —indicó el muchacho.

Nos quedamos muy quietos. En efecto, fuera lo que fuese aquello, se había colado en el sótano. El sonido grave de sus pisadas resonaba en la tablazón.

Seguí con la vista el sonido, imaginando la posición que aquella cosa ocupaba en el cuarto de la caldera, situado bajo nuestros pies. Primero se movió hasta un extremo, tirando enseres y muebles de las estanterías; luego retrocedió y se aproximó peligrosamente a la escalera de subida, que conectaba el sótano con…

—¡La cocina! —Temblé.

No podía creer que fuera yo la que estaba corriendo en ese momento por el pasillo en dirección a aquella puerta abierta. No había tiempo para verbalizarlo, o para convencer a alguien de que fuera delante. Madre y Bert me siguieron a corta distancia, pero fue mi mano la primera en alcanzar el pomo, mis ojos los primeros en asomarse al angosto pasadizo que bajaba al sótano. La puerta tenía un pestillo por la parte externa, la que daba a la cocina, y podía ser trabado para dejar a quien fuera atrapado abajo.

Solo paseé la vista durante una ínfima porción de tiempo por aquella escalera, un instante tan breve que apenas existió, así que no puedo afirmar que lo que mi cerebro recuerda fuera cierto. ¿Un delirio ahogado en nervios? Quizá aquella forma más oscura que la tiniebla absoluta, que había apoyado algo parecido a un pie en los escalones, fuera un espejismo.

Vi mi mano desde lejos, como perteneciente a otra persona, tirando de la hoja de madera y cerrándola. Fueron los dedos de Bert los que corrieron el pestillo, porque los míos se negaban a obedecer la orden más simple.

Madre me apartó sin miramientos de la puerta. No nos llegaban sonidos del otro lado, como si la cosa se hubiese negado a darnos la satisfacción de subir la escalera.

—Tenemos que pedir ayuda —sugirió el aya, las mejillas tan pálidas que parecía que su corazón ya había dejado de latir, solo que su cuerpo, bañado en adrenalina, aún no lo había notado—. ¡A los pastores, a la gente que quede en la isla!

—Los pastores no podrán hacer nada —barbulló Madre—. Necesitamos un arma.

—¿Armas, estás loca? ¡No encontrarás armas en esta santa casa!

—Sé dónde hay una —interrumpí. No era mi voz la que hablaba, y yo lo sabía, sino la de mi miedo. Mi cabeza ya había comenzado a trazar un plan para huir de aquella casa lo antes posible, pero no me lo había contado a mí misma del todo.

Creo que no habría soportado la idea de ser tan mezquina y tan cobarde.

Madre me miró, asombrada.

—¿Y cómo sabes eso?

La imagen del fusil de ánima rayada que había visto en la tienda explotó en mi mente como un relámpago de gloria. Aún tenía que seguir allí. Freys no se lo había llevado al marcharse con los pescadores, que la Virgen y todos los santos me castigasen si no era cierto.

—Un fusil —expliqué—. Sé dónde lo guarda el viejo Freys: debajo del mostrador, en un cajón disimulado. Podría ir a buscarlo.

—Ni hablar. Que vaya Bert. Te quedarás aquí, con nosotras…

—¿… y con esa cosa? —señalé la puerta. A Madre le faltaron argumentos para contradecirme—. Sería demasiado complicado explicarle a Bert cómo encontrar el fusil, la tienda del faro es un caos. Por favor, Madre, deja que vaya con él a buscarlo. Estaremos de vuelta antes de que se haya levantado la niebla.

Madre resopló como un toro bravo, soltando el aire muy lentamente. Al final no le quedó más remedio que claudicar. Con un intruso dentro de casa, quedaban pocas opciones: o todos salíamos corriendo hacia las colinas, donde no veríamos hacia dónde estábamos yendo y seríamos presa fácil, o aprovechábamos las barreras que creaba la mansión, con todas aquellas puertas que podían cerrarse con llave, en tanto alguien iba en busca de auxilio.

—Bert y Mary irán contigo —dictaminó—. Nosotras nos quedaremos para proteger a Isaiah. Bert podrá atar corto al animal si las cosas se ponen feas y Mary es la que mejor conoce los senderos. Coged la calesa y el caballo nuevo, no las yeguas. Y por lo que más queráis, no os salgáis del sendero, ¿me has oído?

Asentí, a sabiendas de que una vez estuviéramos fuera ya solo importaría seguir el sendero, sin mirar atrás, a los lados o a la bruma que nos envolvería con sus zarcillos. Pensando solo en aquel frío metal, aquella vetusta arma que podía suponer la única diferencia entre la vida y la muerte de mi familia.

Pero, sobre todo, pensando en mi miedo. Estaba a punto de abandonar a Madre y al aya disfrazando mi cobardía de idea genial. Pero no podía hacer nada por evitarlo.

Oh, Padre, por qué elegiste precisamente esta noche para marcharte. Por qué no hiciste de mí una mejor persona.

Cuando Bert, Mary y yo salimos por la puerta (esquivando el cadáver del perro y el inmenso charco rojo en que había convertido el recibidor) no exteriorizamos la pregunta que hasta ese momento rondaba nuestras cabezas.

Por qué, a pesar de la hora y lo sensible que era él a las situaciones violentas, no

habíamos oído ni una sola vez la voz de Isaiah, gritando de miedo o de dolor en el piso de arriba.

4.

El caballo bufaba, mostrando lo mucho que le costaba mantener aquella velocidad. Había sido entrenado para sostener un cómodo trote durante bastante tiempo, tirando del carro y sus ocupantes colina arriba y colina abajo, pero al forzarlo por encima de esa cadencia lo estábamos quemando muy rápido. Éramos conscientes de ello, pero lo único que importaba en aquel momento era el faro, y teníamos que llegar cuanto antes.

Bert llevaba las riendas mientras Mary se apretujaba conmigo en el estrecho espacio de la calesa. Hacía bastante rato que habíamos dejado atrás la mansión (aunque dejamos de verla mucho antes), y dentro de poco nos tropezaríamos con el bosque de los jacintos. O eso esperaba. Si a plena luz se hacía difícil distinguir aquel camino, entre la niebla era una empresa digna del mejor oteador.

Confié en que Bert, que había recorrido aquellos mismos kilómetros infinidad de ocasiones, supiese encontrar la senda a ciegas, remedando lo que quiera que usasen las palomas mensajeras para orientarse.

—¿Qué era esa cosa? —preguntó Mary, achicada hasta el punto de parecer tan diminuta como la pequeña Dulsie.

—Que me cuelguen si lo sé —gruñó Bert, haciendo restallar las riendas. El caballo relinchó, protestando por aquel trato brutal que, por más que quisiéramos, no iba a obtener mejor resultado.

—Tuvo que ser aquel maldito pastor —caviló Mary—. Seguro que es uno de esos locos que se dedican a visitar las casas de las mujeres solas para abusar de ellas y robarles todo lo que tienen.

En circunstancias normales le habría dado la razón, pero no mencioné el hecho de que nosotras, en la mansión, no estábamos solas, y que por muy rápido y membrudo que fuese, aquel desdichado no habría tenido tiempo de atrapar a su perro, hacerle aquella barbaridad y lanzarlo por la ventana.

No, había alguien más allí, en el páramo. Me lo decía el Hume. Alguien o algo que se había desatado como castigo a nuestra presencia en la isla. Hubiésemos hecho algo para ofenderlo o no, lo cierto es que el agresor había permanecido dormido hasta que el primer candil prendió en Caer Minloch.

«Como nos advirtió aquel muchacho».

¿Y si estábamos depositando esperanzas vanas en el arma de fuego? ¿Y si después de todo el fusil estaba estropeado y por eso Freys no se lo había llevado a Mallaig, o no lográbamos encontrar pólvora en la tienda? Pretender usar un arma y dispararla de verdad eran dos cosas muy distintas, con pasos intermedios que podían salir mal. Había visto a Madre disparar con el arma del abuelo, pero había sido en otro tiempo, y siempre era él quien lo preparaba para que no hubiese peligro. Además, la diana solía ser una botella o un poste de madera que se estaba bien quietecito mientras el tirador se tomaba su tiempo.

Demasiadas variables que dependían del «ojalá haya suerte» que venía justo antes del «oh, maldición» o del «¡gracias a Dios!» que seguirían al disparo.

Hacíamos oídos sordos a las advertencias hasta que era demasiado tarde. Siempre había sido así con mi familia. Aquella isla estaba maldita, presa de magias ancestrales que llevaban enterradas bajo el páramo ni se sabe los años. Pero aunque varias personas habían tratado de advertirnos (el viejo Freys, el muchacho siniestro, san Aparicio a través del ritual de cuencos…) no hicimos el menor caso. Lógico. ¿Quién iba a prestar atención a los augurios cuando perdía el tiempo lamentándose porque el paisaje no era el de su patria?

¿Existía en realidad el horror que vi en el cuenco, o todo esto no era más que la jugarreta bien planificada de un pastor demente?

Padre había intentado protegerme contra los estragos de la superstición, una plaga incendiaria tan contagiosa como la voz de «¡fuego!». Pero las reglas se invalidaban cuando una abandonaba la civilización y se atrevía a llamar hogar a una isla perdida.

—¡Mirad, allí! —señaló Bert. El corazón nos dio un vuelco, pensando que había alguna persona junto al camino, pero no era más que una sombra que surgía de la niebla: el contorno irregular de una línea de árboles.

Sonreí. Sin duda era el bosquecillo de los jacintos. Ya estábamos muy cerca de la costa. Bert había hecho bien su trabajo y nos había guiado por el camino correcto. Sentí ganas de abrazarlo, pero no solo habría sido poco decoroso (dónde se había visto que una dama de la alta sociedad se tomase esas libertades con un sirviente) sino que lo habría distraído y podría haber ocasionado un accidente.

—¿Qué ha sido eso? —Mary me clavó las uñas dolorosamente.

—¡Ay, suéltame! ¿El qué?

—¡Allí! —Apuntó con el dedo a una línea de arbustos, capaces por su altura y frondosidad de ocultar a un hombre. Vaharadas de niebla se extendían sobre ellos, moviéndose de prisa, como si una jauría de terrores nocturnos aullase prendida en sus

talones.

La niebla también huía de algo.

—No puede ser, no puede habernos seguido hasta aquí —sollozó. Intenté tranquilizarla, pero cómo hacerlo cuando yo misma estaba que no me cabía el corazón en el pecho.

De pronto, el caballo se asustó. Frenó de golpe haciendo temblar toda la calesa, y levantó las patas en el aire.

Bert abrió la boca para gritarle alguna orden, al tiempo que sacudía las riendas, pero el aire no tuvo tiempo de abandonar sus pulmones.

Una sombra, tan veloz que era imposible seguirla con la vista, saltó por encima del pescante y se lo llevó. Lo percibimos como una estela de niebla, un movimiento instantáneo que golpeó al joven Bert y barrió nuestros cabellos con una ráfaga de viento.

Mary chilló. A la velocidad del pánico, me alongué sobre el caballo para tomar las riendas, pero el animal no habría prestado atención a mis órdenes ni aunque hubiese dejado de corcovear.

Un sonido rasgó el silencio (¿cuándo se habían calmado los gritos, o los relinchos nerviosos del animal?) y la calesa entera crujió, elevándose por la parte delantera.

Era imposible que pudiera sentir las uñas de Mary hundiéndose en mi carne, porque mi cerebro estaba abotargado, cayendo a un pozo de negrura, a esa aséptica placidez que bien podía preceder a la muerte. Vi que la calesa, en efecto, estaba siendo alzada por delante; y no porque unas fuertes manos hubiesen desenganchado al caballo y dejado actuar nuestro peso combinado.

El animal colgaba de las fauces de una sombra oscura, alta y musculosa, más ancha de espaldas que el hombre más fornido que yo hubiera visto jamás. Estaba cubierta por un pelaje cerdoso aguijoneado por el brillo de unos ojos redondos, pequeños y blancos, como de tiburón. La cosa tenía al caballo apresado por el cuello, en el que había hincado sus espantosos colmillos, y lo levantó sin esfuerzo hasta que las cuatro patas quedaron suspendidas como badajos.

El monstruo me miró. Aquellos ojillos diabólicos se posaron en los míos, un conducto invisible que tremolaba en el aire inmóvil.

Nos sostuvimos la mirada durante un tiempo que pareció infinito, aquel enviado del Infierno y yo, la niña asustada que sabía de sobras cuál iba a ser el siguiente acto del drama.

No pude soportarlo más y me desmayé. Lo último que oí mientras me deslizaba hacia el pozo fue un ruido de dentelladas, como si alguien masticase a pocos

centímetros de mi oído.

V. MAGNETISMO ANIMAL

Despertares sin canción de cuna: ¿Conejos con sombrero? – Malas nuevas y el hálito del Demonio – Charlas junto a una cama – El llanto por los amigos que se fueron – Humo y espejos

1.

No estaba rendida de cansancio, pero la decadente calidez de aquel bosque me había arropado en sus brazos.

Traté de seguir moviéndome, corriendo, vigilando a duras penas dónde ponía los pies antes de cada salto. Entre las sombras de la maleza brillaban flores tardías y bayas radiantes. Uno de aquellos frutos me dijo «cómeme», en un depurado *patois* muy propio de Normandía. El roble que le daba sombra se sintió celoso y me exhortó a escalar por sus ramas, pues desde allí arriba «vería claramente mi casa, sí, esa de los tejados pardos, la que tiene la chimenea al revés».

Reí sin ganas contra mis manos. En las canciones tradicionales, las muchachitas que se perdían en el bosque aguantaban impertérritas el interrogatorio de bestias espectrales sin mostrar el menor apuro. Ellas y sus campeones, apuestos jinetes que a la postre las recogerían y las salvarían a lomos de un alazán, se sabían protegidos de todo mal juicio, invenciblemente acorazados por la leyenda.

En el mundo real las cosas no funcionaban así.

¡Sabine, Sabine, abre los ojos!, me gritó la savia, la rama, la aguda hoja del pino. ¡Despierta!, corearon las urracas que, ladronas de suspiros, se llevaban el aliento prendido del pico. ¡Despierta ahora!, ordenó una voz imperiosa, cargada de poder, tan inevitable y oficial como una plegaria.

No les hice caso. Dejé atrás robles, pinos y pájaros y me interné en el bosque en pos de una senda, un camino bien señalizado que llevara a alguna parte. Pero no lo había. Lo que sí encontré fue un animal postrado en un calvero. Cuatro patas. Crines doradas. Llevaba riendas y jaeces, y solo el líquido rutilar de sus ojos indicaba que

aún vivía.

Me aproximé a él, desaparecida toda premura. ¡Cómeme, cómeme!, pero no, no mastico frutos que sean pequeños y redondos, lo siento. El caballo, pobre de él, no se refería a mí. Indiferente a su sufrimiento, un conejo grande y azul se quitó un sombrero y me lo enseñó. Estaba lleno de entrañas sangrantes.

—Sáciate, hija mía, pero no te atrevas a leer los libros prohibidos de tu padre —dijo el conejo.

Entonces llegó un viento que abatió la arboleda, y dejó solo una planicie de hierba alta hasta donde alcanzaba la vista. Y cerca había mar, icebergs del tamaño de montañas, y me encontré perdida de nuevo en la pesadilla de mi niñez. Pero un detalle había cambiado: cuando me arrodillé y aparté la hierba, en busca de lo que sabía que me aguardaba, vi que el esqueleto seguía en su sitio. Pero no era el de un humano normal, bien proporcionado. Eran los huesos de un niño que hubiese nacido retorcido y deforme, como Isaiah.

El esqueleto gritó «¡libros prohibidos!», y alzó la cabeza para morderme la mano.

Logró amputármela de una feroz dentellada.

2.

—¡Sabine, despierta, por Dios! ¡Háblame!

El manchón incoloro en que consistía el mundo se fue enfocando poco a poco. Resultó que formaba parte de un rostro que yo conocía, y al que amaba profundamente. Unos rasgos que acaricié con la mano para cerciorarme de que eran reales.

—Papá… —susurré, olvidando el respeto que le debía. A él no le importó. Al verme abrir los ojos se echó a llorar y me abrazó, con esa fuerza mezclada con ternura que solo puede tener el cariño de un padre.

Me di cuenta de que había más personas en la habitación. Estaba Madre, hecha un mar de lágrimas, con Isaiah de la mano. Y el aya, otro tanto de lo mismo. Pero a los hombres que aguardaban de pie no los reconocí. Fue solo cuando el más joven me dijo su nombre que lo ubiqué en otro decorado: la iglesia de Mallaig. Y si aquel era el apuesto James Buchanan, entonces el viejo que estaba a su lado tenía que ser su padre, el médico.

Todo iba encajando poco a poco, pero despacio. Me alegré de no estar en medio de una pradera de hierba.

Padre me acercó una tisana. Olía igual que aquel baño que tomé cuando llegamos por primera vez a la mansión, el de las esencias de Dulsie.

—¿Dónde…?

—En Mallaig —aclaró Padre—. En casa del médico local, el señor Anthony Reys Buchanan. Nos ha ofrecido amablemente pernoctar aquí por unos días mientras encontramos una casa libre en el pueblo.

Un regusto a bilis trepó por mi esófago, estropeando el dulce sabor de la tisana.

—¿Otra casa? —Divagué. Entonces me di cuenta de que aquella habitación no era ninguna de las que había visto en Caer Minloch. A través de la ventana llegaba el sonido del trajinar de la pesca. Yodo. Salitre. Aves marinas. Había olas cerca—. ¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

Padre y Madre cruzaron una mirada llena de mensajes.

—Llevas en cama cinco días, mi amor —dijo Padre, tomándome la mano entre las suyas, grandes y velludas—. Gracias a los cuidados del doctor Buchanan te has recuperado antes de lo previsto. Tienes mucho mejor aspecto.

El médico sonrió, aceptando el halago. Era un hombre de talla corta, recio y compacto, con una sólida y bien arreglada cabeza. Creí reconocer en la nariz doblada y la boca de trazo fino un vestigio de la hermosura de su hijo, quizá como compensación a esa rechoncha figura.

—Me alegra ver que se encuentra mejor, señorita —dijo James Buchanan con dulzura.

Mis fosas nasales aletearon. Sí, aquella casa olía a médicos. Había fragancias características que perseguían a la profesión dondequiera que fuese: vapores de amoníaco, cristales minerales, rastros de azufre, aires cargados de yodo (no, esto último era por el mar).

Me habían puesto un vestido diferente al que llevaba aquella noche…

—… La noche en que… —murmuré—, en que Mary… y Bert…

Los recuerdos no llegaban. Había un bloqueo, algo que me impedía situarme en la noche que sufrimos el ataque. Tuve la desagradable sensación de que una parte de mi vida había sido introducida en un cajón del que nadie tenía la llave.

—¿Recuerdas algo de lo que os pasó? —preguntó Padre, muy serio—. ¿Del momento en que te desmayaste?

Negué lentamente con la cabeza.

—No… nada. Solo sé que… Mary y Bert estaban conmigo en la calesa, y luego… —Lo miré a los ojos—. Padre, ¿están bien? ¿Consiguieron llegar al faro?

Un silencio incómodo llenó la habitación. Esta vez todos rehuyeron mi mirada,

salvo el aya, que tenía esa cara que recordaba de niña, la que ponía cuando me había hecho una herida jugando o estaba muy enferma. La cara de tener a todos los santos, con nombres y apellidos, guardados bajo la lengua.

—¿Madre? —desvié la pregunta.

Al final fue Padre el que habló. Y lo hizo en voz baja, con el tono en el que se dan las malas noticias.

—Sabine, tienes que saber algo. Cuando os marchasteis de la mansión fuisteis atacados. Ocurrió cerca del bosque, en el recodo de la piedra grande. Tú tuviste suerte. Te trajo a casa una persona que te encontró vagando por el páramo al día siguiente. Pero los criados…

La sangre se me fue de las mejillas, de la frente, de toda la cabeza. Huyó como la humedad del rocío en una mañana de verano.

Pálida como un cordero lechal, pregunté:

—¿Qué le ocurrió a Mary? ¿Quién nos atacó?

Isaiah agachó la cabeza, ocultándola entre las manos, y una risa maligna surgió de su garganta. Su voz adquirió un tono lúgubre, rasposo, como el sonido de un trapo mojado resbalando por una cañería.

—Tienes la culpa de todo, hermana —rio—. Fuiste tú la que quiso dejar la mansión, la que tuvo la absurda idea de ir a buscar el arma.

Cuando apartó las manos, la cara se le había convertido en la de un demonio, con ojos blancos y resplandecientes y una fronda de pelo negro que lo ocultaba todo menos la boca, un corte sanguinolento atiborrado de colmillos en medio del rostro.

—¡Todo fue por tu culpa! —rugió, y la tromba de aire que brotó de su garganta me quemó la piel con la furia del Infierno.

3.

Desperté, esta vez de verdad (creo), en una cama distinta, desconocida, flanqueada por paredes blancas y un techo azul cielo. Era tan alto que bien podía haber sido el cielo auténtico, transformado en piedra por el influjo de una maldición arcana.

Rhum. ¿Aún estábamos en la isla?

Me examiné a mí misma. Tenía puesta una especie de bata amarilla que, debido al sudor, se me pegaba al cuello y a los pechos como una segunda piel. En torno a mis muñecas y tobillos había marcas, pequeños anillos de carne enrojecida, como si hubiese permanecido atada a aquella cama durante días. Alguien había tratado de

curármelas, porque estaban bañadas en algún tipo de ungüento.

Desconcertada, miré a la única puerta. Estaba cerrada. Y no era de madera, sino de metal remachado.

Por la caridad de santa Marta, ¿dónde estaba? ¿Quién me había encerrado en aquel lugar, dondequiera que fuese? ¿Y por qué me habían dejado sola?

Iba a empezar a gritar cuando la puerta se abrió. Instintivamente, agarré la bata y tiré hacia adelante, separándola de los pechos. Si era un hombre quien traspasaba aquel umbral no quería que viese un molde perfecto de mi figura.

El que apareció fue Padre, con un rollo de cinta blanca en las manos.

—¡Sabine! —Vino corriendo a abrazarme—. ¡Mi amor, estás despierta!

—Creo… que sí —dije, no muy convencida—. ¿Cuánto tiempo…?

—Han pasado cinco días desde que te trajimos de Caer Minloch, pero ahora por fin estás bien. ¡Gracias a Dios, has despertado!

—¿Qué me pasó, Padre? ¿Quién me llevó a la mansión?

Padre hizo un gesto con las manos que me puso los pelos de punta, porque fue idéntico al de Isaiah en mi sueño. Se cubrió la cara y dejó escapar un profundo suspiro, pero (gracias a Dios) no le sobrevino ninguna transformación. Cuando separó las manos su mirada seguía siendo tan tierna como siempre, y su sonrisa de buen doctor aún resplandecía bajo el bigote.

En tono triste, y mientras llamaba a un criado para que trajese agua, me explicó que estábamos en Mallaig, en casa del padre de James Buchanan. Me habían trasladado al día siguiente de sufrir el ataque, cuando Padre y el ama Delphine regresaron de la Isla Grande de hacer las compras y se encontraron con el estado lamentable en que había quedado la mansión. No dieron crédito a sus ojos cuando vieron el cadáver del perro decapitado en la planta baja, ni a sus oídos cuando Madre, entre sollozos, les confesó que me había permitido ir a buscar un fusil a casa de Freys.

—No sabía qué hacer —recordó Padre, llevándose la mano al pecho como si sintiera un profundo dolor. Un vacío gélido que había estado a punto de no volver a llenarse—. Jamás en la vida esperé encontrarme un panorama como aquel al regresar a casa. Tu madre dijo que un pastor os había atacado, o algo parecido. Y que habíais logrado encerrarlo en el sótano.

—No era un pastor —dije con rotundidad. Yo misma me sorprendí de lo segura que estaba. Demasiada certeza para no recordar nada sobre aquella noche.

—Eso está por ver. Al parecer, el agresor salió corriendo detrás de vosotros cuando cogisteis la calesa —dijo Padre, con un tono de reproche que estaba tratando de controlar. Ya habría tiempo de sobra para regañarme después, cuando las aguas

volvieran a su cauce—. Se arrastraría por el mismo ventanuco que usó para entrar. He mandado colocar unas rejas en los accesos al sótano y en todas las ventanas de la planta baja, en previsión de futuras… visitas.

Esas palabras implicaban que volveríamos a la isla en un futuro no muy lejano. La sola idea me estremeció.

—¡No quiero volver a esa casa! —supliqué—. ¡Por favor, quedémonos a vivir aquí, en Mallaig!

Padre me colocó unos rizos en su sitio. No había espejos cerca, pero imaginé que mi aspecto tendría que recordar a los leones africanos.

—No volveremos a Rhum hasta que estemos listos, no te preocupes. Yo tengo que ir, de todos modos, a por mis libros. Hay algunos tratados que podrían servir de ayuda para el método Mesmer.

No me gustó cómo sonaba eso.

—¿Qué es el método Mesmer, Padre?

—Pues es… Bueno, es un método de curación del cuerpo y la mente que está muy en boga en los círculos médicos. Lo llamamos mesmerismo. Al parecer, el padre del señor James es un experto en la materia. Me llevé una grata sorpresa cuando me lo dijo.

—¿Para qué sirve? —Traté de mantener la compostura mientras mi cabeza vagaba por paisajes llenos de agujas y trepanaciones y otros horrores, de cuya praxis había visto esquemas en los tratados de Padre.

—Tranquila, no es un sistema doloroso. Se supone que emplea un medio etéreo como agente terapéutico, para curar a través de la vista.

—¿De la vista? —Arqueé una ceja. Todo aquello sonaba a la típica práctica importada de algún país salvaje por un médico con ansias de renombre.

—Sí, algunos de mis colegas lo llaman hipnosis. Confía en mí, no duele.

—¡Espera! —Lo detuve cuando estaba levantándose de la cama—. ¿Por qué debo someterme a ese tratamiento? ¡No me siento enferma!

—Sabine —dijo con tranquilidad—, no estás enferma por fuera, pero… Dime una cosa: ¿has tenido pesadillas? Acabas de despertarte gritando, y no es la primera vez. En tu convalecencia ha habido veces en que te retorcías en la cama chillando y sudando a mares. Tanto es así que tuvimos que atarte para que no te cayeras al suelo. Parecía que estabas a punto de despertar, pero no lograbas escapar del sueño.

Palpé las llagas de mis muñecas.

—Sí… —murmuré—. Recuerdo un paisaje helado. Y flores, flores tan bonitas como el cielo…

—Son los síntomas de una enfermedad interior. Hay que extraer los recuerdos reprimidos de tu cabeza, porque están dando martillazos contra tu cráneo. Solo así podrás descansar.

¿Cómo se describe una imagen que de repente ocupa toda tu visión y luego desaparece, un espejismo fugaz como un parpadeo pero contundente como la herida de una espada?

Eso fue lo que vi en aquel momento, una imagen que duró lo mismo que un latido y que se esfumó tras mostrarme una estampa horrible: el bosque de jacintos, yo arrastrándome a cuatro patas entre la hierba, un mechón arrancado de mi cabello flotando en el aire… y una silueta híspida y tenebrosa recortándose contra el disco de la luna.

Di un salto en la cama. Padre me agarró por los brazos.

—¡Sabine! ¿Estás bien?

Moví la cabeza en un vaivén intermedio entre el sí y el no.

—Flores… azules… —musité—. Sangre… sangre negra…

Y no dije más.

Padre tampoco.

Al día siguiente comenzaría el tratamiento.

4.

El funeral duró poco. Más duró la lluvia que cayó aquel día en el camposanto de Mallaig, y que hizo volar hasta sus nidos a unas urracas de alas tintadas. Lluvia, entierros y urracas son los ingredientes para los cuentos de terror de las noches de invierno, pero no lo que yo deseaba que llenase mi vida en aquellos días.

Había acudido un verdadero gentío, una muchedumbre que se agolpó en silencio alrededor de la fosa de junéas[12]. Los ataúdes de los criados (Mary y Bert, las personas a las que yo había conducido a la muerte con mis grandes ideas) se internaron en el laberinto humano para desaparecer tragados por la tierra. Sin más ceremonia que un triste adiós y un soplo de viento que olía a hierba mojada, la tierra reclamó lo que era suyo. Ya fuera invierno o verano, el aire olería siempre a muerte.

Los ataúdes apenas merecían ese nombre. Eran cajas cerradas que podían haber transportado fruta, legumbres o pescado. Padre ofreció a las familias de los chicos pagarles algo más decente, pero se negaron. Aunque fueran humildes, querían ser ellos quienes costeasen los ataúdes. Las miradas de odio que Padre, en representación

de mi familia, encajó aquella tarde habrían sido capaces de templar el acero.

Los entendía perfectamente. Llorando, acunada en el hombro de Madre, oía el acompasado «ah-júm» de los mozos mientras bajaban las cajas, y pensaba que era la mujer más cruel de Escocia. Las más insensata, más estúpida y menos merecedora de piedad de toda la isla.

El momento más terrible de aquella tarde fue cuando a uno de los mozos se le escapó por unos instantes la cuerda, y al inclinarse sonaron cosas que rodaban en el interior del ataúd. Creo que era el que contenía los restos de Mary. Padre no me lo había dicho, pero adiviné por su expresión que los cuerpos habían sido recuperados…

… a trozos.

Al apartar la cara para que no se me viera la expresión de horror y culpa, encontré los ojos de Isaiah. Estaba detrás, en la última fila, apoyado en la abuela. Era el único que no mostraba empatía de ningún tipo hacia lo que estaba pasando. Su rostro, de una placidez bovina, seguía con atención el movimiento coreografiado de la gente, como si estuvieran interpretando una obra de teatro.

Entre nosotros pasó un grupo de gente. Los padres de Mary, escoltados por sus amigos íntimos y los de su hija. El padre estaba encogido como un junco, sin saber si llorar o guardarlo todo dentro del pecho, para explotar cómodamente escondido en su casa. La madre caminaba altiva, desafiante, luciendo una alhaja que era impropia de su condición: sus pálidas manos se cerraban en torno a una rosa de damasco tallada sobre un crucifijo. Era el clásico símbolo de protección contra el mal agüero. Aquella cruz colgaba sobre las lomas de sus senos, alzada ante mí como quien trata de espantar al Demonio.

La mirada de aquella mujer contenía el odio más puro que hubiese hallado nunca en un ser humano.

Fue entonces cuando tomé la decisión. Fuera lo que fuese lo sucedido aquella noche, necesitaba recordarlo. Desenterrarlo de las profundidades de mi cabeza, para afrontarlo como la adulta que se suponía que era. Me sometería a las prácticas de medicina profana del padre de James si con eso conseguía arrojar un poco de luz en aquel misterio… aunque luego no tuviéramos con qué pagarle.

Nuestra situación financiera se había vuelto precaria desde que tuvimos que huir de Rhum. Padre había gastado casi todos sus ahorros en comprar la mansión, así que cuando se enfrentó a la tarea de encontrarnos un nuevo hogar en Mallaig, los nubarrones oscurecieron el firmamento. Había pocas casas a la venta, y las que podían considerarse decentes para una familia de nuestro abolengo eran demasiado caras. No

quería ni imaginarme durmiendo en una chabola para pescadores, aunque cualquier cosa (sí, incluso esa) sería mejor que volver a Rhum.

Por fortuna, el hermanamiento entre los miembros de la profesión de Hipócrates iba más allá de la cortesía, y el señor Buchanan le ofreció a Padre un trabajo de ayudante en su consulta. Serviría para proporcionarnos esos ingresos que necesitábamos para instalarnos en una buena, populosa y cristiana comunidad como Mallaig, lejos de los páramos y las brumas y los horrores ancestrales de Escocia.

Padre aceptó encantado, a pesar de que el sueldo sería muy inferior a lo que él estaba acostumbrado. Entre las tres (Madre, la abuela y yo), plantamos sendos besos en las mejillas de Padre y del señor Buchanan, besos que los dejaron más apabullados que si una horda de húsares locos les hubiese pasado por encima. James también se alegró de que nuestra situación mejorase, e insistió en que teníamos que organizar conjuntamente algunos eventos que estaban próximos, como el Día de San Cristóbal, patrono de la pesca, o la lectura en el Sínodo.

Yo me encontraba demasiado apática como para encajar bien tantos halagos, pero hice lo que pude por ser cortés y no decepcionar ni a James ni a Madre, que tantas esperanzas tenía puestas en ese conato de amistad.

Aquel domingo, tras el funeral, regresamos a casa de los Buchanan con el corazón encogido. Estaba tan nerviosa que incluso permití que James me ofreciera su brazo para apoyarme (no sabía entonces por qué, pero me dolía bastante el tobillo derecho), y no reparé en las miradas venenosas que seguro nos estarían lanzando los parroquianos. Íbamos a efectuar los experimentos con esa herramienta esotérica que Padre llamaba «hipnosis», y no me sentía capaz de mantener la compostura ante nadie.

Padre me habló un poco sobre el culto que el tal Mesmer, un médico alemán algo vitriólico, había creado alrededor de su persona. Aseguraba sin pudor que se podía transmitir una especie de potencia sanadora, una voluntad energética capaz de obrar cambios en el organismo a través de lo que él denominaba «éter». Por lo que Padre me contó, aprovechando los momentos en que no estábamos cerca de Anthony (me resulta un poco violento llamarle así, de una manera tan familiar, cuando hasta con mis padres soy mucho más deferente…, pero el anciano tenía esa mirada llena de ternura de los abuelos que me desarmaba), para que no se molestase, el mesmerismo no estaba contrastado: no había pruebas de que ese «éter» ni ese «magnetismo animal» existiesen realmente. Pero como tantas doctrinas y creencias aún no contrastadas, sus resultados sí estaban siendo útiles. Las técnicas de Mesmer habían logrado tal éxito que ya tenía un grupo de correligionarios.

El doctor preparó una habitación espaciosa para nuestras sesiones, la misma en la

que me había despertado sobre aquella cama espartana. Se refería a ella como «el salón de la mente». Tan rimbombante título aludía a que ningún bisturí salvo su penetrante mirada hendía allí la carne, cosa de la que me alegré.

El padre de James parecía buena persona, pero de vez en cuando se le escapaba algún comentario o componía una expresión demente que no auguraba nada bueno. ¿O era yo la que buscaba esos detalles, inflamada por el temor a las prácticas médicas desconocidas?

James me acompañó hasta la consulta después de pasar una hora escuchando al pastor Tinker perorar sobre los temas más triviales, más lleno de reproches que un mono de avellanas. Tenía jaqueca cuando me senté de nuevo en aquel catre, esta vez vestida como Dios manda, como una señorita, y así se lo hice saber a Anthony.

—Las jaquecas son buenas —afirmó—. Significa que los canales del éter están bien abiertos y que circula aire frío por ellos. Ese aire congela el espacio frontal de tu cráneo y eso te produce dolor.

Lógico, ¿cómo no se me había ocurrido antes?

Padre había hecho un único viaje a Rhum en aquellos días; asesorado por el ama Delphine (que se había instalado con nosotros en Mallaig, junto con un pequeño grupo de sirvientes entre los que se hallaba Dulsie), aseguró con candados la mansión y contrató a unos pastores con perros para que la vigilaran. Al volver se trajo un primer saco de libros, y destinó uno al salón de la mente para que nos ayudase con el tratamiento. Por fortuna, ninguno era aquel inquietante tomo de tapas negras y páginas afiladas.

El instrumental que Anthony necesitaba para operar era tan curioso como sus métodos: se trataba de un viejo metrónomo de gancho, colocado sobre una mesa a la altura del colchón, frente al cual había situado un espejo. Este solo tapaba la mitad del metrónomo, permitiéndome ver cómo la aguja se balanceaba hacia la derecha, pero ocultándola cuando la oscilación la llevaba hacia la izquierda.

Padre y Anthony conversaron largo rato a solas, discutiendo sobre la manera de afrontar la prueba. Imaginé a Padre estableciendo unos límites muy estrictos sobre lo que Buchanan podía preguntarme. Cuando entraron de nuevo en la habitación, el viejo doctor se sentó frente a mí, en una silla, mientras Padre me ayudaba a tumbarme y colocaba mi cabeza de lado, mirando al metrónomo.

—Relájate, respira hondo y deja que la voz de Anthony te guíe, cariño —susurró en mi oído—. Y recuerda que estaré aquí en todo momento.

5.

El primer movimiento del doctor fue poner en marcha el aparato. Con un dedo llevó el péndulo hasta un extremo y lo soltó, dejando que empezase su sincrónica melodía. Tic, tic, tic, tic, repiqueteaba cada vez que la aguja pasaba por la vertical. Y justo después se esfumaba tras el espejo.

El efecto era curioso, pues la aguja real y la reflejada se abrían en V cuando llegaban al extremo del ciclo, para cerrarse luego en una línea cuando retornaban al medio. Aquel abanico que se abría y cerraba, abría y cerraba, abría y cerraba una y otra vez, mezclado con el pulso y la voz de Buchanan, que no cesaba de hablar, de fondo, me provocó somnolencia.

—… Pero tendrías que ver el dispositivo que han montado en la clínica de Iznang, la ciudad natal de Mesmer —divagaba el doctor, más para que su voz átona estableciese un patrón que porque le importase lo que decía—. Tienen un cono de hipnosis que ocupa una habitación entera. El paciente se coloca en el centro y un mecanismo a vapor pone en marcha tres paredes, formadas por discos concéntricos que giran y giran y giran…

… Giran y giran y giran, sí, y la voz del viejo que no cesaba en su perorata e insistía en describirme logros científicos absurdos y cosas que no me interesaban lo más mínimo pero que se colaban debajo de mis párpados, telones de hierro cada vez más pesados, y…

… la primera pregunta fundamental llegó mezclada con la cháchara, como un impacto casual de metralla:

—¿Qué pasó aquella noche en el bosque de los jacintos? ¿Qué fue exactamente lo que viste cuando os atacaron, Sabine?

No contesté. Parecía una actriz de teatro colgada en la siguiente estrofa. Miraba con desesperación a la concha del apuntador para que me diera el pie. Buchanan, intuyendo el bache, me facilitó ese pie.

—Recuerda: estás en la calesa, galopando hacia el faro; es de noche y hace frío, probablemente te rodea la niebla. Te alejas paulatinamente de Caer Minloch y sientes que tu madre está cada vez más y más…

… lejos, sí, la había dejado sola, indefensa, vulnerable. Quise volver la vista atrás para comprobar que estuviera bien, pero una tenaza helada me aferraba el cráneo. No tardé en darme cuenta de que era el miedo. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir, y

una parte de mi cerebro quería advertir a toda costa a la otra, pero alguien le había cosido los labios. V tras V, martillazo tras martillazo del péndulo, los recuerdos fueron saliendo a la luz: el momento en que Bert creyó distinguir algo moviéndose a gran velocidad entre la niebla, el grito posterior de Mary y el caballo que chocaba contra algo más grande y pesado. La cinética del encontronazo que nos levantaba del sillín. El monstruo mordió al caballo justo en mitad del cuello bañándole la crin en sangre, y lo levantó en vilo con la mera fuerza de sus trapecios.

No era un loco armado con cuchillos; ni siquiera era humano. Tenía dos brazos y dos piernas, pero ahí acababa toda su semejanza con los hombres.

Me revolví en la cama. V tras V, recuerdo agónico tras recuerdo agónico.

Bert fue el primero en morir, ¿o lo estaba recordando mal? Mary trató de empujarme frenéticamente para que bajara de la calesa, lanzándome al barro del camino, no sé si porque quería que saliese corriendo para salvarme o porque le estaba cerrando el paso.

Salté, me torcí un tobillo, seguí gateando hasta los jacintos. Pensé que me había desmayado, pero no, era solo un bloqueo de memoria, diseñado para ahorrarme el pavor, el espanto de ver cómo aquella cosa grande y peluda agarraba a Mary con ambas manos como una muñeca de porcelana y…

—¡No! —chillé, deshaciendo al fin la argamasa que me sellaba los párpados. Padre estaba junto a mí, abrazándome. Buchanan seguía inclinado sobre su maldito péndulo como un maestro de títeres. Mediante aquel artefacto me estaba convirtiendo en su marioneta.

—¡Sabine! —exclamó Padre—. Está bien, esto se acabó. —Se dispuso a detener el metrónomo, pero le agarré con determinación la mano antes de que lo hiciera.

—No, por favor —supliqué. Puse una mano temblorosa en su regazo y dije—: Hay que seguir… hasta el final. Tengo que saberlo.

—Pero Sabine…

—No, Padre, por favor. —Busqué la mirada del mesmerista para que me apoyara —. No lo pares ahora. Quiero saber lo que ocurrió. Lo necesito, por Mary y por Bert.

Ni yo misma podía creer que estuviera haciendo en firme semejante proposición. Padre ponderó la idea unos momentos, debatiéndose entre lo que sabía que era mejor para mí y lo más conveniente para todos. Él mismo había insistido en montar este pequeño circo, que al menos abriría una válvula para dejar salir la ansiedad que llevaba dentro. Pero las imágenes eran tan horribles que el remedio bien podía ser peor que la enfermedad.

—Está bien, Sabine —concedió—, como quieras. Ya eres mayor para decidir.

Me sequé las lágrimas. La muerte de Mary se había concretado en algo casi físico, presencial: había trascendido la categoría de recuerdo para volver a suceder de nuevo, como si el universo hubiese dado marcha atrás voluntariamente. Tenía que reconocer que los trucos de feria de Anthony estaban resultando útiles. Y dañinos.

Tic, cantó el metrónomo. Tic, me acosté de nuevo en la cama. Tic, seguí cayendo aún más abajo del colchón, tragada por un remolino de sábanas.

—Has abandonado la calesa. —La voz del doctor llegó lejana pero con fuerza—. Huyes, huyes hacia el mar de jacintos. Los tallos se quiebran bajo tus pies. Puedes sentir el hedor del Diablo sudando en tu nuca. ¿Qué ves, Sabine? ¿Qué ocurre a tu alrededor? ¿Quién…

… me persigue? La luz de la luna fallecía mordida por el manto de nubes negras. Apenas podía ver lo que tenía a dos pasos de distancia, y menos aún el rostro de mi perseguidor. Creí escuchar unas campanas de abadía anunciando las horas, pero sus voces sonaban tan atropelladas que parecía un coro de muertos entonando el *mea culpa* desde las honduras de su fosa.

Me oculté entre los tallos (tic); sabía que la cabeza de Mary, separada del cuello, yacía en el barro con la carita blanca perdida entre trenzas gruesamente anilladas. Me sonreía con una coquetería ausente, como si el horror fuera un bálsamo capaz de adormecer cualquier destello de locura (tic).

Me arrastré hacia los árboles, oyendo unos pasos fuertes y decididos que se acercaban. Hubo otro destello, una cascada de imágenes lentas en las que vi cómo mi pelo se enganchaba en una rama y un mechón caía lentamente al suelo (tic). La cosa que me perseguía, sorprendentemente, hizo un alto. Algo parecido a un hocico largo y brillante, bien por la baba que rezumaban los colmillos o por la sangre de las víctimas, apuntó al suelo y olfateó.

Frenéticamente, me arrastré hasta el soto de árboles más cercano (pasando junto al cráneo de oveja que había descubierto en mi primera visita al bosquecillo, que seguía abandonado allí como diciendo «ya te lo advertí»).

Permanecí agazapada, viendo cómo el monstruo husmeaba en la tierra y las flores, en mis huellas y en el rocío acumulado durante aquellas pocas horas.

Estaba ocupado, dando vueltas como si buscase algo en el suelo.

En mi estupidez, creí ver en ese ínfimo paréntesis una oportunidad de escape. Me disponía a salir corriendo con la esperanza de que la niebla bastase para ocultar mi figura y los atronadores ruidos de mi respiración, cuando unas manos heladas me sujetaron por detrás.

Ese punto habría sido idóneo para salir del trance, cubierta de sudor y sin articular

palabra, retornando a la seguridad aparente del mundo real, de la consulta del mesmerista. Pero no lo hice. Estaba lúcida, y aunque muerta de miedo, era plenamente consciente de que aquello era un recuerdo, y que por más que quisiera el monstruo no podría hacerme daño.

Así que apreté los dientes y me anclé al sueño, para ver el trágico y sanguinolento final del tercer acto.

Las que me sujetaban eran manos de hombre. Una me tapaba la boca para sofocar los gritos. La otra me agarraba fuertemente por el pecho, obligándome a estar agachada y quieta como un elemento más del paisaje. Sentía el cuerpo del hombre ejerciendo una fuerte presión contra mi espalda, inmovilizándome.

Forcé los ojos todo lo que pude hacia la periferia, hasta que llegué a ver parte de una nariz y un mentón al que le hacía falta un buen afeitado. El hombre (¿un pastor, quizá?) estaba completamente callado, mirando al monstruo, y tan quieto que podía haber pasado por un apéndice del árbol que teníamos detrás.

Moví los ojos de regreso al monstruo. Este se había inclinado en una postura a cuatro patas que para él parecía tan natural como la posición bípeda. El ronquido grave de su respiración sonaba como pequeñas explosiones que aventaban los jacintos.

La cosa extendió una mano rematada por uñas largas, negras y afiladas como colmillos de león, cubiertas por un esmalte que brillaba como si estuviese mojado. Recogió su premio del suelo.

El mechón de cabello que se me había caído mientras me arrastraba.

Miré sin comprender el resto de la escena, aquella estampa de locura que parecía el epílogo de una obra de Goethe: la bestia negra se llevó los mechones al hocico, los olfateó con fruición, y luego desapareció en la noche de un prodigioso salto. El aire a su alrededor tremolaba mientras su silueta se perdía en la bruma.

Me dio la impresión de que el perfume de aquellas hebras no lo había espantado, sino todo lo contrario.

Era como si lo hubiese reconocido.

Padre seguía allí cuando despegué los párpados, justo a mi lado. Y Anthony también, obviamente satisfecho con los resultados de la sesión.

—Ha sido lo más impresionante que he logrado nunca con este equipo —comentó extasiado—. ¡Acabas de hacer historia en los libros de la Medicina, querida muchacha!

—¿Ha terminado? —preguntó Padre.

—No —contesté, trémula.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no has recordado lo que pasó aquella noche?

Me mordí el labio inferior. Al hacerlo me dolió: se notaba que había estado mordisqueándolo por acto reflejo durante los momentos más críticos de la pesadilla. Saboreé el regusto acre de la sangre. La experiencia hipnótica había sido muy parecida a la conmoción de la supervivencia *in extremis*.

—Mi cabeza está mal. Hay algo que no funciona.

—Deje que eso lo decida yo, señorita —sonrió el doctor, tocándome las sienes con los dedos.

—Lo que he visto… —Me estremecí— era demasiado horrible para ser real. Mi cabeza se lo está inventando todo. —Enterré la cara en las manos, desesperada—. ¿Cómo va a ser posible que un lobo con manos de persona se haya comido a Mary, por el amor de Dios?

Fue Anthony quien me lo contó después, porque no lo estaba mirando en aquel momento, pero al parecer, cuando describí al monstruo en voz alta, Padre se puso tan pálido que podía haberse confundido con la pared. La sangre se esfumó de sus venas y un ligero temblor hizo bailar sus rodillas. Pero no dijo nada; se limitó a tragarse lo que fuera que mis palabras hubieran conjurado en su cabeza, y me sostuvo la mano como si temiera perder a su único tesoro.

Un reloj de cuco entonó su canción de fondo. Se había hecho muy tarde.

—Padre —pregunté cuando nos marchábamos—, dijiste que un hombre me trajo a la mansión aquella noche. ¿Quién era?

—No era un pastor, desde luego, ni un cazador de ciervos —barruntó—. Parecía alguien instruido, dada su manera de hablar. A tenor de lo que me dijo tu madre, todo apunta a que era ese pastor hereje que vive en los cerros del Cullin, el tal Chris Laycock.

SEGUNDA PARTE

ORGANON MALEFICARUM

Cuando miras mucho tiempo al abismo, el abismo te devuelve la mirada.

FRIEDRICH NIETZSCHE

EL LAMENTO DE LOS PADRES DE LA FADA YAÓ (CANTAR IBÉRICO DE LAS HADAS MALIGNAS Y SUS AÑAGAZAS)

Extraído del *Organon Maleficarum*, capítulo 17, título XII.

Dicen que esto aconteció en la brumosa tierra de los Ástures, en la lejana Iberia, mucho después de que las incursiones vikingas arrasaran sus poblados costeros y una mesnada de valientes guerreros, aquí nacidos, defendiera en nombre del César las águilas de Roma en la sin par Bretaña.

Contaba el folclore de estas tierras que los espíritus malignos, las fadas, podían poseer a una madre antes del parto, y malear de tal manera el alumbramiento que lo que saldría de su vientre estaría más lejos del género humano que de las criaturas que habitan la noche. Los desgraciados padres de Yaó no supieron nunca qué práctica censurada por la Iglesia desató el hechizo: si haber rezado un padrenuestro al revés, cosa que jamás hicieron; haber mantenido relaciones carnales con una bestia, infamia que la mujer desmintió al demostrar su virginidad en el tálamo; o pisar en la huella de un lobo rellena con agua de rocío, destacando la forma del pie humano sobre la del animal.

Quién sabe por cuál de estos motivos, o de tantos otros que las viejas santeras de los pueblos conocen pero se niegan a revelar, fue infectada la madre. Lo cierto es que, cuando lo sacaron de su vientre, el bebé lloró con un sonido parecido al de un lobezno y un pájaro cayó muerto en el bosque. Estos y otros augurios alertaron a los clérigos de la aldea, que inmediatamente exigieron ver a la niña recién nacida.

El padre, asustado por el futuro que podían depararle los lóbregos sótanos de las iglesias, huyó esa misma noche a las montañas, donde permaneció escondido por varios años. Su mujer, tras recuperarse del parto, se reunió con él periódicamente para llevarle víveres y útiles para la supervivencia. La pequeña Yaó, mientras tanto, crecía

hermosa y pizpireta, con el color de los vientos y los torrentes de alta montaña enredado en el pelo y tatuado en los ojos.

Un mal año, después de que la luna saliese roja cuatro días seguidos y tres barcos se hundieran por causas inexplicables en alta mar, se oyó en todo el valle un espantoso aullido que provenía de los riscos.

Esa noche comenzaron los asesinatos. Más de cien personas fueron despedazadas por una extraña bestia que merodeaba cuando el fulgor del astro ahogaba las estrellas. Desesperados, los pueblerinos pidieron ayuda al señor de aquellas tierras, el cual escribió, estremecido de pánico, al obispo.

Diferentes eruditos, versados en posesiones demoníacas, fueron enviados por las autoridades religiosas a la zona. El primero cometió el error de subir en solitario a los cerros, sin más compañía que la fe ni mayor coraza que un crucifijo, convencido de que su olor a santidad espantaría a la bestia y la haría volver a los infiernos. No se lo volvió a ver nunca más.

El segundo escaló las montañas enfundado en una armadura de metal y acompañado por veinte caballeros bien armados, pero no dieron con el cubil del monstruo. Otro sacerdote más se encerró durante veinte días en un monasterio, alimentándose con migas de pan y agua de rocío, hasta que tuvo una visión. Creyó entender que era Dios y no el Diablo quien estaba detrás de aquellos asesinatos, pues el Deuteronomio asegura que Yahvé gritó: «¡Las fauces de las fieras enviaré contra ellos con furor!», para así castigar a los malvados.

Esta teoría cobró fuerza al enterarse de que las gentes culpaban de su desdicha al pastor que años atrás huyó a las montañas con su hija tocada por los astros, Yaó, un nombre que al monje se le antojó sospechosamente similar al de la Divinidad[13].

El obispo mandó excomulgar de inmediato al sacerdote y reiteró su apoyo a los clérigos locales, pues le parecía herético afirmar que Dios era el instigador de semejantes horrores. Mientras todo esto sucedía, los desmanes sangrientos del monstruo no cesaban: cuerpos de hombres y mujeres aparecían por doquier, jóvenes o viejos, niños o ancianos, en un estado que revolvía los estómagos más curtidos.

Dicen que fue un viejo cazador, un hombre que vivía como ermitaño en los bosques y que rehuía el contacto con sus semejantes, el que acabó con el problema. Un día apareció por el pueblo para vender unas pieles. La gente, poco acostumbrada a su presencia huraña y salvaje, se estremeció de miedo cuando el puño del cazador tocó tres veces en la taberna. Alguien lo reconoció, empero, y los aldeanos se tranquilizaron, pues pensaban que el lobo hecho hombre había descendido a los valles

para llevarse nuevas presas.

Tras servirle unas pintas de cerveza, el tabernero se fijó en que el ermitaño llevaba un extraño amuleto en el cuello. Parecía un trozo de carne blanca, como de niño, que hubiese cortado con un cuchillo y enhebrado en un hilo.

Cuando le preguntaron por el amuleto, se limitó a responder:

—La fada salió.

Y todos entendieron lo que había pasado, pues una leyenda procedente de una tierra hermana, la húmeda y frondosa Galitzia, enseñaba que cuando una fada posee a un hombre, basta realizar una sangría en su tobillo izquierdo para que el espíritu atrapado salga al exterior y se disperse.

El ermitaño no quiso revelar si había encontrado a la niña de las montañas o a su padre, o si había luchado con ellos hasta conseguir herirlos en el talón. Hubo quien aventuró que fue el propio padre de la chiquilla, mortificado ante los actos que el espíritu maligno obligaba a cometer a su hija, quien buscó al cazador para que practicara el obsceno ritual.

Lo cierto es que después de aquel día ya nunca más hubo matanzas por parte de lobos, y la presencia de estos en las montañas fue menguando hasta que su aullido se extinguió por completo de la tierra de los Ástures.

VI. LA INVESTIGACIÓN

Niñas traviesas jugando al escondite – El castigo por husmear en los lugares prohibidos – Tatuajes prohibidos en una piel inesperada – Lectura, aprendizaje, revelaciones del pasado de los tiempos

1.

Apenas recuerdo nada de los días posteriores a mi recuperación. En mi memoria, los eventos que siguieron a aquel turbulento despertar en casa del doctor Buchanan se confunden en una marea difusa, mezclándose con otros posteriores y algunos que tal vez nunca sucedieron.

Los ecos del funeral aún no se habían apagado cuando Padre fue requerido por el concejo municipal, una de cuyas sillas ocupaba el rígido Tinker, para que hablase en representación de la familia sobre lo sucedido en la isla. Padre se presentó con toda diligencia, y aunque no había vivido ninguno de aquellos sucesos, resumió lo mejor que pudo la cadena de acontecimientos que le habíamos contado Madre y yo. La visita del pastor aterrorizado, el perro, la intrusión en la casa, la huida, los asesinatos… A medida que hablaba, los notables iban arqueando sus espesas cejas y contrayendo los poblados bigotes.

Tinker, por encima de los demás, prestaba atención a los elementos irreales del relato, como si les concediese más importancia que al resto.

No estoy segura de si Padre les contó mi visión tal y como se la había descrito. ¿Les habló de la bestia de oscuro pelaje, de las uñas capaces de hacer sangrar el mismo aire, de las fauces lobunas y los insaciables colmillos que albergaban? ¿O por el contrario suavizó el relato, convirtiendo eso que mi imaginación había pintado como un hombre lobo en lo que seguramente era: un pastor loco que nos perseguía con un cuchillo?

Solo sé que el concejo decidió reunirse en sesiones posteriores para debatir las implicaciones de este estremecedor asunto (hay que recordar que a la ciudad y la isla

las separaba solo un pequeño brazo de mar, por lo que la amenaza podía saltar de una a otra con facilidad).

Las familias de las víctimas, aunque humildes y de poco peso específico en la comunidad, requirieron que se enviara un grupo de vatelianos[14] a Rhum para capturar al presunto homicida, así como que Padre los indemnizara por las muertes de sus hijos. Por fortuna, y en esto el alcalde de la comunidad, el señor Vitelius Manfrod, tuvo mucho que ver, el concejo eximió de esa responsabilidad a mi familia, pues nosotros nos habíamos limitado a dar trabajo seguro y bien remunerado a esos chicos, y no era culpa nuestra que en Rhum se ocultasen asesinos.

Por su parte, Padre estaba tan desconcertado como para buscar una explicación a mis visiones, aunque no creyera en ellas, y lo suficientemente borracho como para hacerlo en compañía. Cuando tenía problemas graves bebía mucho, sobre todo mejunjes suaves como canario aguado y hordiate. Por lo general toleraba el alcohol y nunca se desahogaba con nosotros, pero aquel día fue distinto: justo antes de partir hacia Rhum para buscar otro cargamento de libros, oí a Madre refunfuñar y discutir con los criados por detalles nimios, como la colocación irregular de unas camisas o que alguien hubiera dejado abierta una ventana. Bajo ese discurso subyacía otro: cada vez que Padre se marchaba a beber a la taberna (cosa que por motivos obvios no podía hacer en Rhum), ella aireaba su malestar peleándose con el caos del mundo. Todo estaba fuera de su sitio, todo estaba sucio o mal planchado, todo llegaba mal preparado o a destiempo. Compadecí a la pobre Delphine, que era el desfiladero por donde circulaba su descontento.

Se notaba que Padre y ella habían tenido una discusión.

Luego me enteré de que Padre había encontrado un cómplice para sus pesquisas en el bueno de Anthony (el cual, amablemente, nos había acogido en su casa después de que nuestra búsqueda de hospedaje por Mallaig no diera buenos resultados). Él también había sido testigo de mis descripciones, y al igual que Padre, sostenía la teoría de que la mente humana era más compleja y retorcida de lo que nunca llegamos a imaginar. Tanto es así, me contó, que es capaz por sí sola de disimular un recuerdo dañino y pintar encima, como el maestro que desliza el pincel sobre un lienzo ya acabado para crear otra obra distinta, sustituyendo asesinos por bestias de cuentos de hadas y puñales por colmillos.

Padre solía compartir con él muchas de esas teorías, aunque tras una tarde de jarras, las ideas, especulaciones y conjeturas repicaban en el aire entre ambos hasta que ninguno sabía cuáles eran suyas y cuáles del otro.

Desgraciadamente, Anthony Buchanan no tenía un gaznate tan curtido como el de Padre, a pesar de su ilustre apellido. Se fue de la lengua sobre el asunto de mis visiones con demasiada facilidad, revelando detalles que Padre había dejado deliberadamente ocultos durante su comparecencia ante el concejo. Detalles como que fue un desconocido quien me llevó a casa aquella noche, o que el incidente ya había sido vaticinado por un inquietante niño cerca de la casa de Laycock, con lo que mi familia, en cierto modo, estaba avisada de que aquello podía ocurrir.

Esas palabras acabaron llegando, de manera inevitable, a oídos de Tinker. ¡Cómo no, siendo como era el hombre de confianza espiritual de los habitantes de Mallaig, aquel en el que depositaban sus temores más profundos! Atento como nadie a los influjos del Mal en las tranquilas comunidades cristianas, verdadero experto en sus tretas y cómo combatirlas, extrajo conclusiones de lo relatado por Anthony a las que nadie más en el concejo pudo llegar.

Por aquel entonces aún no sabíamos a qué clase de grupo pertenecía el presbítero, ni cuál era su importancia dentro de la Iglesia, pero pronto nos enteraríamos. De eso, y de lo que los verdaderos hombres de fe son capaces de hacer para erradicar lo que consideran una manifestación del Maligno en la Tierra. Pronto lo sabríamos, por desgracia, y mi familia sufriría como nunca antes.

Pero aquel día comenzó sin preocupaciones; yo aún no había sido prevenida de la amenaza que se cernía sobre nosotros, y el único pesar que anidaba en mi corazón era el recuerdo de la sonrisa truncada de Mary… aunque solo eso bastara para volver grises unos días en los que lucía un sol inhabitual en Mallaig.

Padre se había marchado a Rhum, y nuestra vida, dejando aparte las puntuales descargas de frustración de Madre, estaba volviendo a la normalidad. Pensé (es más, estaba convencida) que Dulsie iba a abandonarnos tras el funeral, pero no fue así. Permaneció a nuestro servicio e incluso se dignó a mirarme a la cara a los pocos días del entierro de su amiga, como si ya no me culpase por lo ocurrido.

Fue una coincidencia que me la tropezara saliendo del nuevo despacho de Padre, armada con una gamuza y un recogedor. No recuerdo si pasaba en aquel momento por allí camino de la cocina o para devolverle a James unos libros, pero al ver a la muchacha a punto de cerrar la puerta del despacho, la detuve.

—Espera, por favor —susurré, mirando a ambos extremos del pasillo como si estuviese a punto de cometer la mayor travesura de mi vida. No había nadie: los sonidos de ajetreo de la servidumbre procedían del piso de abajo, y las voces de Madre y el aya llegaban rebotadas desde el jardín. Por el eco, el ama Delphine parecía estar enfrascada en algún menester en la cocina. James y su padre se hallaban fuera,

atendiendo a sus propios negocios. Si quería hacer aquello, era el momento ideal—. Entra de nuevo en el despacho, venga.

Nos deslizamos como ladronas en aquella habitación, una alacena reconvertida. Dulsie me miraba aterrada, a sabiendas de que si nos cogían haciendo algo aparte de limpiar, puede que yo me librara del apocalíptico castigo posterior, pero desde luego ella no.

—No te preocupes, nadie va a venir —la tranquilicé—. Y si viene, oiremos cómo crujen los peldaños de la escalera. Confía en mí. Tienes que ayudarme a buscar una cosa.

La joven no estaba muy convencida, pero obedeció mis órdenes. No tendría por qué haberlo hecho, y yo lo sabía, pero por algún motivo se pegó a mis faldas como una niña pequeña de visita en una casa ajena.

La habitación que Buchanan le había cedido a Padre era más pequeña que su amplio estudio con librería de Rhum, y estaba atestada de cosas: un microscopio, cajas de muestras, instrumentos de una novedosa técnica de limpieza llamada «esterilización», pilas de libros de Medicina y ciencias alternativas, muchos de ellos procedentes de Cuba y otras colonias… También vimos la piel de animal con la que Padre envolvía sus incunables en el arcón, desplegada y colgada de la pared con cuatro clavos. Amedrentaba un poco, así, totalmente abierta, porque una podía imaginarse lo grande que fue su dueño antes de que lo cazaran (¿un oso?, ¿un lobo?, ¿un coyote monstruoso?). Sin duda fue un animal formidable, más alto que un humano y tan ancho que ni yo, con los brazos totalmente estirados, podía abarcarlo.

Pero no eran pieles lo que andaba buscando, sino un libro. Uno de aquellos cuyo título había leído por encima en Caer Minloch, cuando Padre nos permitió ayudarlo a colocarlos en las estanterías.

Le di instrucciones a Dulsie para que buscase un lomo pintado con un color específico. No le pregunté si sabía leer en grafías distintas al latín, aunque ya sospechaba que los años pasados en aquel monasterio habían hecho de la jovencita algo que iba más allá de las apariencias.

—Peligroso *est* —insistió Dulsie, mirándome con reproche.

La ignoré, paseando las yemas de los dedos por decenas de pequeñas lomas encuadernadas en tela. Estaba sobrecogida por la callada valía que transmitían aquellos tomos, por su solemnidad intrínseca. De la mayoría no existían copias en ninguna otra parte del mundo, y según afirmaba Padre, algunos eran tan perseguidos por los eruditos de países distantes que ciertas personas habrían pagado fortunas por ellos. O habrían cometido verdaderas atrocidades para conseguirlos, de ahí que

tuviéramos que guardarlos con tanto celo.

La verdad es que nunca me he cuestionado qué tuvo que hacer Padre para conseguir semejante tesoro en páginas amarillentas y tapas descosidas; siempre lo achaqué a sus viajes, al ancho mundo que había visto y las personas que había conocido. Imaginé que a un europeo rico le sería mucho más sencillo hacer según qué negocios que a gente de aquellas culturas.

—¡Aquí! —exclamó Dulsie, señalando una pila apoyada en la puerta de un armario. La asalté con avidez, deslizando en diagonal la vista a la par que los dedos por los cantos polvorientos.

Y allí estaba. El perturbador libro de las hojas con filos cortantes. A pesar de ser su favorito, y supongo que por estar esperando su colocación en una estantería nueva, Padre aún no lo había guardado. Era el único cuyos lomos estaban pintados de negro mate, sin ribetes de color, como imbuidos de una especie de oscuridad sucia y malsana.

Al tenerlo tan cerca pude leer lo que antes se me había escapado: el título, meras raspaduras hechas con algún instrumento cortante en el canto del volumen, como si el encuadernador hubiese querido dejar herida de muerte su obra:

ORGANON MALEFICARUM.

El título me puso el pelo de punta. Con extremo cuidado, quité los demás libros de encima, entreabrí ligeramente las tapas y hojeé las primeras páginas.

No había nada parecido a un índice ni una tirilla que revelase qué páginas eran las más leídas por Padre. Sin embargo, un elemento inquietante me ayudó a situarme: había una pequeña mancha roja en una de las esquinas. Y parecía reciente.

Recordé el pequeño corte que le había visto a Padre en el dedo anular el mismo día que lo convocó el alcalde. Entonces no se me ocurrió a qué podía deberse, pero ahora estaba claro: estuvo buscando información en aquellas páginas, puede que con demasiada ansiedad como para tomar las debidas precauciones.

El singular marcapáginas me llevó a abrir el libro por un capítulo (por llamarlo de alguna manera) que no era más que un montón de hojas descosidas, separadas del resto. Di gracias por no reconocer la letra de Padre en lo allí escrito, aunque sí había una nota suya a pie de página, en un tipo de tinta medio absorbido por la pulpa.

Decía: «Recoser con hilo de esparto, no de cáñamo».

La cara de Dulsie era un poema. Podía percibir que algo maligno emanaba de aquel tomo, un aura que tendría que haber mantenido a raya a cualquier persona en

cuyas manos cayera semejante aberración.

Me estaba mirando con ojos grandes y nerviosos cuando los peldaños de la escalera crujieron.

Alguien subía con rapidez al segundo piso.

2.

El ruido quedó suspendido entre nosotras como un demonio recién conjurado.

No había tiempo para salir de la habitación. Fuera quien fuese, estaría plantado ante la puerta en pocos segundos. Mi voz se atirantó cuando le susurré a Dulsie:

—¡Sal y haz como que has terminado de limpiar!

—¿Y vos? —preguntó, apabullada.

Separé el grupo de hojas sueltas del interior del libro y me lo guardé bajo el brazo.

—Me esconderé —decidí, y abrí la puerta del armario. Fue un error hacerlo tan de prisa, porque moví los enseres que estaban apilados en las gavetas e hice bastante ruido. Incluso hubo un matraz que rodó hasta el suelo y se hizo añicos.

Los pasos se detuvieron.

Dejé de respirar. Dulsie estaba pálida como un cadáver.

Apenas me dio tiempo a meterme en el armario (donde solo cabía una persona) y cerrar la puerta, cuando Padre entró en el despacho. Yo podía seguir observándolo todo como un centinela escondido a través de una rendija de la puerta, que no cerraba bien.

Dulsie alzó la vista con el terror del suplicante que se postra ante un dios para implorar clemencia. Padre, que tendría que haber estado en Rhum y no de regreso en Mallaig, abarcó toda la habitación de un somero vistazo.

Le bastó eso para comprender que algo raro pasaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz atronadora. Parecía el mismísimo Zeus, de mal humor tras haberse sentado sin querer sobre su aljaba de rayos. Tenía un aspecto más bien desaseado, con la barba despeinada y algunos detalles en la ropa fuera de sitio. Alzado en toda su estatura ante la chiquilla, despedía un aura de gigante prometeico realmente imperiosa.

Yo lo observaba todo por la rendija, con los labios tan apretados que parecían cosidos. Recé en silencio por la pobre Dulsie.

—S… señor… —Trató de disculparse con su peculiar acento, pero Padre no la escuchaba. Tenía los ojos clavados en el armario donde yo estaba escondida.

La saliva descendió como lava por mi garganta. Si Padre abría las puertas y me descubría agazapada, con un pedazo de su libro más querido arrugado en el regazo, podía despedirme para siempre de mis privilegios en esta familia. Padre me quería mucho, y siempre me estaba protegiendo, pero sus incunables eran sagrados, y era capaz de desatar sobre sus vástagos toda la furia del Infierno si violábamos esa regla.

—Limpian… do —logró articular Dulsie, y le mostró la gamuza.

—¿Ah, sí, limpiando? ¿Y qué significa eso, entonces? —Padre señaló un punto delante de la puerta del armario. En mis prisas, había dejado el *Organon Maleficarum* mal colocado fuera de la pila de libros. Y lo que era infinitamente peor: algunas páginas habían quedado dobladas por dentro al cerrarlo.

Padre se puso unos guantes, lo agarró con extremo cuidado y alisó las páginas. Vi cómo sus ojillos nerviosos se movían de un lado a otro, sospechando quizá que no estaba todo lo que debía estar. La cólera enrojeció sus mejillas. Yo estaba muerta de miedo, aunque no tanto como la pobre Dulsie.

El detalle de los guantes me preocupó. ¿Por qué razón Padre evitaba el contacto directo con aquellas páginas? Yo no había tomado tales precauciones, y mis dedos no notaron nada inusual en el libro… pero puede que no se pudiese notar. En una ocasión Padre me habló de unos libros malditos que fueron encuadernados en las condiciones de depravación humana más terribles. No entró en detalles para no herir mi sensibilidad, pero creí entender que tales libros, que nunca debieron existir, arrastraban con ellos enfermedades que podían contagiar a sus futuros lectores.

Me clavé los incisivos en el labio inferior, suficientemente castigado durante la sesión de mesmerismo. Lepra, aquellos libros estaban enfermos de lepra, o de quién sabía qué extraño y patógeno éter traído de los confines del mundo.

Sujeté solo con las uñas las hojas que había cogido del libro, para que no cayeran al suelo e hicieran más ruido.

—Conque limpiando, ¿eh? —rugió Padre, proyectando su sombra en la sollozante Dulsie—. ¡Has estado tocando mis libros, husmeando y moviéndolos de sitio! Es que no te dijo Delphine cuál sería el castigo por tocar mis cosas, ¿eh?

Quise salir como un huracán y postrarme a los pies de Padre para suplicarle que no le hiciera daño, pero no podía. Tenía demasiado miedo.

Por un momento lo supe: supe que Dulsie iba a traicionarme. Que para librarse de los crueles azotes me apuntaría con un dedo acusador y gritaría: «¡Allí, allí dentro, en el armario, ella me obligó!». Pero aún no había sucedido.

Con las cuerdas vocales anudadas por el pánico, Dulsie permanecía callada y soltando leves gemidos de impotencia.

El cinturón de Padre estuvo en su mano antes del siguiente parpadeo, y cayó varias veces sobre la pequeña mientras él, transformado en un hombre muy distinto de aquel que me apartaba el flequillo de la cara y me daba besos en la mejilla, tronaba con su aire de Zeus vengador:

—¡Mis libros están prohibidos! ¿Lo entiendes, pequeña estúpida? ¡Prohibidos! ¡Os lo advertí!

Dulsie gritó hasta que se oyeron pasos al otro lado de la puerta; encajó los latigazos que pudo y logró escabullirse como una culebra por el hueco.

Padre no la siguió. Ni nadie se atrevió a entrar en el despacho.

Un tenso silencio aplastó la habitación entera con su suela. Yo jadeaba en mi nido, sin poder creer lo que acababa de presenciar.

¿Cómo un médico, una persona que había dedicado su vida a cuidar de los demás, podía desatar semejantes arrebatos de ira contra una jovencita? ¿Cómo podía alguien juzgar tan terrible el pecado de tocar unos libros?

Me pregunté muy en serio qué le había pasado a Padre para acabar volviéndose así. ¿Había sido en el transcurso de sus viajes, por algo que vio o que le hicieron, o es que esta era su verdadera cara, la que nos ocultaba a sus familiares?

No sabía qué hacer. No podía pensar. Quería salir y chillarle a la cara que era un bruto, un animal, una persona indigna de defender el juramento hipocrático. Pero no habría sido capaz de hacerlo ni aunque el despacho se incendiase y las llamas lamiesen los costados de aquel armario.

Y Dulsie…

No me delató. Pudo haberlo detenido en cualquier momento, pudo haber usado la única carta que tenía para evitar el castigo, y aun así no lo hizo. ¿Por qué? ¿Acaso no me odiaba, como todos los demás, por haber sido la causante de la muerte de Mary?

Entonces Padre lloró.

Hay sonidos… hay sonidos en el mundo que nuestros oídos no son capaces de procesar. Los oímos, sí, los escuchamos y podemos identificarlos, pero nos parecen tan irreales, tan imposibles, que nuestro cerebro los archiva de inmediato como espejismos.

Así era el llanto de Padre.

Nunca lo había oído llorar. Derrumbado en su sillón de escribir, haciendo un esfuerzo consciente por controlar unos estertores que sacudían sus brazos y sus piernas… allí estaba el baluarte que yo consideraba inquebrantable, lo más recio y noble de toda mi existencia. Vencido. Humillado. Llorando por motivos de los que solo él y su soledad podían hablar.

Seguramente, si supiera que estaba asistiendo a aquel acto de rendición privada, no volvería a mirarme a los ojos en lo que me quedaba de vida.

Tenía un objeto en la mano, y no me refiero al cinturón con el que había flagelado a Dulsie. Era una cadenita que le regaló a Isaiah cuando cumplió los ocho años. Un objeto con un gran valor sentimental.

Padre frotaba el pulgar contra aquella catenaria de oro manchado, como quien cuenta las faltas por purgar en un rosario. Y seguía llorando. Lamentándose por la espantosa suerte que había infectado a esta familia como una epidemia y de la que él desconocía el remedio.

Entonces la explicación vino como un relámpago a mi mente.

Isaiah.

3.

Poco a poco fue recuperando la serenidad, aunque la sombra de la pena aún cubría sus párpados. Cuando se levantó del sillón volvía a ser una figura tan embozada en la solemnidad como las madres del funeral en su negro luto.

Hizo el gesto de venir en mi dirección para coger algo del armario, pero se arrepintió. Como si recordase algo dejado a medias, salió por la puerta con la misma prisa con la que había entrado.

Solté el aire acumulado en los pulmones procurando no silbar. Conté hasta cien. Como el silencio seguía siendo denso, y no se escuchaban crujidos lejanos de escalones, abandoné el despacho con las hojas bien apretadas bajo la axila.

No volví a respirar de forma normal hasta un rato después, refugiada en mi habitación. Contaba los minutos que pasarían hasta el momento de poder tranquilizarme y analizar el botín, pero aún quedaba algo por hacer. Dulsie. Estaba en la obligación moral de interesarme por ella, de comprobar que la cólera de Padre no había dejado marcas permanentes. De modo que escondí las hojas dentro del almohadón, lo dejé bien colocado bajo la manta, y me dirigí a toda prisa a la cocina. Si Dulsie había ido en busca de un hombro donde consolarse, sería el del ama Delphine.

Las encontré a las dos abrazadas, Dulsie con la cara constreñida por el griñón de sirvienta, y el ama susurrándole palabras que sonaban a una nana sin música. Le estaba aplicando un bálsamo en las heridas mientras la niña trataba de ordenar frases en su dialecto para explicar lo que había pasado. O al menos para que alguien

escuchase su versión.

Cuando me vieron entrar hicieron una breve pausa, me lanzaron una mirada aviesa y continuaron. La nana me recordó a un poema que había escuchado en mi infancia.

—Dulsie… —No supe cómo seguir. Las palabras se enredaban con las ideas que quería expresar, y formaban un ungüento que era más pesado que el aire. Así que dejé que mis obras hablasen por sí solas, y ayudé a aplicar el curioso linimento en las heridas de la chica. Digo que era curioso porque parecía una mezcla improvisada de materias fáciles de encontrar en una despensa, que por separado solo alegraban el sabor de los platos, pero unidas tenían propiedades curativas.

—No preocupar —murmuró Dulsie. Sus palabras fueron el remedio milagroso que necesitaba para que el nudo de mi garganta se soltase—. El señor… ya advirtió. Debí obedecer.

—No, la culpa es mía —sollocé—. Tenía que haberte dejado ir, no pedirte que te quedaras.

—Eso es cierto —dijo Delphine, severa—. Toda casa tiene reglas que no se pueden obviar, señorita. Sirven para que la convivencia sea posible y agradable, porque cada persona sabe cuáles son sus límites y a qué se expone si los sobrepasa. Y esto es válido en ambos sentidos, tanto para los amos como para los sirvientes.

—Lo siento muchísimo. —Mi voz se perdió en un bisbiseo.

—Tendré que hablar más tarde con el señor —dijo el ama, pensando en voz alta —. A ver si puedo conseguir que las aguas vuelvan a su cauce. Y tú, golondrina —pellizcó suavemente a Dulsie—, no vuelvas a desobedecer una orden ni aunque te lo pida la señorita Sabine, ¿de acuerdo?

Dulsie asintió, exhalando un fuerte grito cuando el algodón del ama rozó un moratón en su antebrazo. Me estremecí al pensar en la fuerza que tuvo que aplicar Padre para dejarle semejante cardenal, y en el hecho de que estaba en el antebrazo porque lo había interpuesto ante su cara, porque si no el latigazo le habría caído entre los ojos.

«¿Por qué es tan importante lo que se oculta en ese libro? —me pregunté—. ¿Es tan peligroso como para defenderlo con semejante inquina?».

—Te debo un favor —le aseguré a Dulsie—. Cuando necesites algo, cualquier cosa, no tienes más que pedírmela.

—Estar aquí —dijo la muchacha, como si ese fuera su mayor regalo—. Trabajo.

Sonreí. Si eso era todo…

Entonces me fijé en algo que no había visto antes. Al destapar el hombro de

Dulsie para aplicar el ungüento, vi que tenía una marca en la piel, una especie de tatuaje. Desde luego no era de nacimiento, con esa especie de culebra que rodeaba una rama como si quisiera contaminarla con su veneno.

Antes de que me diera tiempo a preguntar, el ama cubrió de nuevo el hombro de la chica, con la celeridad y el pudor de quien guarda la desnudez de ojos lascivos, y dijo:

—Es mejor que ciertas cosas continúen en secreto. No comente nada de lo que ha visto, señorita, por favor. Hágalo por ella, si es que considera en serio que le debe algún favor.

—Yo… —Dudé—. Claro. Por supuesto.

Si Delphine no hubiese hecho el menor hincapié en el tatuaje, no me habría llamado tanto la atención. Lo habría catalogado como una marca de propiedad de un antiguo dueño (había amos tan crueles que le hacían eso a sus siervos, a los que trataban literalmente como esclavos). Pero ante tanta vehemencia no pude sino preguntarme qué significaba, qué hacía en una piel sin mácula como la de Dulsie.

Empecé a darme cuenta de que en aquella casa todo el mundo, incluso el más inocente, ocultaba un secreto. Y yo no era una excepción.

Estuve un rato con ellas, aprendiendo del ama cómo se vendaban ese tipo de heridas. Al acabar me retiré a mi habitación. Padre no estaba en la casa; había vuelto a salir movido por un impulso, y ni siquiera Madre se atrevió a preguntar. Buchanan y él volvieron tarde, con un cierto regusto a cerveza en el beso de buenas noches. Madre, de nuevo, encontró fuera de lugar las camisas y desordenados los chalecos.

Pero yo estaba excitada. Había llegado el momento crucial.

Encerrada en mi habitación, con una silla contra el pomo, rescaté las hojas amarillentas del interior del almohadón y las desplegué una a una, buscando una numeración. No la había, pero se podía distinguir una cierta continuidad en algunos párrafos que el amanuense, escribiendo a toda prisa, había partido entre páginas.

Esta vez tomé la precaución de no tocar directamente las hojas, ni dejar que estas rozasen el colchón. Extendí unos trapos viejos por debajo, que luego acompañarían a las páginas a la chimenea (no podía dejarlas tiradas en cualquier parte, porque Padre era muy inteligente y sospecharía). Me procuré guantes y una jofaina para lavarme bien las manos cuando terminase. No sé si tales protecciones bastarían para detener el nefando influjo que las hojas pudieran volcar sobre el lector, pero me hacían sentir más tranquila.

¿Cómo describir la desazón y el miedo que me embargaron cuando leí aquellos párrafos torcidos, las elisiones en vocablos desconocidos, las glosas al pie de dibujos

que representaban seres u objetos que la mente humana no estaba preparada para comprender? ¿Cómo admitir que una pequeña parte de aquellas líneas quebradas poseían la inconfundible letra de Padre, y no llorar por las consecuencias de semejante implicación?

Me obligué a parpadear de manera voluntaria en varias ocasiones. Mis ojos devoraban cada párrafo como si la información (que a veces estaba escrita en latín, otras en árabe y otras en sánscrito, traducidas por la caligrafía de Padre) penetrara como cuchillas por mi retina y se incrustara en regiones prohibidas de mi cerebro.

Licantropía. Metempsicosis. Términos que aparecían repetidos una y otra vez, y que daban una idea de a qué temas estaba dedicado aquel capítulo del libro negro. Padre había estado recopilando mucha información sobre esa superstición terrible, la de las personas que, malditas por el Demonio o por algún poder más antiguo que el cristianismo, cambiaban su naturaleza humana por la de fieras sedientas de sangre.

Me santigüé. El recuerdo de la noche fatal, la noche en que me persiguió aquel monstruo, volvió con fuerza. Ya no estaba tan segura de que la explicación de Buchanan sobre cómo la mente disfraza los recuerdos fuera cierta. Si no, ¿por qué Padre iba a estar recopilando información sobre estas criaturas?

Mis dedos enguantados temblaban a medida que iban trazando un camino por los párrafos. Lo que había allí no era una exposición coherente de datos sobre licantropía, sino un puzle de anécdotas y referencias deslavazadas que me costó ordenar.

Por lo visto, en la región del Périgord tenían un nombre para estas bestias: *louléerou*, accesos de rabia que honraban las fases de la luna y que manchaban para siempre a los hombres que habían cometido pecados capitales. En Normandía también teníamos una palabra para eso, y Padre se hacía eco en párrafos de su puño y letra: *loups-garoux*, desgraciados que se vestían tres veces al año con una piel, un *hère*[15], que les prestaba el Diablo. Con aspecto de cabra o de perro bicéfalo recorrían los caminos, y el Maligno los azotaba al pie de cada cruz que encontraban para recordarles los motivos de su tormento.

Por los dedos cortos, las cejas que se les unen y los cabellos que les nacen en la palma de la mano los conocerás —apuntaba el cronista—. *Y de la cruel servidumbre a las fuerzas de la noche solo los librarás hiriéndolos tres veces con una aguja en la frente, o cortándoles la lengua*.

Le di la vuelta a la página. Un dibujo ilustraba el diseño de una máquina para interrogar a los sospechosos de haber hecho tratos con el Diablo, un armatoste digno

de los años de la Inquisición. Bajo este había más párrafos, traducidos del árabe como de un espejo, con frases que avanzaban en sentido contrario a las originales:

Los hombres lobo pueden quitarse la piel que les ha prestado el Maligno durante breves periodos de tiempo, para honrar fechas importantes para el paganismo. Colgarla deberán de árboles o postes sin que toque el suelo, y solo entonces mostrarán su verdadero rostro.

Pero si un incauto coge esas pieles y negligentemente se las coloca sobre los hombros, la maldición pasará de su antiguo dueño a uno nuevo, y nunca más obtendrá descanso.

Más dibujos. Rostros que surgían espontáneamente de la tinta mezclados con ideogramas que resumían ideas complejas.

Si una mujer extiende a medianoche entre cuatro palos la membrana que envuelve al potrillo recién nacido y se arrastra desnuda por ella, parirá hijos sin dolor, pero todos los varones traerán consigo el signo de la Bestia. Y será en su punto más vulnerable, la lengua, donde porten el estigma.

Empecé a comprender cuál era la enseñanza básica de aquel libro: pocos hombres nacían con el estigma del Diablo (a menos que sus padres hubiesen realizado algún ritual pagano), aunque podían adquirirlo en vida si se comportaban de una forma especialmente atroz. Estas personas malditas, hombres o mujeres, se levantaban sudando de noche, se sumergían desnudos en una fuente y, cuando salían de ella, los poderes oscuros ya les habían cosido a la vieja piel otra nueva que personificaba a un animal.

Un hambre voraz e insaciable se apoderaba entonces de ellos, un ansia irracional de destrucción, y se sentían impelidos a correr por los campos devorando a todo ser vivo que encontrasen y causando grandes estragos.

Más adelante encontré un dato que me llamó poderosamente la atención:

El loup-garou es libre solo en apariencia, porque estrechas cadenas atan su destino, y debe cumplir ciertas normas muy estrictas so pena de muerte. Así pues, si una doncella es acosada por un descendiente de Licaón[16] *y se refugia en un pajar, arrojar deberá un mechón de pelo entre la caña de centeno. Entonces la bestia dejará de perseguirla y rebuscará sin descanso hasta encontrar esos cabellos.*

Un sudor frío me resbaló por la espalda. ¿Era eso lo que me había ocurrido aquella noche? La hipnosis me hizo verlo claro: el mechón de pelo que fue arrancado de mi frente por las ramas y cayó al suelo. Si la fábula que reflejaban aquellas páginas era cierta, ese simple detalle casual me había salvado la vida.

Terminé el signo de la cruz que había empezado hacía cinco minutos. Y seguí leyendo:

El talón de Aquiles de cualquier hombre maldito es su lengua. Bajo ella se oculta la firma de Satán, unas llagas que muestran su nombre secreto. Poderosas garras y aún más vigorosas fauces la protegen, pero quien del licaón la lengua arranque, lo liberará de la maldición, y en castigo por sus crímenes su alma no encontrará reposo.

No os fieis del niño que nazca con la marca, pues se extenderá a sus brazos y piernas, retorcerá su columna y atrofiará su mente, confiriéndole un aspecto demoníaco. Así sabréis que es el heredero de un linaje corrupto, y que llegará el día en que el mal que anida en su alma despierte.

Tuve que soltar aquellas páginas malditas, que cayeron al suelo con un rumor sordo.

El niño que nació maldito por los pecados del padre. El que arrastra el signo del Maligno y es consumido por él.

Ahogué un grito con las manos.

Entendí por qué Padre nos había llevado a Rhum casi a la fuerza. Sus intenciones no escondían ningún fin científico. Deseaba curar a Isaiah de la enfermedad con la que Dios había decidido contagiarlo en el vientre materno, cierto, pero no quería hacerlo mediante la praxis común, sino acudiendo a los conocimientos secretos. A la simbología mística. Aquel libro herético era la prueba.

Isaiah llevaba la marca de la Bestia, fue la conclusión a la que me condujo aquel texto. ¿Por los pecados del padre… o quizá de la madre? ¿Quién de los dos estaba más versado en los misterios de la magia?

Si una mujer se arrastrara por la membrana que envuelve al potrillo recién nacido…

No. Era impensable. Madre era una persona ducha en los senderos de la magia, pero de la blanca, la que se usaba para proteger a las personas de la influencia del

Maligno y su cohorte. Ella jamás se habría sometido a tales rituales para eludir los dolores del parto.

¿Verdad?

Madre había usado un ritual para sobrevivir a los dolores del parto de Isaiah. Me lo dijo el aya. Magia blanca, creía yo. Magia inocua.

Magia poderosa.

Hice un ovillo con los papeles, bajé al salón y, tras asegurarme de que Padre había salido de la casa, los arrojé a la chimenea. El fuego que los consumió fue muy rojo, mucho más intenso de lo normal.

Horas después, y a pesar de haber consumido toda la madera, aún continuaba ardiendo.

VII. LA ORDEN DE ISIS URANIA

Dos maneras opuestas de entender el mundo – Sueños intranquilos – Regreso a Caer Minloch y una pésima excusa

1.

Algunas estructuras se alzan calculando la distancia que un caminante puede recorrer en una jornada cómoda. El monasterio de Saint Clemens, en la ribera norte del loch Morar, cumplía este requisito siempre y cuando no lloviera (condición no muy habitual en la región), y los caminos fuesen seguros y visibles a pesar del barro.

El doctor Donovan había hecho ese cálculo y se había concedido cierto margen de error, por si la llovizna que lo acompañó al salir de Mallaig aumentaba hasta convertirse en algo más molesto que una fina cortina. Pero a medio camino se dio cuenta de que el tiempo parecía ir en consonancia con su estado de ánimo, y muy pronto el sobretodo que se había puesto para el trayecto a caballo dejaría de suponer una diferencia frente a la lluvia.

No se atrevió a decírselo a su hija Sabine, a quien estaba claro que unía una buena amistad con la sirvienta Dulsie, pero le dolió tener que pegarle. En realidad no tenía muy claro por qué lo hizo. Con una severa amonestación, e incluso la privación de sueldo durante una semana habría bastado, pero… el impulso de desatarse el cinturón y descargar toda la rabia sobre la pobre chiquilla había sido muy fuerte. Una ventana abierta en un incendio por donde, en lugar de entrar la lluvia, habían salido las llamas.

Cuando el arrebato se consumió, agotado el combustible de la rabia, se sintió… culpable. Y orgulloso. ¿Cómo explicarlo? Una parte de él sabía que semejante acto era deplorable, y sentía la necesidad de correr tras la chiquilla y pedirle perdón, guardando siempre las formas y la distancia que por norma tenía que haber entre ellos. Pero por otro, una parte aletargada de su alma se sentía feliz de haber

despertado. Durante unos segundos fue libre, sin cadenas de moral, ética o compasión que la ataran. Y eso lo condujo a una plenitud que raras veces había experimentado. El placer repentino e intenso de someter al otro, de dejar clara cuál era su posición en su entorno social. Fue como la embriaguez que sigue a la degustación de una buena cerveza y que luego se deja domar por la culpa, menos intensa pero más duradera.

Era esa parte de su alma que ansiaba liberarse la que lo había llevado a emprender aquel corto viaje.

El loch Morar no estaba lejos de Mallaig, apenas unos cuantos kilómetros (millas, decían los escoceses) por senderos que serpenteaban entre colinas salpicadas de matas. La tierra era verde, pero al mismo tiempo conformaba una planicie monótona y demasiado parecida a sí misma, el lugar más desolado que hubiera contemplado desde hacía años. Desde que estuvo en Tierra del Fuego, de hecho, donde las enormes planicies le sugirieron que Dios había amontonado en aquel rincón las partes del mundo que dejó a medio hacer cuando se le agotaron los siete días.

Escocia gritaba con una calina húmeda que no tenía nada que ver con el abrazo del viento continental, ni con las brumas de los atardeceres en los profundos bosques. Aquel era un aire pastoso y viejo, que se transmitía a las bestias y a los hombres como si estuviesen condenados a formar parte del olvido.

«En fin —suspiró—, tiene que ser la melancolía inextricablemente ligada a este paisaje».

Por más que caminase, el loch Morar estaba cada vez más lejos. Ya iba quedando claro que no iba a llegar antes de coger una pulmonía…, pero de alguna forma tenía que encontrar algún sitio alejado de Mallaig donde rezar. Un lugar expresamente construido para ello, donde la santidad de antiguos predicadores pudiera contagiarse con facilidad.

El templo de Mallaig no le servía, porque estaba cerca de la casa de Buchanan y lo que él necesitaba ahora era distanciarse. Quizá de ese modo, en soledad, podría congraciarse con esa parte de su alma que había enterrado bajo tantos libros, y hallar una explicación para el injustificado arranque de cólera que (ya era hora de que lo admitiera) estuvo a un paso de matar a la chiquilla.

La noche anterior no había podido dormir. Una jauría de dudas y terrores nocturnos le lanzaba bocados pegada a sus talones. La melancolía, sí…

¿Melancolía… o remordimiento?

Fue a la altura de otro lago más pequeño llamado Nostarie, situado a medio camino del monasterio, donde halló la ermita.

Era un pequeño edificio mamposteado en gris, con techo a dos aguas y unas

ventanas por las que resbalaba la hiedra. La puerta estaba entreabierta y una tenue luz de velas se intuía en el interior.

Donovan se detuvo en el último tramo del camino. ¿Había alguien rezando allí? Vaya casualidad, sobre todo en un día tan triste. Pero no le quedaba otro remedio que interrumpir la plegaria de quien hubiese encendido las velas, porque ya sentía cómo le castañeteaban los dientes.

Se apeó del caballo y ató la brida a un mojón. Luego tocó educadamente a la puerta.

La hoja se terminó de abrir con un chirrido. Dentro, en el pequeño espacio que dejaban el altar y las ofrendas de flores, había un hombre arrodillado. Su semblante exhibía un ceño hosco que no desentonaba con su beatífica expresión y su rígida apostura. Vestía unas ropas de monje que se agitaron cuando el aire frío entró. No contestó, sin embargo, al saludo del médico; parecía empeñado en completar los últimos versos de un salmo.

Donovan alzó las cejas, impresionado, al reconocer a aquel penitente. Le dejó acabar la salmodia, y solo cuando este lo miró, dijo:

—Mi esposa me ha hablado mucho de usted, padre Tinker. Dice que sus discursos encajan tan bien en los recovecos del alma que parecen la obra maestra de un arquitecto.

—Un buen sermón es como una llave —dijo el pastor, levantándose. Hizo la señal de la cruz y le tendió la misma mano a Donovan para que se la estrechara—. Si lo tallas con las muescas adecuadas, puedes abrir cualquier corazón.

—Bonita metáfora. Siempre he pensado lo mismo de una buena demostración científica.

—Explique usted con su ciencia lo que pueda ver y tocar, pero deje a la fe el reino de lo intangible. De esa manera no se frustrará por ser un simple humano, con todo lo que ello implica. Es un consejo que le doy.

—Hace unos días no sé qué le habría respondido, pero ahora… —Miró el edificio como si hubiera crecido a su alrededor en contestación a una plegaria—. En fin, ahora estoy aquí.

—¿Qué le ha traído a este lugar tan apartado de sus cátedras, señor Donovan? —Tinker cruzó los brazos—. Porque, que yo sepa, no ha acompañado ni una sola vez a su familia al templo desde que llegaron a Mallaig. Corríjame si me equivoco, pero creo que nunca olvido una cara.

El labio de Donovan buscó refugio bajo su bigote. Esa mañana, por algún motivo no concretado, había decidido rasurarse la barba, de la cual solo quedaba a modo de

epitafio un bigote teñido de canas.

—Es usted un buen observador, padre. Sí, es cierto que he descuidado un poco mi deber de buen cristiano… pero puedo recuperar el tiempo perdido. He venido a rezar. Por primera vez en mucho tiempo, antes de que lo pregunte. —Se quitó el sobretodo y lo dejó, arrugado, sobre un jarrón cuyas flores se habían marchitado hacía tiempo —. ¿Y usted? ¿Qué hace en despoblado, cuando tendrá mil cosas que hacer en Mallaig?

Tinker cerró la puerta. El aguacero se había convertido en un diluvio de agujas, y la ausencia de viento hacía que cayeran con fuerza sobre las matas.

—Hay momentos en los que la soledad es la mejor compañía. Sobre todo cuando uno tiene que meditar sobre temas importantes. Usted lo sabe bien, o no habría venido.

—La verdad es que he acabado aquí por casualidad. Me dirigía al monasterio del loch Morar, en busca de… orientación.

Tinker le ofreció una sonrisa que no comprometía a nada.

—Paso buena parte de mi tiempo allí, rezando con los hermanos. Si aún quiere consejo…

—Para eso he venido. —Donovan dudó, pero al final se convenció de que este lugar era tan santo como cualquier otro, y que no habría nadie más apropiado que Tinker para escuchar el lamento de un alma perdida. Aquel hombre estaba allí para resolver esa clase de problemas, no solo para presidir tribunales de justicia—. No sé exactamente cómo empezar, pero ayer…

Al final sí supo cómo empezar. De hecho, le relató con pelos y señales lo que había ocurrido en su despacho desde el momento en que entró y sorprendió a Dulsie husmeando en sus cosas, hasta cuando ella se escabulló gimiendo como una perrita herida y llena de cardenales. Le sorprendió lo poco que Tinker tuvo que tirarle de la lengua para sonsacarle hasta el más pequeño detalle, como si su alma quisiera abrirse ante alguien con verdadero poder para sanar.

No le contó, por supuesto, nada que tuviera que ver con sus libros o con la larga investigación sobre el mal que aquejaba a su hijo, pero en lo tocante a la descripción vívida de lo que sintió cuando el Diablo cogió su mano… ahí no ahorró en calificativos.

Al acabar se sintió mejor. Liberado. Como si el mero hecho de confesar su crimen lograra que el peso desapareciera. Tinker lo miraba con expresión ceñuda, como el sabio que se enfrenta a un enrevesado problema lógico.

—¿Y bien, padre? —rio Donovan, sintiéndose como si estuviera interpretando

una comedia en el papel de otro—. ¿Tiene razón mi mujer cuando dice que bebo más de la cuenta… o debería beber todavía más?

—No se preocupe tanto por nimiedades, hijo. —Tinker negó con la cabeza—. Estas explosiones de furia no son dignas de elogio, por supuesto, pero tampoco es algo tan grave como para requerir excomunión —bromeó—. Cada mes vienen a mi puerta decenas de personas, buenos ciudadanos, integrantes de pleno derecho de la comunidad, con problemas que hacen que una azotaina más dura de lo normal a una sirvienta sea como un pecadillo de infantes.

—¿En serio? —Se asombró Donovan. Y él que pensaba que Tinker lo iba a amonestar con pasión calvinista por su pecado.

—Ni se imagina lo que se esconde tras los muros de muchas casas —resopló el pastor—, cuando desde fuera todo parece placidez y tranquilidad. En comparación, aunque no le diría que se acostumbre a pegar a las muchachas, sí que estoy de acuerdo con que una buena azotaina de vez en cuando sirve para mantener la disciplina.

—Ah.

—Pero no es eso lo que me viene preocupando desde hace un tiempo de su familia, señor Donovan. Una familia a la que parece hostigar un mal de ojo bastante peculiar. —El tono de voz del pastor perdió la cordialidad.

Donovan se tensó.

—¿A qué se refiere?

El pastor acarició unas flores doradas, recuerdo del tímido veranillo de San Miguel que hasta hacía poco tremolaba en el aire inmóvil. Ese calor se había disipado más o menos el mismo día en que la familia de Donovan desembarcó en la playa.

—Hay libros que nunca debieron ser escritos, señor Donovan. Libros nefastos, prohibidos, que solo sirven para perpetuar en este mundo los secretos paganos que debimos haber olvidado hace siglos. Pecados con forma de páginas que se aprovechan del sagrado arte de la caligrafía para extender el mal.

—Eso es un *non sequitur*.

—¿Lo es? —Sonrió Tinker—. No, solo lo parece. Seguimos hablando de lo mismo. Verá, hay muy poca gente en Escocia que sabe esto, y prácticamente ninguna en Mallaig, pero dentro del esquema de la Iglesia Presbiteriana, yo pertenezco a una rama… ¿cómo decirlo?, más habituada a actuar de forma encubierta de lo normal.

—¿Una organización secreta?

—Le comento estas cosas porque sé que dentro de poco voy a necesitar la ayuda de un hombre ilustrado y temeroso de Dios como usted. Porque teme al Altísimo por

encima de cualquier otra cosa en este mundo, ¿verdad? Incluyendo esa ciencia por la que siente tanta admiración.

La cabeza de Donovan se movió de arriba abajo, lentamente.

—¿Adónde quiere llegar, Tinker?

El médico giró sobre sus talones al oír un chasquido. Asomó la cabeza por la puerta, pero solo era el caballo, que se había movido. Aquel lugar le estaba empezando a poner los pelos de punta.

—Se llama Orden Antigua de Isis Urania —dijo Tinker, su voz apenas un susurro —. Fue fundada en Ginebra hace cien años por el padre Coutras Adlaye, y tiene como objetivo perseguir la forma horrenda del conocimiento humano, expresada en los tomos heréticos de los que le hablaba.

—¿Buscan libros prohibidos?

—Los buscamos, sí, y en cuanto damos con cualquier copia o traducción que esté circulando por el mundo, la quemamos. Luego santificamos las cenizas y se las damos a comer a una cabra[17]. Solo así nos aseguramos de que el nefando influjo de tales libros muera con ellos.

Donovan parpadeó. Una orden religiosa secreta dedicada a la quema de libros. Y Tinker le estaba confesando su militancia. ¿Por qué? ¿Acaso trataba de atraerlo a sus filas? ¿O es que sabía algo más de lo que quería admitir y lo estaba poniendo a prueba?

Sin quererlo, Donovan se puso a la defensiva.

—Soy un completo ignorante en asuntos de sectas, pastor. No me interesan lo más mínimo, y menos las que se dedican a quemar libros.

—¿Le parece una acción reprobable, señor Donovan? ¿Aunque tenga el absoluto conocimiento de que esos tomos encierran profecías malignas, guías para realizar hechizos, panegíricos de personas estigmatizadas y otros horrores?

—No, claro, pero… jamás destruiría para siempre el legado intelectual de nadie. Si llegara a considerarlo ofensivo, lo guardaría en una caja fuerte en lo más profundo de un templo, o en alguna cueva, bien custodiado por hombres de confianza. Pero nunca lo arrojaría a la hoguera.

—Es por razonamientos como ese que se conservan obras capaces de llevar al hombre a conclusiones peligrosas sobre el mundo, y sobre la existencia misma de las cosas. Cuando guardamos algo nos estamos exponiendo a que alguien indeseado lo encuentre, y no sabemos qué uso dará esa persona a los libros —argumentó Tinker—. Si en lugar de esconderlas las hubiesen quemado, hoy no tendríamos que

preocuparnos por la influencia de obras perniciosas como el *Diálogo*[18] de Galileo, o el *Almagesto*[19] de Tolomeo.

—Espere, espere. —Donovan alzó las manos—. ¿Por qué me cuenta esto? ¿Qué demonios tengo yo que ver con su orden?

Tinker lo miró. Se le notaba que estaba gozando con tanto secretismo, aunque él mismo habría calificado de intolerable ese placer ante testigos.

—Se lo cuento porque han llegado hasta mis oídos rumores que lo vinculan a usted con la posesión de libros…, llamémoslos así, poco recomendables.

La sangre huyó de las mejillas de Donovan. «Lo sabe —pensó—; está al tanto de la existencia de mi biblioteca». Hizo lo que pudo por mantener la compostura, pero tuvo que preguntarse cómo lo había averiguado. Quién estaba al tanto y quién había podido irse de la lengua. ¿Buchanan, en una de sus escapadas a la taberna? No, era poco probable; sabía de la existencia de los tomos, pero nunca se molestó en indagar sobre su contenido.

¿Sylvain, tal vez, en confesión? ¿O su hija Sabine? Tinker era confesor de ambas, por el amor de Dios.

Con que se hubiesen ido de la lengua respecto al título de alguno de los libros, eso lo habría llevado a atar cabos con suma rapidez.

—No puedo imaginar cómo ha llegado a semejante conclusión —alegó—, pero es falsa. Poseo una extensa biblioteca de volúmenes sobre anatomía y humorología[20], cierto, pero ninguno de esos libros ha sido calificado jamás de sospechoso por ninguna Iglesia.

—No se esfuerce, doctor: seguro que podría defender sus posesiones con ahínco, a tenor de su postura respecto a la quema de textos. Eso lo ha dejado bien claro. No es que esté sugiriendo que la orden deba hacer una inspección en su casa, pero compréndame. —Una gélida brisa se coló por la rendija de la puerta y se enroscó en su cuello—. Por mis manos han pasado muchas páginas profanas a lo largo de los años. Y he tenido que leerlas, muy a pesar mío, pues sin estudiar el contenido antes de destruirlo careceríamos de pistas sobre la ubicación de copias. Aún tengo pesadillas causadas por la lectura de determinados tomos, señor Donovan.

Los dedos del pastor se agarrotaron, y el médico percibió una leve señal de artrosis en su forma de crujir.

—Sprenger y Kramer[21] nos lo previnieron en algunos pasajes de su excelso libro *El martillo de las brujas*, pero hasta que no tuve delante las páginas de aquellos volúmenes que rezumaban el hedor de la Bestia, su inconfundible tufo a depravación

y podredumbre, no supe con certeza a qué me estaba enfrentando.

—¿Ha leído esos libros que tanto condena? ¿Y lo confiesa?

—No es una confesión, doctor, sino una cruz con la que me veo obligado a cargar por el bien de la orden —repuso—. He leído horrores sin nombre que hablaban de familias enteras tocadas por el mal, un mal que se manifestaba con estigmas parecidos a los de su hijo. A esas familias las rondaba el desastre, y no hubo que esperar mucho para que su influjo se manifestara en forma de muerte, asesinatos, apariciones demoníacas y fenómenos inexplicables.

Donovan apretó los puños. Aquello estaba yendo demasiado lejos.

—¡No pienso tolerar que acuse a mi familia de haber sido responsable de esas muertes! Y lo de relacionar la enfermedad de Isaiah con un embrujo… ¡es de locos!

—Se sorprendería si le dijera con qué espantosa exactitud ha sido descrita la mácula que lleva su hijo en algunos libros, cicatriz a cicatriz, deformidad a deformidad… Es como un mapa de la culpa que traiciona su naturaleza corrupta.

—¿Qué libros? ¿Los recuerda, acaso?

—Recuerdo uno en concreto, señor, el peor conjunto de palabras que jamás se haya reunido bajo una misma solapa. —Los ojos de Tinker ardieron al decirlo—: El *Organon Maleficarum*, el libro de cabecera del Demonio. —Dio un paso hacia el médico, arrinconándolo en el estrecho espacio de la ermita—. El único tratado que ofrece una descripción detallada del Infierno, de sus criaturas y secretos, así como de los rituales necesarios para abrir cada una de sus nueve puertas.

Donovan abrió violentamente la puerta de la ermita y salió. El caballo lo saludó con un relincho. Había dejado de llover, pero el hálito de humedad aún flotaba en el aire.

—¡Basta! —advirtió a Tinker—. Si sigue por ese camino lo denunciaré a las autoridades, tanto civiles como religiosas. ¡Lo que usted practica se llama persecución!

—Por ahora es solo una sospecha, señor Donovan —dijo Tinker, echándose de nuevo la capucha sobre la cabeza. La sombra de pico de cuervo le dibujó un triángulo en el pecho—. Pero si siguen sucediendo hechos macabros relacionados con su familia, o reúno pruebas concretas de que una sombra está rondando Mallaig, no dudaré en presentar un informe a la orden. Y la Iglesia Presbiteriana al completo me apoyará.

—Una sombra —escupió Donovan, subiéndose al caballo. Lo repitió como si fuesen los desvaríos de un borracho—. Hasta hoy creía que era usted un hombre excéntrico, pastor Tinker, pero se lo perdonaba porque la santidad hace que ciertas

personas se comporten de esa forma. Pero no es santidad lo que llena su pecho. Es fanatismo —bramó—. ¡Y locura!

—Piense lo que quiera, señor. Satanás busca a los incrédulos para depositar en ellos su confianza.

El médico no desvió la mirada, como si hacerlo hubiera significado una admisión de culpa.

—Ordenaré a mi mujer y a mi hija que no vuelvan a poner un pie en su templo —decidió—. Y si vuelve a acercarse a nosotros, por cualquier motivo, sabrá lo peligrosa que puede llegar a ser la incredulidad para los fanáticos.

Donovan se alejó a toda prisa de vuelta a Mallaig, su boca silabeando maldiciones.

Tinker lo vio marcharse, apoyado en el umbral. Una ligera sonrisa se le fue abriendo camino en el rostro.

Ya no hacía falta que recabase más pruebas. La sombra había caído sobre Mallaig, sin duda alguna, y el primer sitio donde tendría que buscar la fuente era en la isla vecina.

Recogió el abrigo del médico, que había dejado olvidado sobre el jarrón, y echándoselo sobre los hombros reemprendió el camino al monasterio.

Sí, Rhum sería el primer lugar al que habría que enviar a los soldados de Cristo.

2.

En esta ocasión el sueño fue muy explícito. Y a diferencia de las otras veces, no me di cuenta de que estaba soñando hasta que de tanto revolverme me caí por un lado de la cama.

Mientras me frotaba el chichón, la boca abierta en busca de aire, mi mente hizo un rápido recorrido por los espantosos paisajes que había visto: la ciénaga en la que se me habían hundido los pies cuando lo que quería era correr rápida como el viento para alejarme de…

¿Quién me perseguía?

Antes de que la pesadilla demostrase lo que era (cuando todo eran paisajes bucólicos y perfume de flores), caminaba alegre por una colina llena de girasoles. Sus corolas no giraban siguiendo al sol, sino a mí, como si fuese el astro que iluminaba su mundo. Y así habría sido, de no ser por la presencia de mi hermano.

Las flores se marchitaron cuando él apareció. «¡Sopla, mira lo que sé hacer!», gritó desde el otro lado del sueño, y sufrió una horripilante mutación. Me llevé las

manos a la cabeza tratando de no recordar, de borrar los detalles de la escena con la facilidad con que se evaporan los sueños normales, pero no pude.

Mi cerebro se empeñó en mostrarme cómo sus dedos se alargaron como si les hubiesen crecido nuevas falanges; cómo se dislocaron con un sonido de martillazos para curvarse hacia arriba; cómo se dilataron sus caderas y se le puso derecha la columna, tirando hacia atrás del cuerpo. Cómo se le partió el hueso del cráneo, moviéndose con vida propia por debajo de la piel, y se le encajó de nuevo en una posición más alargada, más animal.

Isaiah ya no parecía humano cuando se arrancó la piel a tiras. De debajo surgió un torrente de pelo rojizo, aceitoso, lleno de nudos. En su sombra bailaban formas de vida cimbreantes y transparentes, demasiado extrañas para ser pesadillas. De fondo se escuchaba una música de orquesta tocada muy lentamente, en constante *diminuendo*, como la melodía principal de una ópera que tardara en ser ejecutada varias décadas.

Sus ojos ambarinos cayeron sobre mí.

Fue más o menos entonces cuando eché a correr hacia la ciénaga, suplicando ayuda a Padre, a Madre, al pastor Tinker (que me miraba con severidad apoyado en el horizonte, su cara como la de un dios azteca: gélida, inescrutable, los pómulos como cuchillos), hasta llegar al bueno de James y sus amables modales.

Antes de saber si alguno iba a acudir a mi llamada, desperté.

El beso del amanecer acariciaba la ventana. Bien.

Había muchas cosas por hacer, y era hora de que alguien con voluntad las afrontase.

3.

Lo tenía justo delante.

A menos de diez metros. Tan cerca. Tan inmediato.

Tan peligroso.

Mi hermano.

Mis pensamientos tañían el azar como un arpa desafinada. Estábamos ayudando a Madre a recoger ciertas plantas del jardín, un pequeño espacio que James nos había dejado administrar a nuestro gusto. En el corazón secular de aquel pequeño laberinto de manzanilla y otros tesoros estaba Isaiah, la vista fija en alguna trivialidad como si esta tuviera la misma importancia que el sentido de la vida. Madre y el aya recolectaban tomillo en lentos círculos a su alrededor, como encorvadas máquinas de

arar.

Y yo miraba a mi hermano.

Mi cabeza era un acantilado contra el que se estrellaban turbulentos frentes de ideas. En realidad no sabía qué pensar, por más que tuviera claras (o que creyese tenerlas, más bien) las razones por las que Isaiah era un peligro para mi familia.

Antes de nuestra llegada a Rhum habría considerado grotesco que alguien insinuara que un mal antiguo y sediento de sangre se escondiese en el cuerpo de mi hermanito. Antes de Rhum, la mera alusión a que Padre pudiese tener libros sobre satanismo y artes oscuras me habría obligado a abofetear a alguien. Antes de Rhum, nuestra vida era distinta.

Tanto los hechos anotados en las páginas del libro negro, como las imágenes que vi cuando Madre invocó al romero y la salvia, a las antiguas magias de la protección y la pureza, me parecían las únicas pistas que podían arrojar algo de luz sobre lo que estaba pasando.

En aquellas imágenes, el arte de la adivinación me dio un aviso de lo que depararía el futuro. Qué tonta fui al ignorarlo, al no saber interpretar los signos. Mary y Bert estarían vivos si hubiese sabido ver más allá de las apariencias. ¡Plaf! Otra muralla de ideas hecha espuma contra el acantilado de la necedad.

Por fin lo entendía. Todos estábamos en peligro, y no había forma de advertir a las autoridades sin que nos tomasen por locos. Ni siquiera estaba segura de poder confiar en Padre (que aún no había regresado de un viaje a un lago cercano, emprendido por quién sabía qué motivos), o en Madre (que por mucho que creyese en estas profecías, seguro que no me dejaría llevar a cabo las acciones adecuadas). Para ella lo que primaba era mi seguridad.

El cuenco me había mostrado un atisbo de la bestia, pero también el escorzo de otra persona. Estaba segura de que quien se oponía a la tenebrosa figura del lobo era Chris Laycock; el destino me había enseñado aquella imagen porque, sabio él, por aquel entonces ya tenía claro que nuestros caminos se acabarían cruzando. Y si el augurio del lobo se había hecho realidad, ¿por qué no indagar un poco en la otra imagen, la del pastor repudiado por los suyos, por todo aquello en lo que creía?

Así pues, si quería ayudar a mi familia y curar a Isaiah, tenía que regresar a Rhum y encontrar a Laycock. Era el único camino que, dentro de toda esta locura, parecía llevar a alguna parte.

Aunque había peros, claro. Siempre hay peros.

¿Era mi obligación partir de Mallaig dejando a Madre y el aya solas? Solo yo estaba convencida de que era Isaiah quien albergaba a la bestia. Había intentado

sugerírselo a Madre en un par de ocasiones, pero era inútil. Jamás me creería, y no teníamos manera de saber qué mecanismos regían su maldición ni cuándo sobrevendría el siguiente cambio. ¿Se transformaría en la bestia una noche cualquiera, mientras dormíamos desprevenidos, o seguiría conservando la forma humana diez, veinte u ochenta años más?

Me dio un escalofrío solo de pensarlo. Las páginas del libro no ofrecían pistas sobre eso, y no iba a ponerme a interrogar a los ancianos del pueblo sobre si conocían leyendas de hombres lobo a riesgo de acabar en una celda.

Estaba claro que, por el bien de mi familia y de mí misma, esto tendría que hacerlo sola.

O acompañada de una sola persona, más bien.

No podía ausentarme demasiado tiempo o Madre empezaría a revolver cielo y tierra para encontrarme, así que decidí partir hacia Rhum al día siguiente, a primera hora, para poder estar de regreso por la tarde. Iría acompañada de Dulsie, aunque a ella no le gustase la idea de volver a la isla (ya encontraría la forma de convencerla sin tener que recurrir a las clásicas amenazas de estatus social).

James me proporcionaría la coartada. Me había invitado en diversas ocasiones a acompañarlo para conocer los muelles y las casas de aduaneros en las que hacía su trabajo, supongo que para convencerme de que, aunque no había seguido el camino de la Medicina, ese oficio también era digno y provechoso.

Aquella mañana decidí aceptar su invitación.

Padre regresó de su misterioso viaje al lago, pero aparte de mostrarse taciturno y encerrarse en su despacho a organizar por enésima vez los libros (movió estantes, colocó tomos, agitó baúles y atriles como si cualquiera de esos objetos fuera una idea y el despacho su cabeza), no le sacamos nada. Tan solo un «vamos a tener problemas» que nos dejó más preocupados que al principio. Madre estaba enfadada; la sombra de una tormenta se abatía sobre la casa, y yo no quería estar allí cuando se desatase.

Acercarme a James fue fácil, y también convencer a Madre de que iba a estar a su cargo durante todo el día, aprendiendo los misterios del oficio de Cambises[22]. Lo que no resultó tan fácil fue pedirle a Dulsie que me acompañara.

La joven todavía mostraba marcas en la piel de los azotes, pero según decía, el dolor había desaparecido… casi del todo. Y yo necesitaba ir con alguien, porque, debía admitirlo, una cosa es que una sienta en lo más profundo de su alma que tiene que hacer algo en persona, sin delegarlo, y otra que deba hacer el viaje en solitario.

Si quería que fuese mi acompañante en este viaje, tenía que contarle mis

sospechas, sin guardarme nada, o jamás confiaría en mí. No sé si fue la elocuencia de mi discurso lo que la convenció, o la amenaza de permanecer en la misma casa que una persona sobre la que flotaba la sospecha, pero al final se puso sus botas de caminar (solo tenía dos pares, esas y unas sandalias para andar por la casa, además de los mocasines con los que solía desempeñar sus tareas) y se vino con James y conmigo cuando nos fuimos al muelle.

La sonrisa de satisfacción del más joven de los Buchanan desapareció en cuanto le revelé mis verdaderas intenciones. No iba a quedarme con él, pero tampoco quería que le contase a Madre lo de mi escapada furtiva. Siempre he sido una mojigata en lo tocante a lidiar con el sexo opuesto, así que mi plan original de sacar mis encantos y persuadir a James de que fuese cómplice no resultó como esperaba.

Me sentí terriblemente estúpida jugando a ser seductora, a poner morritos como una niña traviesa y hablarle con más confianza de la habitual. Creo que él notó lo incómoda que me sentía, porque accedió a cubrirme aunque fuese para no ver cómo me rebajaba a interpretar ese papel.

Le di un beso en la mejilla, cosa que agradeció (sus ojos relampaguearon en el instante en que deposité la sombra del beso, casi una nube intangible sobre su piel), y se encargó en persona de conseguirnos la lancha que nos trasladaría a Rhum.

Durante el trayecto, al fijarme en las manos embastecidas de los marineros mientras traían de aquí para allá los remos, me cuestioné lo acertado de mi decisión. Y me entró el pánico. Por fortuna, para entonces estábamos a una milla náutica de la costa y era imposible volver. Eso salvó mi honra ante los ojos de Dulsie, que permaneció sumida en sus pensamientos hasta que la lancha embarrancó en la arena de la isla.

Qué diferente fue esa llegada a Rhum de la primera vez. Incluso sabía adónde ir: enfilé el sendero que conducía al faro, esperando encontrar a alguien que me indicase cómo conseguir un coche de caballos, o Dulsie y yo nos dejaríamos las suelas subiendo al Cullin a pie.

Cuál sería mi sorpresa cuando la puerta del faro se abrió y nos topamos con la expresión de alegre rufián de Freys.

—¡Pero si es la señorita Sabine! —exclamó—. ¡Qué sorpresa!

—Lo mismo digo, Freys —suspiré, aliviada. Seguro que Freys y su jamelgo nos echarían una mano para subir a la montaña, o al menos para llegar hasta las colinas que habitaban los pastores.

—¿Qué hace usted por aquí? ¿Y su padre?

—En Mallaig. He venido con mi criada para… eh… depositar flores en el lugar

donde sucedió… ya sabe… aquello.

—Una triste historia, sí señor —dijo, apenado—. Recé mucho por ustedes aquel día, incluso llegué a invocar con nombres y apellidos a todos los santos a los que mi madre solía encender velas para que, según ella, encontrasen el camino a casa. Para eso sirven las velitas de las iglesias, ¿saben? —confesó en voz baja—. Parece ser que en el Cielo siempre es de noche.

—Oh. Pues muchas gracias…

La risa del farero restalló como un leño al partirse.

—No hay de qué, es mi deber como buen cristiano. Y hablando de deberes: ¿tienen quien las lleve, señoritas, o pensaban hacer un poco de ejercicio?

Sonreí con malicia.

—Por cierto —apuntó Freys mientras cogía los arreos—, el ama Delphine se dejó aquí algunas cosas cuando llegó de Mallaig, al día siguiente del ataque. Si la ven, díganle que no se preocupe, que puede venir a recogerlas cuando vuelva a la isla.

Al principio acogí como una muestra más de la amabilidad de Freys ese comentario, pero luego me di cuenta de que algo no estaba bien.

—Querrá decir cuando trajo a Padre y al ama Delphine de hacer las compras en Mallaig, ¿no? —lo corregí—. Fueron juntos a la Isla Grande la noche del ataque.

—No, señorita, su Padre se ausentó porque tenía deberes importantes, aunque no especificó cuáles. Yo llevé y recogí al ama aquel día, a ella sola.

Eso me dejó más preocupada que antes, pero no le dije nada a Dulsie.

Permanecí en silencio el resto del camino.

VIII. LAYCOCK

El rostro de un ermitaño – Reflexiones sobre el futuro pasado – Una súbita amenaza – La bala que no mató a ningún animal

1.

Rhum parecía estar todavía de luto por los asesinatos. El sol no se atrevía más que a dejarse intuir entre las nubes, y el contacto del aire en la cara era frío y pegajoso como una lluvia viscosa.

Y en ese viento flotaba algo.

Una presencia, tal vez. O un augurio mortífero que supurase la misma tierra, lanzándolo al aire como un fuego fatuo alimentado por el horror de la masacre. Ninguno de los tres habríamos podido explicar la sensación, pero que la notábamos, que el desasosiego estaba ahí luchando con las ganas de seguir adelante, hasta el jamelgo de Freys lo percibía con claridad.

—Los santos no están por aquí hoy —masculló el farero. Tenía una forma curiosa de llevar las riendas del carro, dejando que resbalasen lentamente hasta que parecía que se le iban a escapar de las manos, para dar un pequeño tirón en el último momento que corregía el rumbo.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

Señaló el Cullin. Habíamos dejado atrás el bosquecillo de jacintos y nos acercábamos a Caer Minloch. Para variar, había bancos de niebla en el norte de la isla. Si aquel clima hubiese sido un poco más benévolo, solo un poquito, en lugar de un triste páramo podríamos haber contemplado un campo de cebada alta y pobladas barbas de trigo.

—Esa montaña siempre me ha dado mala espina. La recorren los ecos de antiguas magias, de cosas que sucedieron hace siglos y que la montaña aún recuerda. No suelo ir mucho por allí.

—Me apena oír eso, porque la verdad es que me gustaría que nos dejase en las colinas, lo más cerca que pueda del Cullin… si no es abusar demasiado —precisé.

—¿No iban a poner flores en la mansión? Ya iba derecho hacia allí.

—Recogeremos flores en colina. Volver luego. Recogernos barca al atardecer —dijo Dulsie.

—Esa es la idea —asentí—. Espero que estemos de vuelta para entonces, o me ganaré una buena reprimenda.

—Qué bien habla usted ese dialecto; es sorprendente —se maravilló Freys—. Cualquiera entiende a esta chica con ese mejunje de palabras que se inventa.

—¿Dulsie? Ha mejorado mucho en su dominio del lenguaje. Ya casi no pronuncia frases en latín.

Freys me miró sin pestañear.

—Señorita, las únicas tres frases que le he oído pronunciar a esta chiquilla desde que se subió al carro tenían más partes de latín y griego que de inglés.

Semejante declaración me hizo dudar de mí misma, hasta que lo comprendí. Lo que estaba pasando no era que Dulsie hablase mejor nuestra lengua, sino que yo había evolucionado hasta entender casi perfectamente la de ella. Las palabras raras no habían desaparecido de su discurso, pero yo apenas las oía.

—Pues sí, es sorprendente… —admití—. Señor Freys, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Cómo es que tiene usted un nombre tan raro? Suena extranjero. Casi como Fritz, pero no del todo.

—Casi como noruego, pero no del todo —matizó—. A mis padres les gustaba un escritor de ese país, un tal Peder Claussøn Friis[23], y quisieron bautizarme en honor a él. Pero no supieron deletrearlo correctamente.

—Vaya.

—¡Allí está! —exclamó Dulsie, esta vez en un perfecto inglés.

La mansión nos ofrecía la misma cara de siempre, con esa fachada llena de ventanas que bien podían esconder a una familia modelo o a un retorcido asesino. Desde la distancia pude ver las modificaciones que había hecho Padre en sus últimos viajes, tapiando la ventana rota y asegurando en general el primer piso con candados y barrotes.

No se había hecho a la idea de renunciar tan fácilmente a aquella propiedad, a la que esperaba regresar en algún momento. Y aunque sus planes me causaban inquietud

(¿regresar tan pronto a la casa de los horrores?, ¿en serio?), en el fondo hacían que me sintiera orgullosa de él. No dar el brazo a torcer ante el primer obstáculo era un rasgo de carácter de mi familia.

—Si quieren que las lleve más lejos vamos a tener que darnos prisa, señoritas —dijo Freys—. Aún tengo que recibir a un grupo de visitantes que desembarcará dentro de poco. Me han pedido que los guíe por…

—No se preocupe, nos quedaremos aquí mismo. —Le hice una señal a Dulsie para que recogiera el petate que habíamos traído como equipaje (apenas unas provisiones y un odre de agua, por si se nos hacía muy tarde) y se apeara del carro—. Ya hemos hecho este camino antes. ¿Vendrá a recogernos cuando acabe con sus visitantes?

—Cuenten con ello. Estaré aquí mismo antes del anochecer. Tengan cuidado, suele refrescar bastante a media tarde en el descampado.

Y se marchó sin hacer más preguntas. Eso me gustaba de Freys: que pedía la información que necesitaba para hacer su trabajo y no se sentía molesto si los detalles adicionales de cortesía no llegaban.

—Será mejor que no sepa adónde hemos ido exactamente —le expliqué a Dulsie, mientras tomábamos el camino del Cullin—. Así no le tendremos que pedir que mienta la próxima vez que hable con Padre.

Dulsie estuvo de acuerdo, aunque seguía sin entender plenamente mis motivos. Y si no los entendía, no podía compartirlos, pero seguía apoyándome sin reservas, cosa que me agradó. En cierto modo, me trataba más como a la hermana mayor que nunca tuvo que como a la hija del señor de la casa, a la que debía obedecer ciegamente por contrato, igual que obedecía a Padre.

Yo también me sentía más cómoda así, pensando en ella como una amiga en lugar de una sirvienta.

Por segunda vez desde que nos conocimos emprendimos juntas el camino al Cullin, y por segunda vez escalamos las colinas hasta llegar, sudorosas y cansadas, a la que dominaba Laycock con su cabaña. Freys tenía razón: el cierzo que resbalaba por la cara sur lamía nuestro sudor con una lengua helada, y a pesar de que estábamos a pleno sol, hacía castañetear nuestros dientes. Me alegré de que la falda pesase tanto: era incómoda para trepar, pero al menos me protegía de aquella brisa traicionera.

—¿Estará? —preguntó Dulsie, sentándose en una piedra.

—Eso espero.

De la chimenea no salía humo, lo cual me preocupó. Pero desde nuestra perspectiva daba la impresión de que la puerta estaba entreabierta. Y por muy

deshabitada que estuviese la isla, dudé que Laycock fuera el tipo de persona que dejaba sus pertenencias al alcance de cualquiera.

No, todo apuntaba a que estaba en casa. Lo complicado sería buscar la manera de abordarlo. «Oiga, señor, me han dicho que me salvó la vida la otra noche, después de verlo en una visión en el fondo de un cuenco». Ridículo.

No es que no le hubiese dado vueltas a esa cuestión; al contrario, no había dejado de pensar en ello desde que salí de casa de los Buchanan, pero las fórmulas que había ensayado me parecían igual de ridículas. Puede que el problema no estuviera en mí; puede que no hubiera forma humana de plantear lo que quería decirle a ese hombre de una manera cabal. Eso me excusaba, aunque en modo alguno haría que pareciese menos loca.

—Dulsie, ¿ocurre algo? —pregunté, alarmada. La joven no cesaba de mirar al camino. Era como si hubiese detalles en el paisaje que se movieran justo cuando dejábamos de mirarlos. Las cosas cambiaban sutilmente de lugar, una ilusión que hasta ese momento había achacado a mi nerviosismo. Pero si ella también lo había notado…

—Está cerca —susurró.

—¿Quién, Laycock?

—No —respondió, pero no añadió más.

Nos plantamos frente a la puerta de la cabaña y carraspeé para hacerme notar. Pasaron unos instantes. Nadie respondió. Un aroma a carne asada y canela recién espolvoreada endulzaba el ambiente. Me fijé en que el huerto estaba invadido de ortigas en la parte que daba al Cullin, aunque el resto parecía bien cuidado, incluso con coles plantadas.

—¿Hay alguien? —grité—. ¡Me llamo Sabine, creo que nos conocemos! ¿Está usted ahí, pastor Laycock?

Un largo silencio.

Por un momento me abandonaron las fuerzas. Pensé que podría haber viajado hasta allí para nada. Que sintiera un gran ímpetu por ayudar a mi familia y hacer algo importante con mi vida, por una vez, no significaba que el mundo fuera a corresponderme. Las cosas no funcionaban como un reloj fuera de los libros, donde cada personaje tenía marcado un patrón en el drama. Las situaciones eran más duras en el mundo real, muchísimo menos lógicas. Y allí había mundo real por todas partes.

Mis hombros comenzaban a descolgarse por la frustración cuando advertí un movimiento dentro de la cabaña. Una silueta se distinguió contra la negrura aún más profunda del umbral.

—¿Qué hacen aquí? ¿No saben que la isla ha sido desalojada? —preguntó una voz de hombre, ligera y musical, aunque no desprovista de autoridad.

Contuve el nerviosismo estirando la espalda, para parecer alta y regia como una estatua. Madre siempre decía que el porte y la forma de hablar eran lo que distinguía a las verdaderas damas de las que solo lo aparentaban. Mis hombros se echaron hacia atrás, como si quisieran encontrarse a media espalda, y aunque eso me resaltó inevitablemente el pecho, no me preocupó.

—Ejem, yo… Sí, sé que no debería haber nadie paseando por aquí, salvo los cabreros y los ciervos. Y el farero, claro. Pero dígame si se acuerda de mí, pastor. —«Dígame que recuerda cómo me rescató del bosque de jacintos, cómo me tapó la boca con la mano y me llevó inconsciente a Caer Minloch»—. Soy Sabine, la hija del médico, el señor Donovan. El propietario de la mansión. —«Dígame que la conoce, que le suena familiar porque habló con los criados para asegurarse de que me tratarían bien. Se lo suplico, no me diga que fue un sueño».

Laycock dio un paso y salió a la luz, mostrando mejor los rasgos que ya habíamos entrevisto la primera vez, y revelando detalles que con la distancia pasaron desapercibidos, como el corte en la ceja donde no crecía pelo o esa descarada ausencia de lóbulos en las orejas que le daba un aspecto salvaje, casi animal. Laycock era exactamente como me lo imaginaba, un hombre del que era mejor no hablar del pasado, con un aura de secretismo que urgía a que saliésemos corriendo.

Me sonrojé. Cómo se reiría el aya si me viese en este momento, a mí y a mi rubor de adolescente. ¿Lo estaría notando Laycock, también? ¿Estarían dibujándose sobre mi cara semejantes pensamientos como tinta derramada?

—Sé quién eres —confirmó. Esas palabras fueron como un bálsamo.

«Lo sabe. Entonces fue real, no una fantasía de mujer histérica».

Iba a añadir una trivialidad con el objeto de no dejar espacios muertos en el diálogo, pero un detalle en la actitud de Laycock me llamó la atención.

Estaba mirando fijamente a Dulsie, como si la conociera. Dulsie lo miraba también a él con respeto, aunque no se leía ese reconocimiento en sus ojos. A él parecía resultarle tremendamente familiar la cara de la niña, pero el sentimiento no era mutuo.

—¿Habéis venido vosotras solas? —Se asombró—. ¿Con este frío?

—Pues… hablando de frío…

—Claro. Pasad.

Allí estaba yo, aceptando descaradamente su invitación. Las risas imaginarias de la abuela se habían transformado en un enconado reproche. ¿Qué hacíamos entrando de esa manera en la morada de un desconocido, y aún más, estando ubicada en medio de ninguna parte, donde nadie podría ser testigo de lo que ocurriera tras las paredes?

¿Acaso, en mi fuero interno, esperaba que ocurriera algo?

Espanté esos pensamientos. Había llegado hasta aquí y era tarde para arrepentirse. O me centraba en las preguntas que quería hacerle o el viaje entero habría sido una pérdida de tiempo.

La cabaña estaba formaba por una sola estancia, con una cama que compartía espacio con un baúl que no se podía cerrar de lo lleno que estaba. Había una cierta intención de mantener limpio aquel espacio, de lidiar con el desorden que implica tener muchas pertenencias y ningún armario donde guardarlas. Aun así, la forma de la cabaña hacía que ni una cosa ni la otra pudieran considerarse verdaderas victorias.

Laycock llevaba un traje sencillo de dos piezas, más cercano al de un mendigo que al de un gentilhombre. Parecía tan cómodo con él como con sus sandalias de esparto, y un sombrero de paja que habría podido servir para que una caterva de gatos se entretuvieran afilándose las uñas. Daba la imagen de un hombre pobre, pero sus modales seguían siendo los de alguien bien situado dentro de una comunidad. Alguien que todavía era necesario allí donde prestara servicio.

Laycock tomó una silla que cojeaba y me la cedió. Recolocó cien cosas que había amontonadas sobre el baúl y le indicó a Dulsie que podía sentarse encima. No sé por qué no le ofreció la cama. Luego comenzó a rebuscar algo en una pequeña cocina (una esquina de la cabaña), para servirnos algo caliente que matase el frío.

—Tiene el jardín un poco descuidado —comenté, solo por decir algo. Laycock, por fortuna, no se lo tomó a mal.

—Recuerdo que en una ocasión un feligrés me comentó algo parecido del huerto del templo, en Mallaig —sonrió—. Aquel día me sentía profundo y le respondí que era una metáfora del mundo tal y como yo lo entiendo.

—¿En qué sentido?

—«La indignación del Señor ha caído sobre todas las naciones, y Su furia sobre todos los ejércitos —recitó—. Las espinas crecerán en los palacios, y ortigas y zarzas en las fortalezas. Y será habitáculo para los dragones y corte de búhos».

—¿Qué es eso?

—¿No conoce la Biblia?

Me retrepé en la silla.

—En mi familia siempre se ha inculcado el estudio de las Escrituras, pero ese versículo…

—Es poco conocido, lo sé. Nadie quiere oír cómo le recuerdan que el futuro es un campo de cuervos, y que las profecías de sangre se cumplirán hagamos lo que hagamos. Es lo malo de las predicciones, que ya está todo dicho y no se pueden cambiar. El Apocalipsis sucederá, y será algo terrible. Así pues, ¿por qué molestarse en llevar una vida virtuosa?

—O sea, que no cree que el mundo merezca ser salvado —razoné.

Me tendió un vaso de madera y le ofreció otro a Dulsie, que permanecía callada sobre el baúl.

—Creo que el destino del mundo lo escribió Dios hace mucho tiempo, y Su palabra es ley. Pero como ocurre con todos los acertijos —me guiñó un ojo—, este también tiene trampa.

—¿Acaso estaban equivocados los profetas? ¿O Dios puede contradecirse a sí mismo?

—No. El mundo se acabará probablemente en medio de horribles trastornos y baños de sangre. Así lo dice la Biblia —conjeturó—. Pero la Salvación trabaja a pequeña escala, hombre a hombre, no nación a nación. Ahí es donde está la trampa. Puede que el hombre, como especie, condene al mundo a la destrucción por sus actos… pero tomados de forma individual sí que podemos ser salvados. Uno a uno. Alma por alma. Es lo que prometió Jesucristo. Ahí es donde radica la importancia de una vida de virtud y amor al prójimo.

—Cada hormiga puede escapar, pero el hormiguero está condenado porque ninguna sabe cómo detener la riada.

—Exacto.

Reflexioné unos segundos sobre lo que me estaba contando. Empezaba a entender por qué el concejo de ancianos se había disgustado con Laycock: sus sermones eran demasiado profundos para el ciudadano de a pie, que se contentaba con que le recordaran día tras día sus obligaciones y lo profunda que era su culpa. Eran tan complejos, de hecho, que despedían un cierto tufo a herejía.

Laycock vertió una especie de tisana en los vasos. Olía bastante bien, aunque su aspecto, lleno de grumos, era repulsivo.

—¿Por eso la otra mitad de su jardín está libre de zarzas, porque cree en las oportunidades servidas a pequeña escala? ¿Algo así como la dualidad moral de la naturaleza humana?

—Podría ser. O eso, o no tiene nada que ver con lo que te estoy contando y todo

esto no es más que una charla amena sobre un jardín sucio —dijo. Y al instante me lanzó una mirada distante, remota, que concentraba sus ojos en mi cara. Aquellos repentinos cambios de actitud me desbarataron. Mis ojos quisieron rehuir los suyos, pero no había rincón donde meterlos en una habitación tan pequeña—. Eres Sabine, en efecto. Cuando te llevé a tu casa aquella noche tenías una palidez enfermiza. Aunque era normal, teniendo en cuenta las circunstancias.

Mi corazón se aceleró. Sí, sigue por ese camino, por favor. Confiésalo todo para que yo no tenga que sacártelo palabra por palabra. Para que pueda abrirte mi corazón como una rosa de verano.

—He venido para darle las gracias —dije con voz seca. De fondo se escuchaba un deglutir casi imperceptible: era Dulsie, sorbiendo por el borde del vaso.

—No hay de qué. Teniendo en cuenta la naturaleza de mi profesión —«y sabes perfectamente de cuál se trata», flotó en el aire—, venir a agradecérmelo es como darle las gracias al sol por salir cada mañana. Iluminar es algo inevitable porque está en su naturaleza.

—Lo sé, sé que ayudar a los demás es algo ligado a su profesión, pero sin embargo… quería hacerlo. Constatar que la tragedia de aquella noche sucedió de verdad.

—Claro que sí. Tuvisteis un desgraciado accidente con el carro y os ayudé en lo que buenamente pude. El Señor no quiso que llegara a tiempo para asistir a tus criados. —Suspiró, quitándole importancia—. No hay que darle más vueltas. Accidentes como estos son, por desgracia, el pan nuestro de cada día.

Pero sus ojos ofrecían otro discurso. Lo había sorprendido mirando de reojo a Dulsie en dos ocasiones, cuando pensaba que yo estaba absorta en la degustación de la tisana o admirando su portentoso desorden. La miraba no solo como si la reconociera, sino como si encajara en unos recuerdos tristes, devastadores, memorias que habría preferido no sacar nunca de la caja.

Además, aunque no lo había conocido en persona hasta hacía pocos minutos (por lo que me era imposible buscar dobles sentidos en su abanico gestual), algo en mi interior me decía que Laycock estaba mintiendo. Que ocultaba una verdad horrible porque, si la dejaba salir, su sola mención podría dañarnos a todos. Empezando por mí.

Así que le dije, lentamente, como si lo conociese de toda la vida:

—Le ruego que no haga eso. Por favor. —Intenté una sonrisa—. Lo necesito. Comprendo que hay momentos en la vida en que tenemos que arrojar tierra sobre las cosas que suceden, porque si no… ni el silencio del templo que sugiere la presencia

de Dios podría librarnos de la locura. Las personas hablan y tratan de seguir adelante con sus vidas, comentan hechos triviales e intentan sentirse orgullosos de lo que tienen, de lo que han conseguido. Pero el mundo tiene dos caras, ahora lo sé; y cuando ves aunque sea un atisbo de la que está oculta, ya no puedes cambiar. La mirada te cambia a ti. Por eso… —Tomé aliento; lo había gastado casi todo en soltar esas frases de corrido— le suplico que no me trate como a una niña. No niegue lo que nos pasó, porque Dios quiso que fuese vinculante. Los augurios están ahí para testimoniarlo.

A pesar del sentimiento que le había puesto al discurso, Laycock contestó con un simple:

—Perdona, ¿has dicho «augurios»?

Sentí la cabeza sucia, como si tuviese arenisca dentro del cráneo. Aquello no estaba saliendo bien. Dejé a un lado la tisana (que tenía un sabor más fuerte de lo previsto, lleno de pequeñas agujitas), y me levanté.

—Olvídelo. Creo que esto ha sido un error. Vamos, Dulsie.

La joven se apeó del baúl de un salto, contenta. Estaba deseando huir de todo aquel desorden, o de la mirada inquisitiva de Laycock. Una de dos.

La mano del pastor se posó en mi hombro.

Ese primer contacto significó para mí el inicio de muchas cosas, de sentimientos, dudas y quebraderos de cabeza. Pero en aquel momento no podía intuir ni la mitad de ellos.

—Lo siento —se excusó, mientras decía muchas más cosas a la vez.

Yo las escuché todas.

Me volví hacia él. Dios, aquellos ojos.

—¿Querrá hablarme de lo que pasó en realidad aquella noche? —pregunté, cansada.

—Ha sido un discurso muy lúcido, a pesar de tu edad. Se nota que eres una joven acostumbrada a leer. «Dios quiso que fuese vinculante». Cuánto sentido hay en esa frase.

—Mi padre adora los libros. Me he criado entre ellos.

—Aquella noche vimos lo que vimos —admitió, volviendo a la tarea de ordenar los enseres. Sentí un vacío en el lugar concreto de mi hombro donde había estado su mano—. Hablar de ello solo conseguiría que los poderes que se desataron tuvieran una excusa para hacerse fuertes en nuestros corazones. Y de ahí a manifestarse en una noche de luna llena, como la que tú recuerdas, hay menos de un paso. Es mejor regresar a casa y olvidarse de todo, confiárselo a Dios. Él sabrá qué hacer.

—¿Y si el Mal anida en tu propia casa? —objeté.

Laycock hizo una breve pausa y siguió ordenando. No me costó ver en aquel repentino afán de limpieza una metáfora de lo que estaba sucediendo en su cabeza.

—Si estás totalmente segura de eso… entonces supongo que es sabio lanzarse al camino para buscar a alguien que te ayude. Una persona sola no es capaz, a menos que sea alguien muy especial, de hacer frente a la oscuridad de este mundo. Solo los santos son capaces de prodigios así.

—Y si ese camino me condujese hasta Rhum…

—… Pues puede que acabaras en la cabaña de alguien como yo —sonrió—. Pero es solo una suposición.

—Claro. Solo suponemos.

Me mordí el labio. Laycock apartó con la pierna una caja llena de enseres de costura. No me costó imaginarlo zurciendo su propia ropa, encastrando parches aquí y allá y tratando de mantener un aspecto decente en su indumentaria. ¿Por qué un hombre no iba a aprender a hacerlo, si vivía solo? Madre me había dicho una vez que había un estilo de coser que se me daba tremendamente bien, y que podía dedicarme a ello cuando fuera mayor. A mí me pareció una soberana tontería. Dedicarse a coser suponía malgastar tu vida entregándote a algo tan herméticamente cerrado, tan privado… Era como decir: deberías considerar la idea de ser un jirón de niebla, o una red de pesca. Como disciplina personal estaba bien, pero enfocar tu vida a eso…

Entonces se me ocurrió que abandonarlo todo a favor de los votos de la Iglesia era algo parecido. Hubo un momento de su vida en que Laycock se encontró en una encrucijada, y eligió dedicarse a una afición tan privada como la adoración al Señor. Consideró la idea de ser un jirón de niebla, y la aceptó, solo que en su caso conllevaba hacer mucho por los demás. No era simplemente dedicarse a rezar, a coser o a pescar; él, además, se volcaba en la gente.

Cada vez se me hacía más complicado imaginar cómo un hombre como aquel, tan lleno de encrucijadas, de diálogos punzantes, de fe sincera, se había convertido en un estorbo.

—Señor, ¿puedo preguntarle algo? —Dije, sorprendida de mi atrevimiento.

—Lo que quieras.

—¿Por qué se vino a vivir justo aquí, a este lugar tan apartado? Si lo habían repudiado —Cristo, qué mal sonaba esa palabra, por muy dulcemente que se pronunciara—, ¿por qué no ir más al sur, a una gran ciudad como Lancaster? ¿O al continente?

—Buena pregunta. —Esta vez miró a Dulsie sin tapujos, casi con descaro. Ya no

me quedaba ninguna duda. Había algo oscuro y enterrado pugnando por salir a la luz, solo que la conversación aún no había ido por esos derroteros. Me pregunté qué astuto circunloquio me conduciría directamente a ese terreno—. No podía irme muy lejos. Tenía que estar cerca de alguien, por si me necesitaba de nuevo.

—¿De quién?

—De alguien… sobre el cual no deberíamos estar hablando, si sabemos lo que nos conviene.

Maldición. Circunloquio equivocado.

Uno de los vasos hizo ruido al caer al suelo. Laycock levantó la vista a la ventana justo cuando una silueta a contraluz se escapaba de ella.

Alguien nos estaba espiando.

—¡Alto! —gritó—. ¿Quién anda ahí?

Dulsie y yo nos abrazamos, asustadas. Se oían pasos rápidos y ligeros en el jardín.

El pastor cogió un cuchillo largo de un estante y abrió la puerta. Esa actitud violenta no casaba con la imagen que tenía de un presbítero, pero en aquel momento me alegré de que Laycock no tuviese reparo en manifestar su parte más agresiva.

Entonces, algo veloz lo golpeó en la cabeza.

Había sido una piedra, o un objeto similar, pequeño y contundente, lanzado con puntería a la sien. Y con efectos devastadores. Laycock se derrumbó, alzando las manos como si quisiese taponar un agujero en el cráneo. Dulsie y yo lanzamos un solo grito, a coro, y retrocedimos hasta tocar con la espalda la pared opuesta de la cabaña. Aparte de la puerta principal y las difíciles ventanas, no había otra salida.

El agresor apareció en el umbral, mirándonos con ojos como ascuas.

Las dos conocíamos bien aquella silueta escuálida, aquellos harapos que vestían una piel sucia, aquel estropajo de pelo que se le amontonaba sobre la frente como un hato de cuerda vieja.

Era el niño loco de las colinas, el que se llamaba a sí mismo «el hijo del cura».

3.

—Malditas, dos, malditas y peligrosas, ambas cosas —dijo el niño, con el soniquete de una canción infantil. Al mover la cabeza mostraba una mancha de piel que tenía en el cuello y que recordaba un tatuaje de fauces y colmillos—. Qué pieza estupenda para un cazador: morosa de pechos, enjuta de caderas. ¡Quién no rezaría a todas las vírgenes si con eso hiciera retozar las plañideras!

No traté de buscarle un sentido a aquella nana absurda. Lo más seguro era que no lo tuviese, que él mismo se la hubiera inventado en las largas noches de soledad que acompañaban a la locura.

Miré con espanto el cuerpo de Laycock, que aunque seguía con vida apenas hacía nada aparte de arrastrarse por el suelo y gemir de dolor. No estaba en condiciones de defendernos. Ni nosotras tampoco, pues el cuchillo había caído entre los pies de saltamontes del niño.

—Abre, abre la boca, puerta al Infierno, cierra, cierra los puentes, ríos de llagas que me llevan por los páramos del Averno.

Empujé a Dulsie hacia la ventana y la obligué a salir al jardín. La seguí a duras penas. El niño no inició la menor acción para tratar de detenernos, pero cuando estuvimos fuera se plantó otra vez delante, obstruyendo la puertecita de la cerca.

—¡Déjanos en paz! —supliqué, con una vocecita más temblorosa de lo que habría querido—. ¿Por qué nos persigues?

El niño lucía multitud de pequeños cortes en las piernas, probablemente de las zarzas. A medida que se iba moviendo, a base de pequeños saltos, esparcía gotitas de sangre sobre las coles.

—Dijeron los Corintios: «Se persigue al Mal allá donde este fuere, se condena al Demonio allá donde se refugie». Habéis propagado el mal que medra en vuestro impuro linaje. Habéis vertido sangre sobre la tierra, contaminándola, pudriéndola, y solo seréis purificados cuando la falsa piel, el embozo prestado por el Diablo, sea reducido a cenizas en una hoguera hecha con vuestros huesos.

—¡Te equivocas! Hemos venido a buscar respuestas, no a extender ningún mal.

—¡Ilusa! Esas respuestas encierran la versión más pura del Mal. Viajarás lejos, niña maldita, tú y la concubina de Satanás a la que proteges. —Señaló a Dulsie con un dedo sin uña, rematado por una costra de sangre seca—. En tierra lejana aprenderás a recitar la profecía que emponzoñó tu linaje, y en vano intentarás templar el fuego de tu sangre, pues lo que se dijo en los días del Origen no puede ser cambiado. Las bestias sedientas de mal serán bestias por siempre.

—¡Déjanos en paz! —chillé, cubriendo a la temblorosa Dulsie con mi cuerpo—. ¡No soy ninguna bestia! ¡Estás enfermo!

—Te enredarás en tu destino, pequeña bastarda, lo quieras o no. Los vientos lo cuentan cada noche, susurran pactos inconfesables al bosque, el interminable repertorio de tus pecados. —Dio un paso hacia nosotras. Mi trasero se encontró con la valla desvencijada del huerto. Dulsie no paraba de murmurar cosas en voz baja y rápida, plegarias en latín y griego, mientras sus manos se crispaban sobre mi camisa

—. Naciste en pecado, ramera, y en pecado morirás…

Hizo el amago de abalanzarse sobre nosotras, pero no llegó a moverse. Sus pupilas, dos alfileres negros clavados en la esclerótica, se quedaron en blanco cuando algo lo golpeó por un costado.

No fue Laycock. El pastor comenzaba a levantarse del suelo en ese momento, un chorro de sangre muy roja empapándole un lado de la cabeza. Fue un disparo, una breve y sorda detonación cuyo sonido nos golpeó un segundo después.

Una flor se abrió, rosa y púrpura, en el costado del niño, que ya no se movía. Estaba tumbado de medio lado sobre las coles, como una hortaliza más, las piernas y los brazos colocados de cualquier manera.

Volví la cabeza para distinguir a cuatro personas que habían subido la colina, una de las cuales sostenía un fusil de llave. El humo del disparo formó un anillo perfecto alrededor del cañón y lo recorrió a lo largo. El tirador era un hombre joven, de edad y aspecto general próximos a los de James. A su derecha estaba Freys. «¡Así que estos eran los visitantes a los que tenía que recoger con tanta urgencia!», pensé. Su cara era un poema… y aún había otra persona más que yo conocía.

El pastor Tinker estaba a la derecha del tirador, muy quieto, vestido con la librea de una orden religiosa desconocida. Junto a él esperaba un sacerdote mucho menos solemne, concentrado en anotar cosas en un pequeño libro.

Laycock terminó de incorporarse y comprobó el pulso del niño. Lanzó un improperio y, tras preguntarnos si estábamos bien, concentró la vista en los recién llegados.

Aguardamos una reacción. No éramos nosotros quienes teníamos que dar explicaciones.

Tinker se adelantó unos pasos y exclamó, con voz grave y reverberante, dos o tres tonos por debajo del suyo:

—¡Sabine, hija de Donovan, nacida en la Normandía, he venido a buscarte! A ti y a la joven manchada que te acompaña, portadora de la marca del Diablo.

Dulsie se encogió con un gemido. Sus pupilas, vibrantes por el miedo, disminuyeron al tamaño de la cabeza de un alfiler, igual que las del niño salvaje.

Miré a Laycock. Como él no dijo nada, decidí tomar la iniciativa.

—¡Pastor Tinker! ¿De… de qué marca habla? ¿Qué ha hecho Dulsie, por Dios?

—No vuelvas a pronunciar Su sagrado nombre con tus obscenos labios, mujer —amenazó. Tenía la mirada de las estatuas de los santos que decoraban el frontón de las catedrales, una mirada de superioridad y castigo.

Dulsie se llevó por acto reflejo una mano al hombro, como queriendo ocultar la

prueba de un crimen. Entonces recordé un detalle: cuando había ayudado al ama Delphine a aplicar el ungüento curativo a las heridas de la joven, después de la paliza de Padre, me fijé en que tenía una marca en la piel, una especie de tatuaje. Una culebra que abrazaba una rama como queriendo inocularla con su veneno.

¿Era ese dibujo al que se refería Tinker? ¿Había sido marcada Dulsie como portadora de una culpa inconfesable, o una gran vergüenza?

Pero lo que más me preocupaba en ese momento no era la suerte de Dulsie, sino la mía. Tinker lo dijo: venía a buscarme a mí.

—¿Q… qué se supone que he hecho? —tartamudeé—. ¿De qué se me acusa?

—Entre las posesiones de tu padre hemos hallado pruebas de herejía. La tenencia de ciertos libros está penada con prisión incondicional por el tribunal de la Iglesia. —Sus ojos llameaban. El hombrecillo que tenía al lado iba apuntándolo todo en aquel libro, cada palabra que se decía, cada hecho que acontecía y cómo era resuelto. O esa impresión me daba, pues sus ojillos no paraban de saltar de un interlocutor a otro sin perder detalle.

Los libros de Padre. Han invadido nuestra propiedad.

—El doctor Donovan ya ha sido conducido junto con su esposa al monasterio de Saint Clemens, donde serán interrogados. La Orden de Isis Urania tiene graves cargos que presentar. Y vosotras nos acompañaréis —dictaminó—. No estáis libres de culpa, cada cual con vuestro propio pecado.

—¡Mis padres no tienen culpa de nada, son inocentes!

—¿Acaso eres tú la propietaria de los libros sacrílegos?

Enmudecí. Cada frase que pronunciaba no hacía sino agravar la situación, pero de alguna forma tenía que defenderme.

Laycock se adelantó. «Gracias al Cielo —pensé—. Va a decir algo».

—Sé que fui privado de mis funciones en el Concilio, pero aún mantengo mis votos en la orden. Pido ser elegido para concluir la labor de estudio en el caso de esta muchacha, Dulsie, que tuve que abandonar después de su fuga.

Mis ilusiones se fueron al traste. No era eso lo que esperaba que dijese, está claro, aunque tampoco era lógico que solo por habernos servido té estuviera de nuestro lado. Laycock era un presbítero, y se debía a la Iglesia por mucho que esta lo hubiese repudiado.

Dulsie estaba tan confundida y asustada como yo. Tenía que saber, desde luego, a qué fuga se refería el pastor, y cuál era la misteriosa investigación que había quedado inconclusa. Pero por su forma de mirar a Laycock, lo que desconocía era que él estuviera implicado.

—Transmitiré su petición formal al cónclave, pero no le garantizo nada —gruñó Tinker—. Aunque puede que tenga suerte y suspendan su bula de aislamiento por unas semanas. Ahora hay dos investigaciones abiertas sobre licantropía, y necesitaremos de su experiencia. —Hizo una señal al fusilero para que recogiera el cadáver del niño—. Nos lo llevaremos también a él. Si las profecías son ciertas, esta noche ocurrirá algo con este cuerpo infecto.

No pudimos sonsacarle más información. Resignadas, nos sumamos a la comitiva en el regreso a Mallaig. Freys, por una vez en su vida, parecía tener los labios cosidos, y no soltó palabra en lo que restó de viaje.

Laycock recogió unos pocos enseres personales y vino con nosotras, aunque casi todo el tiempo estuvo junto a Dulsie, abrazándola, ofreciéndole consuelo en aquella hora tan negra. A mí, por desgracia, no me prestó atención.

Quise llorar, pero no quería que Tinker creyera que estaba confesando un delito con esa actitud sumisa. Alcé el mentón y procuré no venirme abajo.

Como reos camino del cadalso, emprendimos la marcha hacia el lejano monasterio donde Dulsie había sido señalada de por vida con el emblema del Diablo.

IX. INQUISICIÓN

Interrogatorio; la prueba del delito – Remembranza de los attacotti – El depravado caso de Dulsie Saint Clemens – Una cruz de plata sobre la tumba del condenado

1.

El monasterio era un grito de piedra, una ucronía gótica que desafiaba al mundo a entender por qué allí, por qué en Escocia, por qué de esa manera.

El gótico hecho muros no me era desconocido: en Normandía teníamos ejemplos de lo bien que resonaban las oraciones cuando la piedra había sido tallada para complacer a Dios. En mi niñez visité junto a Madre abadías como las de Bec, Aux Hommes o Dames, donde los arquitectos dejaron bien claras sus pasiones y su amor por los capiteles. Pero Saint Clemens era otra cosa. La mirase desde donde la mirase, era un error, un edificio borracho de pináculos, frontones y contrafuertes, tan blindado como una fortaleza medieval. Era tan ominoso que nadie (ni siquiera un peregrino en busca de iluminación) querría encontrárselo a la orilla de un lago tan plácido.

Huelga decir que, una vez franqueamos los gruesos muros, la sensación se volvió aún más asfixiante.

Al principio no sentí claustrofobia. Estaba muerta de miedo, eso sí; llevaba horas preguntándome por la salud de mis padres, pero Tinker no se había dignado a revelar ningún dato. El verdadero sentimiento opresivo llegó cuando cruzamos las anchas alas del monasterio (en particular una sala de planta cuadrada cubierta por una bóveda de un solo vuelo, y otra formada por siete naves radiales), y penetramos en el subsuelo a través de una empinada y resbaladiza escalera.

Allí no accedían nunca los visitantes, ni siquiera los hermanos que hacían su tranquila y pacífica vida en el monasterio. Solo bajaban los acusados de algo que era demasiado horrendo como para pronunciarlo en voz alta. Eso me dijo Tinker, y yo lo

creí. Gracias al Señor que no nos habían encadenado, aunque me sentía como si cincuenta kilos de hierro oxidado trenzasen sus eslabones sobre mi pecho. Dulsie no estaba mejor.

Laycock la llevaba de la mano. Ese simple gesto me llenaba de envidia. No era tanto que el verdadero Chris encajase moderadamente bien en la imagen idealizada que me había hecho desde que me salvó la vida. Era algo más profundo. Seguro que mis miradas arrebatadas las habría visto también en otros lugares, en esas muchachas que acudían a escuchar su sermón como base de la liturgia, como una prueba intelectual de la existencia de Dios. Era amor puro, amor abstracto, una clase de adoración que solo disfrutan los que caminan diariamente junto a la Verdad.

Pero a él le traía sin cuidado mi idolatría juvenil. No prestaba atención a las miradas reverentes, al calor que desprendía mi cuerpo al tenerlo cerca, al profundo púrpura que dibujaban nuestras sombras al superponerse, a la sinfonía de una sola cuerda que escapaba de mi corazón cada vez que me hablaba… No, él solo tenía ojos (y manos) para la pequeña Dulsie. Para la cándida, suave, inocente y turbadora Dulsie.

Cómo me arrepentí de haberla compadecido. Estuve a un paso de desear que Padre hubiese puesto más pasión en aquellos latigazos. Solo a un paso.

Pero no, ¿en qué estaba pensando? Ese deseo era cruel, y desmedidamente injusto. Pues aunque mi sueño se hiciese realidad y Chris (¿ya empezaba a llamarlo por su nombre de pila? ¿Así de familiar sentía una relación que solo había durado unas horas?) se fijase en mí con el interés con que yo me fijaba en él, poco trecho podríamos recorrer juntos antes de toparnos con la cruda realidad. Él era un presbítero, yo una niña que soñaba con hombres maduros e inteligentes. Hombres que poseían todas las respuestas, que habían visto tanto mundo que solo faltaba que el mundo los viese a ellos.

No podía ser. Dios no dejaría que fuese.

Llegamos a algo parecido a una mazmorra, solo que allí no había grilletes, ni esqueletos entelarañados colgando de las paredes. Era un sótano iluminado por el resplandor que entraba por un tragaluz, una lanza de oro que pintaba una frontera en el suelo. La impenetrable frontera entre nosotros y unas sillas de madera reservadas para los jueces, colocadas bajo el haz.

Y había flores.

Los sangrantes pétalos rojos del hibisco fueron los primeros en llamar mi atención, pero otras plantas se repartían el espacio en vetustos maceteros: buganvillas blancas, grandes racimos de áloes, trepadoras que en lugar de espirales formaban argollas…

Plantas.

Me estremecí al darme cuenta de que la presencia de aquellos pétalos, chispas de color que supuestamente alegraban la vista, no hacían sino acentuar la lobreguez del sótano. No sé si era porque no debían estar allí, pero su presencia era más perturbadora que el susodicho esqueleto, de haber existido.

Una puerta se abrió y todo mi mundo se coló por ella: Padre, Madre, el aya, incluso Isaiah, asistido por una muleta y varios monjes. Los abrazos fueron más sinceros y feroces que nunca. Padre me examinó como hacía cuando era pequeña, restregándome el pelo, mirándome las manos, los pliegues detrás de las orejas, buscando marcas de un juego subido de tono en el patio. Pero ni ellos ni yo parecíamos haber sufrido maltratos. Lloré por eso. Y por tenerlos cerca otra vez.

—¿Estás bien, te han tratado con respeto? —preguntó Padre, quien, salvo por la ausencia de su barba, parecía tan sano como siempre.

—Han sido corteses, pero tan locuaces como una piedra. —Miré a Tinker, que ocupaba la silla del centro. La luz, al caerle desde arriba, le daba un aire sobrenatural y rielaba en su túnica como pintura todavía fresca. Llevaba una especie de tiara en la cabeza, hecha de cuernos de vaca entrelazados en una doble línea—. Me dijeron que os habían sacado de casa de Buchanan, pero nada más…

—Registraron el despacho —comentó Padre. Solo eso.

Madre me abrazó y repartió mis besos y lágrimas entre ella, la abuela e Isaiah. Mi hermano tenía un semblante tranquilo, pero a la vez preocupado. Se daba cuenta de que algo malo ocurría, algo sin precedentes. Me alegré por él. Al menos podría verlas venir cuando Tinker y sus sicarios decidieran interrogarlo.

Junto a Tinker se había sentado el curioso hombrecillo que nunca se separaba de su libro. Era un cronista, o así lo imaginaba yo, encargado de dar fe de lo que aconteciera en aquel insensato juicio por… ¿licantropía, había dicho alguien?

Él mismo se presentó como Montage Kegan, miembro de la Orden de Isis Urania y escriba oficial de la Santa Hermenéutica. En comparación al solemne Tinker parecía un ejemplar humano para el estudio, con aquella nariz abotargada, ojos marrones que brillaban como el aceite, boca gruesa y un hoyuelo en el que cabía un dedo pulgar. Parecía el clásico hombre acostumbrado a que nadie dedicase más de un segundo a mirarlo, y que sabía cómo aprovechar ese segundo.

—Siéntense —ordenó Tinker. Una sola palabra que hizo el silencio no ya en el sótano, sino en todo el monasterio.

Los monjes nos trajeron un banco alargado y la familia entera se apretó en él.

—¿De qué se nos acusa? —preguntó Padre sin dilación. Cuanto antes

conociésemos los términos de aquel estrafalario juicio, antes sabríamos a qué atenernos.

Un monje situó una mesita junto a Tinker, y otro depositó en ella unos volúmenes cuya procedencia estaba fuera de toda duda. Vi que la nuez de Padre se movía al somatizar la tensión. Los dedos de Madre se cerraron en torno a los míos.

—Como le dije en la ermita, señor Donovan —comenzó Tinker con un carraspeo —, la orden a la que pertenezco fue creada para perseguir a los propietarios de ciertos libros prohibidos, una cantidad i-nu-su-al de los cuales —deletreó con inquina— han sido hallados en su actual residencia.

—Y si no recuerdo mal aquel encuentro, le contesté que mis investigaciones, y los medios que utilizo para llevarlas a cabo, no son de su incumbencia. Ni suya ni de ningún tribunal inquisidor.

—¿Inquisición? Esto no es el Santo Oficio, doctor. —Tinker se hizo el ofendido —. No se le parece ni remotamente. Es solo una iniciativa de hombres buenos que quieren erradicar el mal para que no contagie a las nuevas generaciones. No veo nada de grotesco ni de demencial en ello.

—Eso nos lo dirán sus métodos. Por lo pronto, quemar libros y a la gente que los lee me parece uno de los actos más bárbaros del mundo —escupió Padre.

—Los libros sí, doctor. La gente, si por mí fuera, no se acercaría jamás a la llama.

—Si por usted fuera… ni siquiera habríamos abandonado las cavernas.

Tinker lanzó una risa marrullera. A pesar de los esfuerzos de Padre por reducir a su acusador a un nivel intelectual más bajo, para constatar lo absurdo de sus argumentos, el entorno donde nos encontrábamos no era imparcial. No era un juzgado en el que las acusaciones recíprocas de uno y otro encontrasen caja de resonancia en un jurado sin prejuicios. A Tinker, por lo tanto, le resbalaban sus insinuaciones tanto como las miradas severas que le lanzaba Laycock, quien, situándose lo más cerca posible de Dulsie, aún trataba de protegerla con su presencia.

Noté que hacía calor. Era uno de los motivos por los que me sentía tan incómoda. Me costaba un gran esfuerzo pensar.

Supuse que era un efecto buscado. Daba la impresión de que estábamos en una apocalíptica masa de aire chirriante que era demasiado caliente para poder respirarlo. El calor del inframundo había venido rodando como una pelota al rojo vivo para reventar en aquel sótano.

—Da comienzo la investigación de los hechos acaecidos en la isla de Rhum bajo el signo de Libra, en el santo año de mil ochocientos veintiséis —dijo Tinker, una apertura formal que Montage Kegan se apresuró a copiar en su diario—. Acusada: la

familia del doctor Donovan, médico practicante en Mallaig, franceses de nacimiento, sajones de segundo dialecto, por la pertenencia y ocultación de libros prohibidos y la ayuda al sostenimiento de prófugos de la Iglesia. —Miró a Dulsie.

Las palabras caían como brasas en nuestros oídos. No éramos capaces de decir nada, bien fuera por el calor o por el miedo. Puede que Tinker despreciara el concepto de inquisición, pero era lo que mejor describía lo que nos estaban haciendo.

Padre miró con estupefacción a la pequeña Dulsie, que seguía muerta de miedo, con la cabeza gacha.

—¿Prófugos de la Iglesia? ¿Qué significa eso?

—Lo sabrá en su momento. ¿Tiene la acusada en segundo término algún defensor para su causa?

Laycock se adelantó, colocando sus manos en los hombros de Dulsie.

—Christopher Maywether Laycock —dijo para que constase—. Presente en el interrogatorio y antiguo encargado de estudiar el caso de Dulsie Saint Clemens. Solicito formalmente recuperar ese privilegio.

La chiquilla lo miró, tan asombrada como nosotros. Por el intercambio de formalismos que hubo a continuación entre Tinker y Laycock, deduje que Chris había sido el encargado de defender a Dulsie ante el tribunal eclesiástico antes de su fuga del monasterio.

Por lo visto, en aquella época Dulsie ni siquiera sabía que estaba siendo defendida por un presbítero, ni mucho menos que se trataba de Laycock. En cuanto tuvo constancia de los graves cargos que había en su contra, se fugó del monasterio y mendigó en las calles hasta acabar reclutada como sirvienta en Rhum. Esa fuga ocurrió justo antes de que Laycock pactase su renuncia ante el concejo de ancianos y se recluyera en la vida de ermitaño del Cullin.

Muchas cosas empezaron a encajar, aunque un tanto a la fuerza todavía, en mi cabeza.

—¡No tenía conocimiento de que esta niña fuera una prófuga! —explotó Padre—. ¡Si lo hubiese sabido no habría entrado a trabajar de ninguna manera en mi casa!

—No es eso lo que me preocupa, doctor —reflexionó Tinker—, sino las circunstancias tan afines que la señorita Dulsie comparte con ustedes. Aun sin que usted lo supiera, dejó entrar en su casa a una acusada de cometer crímenes espantosos contra el pueblo. Esa niña estaba siendo juzgada por su implicación en los monstruosos actos de su padre, reo ajusticiado por este mismo tribunal por el ejercicio de la licantropía y el canibalismo.

Nos quedamos paralizados al oír aquello. Dulsie y Laycock eran los únicos que

parecían haber escuchado esas mismas palabras antes, por lo que la noticia no les caló tan hondo.

¿Dulsie… acusada de canibalismo? ¿Su padre un reo ajusticiado por el tribunal presbiteriano? ¿Pero qué clase de absurda locura era aquella?

—Solo voy a hacer hincapié en uno de los libros hallados en la casa del doctor Buchanan, a quien se le pedirá en su momento que acuda a testificar, perteneciente a la colección privada del señor Donovan —masculló Tinker. Escogió uno de los tomos requisados y lo puso sobre la pila, sin usar sus manos desnudas, sino unos alicates.

Cerré los ojos. Ya sabía qué libro había escogido, y por qué.

—Aquí tenemos, para que conste, una copia del espantoso *Organon Maleficarum*, aparentemente en buen estado y con más páginas de las que se le presuponían de otras ediciones. —Eso arrancó exclamaciones de asombro de todos los monjes, empezando por el propio Kegan, que miró el libro como si contemplara al mismísimo Satanás transformándose en macho cabrío. Muchos signos de la cruz fueron trazados a la vez por manos nerviosas.

Padre bajó la vista.

—Esta… aberración —siseó Tinker—, este libro infectado por el aliento del Demonio, cuya sola posesión habría bastado en otro tiempo para condenar a la hoguera a un sospechoso, está encuadernado en piel humana. —Más exclamaciones ahogadas. Más símbolos de protección contra el mal de ojo y la tentación. Mis dedos (los mismos con los que había tocado el libro) comenzaron a hormiguear—. Piel picada de viruelas, lepra y otras enfermedades corruptoras del cuerpo, estirada y prensada para obtener la consistencia del papiro. Pieles de hombres y mujeres, blancos y negros, jóvenes y viejos, soporte blasfemo para un texto escrito como una escarificación en esa misma piel.

Lepra. No pude evitar frotarme las manos contra la falda, como si el sudor hiciera de desinfectante. Y yo lo había tocado, aunque fuese con guantes, ¡por el amor de Dios!

—Además, la encuadernación sigue los preceptos del recopilador original de estos textos impuros, con cuchillas en todas las páginas; hojas cortantes sin otro fin que el de herir al lector para que su sangre fecunde el mal que anida en los párrafos. Sangre para honrar la depravación, plagas para extender la ponzoña por la Tierra al tiempo que la caligrafía hace lo propio con la palabra del Demonio. El Mal, en resumen, en su encarnación más pura.

Miré a Padre. Ninguno sabíamos qué postura tomar ante aquellas acusaciones. A pesar de todo, y teniendo en cuenta que el silencio no haría sino concederles

credibilidad, Padre dijo:

—En la mente de un científico, tales consideraciones no poseen la fuerza que usted les da. Es cierto que conseguí ese libro, pagando un alto precio por él, en uno de mis viajes a Oriente. Pero no lo adquirí como un manual de esoterismo, ni como una reliquia consagrada a la veneración del Demonio. —Tosió. Gotas de sudor gordas como uvas resbalaban por su cuello—. Creía que en sus páginas, camufladas entre tanto paganismo y tanta superchería inculta, hallaría pistas para curar la enfermedad de mi hijo. Una enfermedad sobre la cual han escrito algunos médicos del Lejano Oriente que, casualmente, son mencionados en estos libros.

—¡No es casualidad! —Se encolerizó Tinker—. Esos «médicos», como usted los llama, son conocidos maestres de sectas escatológicas que han consagrado sus vidas a servir al Maligno, encarnando a sus apóstoles caídos. Ningún saber que provenga de esa fuente puede no estar infectado, ni es susceptible de ser analizado desde un punto de vista racional. Usted, doctor, ha añadido comentarios de su puño y letra a este tomo maldito, relatando sus propias experiencias en el campo de lo oculto, lo que lo convierte en responsable directo de propagar la ponzoña. Aunque ahora lo niegue, usted respalda con sus actos esta «superchería inculta».

Madre y el aya lo miraron consternadas, sin dar crédito a sus oídos. Padre, en lugar de gastar saliva rebatiéndolo (o suplicando perdón), se reafirmó en su postura.

—Les repito que mi interés es meramente académico. Estoy buscando una cura exótica para el mal de mi hijo, una cura que sé de sobras que no se encuentra en los límites del canon médico tradicional. En una ocasión oí hablar de ciertas teorías que… —Tomó aire— ahondaban, por decirlo así, en un interés metafísico por el cisma cartesiano, la aparente división entre instinto y raciocinio[24]. Decidí estudiarlas, pues, en busca de perlas de sabiduría. Sé que no es ortodoxo que un médico vague por el mundo en pos de ciencias paralelas, dogmas que no poseen apenas base formal… pero ¿dónde encontrar si no esos paradigmas novedosos, esos otros puntos de vista?

Tinker alzó una mano, como si necesitase frenar ese caudal de ideas extravagantes que le estaba castigando el oído. Padre, inmisericorde, prosiguió elevando el tono de voz.

—Mis viajes me llevaron a lugares tan deshabitados como Taimir, el archipiélago de Palembang o la remota Tierra del Fuego, donde oí hablar de curanderos que serían tachados de locos en nuestro país, pero cuyos logros tuve la ocasión de comprobar *in situ*. —Hizo un gesto de abarcar varias cosas con las manos. Recé porque se callase y no se echase más tierra sobre los hombros, regalando pruebas a aquellos fanáticos de

sus actividades heréticas, pero estaba arrebatado—. Es… es imposible de describir, pero créame cuando le digo que vi actos de fe capaces de sanar una pierna amputada, ungüentos destilados de la sangre de criaturas sin nombre que devolvían la vista y, y… —tartamudeó—, ¡y doctrinas que abren puertas hasta ahora no soñadas para la investigación médica! ¡Puertas que tenemos la responsabilidad de tirar abajo, cruzar y apuntalar por el bien del pensamiento moderno!

—El cuerpo, el templo del alma, lo convierte usted en un tabernáculo de corrupción —silabeó Tinker—. ¿Está sugiriendo que los estados tenebrosos como la licantropía tienen su origen dentro de nosotros mismos? ¿Que pueden ser reducidos a una afección patógena y, por lo tanto, ser tratados científicamente?

—Sí —respondió Padre—. Estoy convencido. Pero solo podría intentar explicarlo usando unos teoremas desconocidos para ustedes, aunque no totalmente improbables.

—¿Y las conductas aberrantes?

—El canibalismo y el sadismo son hechos que condeno en cualquier circunstancia, padre Tinker, pero no siempre hay que buscar su mecánica en un pacto con Satanás. Si es una enfermedad, como yo defiendo, significa que tiene cura. Y pienso encontrarla, aunque tenga que… que enfrentarme a cien tribunales de imbéciles fanáticos como el suyo.

2.

Las exclamaciones indignadas se redoblaron. Me tapé los ojos con una mano. Padre no había podido contenerse; tenía que soltarles esa última frase o habría explotado.

Tinker abandonó su silla y ordenó silencio. Meditabundo, comenzó un lento ir y venir por la sala que me puso aún más nerviosa. Padre, sin darse cuenta, también se había levantado del asiento.

—¿Ha oído hablar alguna vez de los attacotti, señor Donovan? —preguntó el anciano.

Padre sacudió la cabeza. Pero yo, que lo conocía bien, sabía por la forma de negarlo que estaba mintiendo.

—No, nunca.

—Fue san Jerónimo quien los describió tras su visita a Britania. Era un pueblo primitivo de familias incestuosas que se alimentaba de carne humana[25]. Es un asunto curioso, muy curioso, porque si admitimos la existencia de este pueblo caníbal cerca de Glasgow, ciudad próspera y erudita, debemos meditar sobre los extremos opuestos

de la vida salvaje y la civilizada en tiempos históricos. Donde unos alaban la forma escrita de la palabra y oran al Señor por un mundo más próspero, a pocos kilómetros, en los profundos bosques, otros merodean para secuestrar niños y llevárselos a sus chozas, donde los degustan tras descuartizarlos como un suculento manjar.

—¿Por qué me cuenta eso?

Tinker llegó a un extremo de la sala, giró en redondo y se dirigió hacia nosotros. En concreto hacia Dulsie, que se encogió como si quisiera volverse tan pequeña como un guisante.

—San Jerónimo demostró que ese pueblo caníbal desconocía la existencia de la Biblia. Y se resistieron hasta el punto de la extinción cuando quisieron evangelizarlos, ya que no querían que el bautismo purgara el mal de sus corazones. Docenas de attacotti colgaron aquel año de las ramas de las encinas, demostrando que la sinrazón no puede combatirse sino con la fuerza.

—Ellos también estaban enfermos —arguyó Padre.

—Enfermos no. Infectados por el Demonio. Que no conocieran a Cristo no significa que Su enemigo no les susurrara maldades por la noche, para atraerlos a su causa con facilidad. —Desenredó distraído unos bucles en el cabello de Dulsie—. Otro ejemplo cruel de la propagación del mal: el padre de esta pequeña fue capturado cuando ella aún era un bebé. Él y su familia raptaban niños en las aldeas y se los llevaban a su casa de la montaña, donde los despellejaban vivos y los cocían en una olla. Hubo quien afirmó haber visto al padre de Dulsie vomitar zarpas de perro y dedos de niño en una taberna después de emborracharse. —Hizo una pausa mientras a los demás se nos revolvía el estómago—. Por fortuna pudimos atraparlos gracias a las declaraciones de esos testigos, pero no antes de que dieran rienda suelta a toda la maldad que llevaban dentro. Confesaron ser los autores de cincuenta desapariciones de infantes —murmuró—. Dulsie era todavía un bebé, pero ya llevaba la marca de la Bestia. —Le destapó un hombro para enseñar su tatuaje. La niña se revolvió como si la hubiera picado una serpiente.

—¿Cree que ese simple tatuaje la condena de por vida? —se indignó Padre.

—El tribunal que investigaba el caso —intervino la voz sosegada de Chris Laycock—, un grupo del que yo formaba parte, la juzgó portadora de la infección del Diablo. Su alma, según las Escrituras, debe de ser tan negra como la de su padre, por lo que fue condenada a vivir en el monasterio hasta que tuviese uso de razón. Una vez alcanzada la edad de once años, la condenarían por los crímenes de asesinato y sadismo y la quemarían en la hoguera.

—¡Por lo más sagrado, pero si era solo un bebé! —bramó Padre—. ¿Cómo podía

ser responsable de las atrocidades que sucedían a su alrededor?

Tinker detectó el momento en que el otro llegaba a la conclusión de estar hablando con un loco. El momento exacto. Pero no le importaba. El aire de superioridad que le daba estar en posesión de la Verdad absoluta lo volvía aún más irritante.

—Usted no puede entenderlo, pero cuando un infante es nutrido con carne humana, y nada sugiere que su padre no le hubiera suministrado tal alimento —apuntó—, la oscuridad tiñe su alma para siempre, fuese consciente o no del delito. Es como la descendencia de los attacotti: los niños eran tan depravados como sus padres, y cuando alcanzaban la madurez ya no querían verse privados de su «manjar». Es palabra de san Jerónimo, así que no debe cuestionarse. Por eso, Dulsie Saint Clemens deberá concluir el juicio que dejó a medias cuando se fugó, y enfrentarse con dignidad al veredicto. Esto lo digo yo.

—Palabra de «san». Tinker, ¿eh? —se mofó Padre, captando un frío torrente de desaprobación tras los rasgos leoninos de Tinker.

—¡Dejar salir, dejar salir! —chilló Dulsie, tratando de escapar hacia una de las puertas. Los monjes la redujeron sin la menor delicadeza, como harían con un animal salvaje. Ella seguía gritando frases en latín que yo traducía en mi cabeza—: ¡Soy inocente, sicarios del Demonio! ¡Que el Señor maldiga vuestras almas y las condene al fuego del Infierno! ¡Socorro!

—¡Dejadla en paz, asesinos! —gritó alguien al fondo de la sala. Al cabo de un rato me di cuenta de que había sido yo. Ya no podía soportar más aquel calor. Madre trató de contenerme, pero me zafé de sus brazos e intenté correr hacia Dulsie. No llegué lejos.

La habitación ondulaba, se escurría, intentaba volverse roja. El aire se tornó humo en mis pulmones. Tinker ordenó algo con su voz de profeta de la antigüedad, y Padre apareció como por ensalmo para sostenerme antes de que cayera al suelo, incapaz de sostener mi propio peso, o el de mi pánico. Dulsie gruñó como un gato montés e intentó arañar los ojos de los monjes que la sujetaban. Alguien le propinó sin miramientos una fortísima patada en el estómago.

Creo que fue ahí cuando todo se volvió oscuro.

Soñé que unas fiebres letales exprimían torrentes de sudor de mi cuerpo. Me

torturaron fantasmas que me estrangulaban y que reptaban por mi piel como bestias de patitas hormigueantes.

Y luego llegó el frío, un bálsamo de aire fresco que barrió ese mundo de tinieblas y me asentó en la realidad.

Frío. Frío, frío, frío, frío.

Y piedra. Piedra, piedra, piedra.

Piedra helada. Bajo mis muslos.

Ahogué un grito. Estaba fuera, bajo cielo abierto. En el jardín del claustro, recostada en una fuente seca. Era de noche. Los hermosos pilares del claustro formaban una perfecta fila de soldados a nuestro alrededor, con capiteles que mostraban escenas del Nuevo Testamento. La más cercana era un instante violento, la lapidación de alguien. También asomaban espadas a la piedra.

Y delante de mí, reunidos en torno a un gran agujero en un huerto, estaban congregados los monjes.

No vi a Padre ni a Madre. Tampoco a Dulsie, pero la persona que estaba a mi lado, gracias a Dios, no era desconocida. Laycock. Las antorchas que iluminaban el trabajo de los monjes dejaban arcos de oro en sus pupilas.

—¡¿Dónde…?! —Comencé, alterada, pero él me tapó la boca.

—Sssshhh. No hagas ruido. Es la última parte de la ceremonia.

—¿Ceremonia? —repetí, en un murmullo histérico—. ¿Qué ceremonia? ¿Dónde están mis padres, y d…?

—Tranquila, se encuentran bien. Tinker los ha estado interrogando desde que perdiste el conocimiento, pero no les ha hecho daño.

—¿Y Dulsie?

—En una celda. Me temo que no quieren arriesgarse a dejarla escapar, sobre todo porque desconocen cómo lo hizo la última vez.

Centré la vista en el círculo de sotanas marrones. Tinker asperjaba agua bendita por la fosa rectangular mientras los demás sostenían un ataúd (una caja sucia con un crucifijo clavado en la tapa) encima de ella. Una tumba. Iban a meter un cadáver en aquel agujero.

—¿Quién es?

—El niño salvaje que abatieron en Rhum. Lo han traído al monasterio para comprobar una teoría de Tinker. Piensa que el niño estaba poseído por los malos espíritus de la isla, los mismos que mataron a tus criados.

—Los espíritus… Pero, pero no…

—Si Tinker está en lo cierto, una antigua profecía asegura que el alma del

condenado no soportará yacer enterrada bajo el símbolo de la cruz, así que tratará de escapar. Si eso ocurre, probará que es el asesino que buscamos.

—¡Por el amor de…! —rezongué—. ¿Y si ese niño al que dispararon —recalqué esa palabra— no se revuelve en su tumba? ¿Y si permanece inmóvil como cualquier otro cadáver? ¿Qué conseguirán con eso?

Laycock encogió los hombros. Parecía tomarse aquel asunto un poco a broma, aunque su voz seguía siendo solemne (pero a la vez tierna) cuando me hablaba.

—Tendrán una excusa para volver a centrar las sospechas en tu padre.

Alguien dio una orden y la caja fue arriada con unas cuerdas. El cuerpo que yacía en su interior hizo un sonido hueco, como si rodara sin control de un lado para otro, igual que el cadáver de Mary en la fosa de junéas. Sentí mil anzuelos de hielo que se me clavaban en el corazón.

Cuando la caja tocó el fondo, Tinker entonó:

—*Exorcizo te, omnis spiritus immunde, in nomine Dei Patris omnipotentis, et in noimine Jesu Christi Filii ejus, Domini et Judicis nostri, et in virtute Spiritus Sancti, ut descedas ab hoc plasmate Dei, quod Dominus noster ad templum sanctum suum vocare dignatus est, ut fiat templum Dei vivi, et Spiritus Sanctus habitet in eo.*

—¿Qué es eso? —inquirí.

—Una forma del Ritual Romano para el exorcismo.

—¿Romano? Pero si Tinker no es…

—Tinker es muchas cosas y ninguna. La orden a la que pertenecemos conjuga más de dos credos, y todos son válidos para sus sacramentos. Según una antigua creencia, con un exorcismo sobre tierra sagrada no puedes deshacer la maldición, pero sí puedes obligar a la piel del Diablo a desprenderse de su portador.

Dos sacudidas más del hisopo de agua bendecida. Las gotitas salpicaron la madera sin siseos de humo, sin temblores demoníacos ni ninguno de los efectos preternaturales que mi imaginación estaba situando en aquel marco.

—*Ergo, draco maledicte et omnis legio diabolica, adjuramus te per Deum vivum, per Deum verum, per Deum sanctum, per Deum qui sic dilexit mundum…*

Los monjes corearon un profundo *Domine, exaudi orationem meam*, y las paletadas de tierra empezaron a llover. Alguien hizo aparecer una cruz más grande, de plata, y la depositó con respeto sobre un cenotafio.

No ocurrió nada fuera de lo normal. Un cuervo graznó a lo lejos.

Tinker se nos aproximó. Se había despojado de su ridículo *pschent*[26] y vestía con sobriedad, aunque el calzado que asomaba la nariz por debajo de su túnica era

muy caro. Distinto del trozo de madera atado con hilachas que portaban los demás.

«Así que la humildad llega solo hasta cierto punto», pensé.

—El ritual ha sido concluyente —le comentó a Laycock. A mí ni siquiera me miró —. Prepárese para reasumir sus responsabilidades, pastor. Proseguiremos de inmediato con… eh…

Tinker acalló su rimbombante sermón.

Se hizo el silencio general.

Algo pasaba.

Diez caras de monjes asustados se volvieron a la vez hacia el montón de tierra, todavía sin compactar, que cubría el ataúd.

Algo pasaba allá abajo.

X. HECHOS DE LOS SANTOS GUERREROS

Exorcismos paganos – El juicio de los inocentes – Lo que los raptores se dejaron atrás – La última amenaza

1.

Empezó con un murmullo, un distante escarbar de patitas como de insecto que siguió a las dentelladas de algo (¿dientes? ¿Una boca? ¿Allá abajo?) que devoraba ansiosamente un objeto.

Masticando.

Si nos llegaba el sonido a través del metro de tierra, aunque fuese tan amortiguado, significaba que su autor estaba haciendo un ruido infernal. Mi mano encontró la de Laycock. Fue solo un espasmo, una contracción muscular, pero él no se resistió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tinker. Sus ojos se habían vuelto torvos y su voz, ronca.

Más patitas que se aproximaban a la superficie. Ya no eran insectos; eran dedos, dedos humanos arañando la madera, rompiéndola, hundiéndose las astillas hasta el hueso en un frenesí por abandonar la tumba. Las partículas de tierra suelta bailaban como si un pequeño terremoto, localizado allí mismo, sacudiera el camposanto.

—Cristo bendito… —exhaló Tinker. El maxilar le colgaba. Cuando recobró el control berreó una orden, haciendo una señal a sus hermanos para que clavasen sobre la tumba la otra cruz, la de plata—. ¡*Per eumdem Christum Dominum nostrum, qui venturus est judicare vivos et mortuos, et saeculum per ignem*! —vociferó.

—Es la profecía —dijo Laycock, empujándome lejos de la tumba, fuera incluso de la parcela del pequeño cementerio. Nuestros pies se hundieron en los surcos de la parcela de al lado, el huerto donde los monjes plantaban legumbres para su sustento.

Me sorprendió encontrar aquella calma en Chris. Aunque claro, habiendo visto lo que nosotros (el monstruo del bosquecillo de jacintos), un simple montón de tierra

palpitante no era excusa para el pánico.

El miedo vendría después, si lo que salía de aquel agujero era lo que esperábamos. Me pregunté con malicia si el aullido de terror de Tinker también sería en latín.

¡Pam!

Un martillazo. El monje encargado de plantar la cruz usó un mazo para propinarle un golpe. La punta inferior, también de plata, se hundió unos centímetros en la gravilla.

Lejos de calmarse, los sonidos se volvieron aún más frenéticos.

Sea lo que sea, se acercaba a la superficie. Murmuré una plegaria. No quería ver levantarse un montón de tierra, empujado desde abajo, y ver salir de la tierra una mano diabólica, los dedos engarfiados de un niño muerto. Por Dios, no quería.

Pam, otro martillazo. Y otro más. La cruz ya se sostenía en pie sola. Pero el temblor seguía. Tinker asperjó agua bendita hasta que se vació la redoma mientras gritaba a pleno pulmón:

—*¡Adjuramus te per Deum vivum, per Deum verum, per Deum sanctum!*

Los monjes retrocedieron. Uno de ellos balbució atemorizado la palabra *vush-hound*, el nombre tradicional para los espectros de animales que embrujaban los cementerios… y no estaba muy lejos de la verdad.

Abracé con fuerza a Laycock, sin preocuparme del decoro. Me pregunté si mis padres y el aya (o incluso Dulsie) estarían observando todo esto desde alguna ventana de la sala capitular. O desde alguna claraboya que diese a los sótanos. Si esto era el fin, quería estar con ellos más que nada en el mundo.

Abrí la boca para suplicarle a Chris que me llevase con mi familia, pero no hizo falta. Porque de repente, sin previo aviso, todo acabó.

Silencio.

Solo se oía el desacompasado *andante* de nuestras respiraciones, pintadas de vaho por el aire nocturno.

La tumba había dejado de temblar. La cruz de plata expulsó unas hilachas de humo y quedó inmóvil, un poco torcida pero bien clavada al suelo.

El cuervo volvió a graznar.

Tinker tenía la frente perlada de sudor. Besó el crucifijo y dijo:

—Mientras esta cruz de plata siga plantada como centinela del Altísimo, este engendro maligno estará preso. Ahora, acabemos con lo que fue empezado.

Y emprendió el regreso al edificio principal.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, siguiéndolo—. ¿Acaso no tiene suficientes pruebas de que mi padre es inocente?

—Lo que ha ocurrido aquí esta noche confirma mis temores —dijo el presbítero —. El Mal anda suelto por esta tierra, y no dejará de actuar hasta que extienda su ponzoña allá donde queden almas puras que puedan ser contaminadas. Tu padre es culpable de posesión y estudio de libros prohibidos. Tu hermano sufre un estigma físico desde su nacimiento que lo señala como elegido de Satán. Y Dulsie… —Se frotó las manos con satisfacción—. Oh, sí, de esa pequeña endemoniada me encargaré personalmente.

—¡Exijo que se respeten las normas del juicio eclesiástico! —clamó Laycock, agarrando por el brazo a Tinker. Ambos se detuvieron. No sé por qué, pero algo pasó entre ellos en ese momento. Un silencioso intercambio de fuerza, de poder.

Tinker se zafó de un tirón.

—Todo se hará según las normas más estrictas de la Gema del Antiguo Conocimiento[27] —aseguró—. No olvide cuál es su lugar, pastor.

—No lo olvidaré. Pero deseo defender a Dulsie Saint Clemens en este juicio.

—¿Por qué tiene tanto interés en demostrar su inocencia? —preguntó Tinker—. ¿Acaso le pueden más los sentimientos de piedad hacia una jovencita que su deber como estudioso de los influjos del Maligno?

—Claro que no. Pero no olvide, padre, que es de sentimientos de lo que trata el pacto de Dios con el hombre. Si los hacemos a un lado con tanta facilidad y nos quedamos solo con el miedo, con el temor a ser infectados por la magia negra, ¿qué quedará entonces de esa antiquísima alianza?

—Dulsie Saint Clemens fue alimentada con sangre de víctimas inocentes y comió carne humana cuando era un bebé. —Tinker hablaba remarcando las sílabas—. Está manchada, su alma ya no es pura, sino un pozo sin fondo de putrefacción. Será juzgada y condenada según la ley acorde a estos depravados actos. Y si sabe lo que le conviene, Laycock, se mantendrá al margen o yo mismo lo llevaré a rastras hasta esa choza suya de la montaña y lo dejaré para que se lo coman los chacales.

Ninguna palabra de más habría añadido claridad a su mensaje.

Estaba haciendo frío, así que nos apresuramos a entrar en la sala capitular, donde los monjes hacían su vida cotidiana y leían los capítulos de la regla de la orden. Junto a esta sala estaba el calefactorio y las chimeneas que daban algo de consuelo en las largas noches de invierno. Pero en aquel momento permanecían todas apagadas.

Me sorprendió encontrar allí, esperándonos, a mi familia y a Dulsie. Los cuatro tenían un aire contrito, aletargado, como si supiesen del destino que los aguardaba y tuvieran la certeza de no poder cambiarlo. Solo en la actitud de Padre se adivinaba

aún cierta rebeldía, unas ganas de defender lo indefendible que ni él estaba seguro de poder aprovechar.

Cuando estuvimos reunidos formando un círculo en el centro de la sala, Tinker volvió a colocarse el *pschent* de cuernos de vaca en la cabeza y anunció:

—Dulsie Saint Clemens, nacida en Beoraidbeg y criada y bautizada en este monasterio, prepárate para contestar por tus crímenes. No se preocupe usted, doctor Donovan; después de emitir el veredicto sobre Dulsie tendremos tiempo de sobra para hablar de los influjos que su *Organon Maleficarum* ha desatado sobre las pacíficas gentes de Escocia…

2.

En cierta ocasión escribí en mi diario:

«Hoy he inventado una palabra nueva: *glaysnaht*. Me pasé la noche entera buscando un término que resumiese el agotamiento, el cansancio, el vacío del alma del ser humano expuesto a esta sociedad, a este mundo, a esta intriga. No lo encontré. Tal vez exista, pero no soy tan culta como para conocerlo. Ahora me siento así. Estoy *glaysnaht*. Completamente fuera de lugar y de tiempo. Harta del vacío existencial que devora mis ayeres y mis mañanas…».

Creo que lo escribí la primera vez que me enamoré de una persona. Pero al hacerlo, supe que un amor así nunca podría ser real, que no podría sentir sus caricias ni dejarme llevar por sus tiernas palabras a ese rincón del Cielo que Dios esconde tras las rimas de un poeta.

Se llamaba Tirant, y era el protagonista de una novela. Un trovador espadachín que recorría el mundo viviendo aventuras y romances.

Fue en un agosto temprano, no hace muchos años. No recuerdo si aún me consideraba a mí misma una niña o no. La cebada dorada se dignó a aparecer antes de tiempo, y los campesinos la ataron en gavillas para resguardarla de las aguas del otoño. Mientras las hoces trazaban sus medias lunas en los campos cercanos a mi casa, yo me perdía a escondidas en las páginas de aquel libro, y Tirant se volvía más real y tangible que ningún hombre.

Me pasé los últimos capítulos llorando, porque el caballero era juzgado por un crimen que no había cometido y lo pagaba con la horca. En el momento de subir los peldaños del cadalso, el gallardo Tirant lo hizo con la cabeza alta, pues solo nosotros sabíamos (él y yo) que la culpable del asesinato era su amor platónico, Suzanne,

aunque había sido un desgraciado accidente.

Pero él no dejaría que la acusaran. Prefería afrontar el castigo que ver a su amada balanceándose en la soga; Tirant habría muerto de amor un instante después, y los asesinatos injustificados habrían sido dos.

No me atreví a leer la última página del libro, donde supongo que se describiría la muerte del caballero. Madre me animó a hacerlo en varias ocasiones, pues al fin y al cabo era un relato romántico, y puede que Tirant encontrase la salvación en aquellas apretadas líneas finales.

Sonaba lógico, pero aun así no fui capaz. He preferido vivir en la incertidumbre durante estos años a soportar la descripción de un cuerpo cayendo por una trampilla y una soga deteniendo con brutalidad su sufrimiento.

Ahora, al ver cómo acorralaban a Dulsie, cómo el dedo acusador de Tinker se abalanzaba sobre ella una y otra vez (como las hoces: zas, zas), experimenté lo que el autor de aquella novela había intentado traducir en palabras: la congoja por saber que un inocente estaba siendo acusado, y el martirio de no hacer nada por evitarlo.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas, y junto a ellas afloró la única endecha que he escrito en mi vida, la que le dediqué a Tirant cuando condené al ostracismo esa última página.

Aquí estaba otra vez. Dejad paso a la poesía. Dejad paso al poeta:

Triste corazón desgarrado
Conoces tu camino, y cuando al cielo miras
Contemplas las estrellas en sus guerras mortales,
Espadas que al matar las magias impías
Dejarían huérfanas de gloria
Las leyendas de caballería.

Pero al olvido no os condeno
Pues seréis huracán entre sueños de calma
Y pantera de selvas ignotas
No por llegar al final del camino
Habrá un cuchillo que os traspase al alba

Aquella sala, que debería haber estado inmersa en el silencio posterior a completas, con los monjes durmiendo y los libros descansando plácidamente en sus anaqueles, era un circo de leones hambrientos, de hienas que se peleaban por la

soberanía de la carroña.

Con el distanciamiento propio de una pesadilla, vi a Tinker recitando estrofas de un libro sagrado, a Laycock esgrimiendo argumentos para desacreditar a su oponente, y a una chiquilla humilde tirada en el suelo cuan larga era, sollozando de terror por un destino del que no había escapatoria posible.

Y me pregunté: ¿Para esto vinimos al mundo? ¿Es esta la lógica que rige las mentes de los supuestos eruditos, los hombres de fe que conducen al ganado de iletrados con mano firme y se hacen llamar «pastores»?

¿Somos indignos de poseer esta religión, o ella es indigna de tenernos a nosotros?

En el ínterin, entre crucifixión y crucifixión, los creyentes resucitarán y los inocentes serán tratados con justicia y cada alma encontrará su parcela en el Cielo, y vivirán felices por siempre jamás, amén.

Estamos *glaysnaht*.

3.

El ama Delphine visitó la casa de los Buchanan venteando el rastro del doctor Donovan como una sabuesa. Nada más poner un pie en el porche y pedirle al dueño de la casa que la dejara pasar, notó que la malvasía de por la mañana había puesto al diplomático Anthony un poco bilioso.

—Se han marchado de esta casa, y no creo que vuelvan. Yo no pienso dejarlos entrar, al menos —gruñó el viejo, jurando sobre una botella de cristal medio vacía. A Delphine no le gustaba demasiado el doctor Buchanan: era un hombre con un profundo sentido de las clases sociales, un baremo que salvo contadas excepciones no le permitía sincerarse con la servidumbre. Ni, pensó con sorna, capaz de mantener empleada a la servidumbre de su anterior huésped una vez este había caído en desgracia, cosa que a ella le afectaba directamente.

Iba a ser complicado persuadirlo para que la dejase revisar las pertenencias de Donovan.

—Doctor, no creerá en serio las acusaciones que las lenguas viperinas han vertido sobre la familia Donovan, ¿verdad? Dígame que no es así.

—¿Malas lenguas, dice?

Delphine entendió que había cometido un error. Mucho antes de que Donovan y Anthony se conocieran, el segundo ya era un respetado miembro de la comunidad de Mallaig, y tenía muy presente lo que el concejo municipal y el clero tenían a bien

juzgar como asuntos delicados. Que hubiese sido el propio alcalde quien, aconsejado por el presbítero mayor, decretase el registro y confiscación de las propiedades de los Buchanan, supuso un duro golpe para el prestigio del doctor en la ciudad. Y que encontrasen objetos tan incriminadores como los que venían buscando, aquellos tomos que su huésped se había atrevido a esconder en su propia casa, fue la gota que colmó el vaso.

—Si considera al alcalde Manfrod y al pastor Tinker «malas lenguas», señora, entonces no sé a quién le profesa usted un mínimo respeto. A mí no, desde luego.

Delphine adoptó una pose sumisa. Era lo mejor para aplacar los ánimos.

—Lo lamento profundamente, señor. No pretendía tildar de incapaces a esas personalidades, a las que respeto y admiro. Pero si tiene a bien concedérmelo —rogó, con vocecilla de ciervo expulsado de la manada—, me gustaría inspeccionar los aposentos que tan amablemente cedió a la familia. Partiré hacia el monasterio de inmediato y me gustaría saber si hay algo aquí que debiera llevarles.

—Siempre tan solidaria —manifestó Anthony, estupefacto e indignado a partes iguales. No sabía si la fidelidad de aquella mujer y la manera que tenía de desvivirse por una familia que había tenido engañada a toda una comunidad (¡y que se había visto implicada en el asesinato de dos jóvenes!) le parecía abominable o digna de encomio. Pero, tras meditarlo un instante, la dejó pasar—. Ande, llévese lo que queda de esa gente en esta santa casa. No quiero mancharme los dedos tocando nada que sea suyo, ni para arrojarlo a la chimenea.

Delphine se sintió dolida.

—No me siento capaz de defender algo que no es de mi incumbencia —dijo—, pero estoy firmemente convencida de que esto es un gran malentendido. Usted conoce bien al señor Donovan y a su maravillosa familia. Tenemos que estar muy equivocados si pensamos que son capaces de cometer delitos contra la Santa Madre Iglesia.

—Vi los libros cuando se los llevaban, querida señora —murmuró Anthony, permitiendo que sus pies decidieran el mejor camino a la bodega. La botella se había acabado—. Sí señor, con estos mismos ojos. —Se estiró los párpados hacia abajo. Su rostro adoptó un aire muy gracioso a salmón con barba—. Y eran algo espantoso.

El ama Delphine se quedó sola en el amplio recibidor. Tenía los dedos crispados como una batalla de cuervos.

¿Acaso era verdad lo que decían del señor Donovan, que era un satanista? ¿Había servido en Rhum a las órdenes de un ser tan depravado, capaz de ocultar sus verdaderas intenciones incluso a su propia familia?

No. Tenía que haber un error. Una prueba de que todo era un malentendido, el intrincado complot de alguno de sus enemigos para desprestigiarlo de cara a la comunidad científica.

Dispuesta a encontrar esa prueba (y dispuesta a que esa prueba existiera), subió las escaleras hacia el despacho que les había cedido Buchanan y que Donovan había convertido en sanctasanctórum de sus obsesiones.

Si había algún detalle crucial que los partidistas ojos del concejo hubieran pasado por alto, estaría allí.

Sola, otra vez.

En una sala de piedra, sin ventanas ni referencia exterior de ningún tipo. El tiempo lo mismo se arrastraba con la lentitud de un caracol que trataba de recuperar lo perdido a grandes zancadas un minuto después. Cronos se había convertido en un viejo desquiciado que tropezaba cada vez que intentaba dar un paso. Entendí por qué había querido matarlo su hijo.

Ya no sabía qué hora era, ni me importaba. Tenía hambre. Una antorcha hacía las veces de nube radiante de la que llovían chispas, sin peligro de encender la paja del suelo por estar empapada de humedad. Un monje de ojos lascivos me vigilaba apoyado en la puerta, en una pose que lo convertía en puros brazos y piernas. Aunque podía ser yo la que imaginara cosas, claro.

Tres toques en la puerta. El cerrojo se descorrió.

—Necesito estar un rato a solas con la invitada —dijo Laycock, despidiendo al guardia. Me hacía gracia el apelativo que usaban para referirse a nosotros: «invitados».

—¡Chris! —Puse ojitos de cordero lechal—. Gracias a Dios. ¿Dónde está Padre?

—En una sala contigua, con el resto de tu familia.

—¿Les han hecho daño?

—No. Iban a concentrar el interrogatorio en tu hermano, separándolo de tus padres para que no tuviese ningún ancla emocional. Pero han cambiado de opinión: creo que prefieren empezar contigo.

—¿Conmigo? —Me estremecí.

—Sí, lo siento, pero han estado presionando a Dulsie. No he podido hacer nada

por evitarlo. Y ella ha pronunciado varias veces tu nombre. Eso basta para incriminarte.

—Malditos bastardos, ojalá se pudran en el Infierno. —Hasta yo me sentí escandalizada de oírme pronunciar esas palabras.

—Muchos de ellos lo harán —suspiró Chris.

—Todos menos Tinker, por supuesto. Él está condenado a salvarse, como todos los dichosos santos.

—¿De verdad crees eso? ¿Que Tinker es un santo?

—¿Tú no?

—Por muy íntegro y respetuoso que sea con los Evangelios, a un hombre le queda mucho camino por recorrer en vida para alcanzar la canonización.

—Tinker no —reiteré, descargando sobre esa idea mi enfado—. Él lo es ya, sin necesidad de morirse. Acaba de hacer un milagro que lo demuestra, ahí fuera. —Hice un gesto vago hacia donde creía que se encontraba el cementerio.

—Podría ser que fuera un milagro… —admitió Chris—. Y es cierto que siempre ha sido un modelo de entereza, tan terco y cerrado de mollera como la mayoría de los santos. Pero si lo es, es decir, si Dios lo ha elegido como uno de sus soldados, no podremos hacer nada para cambiar su destino.

—No temo que su destino sea inmutable, sino que nos arrastre corriente abajo con él.

—Los santos son balsas en la tempestad, jovencita, no lastres en los pies que te arrastran hacia el fondo.

Dibujé una sonrisa cáustica.

—Hazme el favor de recordárselo cuando entre por esa puerta.

Delphine entró en el despacho esperando darse de narices con un caos de estanterías rotas, enseres de todo tipo tirados por el suelo y restos de libros que los agentes del concejo, los vatelianos, se dejaran atrás en la prisa por requisarlo todo.

No fue así.

Alguien se había tomado la molestia de limpiar la habitación, y había hecho un buen trabajo. Claro, pensó: Buchanan querría recuperar ese espacio dentro de su casa para destinarlo a otro uso, así que habría encargado a su propio servicio que recogiese

lo poco que quedaba y diese un buen barrido al suelo.

Pero si era así, ¿por qué le habría dado permiso para registrarlo?

Entonces lo comprendió.

El eficaz escuadrón de limpieza había obviado una sola cosa, intuyó que a propósito, pues incluso a ella le daba reparo tocar la inmensa piel negra de lobo que colgaba de la pared. Pero si era la única pertenencia personal del señor Donovan que quedaba (una a la que, además, tenía un gran aprecio), era su deber como buena ama de llaves salvaguardarla de la destrucción.

Pero ¿cómo iba a subirse hasta allá arriba para soltarla de los ganchos?



—Reúnalos a todos —ordenó Tinker—. Ha llegado el momento de resolver de una vez por todas este escabroso asunto.

Laycock obedeció, llevándome de regreso a la sala capitular. Allí estaban congregados los monjes, y todos sus «invitados». Madre y el aya levantaron una muralla de abrazos en torno a mí en cuanto me vieron.

Había dos sillas separadas del resto. En una estaba sentado, sollozando, mi hermano Isaiah. La otra estaba vacía.

Tinker se situó entre ambas. Imperaba una sensación de estricto silencio, como si el pastor arrastrase una especie de burbuja de aire.

—Señorita Sabine, por favor, tenga la bondad de ocupar este sitio —me invitó, señalando la silla. Me quedé congelada por la sorpresa, pero obedecí: el tono cordial del presbítero me daba más miedo que la mirada fanática de sus acólitos.

—Si va a acusarme formalmente de herejía, hágalo ya —gruñó Padre—. Pero deje de jugar de una santa vez con mi familia.

—No se preocupe, señor Donovan —dijo Tinker—. Complaceré sus deseos en unos instantes. Pero primero quiero comprobar una teoría… —Y le lanzó a Isaiah una mirada feroz.

«Lo sabe —me temí—; sabe dónde está escondido el Mal. El pobre Isaiah va a acabar sus días ardiendo atado a un palo».

El respaldo de hierro de aquella silla estaba tan frío que quemaba. Me pregunté cuántos reos habrían escuchado su veredicto sentados en aquel mismo asiento herrumbroso, y cuántos de esos veredictos tendrían que ver con el perdón que tanto

prodigaban los sacerdotes.

Tinker se situó entre mi hermano y yo, bloqueándonos la visión del otro.

—Sabine —comenzó—, entiendes lo grave que es esto, ¿verdad? Has sido testigo de lo que sucedió ahí fuera, en el cementerio. El Diablo ronda esta noche cerca, y puede que ni todo el poder de nuestra fe sea capaz de mantenerlo a raya fuera de estos muros.

—Lo he visto —admití, la garganta ardiéndome en toda su longitud—. Pero por favor, no culpe a mi hermano. Él no sabe…

—No seré yo quien acuse a nadie hoy, sino el Altísimo. Y contra Su palabra ningún argumento es lícito. —Entrelazó los dedos sobre la soga de la túnica de vuelo amplio—. Traed a la chica.

Dulsie. Era la única pieza que faltaba. Los monjes la trajeron casi a rastras, pues no podía sostenerse en pie. Tenía un aspecto lamentable, con la ropa mal colocada y marcas de golpes en la cara y los antebrazos. Era como si la hubiesen desnudado por completo y vuelto a vestir apresuradamente antes de traerla.

Nada más verla, a Padre se le encendieron las mejillas. Tuvieron que sujetarlo entre tres monjes para evitar que se abalanzara sobre Tinker.

—¡Monstruos, ¿qué le habéis hecho a esa chiquilla?! ¡Soltadme!

—¡Silencio! —ordenó Tinker—. Encadénenlo si es necesario, pero que no se mueva de ahí.

Los monjes trajeron unas cuerdas. Madre y el aya temblaban, abrazadas la una a la otra, como si el pavimento del monasterio sufriese violentos seísmos.

—Se arrepentirá de esto, Tinker, ¡Dios no permitirá que queme a unos niños! —advirtió Padre.

—Dime, Sabine. —La voz de Tinker estaba de nuevo sobre mí, dulce, distante, cruel. Pude distinguir el reflejo de las estrellas en sus ojos, incluyendo el brillante punto blanco de Venus, solo que en aquel techo no había constelaciones, únicamente vigas de las que podían pender sogas—. Tú que has estado cerca del Mal en su forma más pura, ¿a quién ves en esta sala que pueda ser un súbdito del Demonio? ¿A quién ves que sea un instrumento de perdición, el disfraz perfecto para ocultar a la Bestia?

Trasladé la mirada involuntariamente hacia mi hermano. Allí. Solo. Temblando. Llamando a su madre para que lo acunara en sus brazos, como hacía siempre que el mundo se volvía oscuro y despiadado y se burlaba de los pobres lisiados como él. Pero Madre no podía correr a abrazarlo, aunque fuese lo que más deseara en este mundo.

Estaba a punto de suceder. Lo notaba en el aire. El Mal estaba aquí, con nosotros,

de cuerpo presente.

—Yo… no… no lo sé…

—Habla, niña, o tendré que recurrir a otros métodos para hacer salir al Maligno de su escondite —amenazó. Esta vez miré a Dulsie: apenas podía moverse, estaba sumida en una especie de muerte en vida, un letargo que la mantenía dormida por mucho que tuviese los ojos abiertos. Debían de haberla violado y torturado—. Dime quién de los presentes esconde a la Bestia.

No hizo falta que lo dijera: Tinker siguió la dirección de mi mirada (y de mi pánico) hasta Isaiah.

Se volvió en redondo, como si le hubiese dado la excusa que buscaba, y se aproximó a él, mudra[28] en ristre.

Isaiah se aplastó contra el respaldo. Estaba muerto de miedo.

—Criatura de Dios, que sirves de refugio y canal para la condenación —exhortó —, yo te lo mando: ¡descúbrete! Muestra tu verdadero rostro, pues estás en presencia de Cristo Rey. Esta es Su casa, y yo Su soldado.

—¡No! —chillé—. ¡No sabe lo que hace!

—¡Tinker, es mi última advertencia! —tronó Padre desde debajo del montón del brazos y cuerdas que lo mantenían inmóvil—. ¡Deje en paz a mis hijos!

Isaiah temblaba, los miembros crispados, como si quisiese devolverlos al interior de su cuerpo. Su conciencia estaba en otro lugar, barrida por el remolino de sensaciones, pero una pequeña parte seguía teniendo miedo.

Los ojos inyectados en sangre de Padre miraban con impotencia a Tinker mientras acercaba un crucifijo a la cara de su hijo.

Y lo supe, supe lo que iba a ocurrir. Pero igual que le sucedió a la bella Cassandra, maldita por los dioses, nadie estaba dispuesto a escuchar mi advertencia.

Delphine arrimó dos taburetes y se subió encima. Estaba muy cerca de la pared, de la piel que la adornaba a modo de tapiz. Su hedor almizcleño se confundía con los aromas que llegaban de las cocinas, en el piso de abajo, donde el entrechocar de platos y calderos vaticinaba la hora del almuerzo.

La mano de Delphine rozó la piel. Estaba caliente, como si todavía recubriese un cuerpo cálido y lleno de sangre en movimiento. Se asustó, intuyendo algo

sobrenatural, pero no se apeó de los taburetes.

Alargó un brazo y…

… Dirigió la mano abierta hacia su hijo, Isaiah. Padre estaba tratando de alcanzarlo, de tocarlo antes de que Tinker llegase hasta él, pero era imposible. Estaba encadenado a tres monjes y al peso de su fanatismo.

Desde mi silla, que tampoco me atreví a abandonar, vi con impotencia cómo el presbítero plantaba la cruz como un hierro de marcar en la frente de mi hermano, a la vez que entonaba un salmo:

—«Bienaventurados los que ven sin ver, porque ellos serán salvados, bienaventurados los que creen sin tocar, y los que oyen sin escuchar, porque ellos recibirán la Palabra».

Tinker agarró por el cuello a mi hermano. Isaiah colgó de esa garra huesuda como un saco de huesos.

Los ojos de Padre se abrieron hasta casi salirse de las órbitas, y se llenaron de un fuego frío…

… un fuego que prendió la piel de lobo desde sus mismas entrañas, desde la parte interna que daba a la pared, y que pronto se extendió por toda ella como un incendio en un campo de trigo.

Esta vez el ama Delphine sí se apeó de su improvisada tribuna; se cayó, más bien, dando con sus posaderas en el suelo. Desde allá abajo contempló, dolorida y aterrorizada, cómo la piel se volatilizaba en un huracán de pavesas que flotó durante unos minutos en el aire de la estancia.

… Padre se convulsionó, tembló y se retorció como si estuviese naciendo por segunda vez. Emergiendo a un estado diferente de la existencia.

Una llama azulada lo iluminó desde dentro, prendiendo de índigo su *hume*, y chilló de dolor de una manera agónica, ancestral, como yo jamás había oído gritar a un ser humano. Un intenso dolor lo desgarraba, al tiempo que unas fuerzas que ninguno de los presentes podía comprender herían su piel, retorcían sus miembros, descoyuntaban sus articulaciones y forjaban de la nada unos afilados dientes que eran encajados en su boca. La agonía tenía que ser atroz.

Estaba equivocada desde el principio. Lo estuve siempre, por más que mis pesquisas me hubiesen llevado en esa dirección. Y ya era tarde para remediarlo.

El Demonio caminaba entre nosotros, en eso Tinker había acertado. Pero no estaba en Dulsie Saint Clemens, la hija del caníbal, ni en mi pobre hermano, que lo miraba todo con aire indolente desde las profundidades de su mundo de sueños.

Padre se alzó transformado en una bestia sedienta de sangre, una macabra criatura que dejaba enanos a los fornidos monjes que la flanqueaban. Su rugido descomunal golpeó con fuerza tectónica las columnas, haciendo vibrar las paredes del monasterio y arrancando nubecillas de polvo de los contrafuertes.

Estábamos todos muertos.

XI. DIES IRAE[29]

La furia – Campanadas a medianoche – El sacrificio de los inocentes

1.

En aquel momento me pareció un inconveniente, pero más tarde di gracias a Dios por la escasa iluminación del sótano, que nos impidió ver la macabra secuencia de hechos a medida que se iban produciendo. No sé si mi castigado cerebro habría soportado los horrores de los que fuimos presa de haber distinguido con nitidez los detalles.

La primera reacción de los monjes fue escapar, separarse lo máximo posible de aquella aberración ungida por el Demonio. Yo misma abandoné la silla en un arrebato y traté de hallar una salida, una puerta que permaneciese abierta, pero Tinker las había mandado cerrar en previsión de que alguno de los prisioneros intentase una huida a la desesperada.

Craso error.

El aullido del monstruo nos golpeó con tanta contundencia como a las paredes, y fue como escuchar cómo se abrían las puertas del Averno a medida que escapaba de ellas un hálito de inmundicia y devastación. Algunos monjes, escudados por la valentía que les brindaba el fanatismo, se arrojaron sobre Padre (si aún quedaba algo de él allí) tratando de apresar sus miembros, aquellos brazos y piernas musculosos que fácilmente tendrían el mismo ancho que el tórax de cualquiera de ellos.

No lo consiguieron.

El monstruo se deshizo de ellos con insultante facilidad, sacudiéndoselos de encima como un toro apartaría del camino a unos perros sarnosos, y extendió las larguísimas garras de sus manos delante de sus caras. El terror en estado puro se adueñó de aquellos hombres, que vieron cómo los labios del lobo se replegaban para descubrir un nido de colmillos, puñales cuya longitud solo era superada por los sables

que remataban sus dedos. Muchos de los gritos se convirtieron en gimoteos.

Luego, una explosión de rojo, una invasión de negro, y a lo lejos el sonido de sus propios gritos, los últimos.

Vi cosas oscuras brotar del vientre de aquellos hombres entre velos de sangre. Manojos de vísceras que la gravedad reclamaba después de que las garras transformaran en cuero rajado sus estómagos. Un monje trató de clavarle un objeto afilado en la espalda, puede que un cuchillo ritual o alguno de los otros enseres consagrados que decoraban la estancia, pero no logró atravesar la gruesa piel.

El lobo se revolvió, agarrando al desdichado con una mano inmensa; tuve que apartar la vista para no ver cómo introducía la cabeza completa del monje entre las fauces y apretaba hasta hacerla estallar como un melón maduro.

El cronista de la orden, Montage Kegan, no parecía tener claro qué símbolo de autoridad era el que respetaría la bestia, y confundía libros con cruces a la hora de alzarlos. Interpuso el tomo que llevaba en las manos como si sus páginas fuesen un recetario contra las posesiones demoníacas, y profirió dos fuertes sílabas de risa:

—¡Ja! ¡Ja!

Era la voz de la sinrazón, de la cordura que escapaba por los agujeros que el terror taladraba en su cabeza. Después de eso, lo perdí de vista.

Otra voz distinta, imbuida de una enorme autoridad (posiblemente la de «san». Tinker, haciendo uso de su recién estrenado halo) gritaba de fondo:

—¡Atrás, engendro de Lucifer, vástago de Baal! ¡Yo te lo ordeno, sométete a la voluntad del Señor! ¡*Draco maledicte et omnis legio diabolica, adjuramus te per Deum vivum, per Deum verum, per Deum sanctum*!

La cosa borracha de dientes que había sido mi padre no pareció entender su mensaje: seguía afanada en la carnicería, como si su única misión fuera reducir a despojos todo lo vivo.

A mi lado había gente, atrapada en la inútil búsqueda de una salida. Reconocí a Madre, y al aya, que se arrastraban en medio de una confusión de piernas que corrían y cuerpos que tropezaban.

—¡Madre! —grité—. ¡Por aquí!

Por su expresión deduje que no identificó mi voz en la algarabía, pero sí era consciente de que alguien la estaba llamando y que le decía «por aquí», «ven»: las claves de una dirección que tomar.

Nos dimos las manos junto a las macetas que había bajo la claraboya. La luz que caía a plomo era una gasa con lentejuelas cosidas, plata sublimada en humo, la luz de luna más brillante y tangible que hubiéramos visto nunca. ¿Era de noche o de día?

¿Era aquello luz de sol o de estrellas?

Las tres nos abrazamos. Madre estiraba el cuello desesperadamente, como una gacela atenta a los vaivenes de la hierba, buscando algo. O más bien a alguien. Hice un esfuerzo por distinguir las formas que se movían a través de las lentejuelas, y vi a ese alguien, que estaba inmóvil, sentado en una silla, como si la debacle no fuera con él.

—¡Isaiah! —lo llamé, pero no hizo el menor movimiento—. Esperadme aquí. No os mováis —les ordené a Madre y al aya, con una autoridad fundamentada en el pánico que incluso a mí me sorprendió.

Me arrastré por el cono de luz líquida hasta la silla de mi hermano. El marionetista inepto que me gobernaba adelantó mi mano con movimientos torpes, y cerró los dedos en torno a una de las patas. Trepé por ella y giré el rostro de Isaiah por la fuerza.

—¡Despierta, maldita sea, tenemos que salir de este matadero!

Como sospechaba, Isaiah no estaba presente. Su cuerpo estaba allí, pero su mente se había contraído bajo el piadoso caparazón de la enfermedad, deslizándose hasta la zona del olvido como la cabeza de un galápago. Dudo que supiera siquiera que estaba a su lado.

Lo arrojé al suelo sin miramientos y tiré de su cuerpo como un fardo (con lo poco que pesaba, no me costó demasiado) hasta colocarlo en brazos de Madre. Al sentir ese familiar peso, ella reaccionó.

—¡Sabine! ¿Qué… qué estás haciendo?

Quise responderle, pero las palabras no salieron. Me dolía un costado, como si me hubiese dado un fuerte golpe en algún momento contra la silla pero no le hubiese concedido importancia.

Mi abuela abrió la boca para enseñar los huecos, y supe que también estaba tratando de regurgitar un chillido, pero sus pulmones no daban para más. Literalmente, no tenía fuerzas ni para llorar como una recién nacida.

La descarga de adrenalina agudizó sin yo quererlo mis sentidos, perfilando los contornos de cuanto me rodeaba. Suspendió mi percepción selectiva, ese tesoro que los seres humanos no apreciamos en su justa medida, y vi todos los detalles de la sala. Absolutamente todos.

El sótano era una carnicería. La bestia se había cebado en sus captores, reduciendo con saña los cuerpos a poco más que fragmentos desunidos de carne y manojos de tendones. El suelo era un estanque de líquidos más densos que el agua. El hedor resultaba casi tan repulsivo como la visión: olía a sangre y a heces, y a vapores humanos que se expandieron cuando las tripas que los contenían explotaron.

Uno de los pocos monjes que quedaban hizo un cuenco con la mano y escupió un diente. Lo miró como a un elemento extraño, irreal. Estaría pensando en la hemorragia y en los huecos que habían quedado en su boca, donde esta misma mañana aún tenía dientes.

Luego se desplomó sobre el mar de sangre, muerto o sin sentido. El diente quedó flotando en el líquido como un velero a la deriva, impulsado por corrientes rojo oscuro hacia atolones de tripas humanas.

Vomité sobre el charco, añadiendo mis propios fluidos a la mezcla. Algo caliente me mojaba las piernas, pero no supe si era la sangre de las víctimas, de la que me había manchado al arrastrarme en busca de mi hermano, o mis propios orines, que corrían libres piernas abajo. Puro miedo líquido.

No distinguí el enorme corpachón del asesino. Tendría que haberlo divisado desde mi rinconcito de temblores, pero ya no estaba allí. Una puerta no tenía hoja, no sé si porque los monjes habían logrado abrirla o porque el lobo la había destrozado, pero fue como descubrir el túnel hacia el Paraíso.

Una salida. Al fin.

—¡Vamos, moveos! —grité a mi familia—. ¡Yo cargaré con Isaiah!

Me lo eché sobre los hombros y atravesé aquel hueco que daba a la escalera, mientras procuraba aguantar el dolor o llegar con él a algún acuerdo. Imposible. Era una sensación como de púas que se hundían sin misericordia en mi abdomen. Pero por fortuna su presión era menor que mi miedo.

Como sospechaba, la puerta había sido arrancada de sus goznes. ¿Lo hizo el monstruo? No era probable, dado que en aquel montón de cuerpos (los examiné de reojo, conteniendo arcadas tras las cuales ya no quedaba nada que expulsar) faltaban algunos rostros. El de Tinker no estaba, ni tampoco el de Kegan o el de Dulsie. Ni, gracias al Cielo, el de Laycock.

Debieron de haber huido despavoridos escalera arriba, por delante del monstruo, hacia las otras dependencias del monasterio.

Lo cual significaba que la caza aún no había terminado.

2.

El aire fresco que se filtraba en corrientes por las salas superiores me quitó de encima la pesadez del sótano, eliminando el aroma dulzón de la sangre y disolviendo los puntitos negros que me ensuciaban la vista. Y no fui la única que se sintió así: Madre

y el aya también respiraron aquel frescor a grandes bocanadas, como ahogados que, de repente, encontrasen de milagro la superficie del mar.

Mientras atravesaba aquellos solitarios salones, descubrí que el pavor tenía voz, y que necesitaba explicarse. No es que fuera un interlocutor muy lúcido (apenas lograba expresarse mediante una serie de ruiditos agónicos y chillidos intercalados, lo que yo llamo un acervo verbal realmente escueto), pero sí que trabajaba mucho con los sobreentendidos.

Porque el suyo solo era uno, un único y sencillo mensaje, de una simpleza atroz: «No importa lo mucho que corras, Sabine, tú también llevas ese horror en la sangre. Y tarde o temprano saldrá a la luz, igual que ha ocurrido con tu padre».

No, no quise escucharlo. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido allí abajo, no era hereditario. Padre me habría castigado severamente por pensar así. Una cosa es la ciencia y otra la superstición, y nunca se mezclan. Punto.

Aún no había llegado el momento de hacerme las preguntas cruciales: Por qué estaba ocurriendo aquello, cómo era posible que una persona tan recta como Padre hubiera sido infectada por el mal, y qué sería ahora de él, que se había vestido con la piel del Diablo y recorría como un jinete del Apocalipsis aquellos mismos salones.

Desde que le concedí uso de voz al pavor, al terror puro y sin aleación, sentí como si las cargas morales se hubiesen esfumado de mis hombros. Ahora tenía un confidente que se encargaría de decirme lo que hacer cuando el mundo se volviese oscuro y violento. Una voluntad ajena a la mía que tomaría las riendas de mi cuerpo para protegerme de…

Miré a Isaiah, que seguía con la cabeza apoyada en mi pecho, los ojos abiertos pero sin ver.

Y sentí miedo. Miedo de las conclusiones a las que estaba llegando. Lo que estaba diciéndome a mí misma era que quería ser como Isaiah, capaz de retraerme a un estado de nulidad que depositase la responsabilidad de cuidarme en la gente que me rodeaba. Quería ser una cobarde.

A lo mejor, después de todo, el mal sí que era hereditario.

—Es… espera, no puedo… continuar —jadeó el aya, dejándose caer en uno de los bancos que adornaban el salón de las naves radiales, una especie de enorme refectorio.

—Vamos, abuela, tenemos que seguir. Esa cosa —me resistía a llamarlo Padre, y a ellas no pareció importarle— sigue merodeando por aquí.

El aya me acarició la mejilla. Era consciente de que le estaba exigiendo demasiado, demasiado para una persona de su edad, demasiado hasta para una joven como yo…

Pero también era consciente de que yo lo sabía, y que mi obligación era ignorarlo.

—¿De dónde ha salido toda esa valentía, querida mía? —Sonrió. Los músculos de sus piernas oscilaban como bolsitas de té húmedas—. Antes no eras así.

—Soy así desde que descubrí que me gusta vivir, aya —rezongué, ayudándola a levantarse. Cargaba con ella por un lado y con el peso muerto de mi hermano por el otro, y el dolor en el costado cantando arias por debajo. Maldición—. Venga, sé que estás agotada, pero haz un último esfuerzo. Por Isaiah.

—¡Allí! —exclamó Madre, señalando la puerta que daba al huerto. Por un momento las pulsaciones de mi corazón se multiplicaron por mil, pero luego concretó —: ¡Gente! ¡Hay gente ahí fuera!

En efecto, había más monjes correteando de un lado para otro en el exterior del edificio. No es que fuera a suponer una diferencia si el monstruo saltaba sobre nosotras, pero la cercanía de otras personas siempre tranquiliza… aunque sea una tranquilidad ingenua.

Los monjes iban armados, la mayoría con mosquetes y fusiles, y los que no habían conseguido ninguno, con cuchillos para trinchar carne e instrumentos afilados de cocina. Parecían estar tomando posiciones en el exterior del edificio, vigilando las posibles salidas. No vi a Tinker entre ellos, pero sí que estaba Laycock.

Él sí que supuso una visión reconfortante. Al ver que salíamos del refectorio, vino corriendo y se hizo cargo de Isaiah. Dulsie también estaba sana y salva, y no se despegaba de su lado ni por accidente.

—¡Estáis bien! —exclamó, eufórico, como si ya hubiese descartado por completo esa idea—. Gracias a Dios. Tuve que salir del sótano a toda prisa con Dulsie cuando logré abrir la puerta, porque esa cosa me pisaba los talones.

—¿Dónde está? —preguntó Madre.

—La hemos perdido de vista, pero aún queda gente encerrada en el edificio. Rezo porque no hayan…

—¡Ahí arriba! —gritó uno de los monjes. Seguimos la dirección de su dedo hacia los ornamentados tejados del edificio, y lo vimos.

El plantel de agujas góticas que decoraba el tejado, disimulando entre gárgolas de bocas siniestras y otras florituras de mampostería las chimeneas y los contrafuertes, daba al edificio el aspecto de un enorme mausoleo planeado para el silencio, la introspección y el temor reverencial. Pero lo que sus responsables no habían imaginado era que una de esas gárgolas cobraría vida y los perseguiría con el afán de comerse algo más que sus pecados.

Igual que muchas de las catedrales que adornaban las grandes ciudades como

Praga, el Saint Clemens también tenía estrechos caminos que, a techo descubierto, comunicaban unas zonas del tejado con otras. Esos senderos culebreaban por los capiteles, desaparecían en el interior de torres, subían y bajaban por escaleras en espiral, para acabar llevando a los monjes (en calidad de obreros encargados de reparar los desperfectos del tejado) al lugar donde confluían los nervios: la torre del campanario.

Nada más alzar la vista a ese laberinto de excesos arquitectónicos, nos topamos con la imagen de la gárgola, el demonio negro, que acechaba a dos personitas que se veían minúsculas en comparación: dos monjes que huían por el interior de una torre, subiendo a toda prisa una angosta escalera espiral. Las vidas de aquellos infelices dependían exclusivamente de que los pocos centímetros de pared que los separaban del monstruo aguantasen sus coléricos embates.

Me tapé la boca con la mano. Las figuras vestían la librea de la orden, y no nos costó identificarlas: la que iba en cabeza era el pastor Tinker (sus ropajes ceremoniales eran inconfundibles), y la encorvada sombra que lo seguía, sujetando un libro entre los brazos, era Montage Kegan. El hombre lobo les seguía la pista por fuera de la torre, escalando por los montantes como una enorme tarántula.

Por ahora, Tinker y Kegan continuaban vivos por el simple hecho de que ellos estaban dentro y la bestia fuera, pero aquella escalera no duraría para siempre: en breve desembocaría en una puerta de hierro forjado, y o bien los hombres intentaban una salida a la desesperada, en un intento suicida de alcanzar el campanario, o la bestia rompería la puerta a dentelladas para entrar a por ellos.

En aquel momento pensé que la bestia estaba de pie sobre el tejado, encaramada a una torre. Lo que significaba que… no había nada más que aire y distancia entre ella y nosotros. Si por un casual decidiera mirar hacia abajo nos vería a todos allí, alineados junto al camposanto (donde estaba enterrada otra aberración: el inquieto cadáver del niño), observándola con terror. Una perfecta colección de presas para un festín.

¿Le impediría algo saltar sobre mí o sobre Madre y arrancarnos la cabeza de un zarpazo? ¿Constituirían alguna diferencia las armas que portaban los monjes, o el monstruo sería tan inmune a sus balas como a los exorcismos de Tinker?

Mi abotargada mente trató de recuperar la información que había extraído de aquellas pocas páginas del libro de Padre. Ojalá hubiesen sido muchas más, deseé: un tomo entero de esos que hablaban sobre el ¿mito? de la licantropía y que tanto ofendían a Tinker. Si hubiese tenido libertad para consultar la biblioteca de Padre, a lo mejor estaría teniendo ahora una idea genial, de esas que salvan vidas, como recordar el nombre de la planta misteriosa que era a los licántropos lo que el ajo a los vampiros

(¿acónito, quizá?), o encontrando alguna forma de herirlo de muerte sin tener que acercarme demasiado.

Recordé una fábula que me había contado Padre sobre un pueblecito francés donde tenían una forma de protegerse un tanto singular: usaban la plata, el único metal noble del color de la luna. Pero era un cuento infantil y omitía detalles útiles, como la forma de templar el endeble metal para que no se doblase al intentar clavárselo[30].

Me sentía vulnerable, completamente indefensa. Las armas de los monjes, para colmo, no me aportaban la menor sensación de seguridad. E hice bien en desconfiar.

—¡Disparad! —ordenó Laycock, bajando de golpe el brazo como una guillotina.

Ese fue el empujoncito que necesitaban los monjes para actuar. Apretaron simultáneamente los gatillos y una salva de disparos iluminó la noche. Anillos de humo orlaron la bocacha de los mosquetes, al tiempo que los impactos hacían florecer aquí y allá pequeñas nubecillas en los capiteles.

Algunos disparos alcanzaron de lleno a la bestia, pero como me temía, eso no hizo sino enfurecerla más. El lobo lanzó un rugido estremecedor al tiempo que un rayo hendía los cielos por encima de él (fue una visión sobrecogedora, con su cuerpo silueteado en negro frente a la arteria de luz actínica del rayo), y corrió a lo largo del tejado a cuatro patas hasta refugiarse tras el campanario. Arriba, en algún lugar entre las nubes, el arco de la luna brillaba intensamente. La sombra de las nubes parecía proyectarse sobre ella, y no al revés, como polvillo de diamantes en la nieve fresca.

Fue una suerte que el lobo no decidiera saltar sobre nosotros, pensé, aunque luego cambié de idea.

El monstruo no había ido a ese lugar a esconderse, sino a coger algo que poder lanzarnos. Algo grande y pesado.

Chris lo vio venir antes que yo, y dio la orden de buscar cobertura en medio del atronador tableteo de los disparos. Algunos monjes lo oyeron y reaccionaron a tiempo. Otros no.

Una enorme mole negra salió disparada desde la cúspide del campanario, trazó un arco que visto desde abajo pareció una elipse alargada, y golpeó el suelo como un meteoro a pocos metros de donde nos encontrábamos.

Era una campana. La más grande de la torre, una mole forjada en bronce de más de seiscientos kilos y con nombre propio, *Davallia Jane*, según me había contado orgulloso uno de los monjes mientras me ataba con su cara de santo en aquella mazmorra. Cada uno de esos kilos, por separado, no habrían supuesto un problema

para las personas que estábamos en el patio, pero todos juntos, sumando a la velocidad y los bruscos giros de la caída toda la inercia del vuelo, dieron una brutal campanada llena de «hola, tinieblas, viejas amigas» para aquellos hombres. *Davallia* los aplastó antes de salir rebotada, dar un par de giros más en el aire y acabar chocando contra los establos. El edificio de madera se vino abajo como un castillo de naipes, mientras los animales huían despavoridos.

Algunos caballos pasaron a nuestro lado. Laycock detuvo a dos de ellos, agarrándolos de la crin (al estar descansando en la cuadra no estaban enjaezados), y me acercó uno.

—Yo llevaré a las mujeres, encárgate de tu hermano —me dijo, ayudando a subir a Madre y al aya a la grupa. Montando así, a pelo, las pobres mujeres no sabían ni dónde agarrarse. Él se situó en medio de ambas y colocó a mi abuela delante, agarrándola de la cintura. Dulsie seguía a su lado, temblando.

—¿Yo? —protesté—. ¡Pero si nunca he montado sin arreos!

—Pues tendrás que aprender, y rápido. Esa cosa podría decidir bajar aquí de un momento a otro.

Tenía razón. El monstruo, al comprobar que los hombres habían dejado de dispararle, continuó con el acoso de la única presa que realmente le interesaba: el pastor Tinker, que huía por aquella torre expuesta a la intemperie.

El lobo salió del campanario, dio un salto que lo situó frente a la puertecita de hierro forjado, y empezó a golpearla con furia titánica. El candado no resistiría mucho, y los hombres que estaban al otro lado de esos débiles centímetros de metal lo sabían.

Desgañitándose, Tinker alzaba la cruz ante la bestia y la repudiaba llamándola *¡Vaira!, ¡Vaira!*[31] sin parar.

Eso tampoco la detuvo. Al contrario, hizo que el lobo atacase la puerta con más saña.

Laycock me ayudó a subir a Isaiah a la grupa, tumbándolo como un fardo. Lo sujeté con una mano mientras agarraba las crines del animal con la otra, y clavé de tal manera los tacones en los ijares que estoy segura de que el caballo pensó que le habían hundido dos clavos.

—¡Vete lo más lejos que puedas, te buscaré en el páramo! —dijo Chris, y le dio una palmada a mi caballo en la grupa. Aullé de espanto mientras el animal nos llevaba a través de la puerta del monasterio (huelga decir que nadie se molestó en detenernos), y no dejé de hacerlo hasta que pasamos de pleno galope a un cómodo

trote. Para entonces ya veía la ribera del loch Morar deslizarse rauda a mi izquierda, plácida, indolente, como si los estragos que ocurrían en el mundo de los hombres no pudiesen perturbar en modo alguno la armonía de las aguas, el delicado canto de las náyades que habitaban las profundidades. Como un débil contrapunto al sonido de los cascos escuchaba otros lejanos, emitidos a destiempo, y recé porque fuera el caballo de Chris, que llevaba lo que quedaba de mi familia con él.

En ningún momento miré atrás. Estaba concentrada en las violentas sacudidas del caballo, en mantener mi difícil equilibrio y el de Isaiah. En realidad no tenía el más mínimo control sobre el animal, pero supuse que se detendría por sí solo cuando se cansara.

En algún lugar a mi derecha, sobre las colinas, divisé las luces de un campamento. Gitanos, tal vez, con el pequeño trocito de su patria que siempre llevaban a cuestas. Y de algún modo supe que ellos también me estaban mirando.

Si de verdad los protegían las arcanas habilidades de su estirpe (o si el viento había llevado hasta ellos el potente aullido del lobo) correrían a ponerse a salvo, lejos de aquel páramo. Recé porque fuera así, o al día siguiente la aurora encontraría lagos de sangre manchando la tierra.

El caballo terminó por pararse, y resopló mientras hociqueaba en las hierbas altas. Me dolían las piernas de mantenerlas apretadas, y al relajarlas un poco sentí el gemido de los tendones. No importaba, aquello no era nada en comparación con lo que nos habría ocurrido si nos hubiésemos quedado en el monasterio.

Me volví en la grupa, mirando hacia allí. La sensación de soledad que me embargó cuando noté que ningún otro caballo me seguía fue terrible. No había rastro del animal de Chris, ni de ningún otro superviviente de la masacre. Por fortuna, tampoco nos perseguía la bestia. Una buena noticia en medio de la calamidad.

Como no había estribo en el que erguirme, forcé al máximo mi visión, intentando distinguir todos los detalles posibles. En la distancia, el monasterio ardía. El resplandor del fuego pulsaba tras algunas ventanas, producto tal vez de las antorchas que llevaban los monjes y que habían rodado sin control cuando sus portadores fueron asesinados. La pequeña torre de Tinker y Kegan se había derrumbado, dejando un pequeño cúmulo de escombros en ese ala del edificio. Por lo visto, no fue la puerta

metálica la única que cedió bajo la cólera del monstruo.

Musité una plegaria por las almas de aquellos hombres, aunque en mi fuero interno sabía que no la merecían. Ya se encargaría Dios de juzgar a cada cual por sus actos y de meterlos en los corrales adecuados del Cielo: ovejas con ovejas y lobos con lobos.

Entonces distinguí una sombra con varias cabezas que se aproximaba al trote desde las colinas. Era otro caballo, sin duda, y sí, llevaba tres personas en la grupa… ¡Sí!

Apenas pude contener la alegría cuando distinguí las siluetas de Madre, el aya y Chris sobre aquel animal. Me apeé del mío, depositando con toda delicadeza a Isaiah en la hierba, y dejé que pastara. Se lo había ganado. No sé cuál habría sido hasta entonces el nombre de mi montura, pero a partir de esa noche la llamaría *Dádiva*. Y además, según observé, era una yegua, así que le quedaba como un guante.

Chris me saludó. Venía de las colinas donde se encontraba el campamento gitano.

—Les he advertido que un demonio anda suelto —explicó, ayudando a mi abuela a descabalgar. Madre se las tuvo que arreglar sola, pero lo hizo con cierta gracia—. No sé si me han creído, pero como mínimo habrán visto el incendio. Eso los pondrá alerta.

—¿Qué ha pasado, Chris? —pregunté, con un cierto rubor en las mejillas que, en contraste con lo pálida que tenía la piel, estaría brillando como los fuegos de Saint Clemens—. ¿Y Tinker? ¿Y los monjes?

Negó suavemente con la cabeza.

—La torre se derrumbó sobre ellos, fue lo último que vi. Después el lobo desapareció en el interior del templo. Gracias a los santos, pudimos escapar en la confusión.

—Pero… ¿y Dulsie? —Me alarmé.

—Tranquila. Se ha ido. Prefirió escapar por su cuenta cuando se abrieron las puertas. —Sonrió—. Ya lo hizo una vez.

Madre me abrazó y me colmó de besos. Luego sus besos derivaron a Isaiah, que aún seguía con la vista perdida en el infinito. Pero el contacto con su piel sí que supuso una diferencia, ya que aunque no nos miró ni dio señas de abandonar el refugio interior, se encogió un poquito, retrayendo brazos y piernas, como haciéndose un hueco cálido en los brazos de Madre.

Yo era perfectamente consciente de que esa fugaz alegría pronto se tornaría en algo oscuro, en cuanto tuviéramos tiempo de meditar con tranquilidad sobre lo que había ocurrido. Podía imaginar a Madre y el aya deshaciéndose en lágrimas pensando en

nuestro horrible destino, al recordar a Padre transformándose en un animal (una estampa que permanecería imborrable en nuestras retinas) y preguntándose qué sería de nosotras.

Sí, yo también me hacía esa pregunta. ¿Qué sería de mi familia, de Chris, de Dulsie, de los que habíamos sobrevivido a la matanza? Las acusaciones de Tinker nos habían convertido en personas no gratas; nunca más podríamos pisar Mallaig sin desafiar a la justicia. Y si nos quedábamos en Escocia, los sucesores de Tinker terminarían por darnos caza y quemarnos en la hoguera.

No, aquel país ya no era un refugio seguro para la familia. La única opción viable era regresar lo antes posible a Francia, donde ninguna espada de Damocles pendía sobre nuestras cabezas. Allí tendríamos tiempo para pensar y barrer un poco los destrozos, y avanzar hasta el siguiente acto de esta tragedia. ¿Íbamos a dejar que Padre siguiera preso de esa terrible maldición durante el resto de su vida, o había alguna forma de contrarrestarla? ¿Seríamos tan audaces como para volver a Escocia en su busca, habiendo visto todo el horror que era capaz de desatar?

Mi respuesta por el momento era no, un no rotundo, pero había que concederle tiempo al tiempo y buscar una solución, por poco que nos gustase. Al fin y al cabo, este mal lo había desatado nuestra familia, y muchos inocentes sufrirían por ello. Teníamos el deber moral de hacer algo.

—¿Qué hacemos ahora? —acabó preguntando Madre.

Miré fijamente a Chris.

—No os acerquéis a Mallaig —aconsejó—. Dentro de poco ese pueblo se llenará de vatelianos. Creo que lo más prudente será que volvamos a Rhum y pensemos en cómo llevaros de vuelta a Francia desde allí, sin pasar por la Isla Grande. La Orden de Isis Urania se encargará de… —sustituyó el «dar caza» por otra fórmula menos hiriente—… buscar al doctor Donovan antes de que cause más muertes.

Mi corazón se iluminó. Había dicho «volvamos».

—¿Vendrás con nosotras?

—Mi casa está allí, al fin y al cabo —asintió—. Encenderemos el faro del viejo Freys, eso atraerá a los barcos. ¿Os queda dinero para comprar pasajes en algún carguero?

Madre negó con la cabeza, abatida.

—Apenas nada. Lo único que tenemos en este mundo está en esa sucia mansión de Rhum —dijo con aspereza—. Y no pienso volver a pasar jamás por allí.

—Me temo que tendremos que hacerlo, al menos durante unos días —la contradijo el pastor—. Es un refugio seguro. Por mi parte, indagaré un poco en los

muelles de Mallaig, a ver si encuentro algún barco que os convenga.

—Habla con James Buchanan, el hijo del médico —sugerí—. Es inspector de aduanas. Podría ayudarte.

Chris arrugó la frente.

—Uhm… dudo que sea buena idea. Conozco a los Buchanan. Estarán en el ojo del huracán en cuanto lleguen los investigadores designados por la Iglesia. Tendrán suerte si logran salir de este embrollo sin una acusación de albergar a forajidos y con una mínima parte de su honor intacto. Puede que pierdan su trabajo, aunque se libren de todo lo demás, si sus conciudadanos no vuelven a confiar en ellos.

Bajé la vista al suelo, a la confusión de pisadas que nuestros pies y los cascos de los animales habían tatuado en el barro. Chris tenía razón: el bueno de James y su padre sufrirían el acoso de los fanáticos solo por haber sido gentiles con nuestra familia. ¿Cuánto mal habíamos causado desde que pusimos un pie en Escocia?

Demasiado para ser cuantificado, y parecía que la cosa iba a peor.

Laycock oteó en la distancia, intranquilo.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Todavía es de noche, y esa cosa podría estar merodeando.

3.

Marquieza jamás había usado el Arte para ganarse la vida. Nunca había aceptado leer las cartas a los extranjeros para intentar predecir un futuro que en realidad ninguno quería conocer. Tampoco había mezclado hierba en los posos de café ni arrancado las primeras plumas de las aves recién nacidas para sazonar caldos de amor.

No, ella no hacía esas cosas.

Por lo general la gente blanca no se inmiscuía en la vida de los gitanos, salvo para echarlos con malos modales de lo que ellos llamaban «propiedad privada», o acusarlos de algún delito que, la mayoría de las veces, no habían cometido. Muy pocos visitaban el campamento del clan, una caravana de carros tirados por rucios que recorría las altiplanicies de Escocia en un ciclo sin fin. Algunos venían en busca de sabiduría, y si los hermanos de Marquieza los hubiesen dejado pasar a su carromato, se habrían quedado petrificados al verla.

La mayoría de la gente identificaba la magia, negra o blanca, con los ancianos que ya tenían un pie en la tumba. Muy pocos entendían la naturaleza joven del Arte, la vitalidad que requería para ser manipulado, y se negaban a ver en aquella niña de

apenas trece años la sabiduría y la sapiencia que podía manejar un anciano.

Pero Marquieza sabía. Sabía muchas cosas, algunas de las cuales había aprendido de los consejos de su abuela, no siempre sabios ni positivos, y otras de su propia experiencia vital, difícil y compleja para una niña de su edad.

Entre los secretos que dominaba estaba la capacidad para predecir la aparición de los malos augurios, esos desastres que cada cierto tiempo azotaban el mundo y a sus desprevenidos habitantes. Por eso, cuando vio alzarse la columna de humo del monasterio tras las colinas cercanas al lago, y un abanico de color naranja se abrió a su alrededor como la cola de un pavo real, Marquieza reunió a sus hermanos y les dijo:

—Decidles a todos que levantamos el campamento. Tenemos que alejarnos de este lugar de inmediato. Esta noche habrá luna de cuchillos.

No preguntaron el motivo de tal decisión. No hacía falta.

La mirada de su hermana pequeña, y la manera como acariciaba el viejo amuleto que le colgaba del cuello, lo decían todo.

Montage Kegan podía oír cosas en el viento.

Algunas eran fáciles de identificar: los graznidos de los pájaros, el rumor de la brisa cansada al agitar la hierba, el balanceo de las copas de los acebos que coronaban los montículos arenosos…

Pero había otros sonidos nuevos, incomprensibles, esotéricos, que llenaban de miedo la noche. Llantos, gritos de agonía, rumor de lucha, órdenes imprecisas que provenían de gargantas abiertas. Hasta el monasterio chillaba con clamor de fuego y pavesas, de humo y ceniza, como nunca antes se le había oído.

Para Montage, que conocía tan de cerca aquellas paredes, era como visitar la tumba de un ser querido y oír una voz saliendo de la tierra.

Sostuvo en alto los brazos, rectos como manecillas de reloj, calculando. ¿Qué le había ocurrido exactamente en los últimos minutos? Ya no estaba dentro del monasterio, eso estaba claro: sentía la tierra húmeda bajo su espalda (estaba tumbado en el suelo, aplastando un arbusto) y veía el cielo expuesto frente a sus ojos, una amplia lámina horizontal teñida de púrpura. Podía oír al loch Morar agitarse inquieto, cerca de él.

Además de una tímida llovizna, caía nieve. Un copo impactó contra su nariz, denso y con tanto encaje como la ropa interior de una reina.

¿Nieve? ¿Tan pronto?

Recordaba su huida desesperada a través de las escaleras y el dédalo de pasillos, junto al padre Tinker. Buscaban refugio en el campanario, creyendo que allí, tan cerca de Dios, estarían a salvo del Maligno. Luego el acoso, las garras entrando por los huecos de las rejas, el mundo que se llenó de dientes y de ojos llameantes…

… Y la torre se acabó derrumbando con ellos dentro. Fue como estar atrapados en aquella vieja fábula de la tradición germana, en la que unos estúpidos cerdos construían chozas endebles para protegerse del depredador que venía a comérselos. Montage querría haberse refugiado en un castillo de altos y recios muros, pero su alocada fuga lo había metido en una torre de naipes.

Cayó rodando por las escaleras. Nunca supo si Tinker sobrevivió al derrumbe o no. El escriba llegó al piso de abajo, el cuerpo entero cubierto por el polvo, y huyó del monasterio por aquella brecha en el muro que había abierto la campana. Varios de sus hermanos huyeron con él, sintiendo que el hálito de algo seco y helado les congelaba la nuca. Era la muerte, por supuesto, con sus artimañas de siempre. La muerte haciéndose pasar por un lobo. La muerte reclamando presas desde la tumba de un niño. La muerte disfrazada de quietud y serenidad en un páramo donde no había ningún refugio.

Montage escuchó sus propias plegarias, las que acudían desde los días pasados nadando contra corriente, desde una época en la que el mundo era un lugar ordenado y sin sorpresas, sin monstruos infernales ni monasterios en llamas. Qué vacías le parecían ahora esas plegarias, esos salmos que supuestamente encerraban la llave de la felicidad, pero que de nada habían servido para salvarlos del horror.

El Kegan del ayer seguía dentro de su cabeza, como un polizón, y no había forma de expulsarlo.

No eres digno de llevar esta librea —le dijo—. *Los aparejos te demostraron que no tenías madera de constructor de barcos, como tu padre, y las dudas que tienes sobre el poder de Dios demuestran que la milicia de Cristo tampoco te va. Eres un completo inútil, solo sabes leer libros. Te pondremos una lápida al lado de la de ese cobarde al que bautizaremos «Señor, ¿por qué nos has abandonado?», porque es lo único que repite sin cesar, y que se te parece tanto como para ser tu padre.*

Déjame en paz. Te he decepcionado, cierto, pero no es nada en comparación al disgusto que le he dado al Gran Padre, el que está en los cielos, al no ser digno de Su confianza. Un santo ha muerto hoy, una iglesia ha sido quemada, y lo único que

hemos hecho es salir corriendo.

Tomándolo en perspectiva, podía vislumbrar cuáles habían sido las posibilidades de su vida antes de enredarse en esa enfermedad llamada Tinker. Los lamentos también formaban parte del equipaje que el viento llevaba aquella noche. Susurraba «Kkkkkkkeg… aaaaaannnn», y también «Ccccccobbbbarrr… ddddddeee…». Y todo con la voz de ya-sabes-quién, el que está arriba mirándolo todo. La cabra montesa[32].

Montage Kegan, que no recordaba haber tropezado y caído al suelo, levantó con esfuerzo la cabeza y miró hacia abajo, a la parte inferior de su cuerpo y lo que la rodeaba. Cadáveres. Otros monjes, tumbados boca abajo e inmóviles. Hombres que lo acompañaban en la huida. Y algo que se alejaba de ellos (algo grande, peludo, apenas antropomórfico, con orejas que se curvan como cuernos de diablo y un rabo largo, obsceno, animal) a velocidad cegadora, tan rápida que parecía compuesta de instantes separados, sin conexión fluida entre ellos (por Dios bendito, es enorme, es gigantesco, es… es un heraldo de Belial) y desaparecía en la noche como si esta lo obedeciera de algún modo.

Kegan brindó con una copa imaginaria hacia la noche oscura. Bravo. Has logrado superarte a ti misma.

Miró el bulto alargado, con forma de tubo, que estaba tirado junto a su cadera. Le sonaba vagamente familiar. ¿Tenía ese bulto algo que ver con que estuviera allí tumbado, en la hierba, y no pudiera moverse?

Esperó el tiempo suficiente para que cualquier fractura se declarase, pero a falta de noticias en ese sentido, tuvo que emplear la vista para hacer un barrido.

Entonces supo que el bulto era su pierna derecha. Amputada a partir de la rodilla de un único y certero golpe, tan veloz que no dio tiempo a sus nervios a transmitir la señal de alarma. Sintió cada uno de los vasos sanguíneos que se le contraían para evitar la pérdida de sangre, el beso del aire en el hueso desnudo…

—Mierda. —Convirtió la palabra en una nube de vaho. Y otra le vino a la mente, aunque no supo qué significaba—: *Glaysnaht*…

Se desmayó, aunque no antes de preguntarse qué había fallado en aquellos viejos aparejos de pesca de su juventud, qué conjunto de circunstancias le habían vetado la profesión de su padre, si lo que realmente él quería ser era constructor de barcos y no monje.

Vitelius Manfrod, el ilustre alcalde de Mallaig, conocía de sobras el emplazamiento de la ermita que se levantaba a medio camino del loch Morar, junto al plácido Nostarie. De hecho, acudía a rezar allí de vez en cuando, si sus obligaciones lo permitían, porque personarse en la iglesia se convertía en un acto social: la gente lo acosaba con sus ruegos, preguntas y felicitaciones, Tinker se enfadaba por el alboroto, y su alma hacía cualquier cosa menos relajarse para entrar en el estado de trance que, al menos a él, le servía de antesala para hablar con el Altísimo.

En el fondo, le gustaba el grado de aceptación que tenía entre sus conciudadanos. La gente lo quería, aunque también había muchos que estaban descontentos con su gestión. Sin embargo, a Vitelius I esos desaprensivos lo traían sin cuidado. Siempre fingía humildad, pues no hay nada como la humildad para mantener acalladas las voces agoreras, cuando en realidad le encantaba ser adorado por la masa, ver cómo se apartaban para dejarlo pasar cuando andaba por la calle…, lo que la gente que había nacido para gobernar llamaba «el cínico encanto de la plebe».

Algún día escribiría sus memorias, aunque tendría que suavizar toda la parte del orgullo que sentía al saberse al mando, aunque fuese de un pueblo con ínfulas como Mallaig, lleno a rebosar de pescadores incultos y aspirantes a protestante-del-año. Un reino donde más que tronos había sillas de estibadores venidos a más.

Jugueteó con los anillos de oro que decoraban sus dedos mientras meditaba. Era difícil, difícil encontrar el solaz en aquel estado intermedio. Había conseguido llegar lejos desde que su padre le dejó en herencia la finca, el germen de su fortuna. Pero para alguien que se sabe a medio camino entre lo que ya ha conseguido y lo que cabalmente podría dar de sí, llevar mucho tiempo atrapado en ese eslabón intermedio resulta duro.

Tenía que seguir ascendiendo, dejar atrás el puesto de alcalde y subir peldaños. Quizá hasta moderador regional, o incluso consejero mayor del condado. Todo menos quedarse atrapado en el limbo sin nombre de los mediocres.

Trastabilló mentalmente, intentando recuperar el equilibrio emocional. Iba absorto en sus pensamientos, y sin salir de ellos ya volaba por los aires.

Aquella ermita era una buena metáfora de su situación. ¿Qué había más intermedio que el ser humano, en el camino entre las bestias y la Divinidad? ¿Y qué mejor manera para consagrar ese estatus que mediante los rezos sinceros, abriendo tu corazón al único que sabía juzgar con equidad y benevolencia?

Igual que el vulgo ponía sus destinos en las manos de un alcalde y de un presbítero para que lo guiasen, ellos también miraban hacia arriba para buscar consuelo. No estaría de más que Él se dignase a contestarle, aunque fuera por una sola

vez, ya que siempre se molestaba en recorrer todo este camino para venir a verlo. Vitelius daba consejo a otras personas, pero necesitaba que alguien más sabio se lo diera a él.

Estaba suplicando por enésima vez que le fuese permitido escuchar la voz celestial «solo por un instante, de verdad, un fugaz instante que corrobore que Tú estás ahí y que la vida no es un inmenso saco roto de anhelos» cuando oyó el ruido fuera de la ermita.

Su caballo, que estaba amarrado en el exterior, relinchó una vez. Solo una, fuerte y breve, y luego se oyó el sonido de algo pesado desplomándose. Algo con cuatro patas.

El alcalde se santiguó, abandonó el estrecho reclinatorio (sus rodillas rechinaron como goznes viejos, y seguirían quejándose así por más grasa que les echase) y se arriesgó a mirar por la rendija de la puerta. ¿Una voz celestial que atacaba caballos? No, ni siquiera el maldito ateo de Rupert Coswald, el sobrino del tendero, creería semejante insensatez.

Empujó suavemente la puerta de la ermita. También tenía rodillas desgastadas y cansadas como las suyas, porque el sonido que emitieron al abrirse fue el mismo.

Entonces vio al caballo. Tumbado en medio de un charco de sangre, con el vientre desgarrado y las dos patas de atrás amputadas a la altura de la articulación.

Y oyó la voz, pero no era la de Dios. Era un gruñido gutural que provenía de encima de él, del techo de la ermita.

Vitelius (con los ojos muy abiertos, sobresaliendo como huevas de esturión de las órbitas adiposas) abrió la boca, pero no supo para qué, porque no le salió ningún sonido. Una palabra, CORRE, le estaba partiendo el cerebro como una sierra.

C O R R E.

No perdió ni un precioso segundo mirando hacia arriba. Tal vez fue eso lo que lo salvó de acabar colgando como una marioneta con los hilos enredados en la tabla. Lo que hizo fue correr, como no había hecho desde que era joven y se enzarzaba en aquellas locas competiciones con *Waldo*, el dogo de la finca. Locas porque él jamás iba a ganarlo, y vigorosas porque gozaban de una insultante juventud. Ambos rezumaban energía, la concentraban, la generaban, no sabían qué hacer con ella, salvo correr como el viento y acabar dando volteretas por el suelo en una espectacular lucha hombre-animal, puro fuego de artificio.

Pero eso fue en otro tiempo, y cuando Vitelius I echó a correr por aquel campo tratando de alcanzar la zanja, el único accidente geográfico cercano que ofrecía una mínima protección, corriendo en soledad sin séquitos ni guardias de honor ni

palafreneros de esos que aparecían en sus sueños, descubrió que la única posibilidad que tuvo en la vida de vencer a aquel dogo fue siendo niño. Y que esa posibilidad, gruñido gruñido gruñido, se esfumó en cuanto sus rodillas, quejido quejido quejido, se acostumbraron a la comodidad de la silla de gobernar.

A la bestia le bastó un zarpazo, el ligerísimo roce con una de sus garras de media luna. Trazó una línea rojiza entre el escroto de Vitelius y su esternón, y cuando el cuerpo del alcalde se precipitó por la zanja, dispuesto a reintegrarse en la cadena alimenticia, la línea se abrió por sí sola hasta convertirse en un enorme cañón bulboso.

El cuerpo chocó contra una piedra, deteniéndose brevemente, mientras los intestinos seguían el camino dictado por la gravedad. El aparato digestivo de Vitelius alcanzó el fondo de la zanja antes que el resto del cuerpo, junto con los restos de la opípara cena que había tomado esa tarde, a la salud del pueblo que tan feliz estaba bajo su égida.

Los gitanos espolearon a sus animales hasta llegar a una elevación cercana a Mallaig, una colina que sus ancestros habían denominado Hylneii en honor a una antigua festividad de los errantes. Dispusieron en círculo los carromatos y cargaron los fusiles. La pólvora estaba húmeda, enferma de noche e invierno, pero aún podía arder.

Marquieza abrió el desvencijado baúl de su abuela, el que nunca abandonaba aquel carro y siempre tenía la cerradura mirando hacia el norte. Para ello tuvo que quitar de encima varias cajas con ropa que se le había quedado pequeña (a ver cuándo sus primas se la llevaban de una vez para sus hijas, que ellas tenían espacio de sobra en sus carros; y si no era así, que lo buscasen), buscar la llave en el estante tras la cortina roja, y trazar unos signos cabalísticos sobre la madera. Abrir el baúl de la vieja no era sencillo, ni recomendable, pero había ocasiones en que no le quedaba más remedio.

Los objetos que buscaba eran de los más grandes que contenía, por lo que no tuvo problema en localizarlos. Dos rollos de cuerda de siete metros, ni uno más ni uno menos, acabados en una talla de madera que recordaba lejanamente a un silbato. La madera estaba decorada con una filigrana que no tenía sentido para nadie ajeno al

Arte, pero que era obvio para ella: protección.

Sacó las cuerdas del baúl sin tocar los silbatos, las desenrolló en sentido contrario a la rotación de la luna, y se las entregó a sus hermanos mayores, Ferlain y Krusev. Estos las recibieron con adoración; era muy inusual acudir a los objetos de poder de los ancianos, y cuando la *maleggra*[33] del clan decidía desempolvarlos, no había que tomar su decisión a la ligera.

—Haced que trinen los mirlos —dijo la niña. Sus hermanos mayores, que ya tenían barba abundante y muchos hijos, se colocaron en el centro del campamento. Sin dejar que los silbatos ni la cuerda rozasen lo más mínimo el suelo, fueron imprimiendo un lento giro a sus extremos.

Poco a poco, a medida que la fuerza centrífuga las iba tensando, las cuerdas formaron dos círculos giratorios sobre sus cabezas. El aire de la noche, que lanzaba copos de nieve contra los carros como un vendaval de cuchillos, atravesó los silbatos y provocó un sonido ondulante. Era como el canto de algunos pájaros casi extintos, pequeños animales que solo abrían el pico durante el vuelo para que el mismo acto de volar compusiese la melodía.

Los gitanos se aglomeraron junto a los silbadores. Familias enteras se sentaron en el suelo, apretándose unas contra otras, y miraron con reverencia a los hombres de las cuerdas. Los círculos eran cada vez más veloces, y más amplios, y el silbido más agudo.

Entonces sucedió.

Marquieza lo había visto venir, estaba advertida. Las cartas habían caído boca abajo, el agua de los pozos se había vuelto negra y una nube bogó contra el viento en el cielo.

La columna de humo que se elevó desde detrás de las colinas, al este, era el signo que faltaba: el fuego que quemaba lo viejo para que lo nuevo, bueno o malo, ocupase su lugar.

Ella era la única que no se había apeado del carro, para que sus botas no tocaran la tierra. La escápula de vaca que llevaba en las manos estaba llena de muescas, símbolos que escondían códigos. Cada vez que la había hecho girar sobre una punta había caído del revés. Mala señal.

La niña abrió las piernas, se metió una mano bajo la falda y sacó el dedo manchado de sangre. Con ella dibujó unos triángulos y unas esferas en la escápula. El viento dejó de castigar su carromato durante unos instantes, pero luego se tornó más violento. La tela que cubría el carro daba unos bandazos tan fuertes que parecía que

iba a desgarrarse. Los caballos piafaban asustados.

Marquieza se lamió el dedo manchado, y con el rojo líquido tiñéndole la lengua, gritó a los inmensos espacios abiertos:

La canción de la gitana:

De sus horribles fauces
mil noches cayeron
con rumbo de estrellas
y sabor de quimeras.
El viejo cuenta historias
ecos de un pasado distante —¡quizá cierto!
A los tiempos que recalan en la arena,
a los siglos que se amontonan en la rada.

Entretanto la mar,
espejo de guadañas y ciclo de rupturas,
impaciente escucha los sueños
y aprende de los tigres
pues la foresta se esconde de ellos,
no ellos de la selva.

Pálida, por tierras sin caminos
la turgente imaginación bregaba
armada de mentiras, blindada de verdades,
látigos de piel que hieren sus palabras
el soñador recorrió los senderos
que hasta el halcón lo llevaban.
El pájaro de fuego abre un ojo
alarga sus sombras —¡feroces!—
y sabe que algún día, niños y niñas,
volverán a temer sus fauces.

La presencia que rondaba el campamento se acercó. Los gitanos contemplaban horrorizados los campos, sin llegar a verla, pero sabían que estaba allí.

Se oyó el llanto de un bebé. Otros lo siguieron. Los hombres y las mujeres se

abrazaron, asustados. Sus holgadas ropas flameaban como banderas cosidas juntas bajo un vendaval.

Los silbatos que giraban alocadamente brillaron. Era una luminiscencia débil, que brotaba de su interior como si el aire hubiese encendido frágiles candiles, o la misma madera se estuviese calentando al rojo vivo por el rozamiento. La luz era dorada, como la del sol, y al girar dibujó anillos ígneos en el viento.

La bestia solo se dejó ver un instante. Sentada sobre una roca, royendo lo que quedaba de los brazos de una presa (un hombre de buena vestimenta con anillos de oro en los dedos), el monstruo los observaba con ojillos circulares, pequeños y brillantes. Su boca, un amasijo de carne y restos de huesecillos machacados, se abrió ansiosa, mostrando dos hileras paralelas de colmillos y una lengua correosa como un cinturón de cuero. La cosa medía tres metros, y estaba acuclillada en una posición tan inverosímil que hacía difícil adivinar dónde estaban situadas las articulaciones de sus miembros y hacia qué dirección se doblaban de manera natural.

El lobo miró con un profundo odio los eclipses giratorios de los gitanos y les lanzó un gruñido. Luego desapareció. De un prodigioso salto, se marchó en dirección a las luces de Mallaig, farolillos nocturnos y candiles de malecón que titilaban como luciérnagas.

Marquieza trazó un signo de protección en el aire. Gracias a los dioses, habían repelido al monstruo. Pero el peligro estaba lejos de ser conjurado.

La niña trasegó el miedo que surgía de su alma (sí, el miedo, la moneda de cambio que empleaban aquellas abominaciones en su cadena trófica) y lo sepultó bajo una losa. Miró con ojos de cierva las lejanas luces de Mallaig, pronosticando el desastre que se avecinaba, y se preguntó qué clase de loco habría jugado con las magias ancestrales del mundo hasta desatar semejante desgracia.

En una de las torres del monasterio, derruida hasta no ser más que un mero montón de escombros, algo se movió. El polvo formó cascadas cuando los cascotes se desplazaron, y un brazo herido surgió con violencia de debajo. Un brazo lacerado, cubierto por un mapa de cortes y coágulos de sangre seca, que sostenía una cruz de oro.

El pastor Tinker se agarró al cielo, como si los ángeles le estuviesen dando la

mano para ayudarlo a salir de debajo de las piedras.

Otro relámpago rasgó el firmamento.

XII. AMOR

Recuerdos que llevarse de una isla maldita – Un nimbo de luz y una sensación jamás experimentada – Una angustiosa espera – El último barco hacia Francia

1.

Por qué estamos aquí, por qué nos llevan nuestros pasos a hollar determinadas tierras y alterar los destinos de determinadas personas, sin que advirtamos si las piedras en el camino han sido dispuestas para hacernos tropezar o para facilitarnos el paso, es una pregunta que nos hacemos al alcanzar la edad adulta. ¿Predestinación o casualidad? ¿Casualidad o causalidad? La respuesta en sí misma es un espejismo de doble cara. Se mira por un lado y es verdad. Se mira por el otro y es la mentira más arrogante del universo.

Al fin y al cabo, en la vida (ese indiscreto juego de espejismos) no hay certezas, solo dilemas y dobles sentidos. El ser humano tendría que haberse acostumbrado a ellos desde su nacimiento, sin que el hecho de estar rodeado de tanta incertidumbre lo afectase lo más mínimo. Porque el mundo es un enorme interrogante, igual que el destino, los secretos del corazón o las mecánicas celestes. ¿Somos los hijos de las estrellas o la condensación de su estela? ¿Acaso no están hechos los corazones para partirse, y las promesas para que alguien las rompa?

Estas cuestiones rondaban mi cabeza mientras la tormenta se colaba por las ventanas del faro. Un reloj de cuco parpadeaba como un tartamudo encallado en la misma palabra, en medio de un atolón de frases difíciles y sintaxis enrevesadas. El mar de los Sargazos[34] de los tartamudos, eso parecía el paso del tiempo en aquel reloj.

Yo me sentía así. Atrapada en un tiempo que no era el mío, cercada por corrientes de hechos y épocas que vivieron otras personas pero cuyos errores estábamos pagando nosotros. Miré mi cuerpo adolescente, sentado tras el mostrador del viejo

Freys, y le estimé una edad real de noventa años.

Cuando intenté moverme para ayudar a Chris a cerrar con pestillo las ventanas, aumenté la estimación a cien.

—Encenderé la chimenea dentro de un momento, no te preocupes —prometió. La lámpara que llevaba en la mano parecía la confluencia de cuatro tubos de luz llenos de polvo—. ¿Estás bien?

—Cansada. Más que cansada. Extenuada.

—Lógico. Ha sido una noche muy larga.

—Y tanto… Ah, si tuviera una tetera a mano…

—Freys era un adicto al café de Indias, más que al té. Pero seguro que podemos robarle algo de la despensa antes de que vuelva.

La trivialidad de aquel comentario me cogió por sorpresa. Ah, pero ¿no íbamos a seguir hablando toda la vida de las desgracias que nos había tocado sufrir, en tono lúgubre e importante, o esa era una sensación típica de quienes acaban de perder a un familiar? ¿Me había emborrachado con la química emocional de una fugitiva nocturna?

«Padre convirtiéndose en un hijo del Demonio, Padre asesinando sin piedad a los monjes, Padre mirándome como el depredador mira a su siguiente presa, como seguro que contempló a los desdichados Mary y Bert antes de devorarlos…».

Me sacudí de encima ese recuerdo como un abrigo de mucho peso. Basta ya de torturarme. Había que pasar a otra cosa o me volvería loca.

Madre y el aya se habían ido con Freys y su jamelgo a la mansión. Ellas habrían preferido que permaneciésemos juntos, pero Chris insistió en que allí estarían más seguras que en la costa. Le pregunté por qué pensaba eso, pero se limitó a mirar hacia Mallaig con preocupación, y no dijo nada.

La abuela y Madre me preocupaban. Habían llegado a una especie de acuerdo con su sufrimiento, interiorizándolo lo justo para que no las viéramos derrumbarse, pero eso tampoco era bueno. Que trataban de ocultar su sufrimiento por Isaiah y por mí, para no agravar aún más el nuestro, eso podía entenderlo. Lo que no entendía era dónde eran capaces de meter toda esa tristeza, toda la decepción y la rabia de saber que Padre era el culpable de aquel horror. La horrible vergüenza que debía de sentir Madre al pensar en aquella bestia a la que hasta entonces había profesado un amor absoluto… la tristeza de la abuela al saber que Dios la había castigado, haciendo que de su vientre hubiese salido aquella cosa parida en el Infierno…

Madre me había enseñado una vez a no meter demasiadas cosas en un mismo saco, porque la tela acaba por rasgarse irremediablemente. Lo mismo podía suceder

con los seres humanos. Demasiado odio, demasiada tristeza metida dentro de la misma piel podían hacer que esta reventase como un fruto maduro.

El farero había sido muy amable al permitirnos encender el faro para atraer a los barcos que navegaban rumbo a Francia, normalmente desde Canadá o los países nórdicos. No solían detenerse en Rhum por estas fechas, pero si veían la luz puede que alguno decidiese hacer un alto para reabastecerse.

Esa podría ser nuestra única oportunidad de salir de Escocia y volver a casa, al continente, antes de que las autoridades eclesiásticas corriesen la voz de alarma sobre mi familia.

Rhum era el último lugar que se me habría pasado por la cabeza a la hora de buscar refugio, pues sus campos deshabitados, sus mares de jacintos y las verdes jorobas del Cullin se quedarían grabados para siempre en mi cabeza como «el lugar donde todo empezó». Pero si Chris decía que por el momento era nuestra mejor opción, no pensaba discutírselo.

La lámpara se apagó. La habitación quedó sumida en tinieblas, rotas únicamente por un leve resplandor que se colaba por los postigos.

—¿Chris? —Me alarmé—. ¿Qué pasa, estás bien?

Silencio. Luego, unas palabras a menos de un palmo de mi oído.

—Sssshhh. No hables. Mira eso.

Nos acercamos a una ventana. Era de guillotina y no cerraba bien. Por la rendija que dejaba el postigo observamos el mar, lleno de penachos de espuma blanca, y la costa subrayada por las luces de Mallaig.

Al principio no supe qué era lo que deseaba mostrarme, pero luego caí en la cuenta: el esquema de luces de la ciudad era más denso y brillante de lo normal. Había muchos más farolillos encendidos que de costumbre, de los cuales la mayoría no eran estáticos. Corrientes de faroles se movían arriba y abajo por la colina, trazando lentos círculos, como ejércitos de luciérnagas sin alas.

El vello de la nuca se me erizó.

—Lo están buscando, ¿verdad? —pregunté.

Chris movió afirmativamente la cabeza.

—Eso me temo. He visto muy pocos linchamientos en mi vida, pero ninguno tan masivo y frenético como este.

—Linchamiento…

—No temas, no es por tu padre por quien yo me preocuparía ahora.

Quise mirarlo, pero no volví la cara. Chris estaba tan cerca de mí que al hacerlo nuestros labios habrían quedado situados demasiado cerca. Peligrosamente cerca.

Habría desatado una situación incómoda, y esa era una puerta que no quería cruzar a menos que él la abriese primero.

—Pero si lo buscan, es que saben lo que ha hecho —tragué saliva—. Los monjes…

—Los supervivientes del monasterio habrán llegado a la ciudad para dar la alarma. O eso, o el lobo se ha cobrado sus primeras víctimas en Mallaig. Todo desembocará en lo mismo: un estado de terror que se cobrará más vidas que el monstruo en sí. Esto es lo peor que podría pasar.

—Tengo miedo.

—Y yo.

Chris volvió a encender la lámpara. Señaló la escalera de caracol que conducía a la torre y preguntó:

—¿Crees que podrás afrontar unas cuantas docenas de escalones, o prefieres esperarme aquí? Te prometo que volveré en seguida, en cuanto prenda la mecha.

Miré alrededor. Solo una puerta endeble de madera me separaba del viento y la lluvia de fuera, y de lo que pudiera estar agazapado en la oscuridad. Este era el instante crucial de los cuentos infantiles en los que la princesa toma esa decisión, la que acaba con ella durmiendo eternamente en una cama o convertida en piedra en el jardín de algún brujo.

Yo no era tan estúpida como una princesa.

—Mis piernas aguantarán —aseguré—. Prefiero subir contigo.

—Como quieras. Pero abrígate, arriba hará frío.

Cogí el abrigo que me había prestado Freys y seguí a Chris hasta el último piso de la torre. Eran unos cuantos escalones más que «unas pocas docenas», pero aguanté sin quejarme toda la ascensión. Cuando por fin arribamos a la cúspide, una habitación circular con ventanales panorámicos, mis músculos ondeaban bandera blanca.

Me dejé caer al suelo, apoyando la espalda en una pared, mientras Chris seguía las detalladas instrucciones del farero. La alcachofa del faro, como la llamaba él, era una gigantesca lámpara de fósforo y alcohol que parecía una pera de cristal rayado, sostenida en equilibrio sobre un brasero y con un pesebre metálico en su interior, donde ardería la mezcla de gases y líquidos que la mantendría en funcionamiento.

—¿Qué harás a partir de hoy? —le pregunté. En realidad no quería saber la respuesta, pero sabía que él estaba esperando que tuviésemos esta conversación—. ¿Te quedarás en la isla o intentarás contactar con los presbíteros?

Las manos del pastor actuaban con voluntad propia, disponiendo la alcachofa para arder, mientras sus ojos se perdían en la costa de Mallaig.

—Probablemente regrese a la civilización; tengo mucho que hacer, y creo que nunca me sentiré como en casa en una isla desierta.

—Por lo poco que sé de ti, Chris, nunca te sentirás como en casa en ningún lugar que no tenga un jardín al que acudan ciervos para retar tu autoridad.

Una sonrisa desestabilizó su rostro.

—Me parece una razonable definición de sentido común. —Se rascó la cabeza, intentando completar el puzle tecnológico que tenía delante. Al parecer, encender el faro era más difícil en la práctica que en las instrucciones de Freys—. No, en serio, aún no lo he decidido. Tengo claro que no podemos dejar el asunto como está. Somos cómplices de haber desatado una maldición sobre Escocia, y tenemos… tengo el deber moral de eliminarla. —Su voz se endureció—. Aunque tenga que salir con un fusil a unirme a esa turba enloquecida.

—¿Crees que Padre era consciente de su enfermedad? ¿Qué ya lo sabía cuando nos instalamos en Caer Minloch?

—Estoy seguro. Ese tipo de «enfermedad» no es de las que uno se contagia de la noche a la mañana. Y si Donovan fue el culpable de las muertes de Mary y Bert, cosa que me parece incuestionable, tampoco podemos decir que haya sido la actuación de Tinker la que lo ha desatado. —Hizo un gesto con la mano en el interior del pesebre, giró una palanca y volcó un líquido ambarino en el depósito—. Tu padre ha viajado mucho, Sabine, por lugares inhóspitos del mundo. Quién sabe cómo, se contagiaría durante uno de esos viajes a costas lejanas.

—¡Pero nunca nos dijo nada! ¡No nos advirtió sobre el peligro!

Chris me dedicó una sonrisa sardónica. Me ruboricé, entendiendo lo absurdo de mi razonamiento.

Claro, este tipo de asuntos no son los que los padres responsables comentan en la cena con sus familias. ¿Sabéis qué me ha pasado hoy, hijos? He comprado dos libros nuevos, y me he encontrado en la esquina de Deep Cross con un viejo compañero de la infancia. Ah, y me infecté de licantropía en mi último viaje a China.

No, no era tema para una cena decente, desde luego.

—Pero si hubo una causa —razoné—, quiere decir que también podría haber una cura, ¿no? Tú que investigaste el caso de Dulsie sabrás algo.

—Hay mucha superstición en el mundo, más que tratados serios sobre magias antiguas y los mecanismos que las hacen funcionar. Habría que averiguar dónde se infectó tu padre, o quién le traspasó la enfermedad, antes de ponerse a buscar un remedio. Pero no te preocupes. —Se estiró hacia el interior de la pera de cristal y encendió el mechero—. Haré todo lo que esté en mi mano por acabar con esto, te lo

juro.

Chris se apartó y contó en voz alta hasta tres. Se oyó un chasquido, hubo una especie de deflagración dentro de la alcachofa, y un nimbo de luz inundó todo nuestro mundo.

—Ya está. —Se sacudió las manos—. Como dijo alguien famoso, hágase la luz.

2.

La luz era tan intensa que parecía un organismo vivo, algo que se movía con libre albedrío de un lado para otro en lentas mareas, y que podíamos experimentar a través del tacto y el gusto, además de la vista.

Nunca había imaginado que un faro, visto desde cerca, pudiese arder con tanta intensidad, pero el cristal esmerilado de la alcachofa parecía recoger aquella luz y multiplicarla por cien, por mil, por una potencia capaz de entumecernos con su calor y tendernos en un cálido lecho de fosforescencia tangible.

Chris se sentó a mi lado, observando el crisol a través de los párpados cerrados. Era bueno estar allí, cerca de aquella estufa gigante, en lugar de en el frío de abajo.

—¿Volverá algún día con nosotras? —pregunté, refiriéndome a Padre.

—Quién sabe. Habría que consultar los propios libros de tu padre para buscar información sobre todo ese folclore, y a saber bajo cuántas llaves los habrá guardado Tinker. Pero *a priori* te diría que no, que esto no es algo que pase de un día para otro —explicó con voz queda—. Por lo poco que sé de licantropía, una vez que una persona se viste con la piel de Satán, la naturaleza de la bestia lo poseerá durante meses, puede que años, hasta que alguien lo mate o el propio lobo se dé cuenta de lo pernicioso de su maldición y haga una larguísima penitencia. Una vez oí decir a una curandera que para que un licántropo regrese a su estado humano debe tumbarse ante una cruz y permanecer así veinte años, en pose de absoluta sumisión. Solo entonces obtendrá el perdón de Dios Padre.

Lo miré horrorizada.

—¿Veinte años? ¿Esa es la alternativa a una bala en el corazón?

—Ni idea. Ya te digo que en estos temas soy un profano. Pero investigaré.

—¿Dónde?

—En los lugares adecuados. Lo primero será asegurarme que tu familia y tú estéis a salvo. Os conseguiré un barco que os lleve a Francia u os llevaré yo mismo, si hace falta, en una barca de remos. —Se abrazó las rodillas, apoyando la cabeza en los

antebrazos. Podía ver su silueta a mi lado, orlada en luz, y sentir el leve contacto de su cadera contra la mía. Estaba tan tensa al experimentar esa cercanía que los músculos de las piernas volvían a dolerme, de tanto que mi espalda tiraba de ellos—. Luego buscaré a Dulsie y le conseguiré un hogar en algún sitio donde no hayan oído hablar jamás de ella ni de su padre, el caníbal. Esa sí que es una historia triste.

—Rezaré por ella. Pobre niña —susurré, moviendo hilos de luz con la mano. Me pregunté si podría llegar a jugar con ellos, trenzándolos entre los dedos para formar figuras como hacía con la labor de Madre cuando era niña—. Nadie se merece que lo condenen por las equivocaciones de sus padres.

—Desde luego. Después —continuó delimitando su plan de acción—, cuando lo más urgente esté resuelto, trataré de dar con los libros. Es probable que estén todavía en Saint Clemens, junto al resto de las pruebas que Tinker reunió contra tu padre. Los leeré y buscaré algún indicio, alguna pista, por ínfima que sea, sobre el origen de la maldición e informaré de ella a la Iglesia. —Detectó mi mirada de preocupación—. No todos somos gente tan fanática como Tinker, Sabine. También hay presbíteros que son buenas personas, sensatas y de buen corazón, en los ejércitos de Cristo.

Asentí, mirándolo fijamente. Sí, sí que las había.

Extendí muy lentamente una mano hacia la figura dorada que era Chris. Cuál fue mi sorpresa cuando él la tomó a medio camino.

—James Buchanan es de los nuestros, Sabine —aseguró—. Además, siente algo muy profundo hacia ti. Si alguna vez necesitas ponerte en contacto conmigo, o regresar a Rhum por cualquier motivo, escríbele a él. Me pasará discretamente el correo, y yo le informaré de los progresos que haya hecho en mi investigación. Así estaremos en contacto.

—James… —Pronuncié su nombre como si perteneciera al pasado—. ¿Por qué lo nombras a él en concreto? No estoy tan segura de que sea de fiar. No acudió cuando nos estaban juzgando.

—Porque no lo sabía. De haberlo sabido habría removido cielo y tierra con tal de sacarte de allí. Además, la preocupación por lo que le ocurre a tu familia te mantiene centrada en el ahora. Pero créeme: yo, que veo la situación desde fuera, sé de lo que hablo. Los sentimientos humanos son nuestro mayor tesoro, y no se pueden cambiar con facilidad. Ni siquiera una acusación de satanismo podría hacer que el corazón de James dejara de latir más rápido cuando te tiene cerca.

—¿Cómo sabes eso, Chris?

Él entendió mi pregunta.

—Créeme, desde los púlpitos uno aprende a observar muy bien a la gente. Con los

años aprendes a ver detalles sutiles que hablan del corazón y del alma. Al principio son casi invisibles, pero terminan haciéndose inconfundibles.

Bajé la cabeza, triste. Oír aquello de sus labios era como constatar algo que ya sabía: que los sueños más profundos tienden a conservarse siendo eso, sueños, y que nunca se materializan.

—Tiene que haber una gran distancia entre la gente y tú, cuando te subes al púlpito, para no sentir la atracción de todos esos sentimientos —murmuré—. Verlos allá abajo, delante de ti, y conocerlos tan bien pero sin poder tocarlos.

—No siempre nos distanciamos tanto. Si queremos dar consejos sobre el alma, hay que experimentar muy de cerca las bondades con que Dios fragua ese contacto. No se puede hablar con conocimiento de causa sobre el amor sin haber amado alguna vez, por mucho que lo niegue Tinker.

Mi mano, sin que yo se lo ordenara, acarició su mejilla.

—¿Y cómo estás tan seguro de que sabes realmente lo que es el amor, pastor?

Se acercó a mí. Más ríos de luz encontraron un afluente por el que deslizarse.

—Créeme, lo sé —aseguró con el mismo convencimiento con que hablaría de los pasajes de la Biblia, y posó sus labios en los míos. Hubo un contacto eléctrico. La luz misma se estremeció a nuestro alrededor, cambiando de tono, de vibración, de formulación química.

Era el primer beso de mi vida. Y lo sentí como tal. Primero fue suave, amable, solo labios. Y luego sentí su lengua, buscando mis secretos más adentro, rompiendo cualquier barrera de tipo moral o social que pudiera haber entre nosotros.

Noté su calidez, el sabor de una saliva que no era la mía, el gracioso entrechocar de los dientes, el suave roce de su paladar contra mi lengua… y mis manos ya no supieron lo que estaban haciendo. Ni las manos ni el resto del cuerpo. Toda restricción desapareció, se evaporó como si nunca me hubiesen educado en una sociedad puritana. Como si mi cuerpo hubiese anticipado desde mi primer día como mujer que aquella fusión tendría que ocurrir, tarde o temprano, y se abriese a ella con fiereza, con osadía, con una fuerza y una determinación que me habrían hecho buscar refugio dentro de un confesionario si alguien me la hubiese descrito con palabras.

Casi sin enterarme estuve desnuda, sobre él, sobre aquel cuerpo irradiado con una mortaja de fulgor. Buscando más por instinto que por sabiduría la posición, el gesto, la caricia, todo aquello de lo que jamás me habían hablado y que deseaba aprender. Llegué a imaginar que nada de esto era real, que solo era un hilo narrativo de mi propia biografía; alguien me había entregado un borrador y lo hacía trizas despiadadamente ante mis ojos.

Permití a Chris acariciar zonas de mi cuerpo que nunca habían conocido otras manos. Su boca se convirtió en un instrumento capaz de causar placer y dolor, tirando de mis pechos, mordiéndolos, empapándose de sabores prohibidos que después transmitió a mi boca e hicieron que mi corazón latiese al borde del colapso.

Y cuando por fin estuvo dentro de mí, oh, Dios, el dolor lacerante, la sumisión completa, la lava líquida, los gritos ahogados, la electricidad rugiente, los tejidos que se desgarraban, la sangre que fluía, la barbarie desatada, por mí, por él, por ambos.

Luego, todo acabó. En silencio. Los dos reducidos a una transpiración, a un gemido, a un único latido.

En el exterior la tormenta se había consumido a sí misma. En el interior del faro, nosotros sabíamos por qué.

3.

Desperté al rato, todavía en sus brazos. No recordaba haberme quedado dormida.

—¿Qué hora es? —pregunté. Chris volvió en sí con un parpadeo, esquivando la molesta transición entre el sueño y la vigilia.

—No lo sé. No hemos descansado mucho; aún es de noche.

—¡Freys! —exclamé, alarmada. El farero nos había dicho que regresaría en cuanto dejase a Madre en la mansión. Ella se había resistido a la idea de dejarme sola aquí, con el pastor, para ayudarlo a poner en marcha la maquinaria, pero yo la había convencido asegurándole que Chris era un hombre responsable que no dejaría que me ocurriese nada. ¿Qué me iba a pasar estando con un hombre de fe tan íntegro como él, tan decente?

Observé mi desnudez y me ruboricé. Eso, qué me iba a pasar.

—Mejor será que nos vistamos —entendió Chris, y se acercó los pantalones agarrándolos con los dedos de los pies. Procuré no mirar la… cosa que le colgaba entre las piernas, y que en algún momento de la noche (Virgen santa, perdóname) creo recordar que tuve dentro de mi boca. ¿Pudor a estas alturas? ¿Después de lo que había pasado? Supongo… que no se puede luchar contra ciertas sensaciones durante mucho tiempo.

Procurando no pensar en los detalles de semejante acto, porque me habrían entrado náuseas, acumulé mi ropa en un único montón y comencé el lento ritual de ceñirme y abotonarme bien los complementos. Una vez, un chico francés me había preguntado por qué la ropa de las mujeres era tan terriblemente complicada; le

respondí que era una forma de expresión. Los varones podían expresarse de muy diversas maneras, mientras que de nosotras se esperaba que mantuviéramos una monolítica pose de dignidad y belleza. Los vestidos nos permitían sacar toda la complejidad que llevábamos dentro.

En estos momentos no estaba tan segura de que esa explicación fuese del todo cierta. Era otra de las razones por las que me parecía imposible que Padre hubiese hecho pactos con el Diablo *motu proprio*: él siempre quiso que yo no fuera una mujer inculta más, prisionera tanto de la condición social como de la ignorancia. Me obligó a estudiar, me educó en los misterios herméticos de su sociedad científica, y aunque nunca supe apreciarlo lo suficiente, puso en mis manos las armas necesarias para defenderme de quienes me quisieran hacer daño.

Un hombre así no hace pactos con el Demonio.

—Esa pieza no te la pongas —dijo Chris, con mucho tacto. Se refería a las enaguas que iban por debajo de la falda. Al principio no entendí por qué… hasta que vi, horrorizada, el canal de sangre que las partía en una especie de bisectriz.

—Dios mío —murmuré. Examiné mis piernas. La cara interior de los muslos también estaba manchada.

Chris me acarició con infinita ternura.

—Bienvenida a la madurez, mi amor —dijo. Yo estaba tan avergonzada que, de no haber estado sus brazos allí para detenerme, probablemente me habría lanzado al vacío por una ventana. Con un poco de suerte caería al mar, entre las rocas, y la marea arrastraría mi cuerpo muy lejos, hasta la costa de Normandía o incluso más allá, a la lejana África. Algún lugar donde Madre no me encontrase nunca, para no tener que darle explicaciones.

En realidad, tras un segundo vistazo, me di cuenta de que la cantidad de sangre que había expulsado era muy pequeña, apenas unas pocas gotas, pero el color intenso destacaba tanto contra el resplandor de la antorcha que su volumen se multiplicaba por diez en mi cabeza.

—¿Qué hemos hecho?

—Lo que nuestro corazón nos pedía. ¿Te arrepientes?

Me vino a la cabeza una frase que había leído en uno de mis libros, que en su momento me dio qué pensar: «Un minuto después de nacer ya tenemos un pasado, y al minuto siguiente ya estamos arrepintiéndonos de él».

Un crujido de madera mezclado con el de unos goznes oxidados subió por el hueco de la escalera.

Chris y yo nos miramos como si un profesor severo nos hubiese cogido en mitad

de la peor travesura concebible.

Mis labios formaron la palabra F-R-E-Y-S, y le largaron un símbolo de admiración detrás. Chris parecía divertido con todo aquello, como si fuese una especie de comedia de las que tanto furor hacían en la Maison de Molière[35], en lugar de un cuento de terror.

Acabó de vestirse con premura y bajó las escaleras para encontrarse con Freys o con quien fuera nuestro extraño visitante, no sin antes advertirme que tirase la enagua por la ventana, que el viento la arrojaría al mar. Ya se nos ocurriría una excusa que contarle a Madre.

Oí un parloteo lejano, cien escalones más abajo. Sí, sin duda era Freys. Y eso que relinchaba de fondo, su caballo. Al pobre jamelgo le estábamos exigiendo demasiado, con tanto ir y venir de Caer Minloch cargando viejas asustadas.

Tras limpiarme con la enagua, la arrojé por la ventana. La tempestad había amainado, pero los vientos seguían siendo tan fuertes como para atraparla en sus invisibles manos y lanzarla lejos, a las olas. Di gracias en silencio y me metí de nuevo dentro de la torre, tiritando. Descender aquellos escalones me resultó fácil al principio, pero después, un molesto dolor que se abría paso desde mi entrepierna hacia arriba me obligó a parar y coger aire.

«Eso, Chris, ¿qué hemos hecho? O mejor dicho, ¿qué me has hecho tú a mí?».

Con un escalofrío, maticé ese pensamiento: «¿Acaso fui yo quien lo provocó? ¿Tan poco esfuerzo me ha costado perder los papeles con este hombre?».

Al verme descender los últimos peldaños, Freys saludó teatralmente.

—Señorita Sabine, es usted una visión más maravillosa que mil ciervos salvajes encaramados a otros tantos riscos.

—Se ha olvidado de decir «mirando al mar» —sonreí forzadamente.

—Claro, claro, con el mar de fondo. Sin el azul no estaría completo el cuadro.

Chris tenía una mirada de preocupación, la misma que cuando Tinker y sus secuaces aparecieron unos días atrás en su cabaña.

Me acerqué a él, preocupada.

—¿Qué ocurre? —Mordí la palabra «cariño» a medio camino de mis dientes. Haber dicho eso en ese momento, aunque me saliera del corazón, habría sido un error fatal.

Rehuyó mi mirada. Tenía los ojos clavados en la costa de Mallaig, cuyo resplandor se insinuaba por la ventana.

—Freys acaba de decirme que ha visto una goleta con los foques desplegados

frente a la playa, avanzando hacia Mallaig. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

El viejo se frotó la barba.

—Creí leer *HjØrring* en la amura. Pero no me hagas mucho caso, mi vista ya no es lo que era.

—*HjØrring* es una ciudad de Dinamarca. Es una nave danesa, seguramente con rumbo al continente. La tormenta y nuestro faro habrán tentado al capitán para hacer una escala. —Volvió sus preciosos ojos hacia mí—. Podría ser tu última oportunidad de regresar al continente, Sabine. Tienes que ir y preparar a tu madre y a tu abuela, y ver si hay algo que os queráis llevar de la mansión. Freys os acompañará.

El jamelgo volvió a relinchar fuera del edificio, expresando su opinión sobre semejante abuso.

—¿Y tú qué harás? —pregunté con una vocecilla muy aguda, de niña. Ahora que habíamos sellado esta especie de pacto, este contacto carnal que trascendía las más atrevidas fantasías, me espantaba la idea de separarme de él. Tan pronto, al menos. Tan bruscamente.

Pero Christopher parecía decidido.

—Cogeré la barca y volveré a Mallaig. No tardaré mucho. Tengo que subir a ese velero y hablar con el capitán antes de que partan. Será fácil compraros un billete solo de ida.

Se me ocurrieron cien razones, todas perfectamente válidas, por las que ese plan me parecía una mala idea, la peor en la larga progenie de las malas ideas. ¿De veras nos vas a dejar en esta isla desierta, con lo que ha ocurrido?, preguntaban mis ojos. Y lo que realmente quería decir: ¿Me vas a dejar a mí? ¿De veras es posible que volvamos a ser dos?

—Ten fe —dijo el pastor—. Regresaré antes de que te des cuenta. Como solo hay una barca, es nuestra única opción. Espérame en Caer Minloch con tu familia, y diles que estén preparados, porque en cuanto vuelva dejaréis la isla.

—De acuerdo —consentí, de mala gana. Luego Chris se marchó, estrechando la mano de Freys y saliendo con paso veloz hacia el embarcadero. Parecía tremendamente seguro de lo que hacía, y eso me hizo más daño que si hubiera expresado la más mínima duda.

—No te preocupes, chiquilla, nunca he visto a un hombre como ese faltar a una promesa —dijo Freys, con una mueca conciliadora. Si supo adivinar lo que había pasado entre nosotros, nunca me lo dijo. Ni yo le pregunté.

Mejor así.

—Sé que la cumplirá —dije, aunque ni yo misma estaba segura.

4.

Amaneció cuando llegamos a Caer Minloch. Había una luz encendida en la planta baja, la única en toda la casa. Casi pude oír el arrullo de letanías de Madre y el aya antes de subir los escalones, rezando porque volviera pronto y no me pasase nada.

«Demasiado tarde», suspiré.

Les expliqué lo que había sucedido en el faro (omitiendo lo obvio), y les dije que cogieran la poca ropa que nos habíamos dejado en la mansión la última vez, cuando nos marchamos tan apresuradamente. Que la metieran en sacos, si era preciso, y que fueran rezando todas las oraciones que pudieran, porque íbamos a necesitar más ayuda divina de la que Él ya nos había prestado para acabar aquella aventura.

Ninguna de las dos se dio cuenta de que a mi vestido le faltaba un complemento.

—Chr… El pastor Laycock regresará dentro de muy poco de Mallaig —barrunté, paseando nerviosa de un lado para otro de la planta baja. Estaba esquivando sin darme cuenta una parte del salón, dando un largo rodeo: era el lugar donde había yacido el cadáver del perro—. Vendrá con los pasajes para un barco que nos llevará a casa, a Francia. Lo prometió. Un hombre así nunca falta a una promesa. —Remedé sin darme cuenta las palabras de Freys.

Los ojos de Madre giraban en sus órbitas como metrónomos, yendo y viniendo, siguiendo mis evoluciones por el salón.

—Sabine, por favor, deja de caminar de un lado para otro, me vas a volver loca.

—No puedo estar quieta. El maldito *tempus* no *fugit* en absoluto. Más bien se arrastra como un caracol, el muy…

—Tu impaciencia no va a conseguir que vuelva antes, solo que te suba la fiebre por los nervios. Por favor, ¡estate tranquila!

Su salida de tono consiguió que me detuviese para mirarla, solo un segundo, y luego seguí con mis paseos, procurando pisar más fuerte. Qué sabría ella de nervios.

En una esquina de la habitación descansaba Isaiah, tan inmóvil como un mueble, recostado en una especie de triclinio romano que no recordaba haber visto antes en la casa. De vez en cuando hacía un movimiento muy leve, como cambiando una articulación de sitio cuando ya se había apoyado mucho tiempo sobre ella. Eso hacía que mi cerebro, que cada vez lo catalogaba como «objeto inanimado» y volvía a olvidarlo, registrase otra vez su presencia.

Pobre, pobre Isaiah. Y pensar que yo misma había llegado a creer que era el

receptáculo del mal que nos rondaba. En estos momentos era el más tranquilo de todos nosotros, perdido como siempre en su mundo interior, donde seguro que había flores y fragancias y delicados estados de serenidad que solo él podía disfrutar.

Qué envidia.

Alguien dio unos toques fuertes en la puerta. Las tres mujeres dimos un salto (Isaiah ni siquiera cambió de postura), quedándonos paralizadas por una mezcla de miedo y expectación, como si una cobra gigantesca se hubiese erguido mostrándonos su caperuza.

—¿Lo ves, Madre? —exclamé, arrebatada—. ¡Te dije que vendría!

Fui la primera en romper el hechizo y salir corriendo a ver quién era. Abrí la puerta de golpe y me planté en el umbral. El aire gélido del exterior hizo brotar estalactitas de mi lengua.

—¡Chris! ¡Has tardado menos de lo que…!

Me quedé paralizada.

Había una persona delante de mí, un hombre bien vestido que había llegado en un precioso caballo de raza shire, negro y con plumeros blancos sobre las pezuñas.

Pero no era Chris Laycock.

—Sabine —tiritó; a él sí que le brotaban carámbanos de las palabras—. ¿Puedo pasar? ¡Aquí fuera está empezando a hacer mucho frío!

—James…

Dejé entrar a James Buchanan pivotando sobre un pie, como si yo también fuera una puerta oxidada.

Cerré la puerta con movimientos automáticos, mientras el cien por cien de mi cerebro le daba vueltas de malabarista a aquella situación: ¿James? ¿En serio? ¿Qué demonios hacía aquí?

Madre y el aya se apresuraron a coger su chaqueta de ante, una parca protección contra este clima, y le cedieron un asiento.

—Me temo que no podemos ofrecerle nada salvo una tisana con hojas de tanaceto —dijo Madre, solícita—. Es lo único que quedaba en la despensa.

James se abrazó a sí mismo, dándose unas palmaditas en la espalda como un viejo amigo al que acabara de encontrar.

—No… muchas gracias; con el calor que hace aquí me basta. Nos golpeó una ola cuando veníamos en la barca y la chaqueta quedó empapada. Menos mal que *Troilo* —hizo un gesto hacia el animal— tiene las patas más veloces de Escocia.

—¿Quiénes vinieron en la barca, usted y quién más? —inquirí, rezando porque no se me transparentase la ansiedad.

James me miró con ojos muy tristes. Tristes y apesadumbrados. Eso me asustó más que nada.

—¿Qué… qué ha ocurrido? —Silabeé.

—Sabine, yo… —Buscó las palabras mientras seguía abrazándose para entrar en calor—. Ha sucedido una desgracia.

—¡Por todos los santos! —Barruntó el aya, persignándose—. ¿Es que las malas noticias no se van a acabar nunca?

James se levantó y comenzó a pasear, como yo hiciera minutos antes. Al verlo sentí que el ritmo de mi corazón empezaba a decrecer, volviéndose lánguido y carente de toda fuerza.

—Encontré al pastor Laycock en los muelles —empezó. Cada palabra le costaba un triunfo, como si le doliera tener que contárnoslo—. O mejor dicho, él me encontró a mí. Yo salía de la oficina de la calle Nord, viendo a la gente correr de un lado para otro llevando antorchas y mosquetes, cuando me interceptó. Él… bueno, cuando le pregunté a qué venía tanta locura… me contó lo que estaba pasando. —Hizo una pausa, esperando a que calibrásemos qué grado de conocimiento implicaba eso. Si todo-todo, hasta lo más escabroso, o solo la parte del todo que le dejaba hacerse una idea de lo apremiante de nuestra situación—. Como soy una persona con una reputación en los muelles, me pidió que lo ayudara a conseguir pasajes en el danés que acababa de atracar. Parecía muy nervioso.

—¿Hay gente con armas en las calles de Mallaig? —preguntó Madre, acongojada. James asintió.

—Es el caos. La ciudad está presa del pánico. Al parecer se ha quemado el monasterio de Saint Clemens, y unos monjes supervivientes han inflamado a la población para que los ayuden a cazar… algo.

—¿Algo? —Madre y yo cruzamos una mirada.

James se quedó totalmente quieto, como si al buscar en su memoria se hubiese topado con un cuadro especialmente atroz que no quería recordar.

—Todo ocurrió… muy de prisa —murmuró—. Ni siquiera sé si lo que vi era cierto, o si… —Se quedó callado un segundo, tras lo cual puso en orden sus ideas—: Acabábamos de hablar con el capitán, y nos habíamos bajado del barco con su promesa de que recogería a tres pasajeros en Rhum. La chalupa en la que vine con mi caballo es de su barco. Pero luego… algo pasó. La gente empezó a correr histérica. Tenían miedo de una cosa que había aparecido en los muelles.

La piel de su rostro ganó lividez, aunque seguro que ni una décima parte de la mía. Lo urgí a que continuara.

—¿Qué pasó? ¡Vamos, James, no tenemos mucho tiempo, hable!

—Lo perdí de vista cuando esa cosa lo atacó. Estaba atrapado en mitad de un grupo de gente, en el extremo sur del muelle, y había… había mucha confusión. Nos separamos. Cuando empezaron los gritos y las salvas de fusil, yo… yo solo… —Una lágrima asomó a su rostro—. Lo siento, señorita Sabine, de verdad. Traté de ayudarlo, pero aquel lugar junto al rompeolas se convirtió en una sangría. En un instante estábamos arriando una chalupa al agua, y al otro… solo veía brazos amputados y cabezas que volaban por los aires.

Las tres nos quedamos sin respiración, incluso sin latidos, escuchando semejante barbaridad. Traté de mantener la compostura, o recordaba haberlo intentado al principio, pero luego me derrumbé. Caí al suelo, sin que James fuera lo suficientemente rápido para sostenerme, y grité. Grité con toda mi alma, con la fuerza de un corazón roto, de una ilusión pura que se quema, de una niña que experimenta la desdicha al poco de saber que está enamorada. Grité y grité, y entre vagidos que más que de una persona parecían los de un cordero lechal en el momento en que siente el puñal abriéndose paso por su gaznate, unas lágrimas frías, agónicas, impotentes, encontraron la forma de salir de mis ojos.

James me abrazó sin pudor, adelantando la presencia fuerte de sus brazos a los de Madre. Las tres mujeres lloramos largo rato, dejando salir no solo la angustia de saber que Chris había muerto, sino toda la que habíamos acumulado la noche anterior, la más negra de nuestras vidas.

«Dejad paso a la poesía, dejad paso al poeta…», dije una vez. Pero eso ya acabó. La poetisa que moraba en mi interior y que de vez en cuando se atrevía a coger un pedacito amable del mundo, metiéndolo en una especie de lamparita china de esas que tanto me gustaban, se arrojó al mar aquel día desde el mismo malecón que había visto caer a Christopher.

Apenas retengo nada desde el momento en que abandonamos por última vez Caer Minloch y mis pies pisaron la tablazón de aquella goleta, mucho más higiénica que el barco que nos trajo por primera vez a la isla. Me veo a mí misma de pie en la popa del *HjØrring*, con Madre, el aya, Isaiah y James a mi espalda, observando impávida la demencia que se había apoderado de la ciudad. Los ríos de fuego que fluían por los

callejones, el lejano estampido de los disparos, los chillidos histéricos de la multitud, el granizo rojo de la sangre manchando las aceras, el sonido cristalino de toda una civilización viniéndose abajo.

Mientras esto sucedía, en las colinas que envolvían plácidamente a Mallaig con un manto nacarado flotaban unas nubes bajas, nubes con las que Dios quiso correr un velo sobre tamaña desdicha, como si Le avergonzase haber perdido el control sobre Sus criaturas de ese modo. Ese fenómeno natural tenía que haber conseguido que los campos pareciesen menos vacíos, más acogedores, pero tuvo el efecto contrario, igual que el hecho de contar historias de fantasmas alrededor de un fuego solo sirve para magnificar la oscuridad que se extiende más allá de las llamas.

Padre había llegado a la ciudad, y no había poder alguno en este mundo capaz de detenerlo.

James le había hecho la solemne promesa a Chris de que cuidaría de mí si le pasaba algo. No sé en qué momento se la hizo, si cuando subieron a la cubierta de este barco para convencer al capitán o mucho antes, en alguno de los breves intervalos en que sus destinos se cruzaron y durante los cuales, ahora lo sé, pasaron el rato hablando de mí.

Me llevé la mano al vientre. Solo yo conocía la verdad, el gran secreto que aquel pastor me había confiado cuando hicimos vibrar con nuestros gemidos a todas aquellas estrellas. Un secreto carnal, un pecado que solo había resultado mortal para él.

El vientre me palpitaba con aquel regalo, y mientras mi mano lo recorría lentamente, sintiendo cada matiz de la tela, me pregunté por qué lloraba tanto, si el maravilloso barco por el que tantas noches había rezado, el que me llevaría de vuelta a casa, a Francia, por fin estaba allí.

TERCERA PARTE

HOMO HOMINI LUPUS

Hemos visto al enemigo, y somos nosotros.

JEAN CHASTEL, cazador de Gévaudan

DE LOS LINAJES DE SANGRE Y OTRAS TRIBUS MALDITAS DE LOS BOSQUES

Extraído del *Organon Maleficarum*, capítulo 18, título IV.
(Supuesta copia añadida al libro de un documento eclesiástico).

Pues es bien sabido que, de todas las comunidades humanas que se han forjado desde que Adán extendió su semilla por el mundo, las peores las hemos encontrado en los lugares más incomunicados, en los profundos bosques o en los gélidos glaciares. Tribus perdidas a las que el aislamiento y el influjo del Maligno ha llevado a desarrollar conductas aberrantes, criminales y bárbaras, que desde estas páginas los Jueces de la Iglesia condenamos y tratamos de estigmatizar.

Ya se ha hablado de los infames attacotti, esa tribu de caníbales que apreciaba la carne humana sobre cualquier otro manjar, prefiriendo la de los niños por ser más tierna. Pero, por increíble que parezca (y por horrendas que nos suenen sus prácticas), no es el único linaje maldito del que hemos tenido noticia.

Caspar Peucer recoge, en su De Praecipuis Divin[36], un hecho de los livonios: una noche concreta del año, estos hijos del Diablo son llamados por un chico cojo a acudir al cónclave de las fauces. Cientos de ellos se reúnen, capitaneados por un caudillo brutal. Su transformación en seres inferiores, primordiales, dura doce días, durante los cuales alcanzan cotas inenarrables de depravación y libertinaje. San Bonifacio predicó contra ellos: «*... Quod vulgaris stultitia werwolf vocat, aut in aliam aliquam figuram?*».

Igualmente, cuentan que los bosques del centro y el este de Europa son los más frondosos y oscuros del mundo, sobre todo los que rodean esa gran cordillera cuya belleza arrebata el aliento, los Cárpatos. Desde sus atalayas, los súbditos de cien imperios han narrado incontables batallas contra los infieles, y grandes hombres como

Vlad Drakov o Ciepescu forjaron su leyenda masacrando las hordas turcas y protegiendo a Europa de su perversa influencia.

Un sacerdote luterano que viajaba por estos bosques, León Spierer, y que regresó a duras penas a Florencia con la cordura dañada por los horrores que había presenciado, nos trajo noticias de una tribu que habitaba las honduras de los Cárpatos. Llegó enfermo y bordeando la muerte, pero en su delirio tuvo tiempo de describir hechos que llenan de pavor nuestros corazones y que nos hacen dudar que el cristianismo, a pesar de los titánicos esfuerzos de Drakov o Ciepescu, realmente haya erradicado a las hordas de Satán de nuestro continente.

Spierer habló de poblados situados en la ribera del caudaloso Buzâu que eran atacados por hordas de lobos monstruosos. Esos lobos tenían poco de natural, pues según las leyendas de la zona habían nacido siendo hombres, y eran las tenebrosas magias de los bosques antiguos los que les prestaban pieles hirsutas y colmillos afilados. Algunos eran tan altos y corpulentos como toros bravos, y más largos aún que el caballo árabe de pura raza. De ahí que los aterrados pueblerinos asegurasen que uno solo de esos monstruos podía llevarse una vaca entera en sus fauces, sosteniéndola en alto mientras corría entre los árboles.

El sacerdote, queriendo comprobar por sí mismo la veracidad de estas leyendas, y si estos pueblos bárbaros podían llegar a aceptar las bondades del bautismo, se internó en la foresta armado solo con unas provisiones y su cruz, en la que confiaba más que nada en el mundo. Según su propio relato, que dio en confesión antes de morir, el periplo desde el Buzâu al interior del bosque duró cuatro días, durante los cuales nada más vio aparte de naturaleza, nubes bajas que cortejaban a los árboles como gasas de seda, y pájaros de arrebatadora belleza que taladraban los troncos en busca de alimento. Tal vez un ciervo separado de la manada que elevaba de repente su cornamenta entre los arbustos. Nada fuera de lo normal.

Pero al cuarto día…

Aquí el relato de Spierer se vuelve confuso; esta última parte la contó en medio de intensas fiebres que estaban a punto de acabar con su vida, y aunque se podría pensar que el delirio lo hacía exagerar, quienes lo oyeron en confesión decían que su mirada era lúcida, y que el sacerdote juró sobre la mismísima cruz de Cristo que lo que decía era cierto.

Al cuarto día encontró rastros de civilización en medio de la nada, si es que a las naidas[37] mal ensambladas y los amasijos de ramas amalgamadas con estiércol se les puede llamar civilización. Aquella especie de poblado, que más parecía una colección

de guaridas de bestias, no había sido fabricado por animales, sino por alguien (o algo) más inteligente.

Cuando León lo encontró estaba vacío. Cuál fue su sorpresa y su pavor al indagar en el interior de tales guaridas y descubrir montañas de huesos humanos limpiados de carne hasta el tuétano, despensas bien organizadas que incluían piernas y brazos amputados, y pequeños enseres cotidianos fabricados con cráneos vaciados. El aterrorizado León vio cuencos para beber, algo parecido a cuchillos de pedernal y alfileres de tibias humanas, y lo más horroroso de todo, collares y otras alhajas decorativas confeccionadas con vértebras que, sin lugar a dudas, habían sido extraídas de espinas dorsales de niños.

Y también vio aquella cosa.

La describió como una especie de altar pagano de dimensiones colosales, una monstruosidad con forma de pirámide hueca hecha de ramas, de donde manaba la sangre de los sacrificios. Un altar dedicado a un dios cuyo nombre, adivinó, ni siquiera tendría traducción al lenguaje de los hombres.

Muerto de miedo, el sacerdote trató de huir, pero en ese momento oyó pasos que se acercaban desde la foresta, y no tuvo más remedio que trepar a uno de los árboles. Desde su improvisado escondite fue testigo de hechos que nos negamos a transcribir en estas páginas, en pro de la cordura de nuestros hermanos que han de leerlas. Baste decir, a modo de resumen, que el pueblo sí estaba habitado, y que sus ocupantes al principio parecían lobos de una envergadura descomunal, lobos que en medio de la perturbadora tranquilidad del bosque se transformaban en humanos desnudos y se dedicaban con aplicación a tareas cotidianas.

Nadie, de haberlos sorprendido una vez ocurrido el cambio, los habría acusado de maldad alguna, pues parecían hombres, mujeres y niños que disfrutaban de una vida bucólica y despreocupada, al estilo de los pueblos primitivos, y que no deseaban mal a nadie. Pero Spierer, que sabía de la verdad que se ocultaba bajo esa apariencia, los vio cometer actos impíos, como eviscerar a víctimas humanas, entregar los órganos a los niños para que disfrutasen comiéndoselos y jugando con los restos, y guardando las sobras en sus almacenes de comida, junto a los cadáveres de reses y otros animales grandes. Y aquí podríamos preguntarnos: ¿Por qué cazar personas si en sus dominios moraban ciervos, osos y quién sabe qué más presas, con mucho más volumen de carne que aprovechar? Eso solo lo podía justificar la influencia del Diablo, dijo Spierer, y nosotros lo ratificamos.

Medio muerto de hambre y de frío, el sacerdote pasó dos días enteros sin bajar de aquel árbol, con las articulaciones ardiendo del dolor, bebiendo agua de lluvia que

caía intermitente y comiendo los escasos frutos, gusanos e insectos que se ponían a su alcance. Su cordura fluctuó al borde de la sima cuando fue testigo de las danzas heréticas a las que aquella gente se entregaba en completo frenesí sexual una vez llegada la noche, y las orgías de carnalidad, furor primordial y magia primitiva que dejaban exhaustos sus cuerpos desnudos, esparcidos por la hierba como criaturas sin alma ni cerebro.

Spierer describió rituales demenciales, en el transcurso de los cuales todos los nativos copulaban sin freno, hombres y mujeres con niños y ancianos e incluso con otros animales que había en el campamento y que ellos consideraban domésticos, como felinos de gran tamaño y lobos auténticos. Esas cópulas incluían el acto de recubrirse el cuerpo con una sustancia amarillenta parecida a la miel, aseguró Spierer, que luego era lamida con auténtica pasión por varios nativos a la vez.

Al parecer, todos eran adictos a esa sustancia, a la que otros historiadores de la licantropía han llamado nepantis, a cuyo sabor el paladar de los herejes no puede resistirse por ser muy parecido a la hiel de Belcebú, el líquido amniótico en el que nacieron. Los expertos en folclore de licántropos aseguran, asimismo, que ese icor sobrenatural era lo único que cegaba tanto los sentidos del lobo como para volverlo virtualmente ciego e incapaz de rastrear a sus víctimas.

Al fin, tras dos días de tortura, Spierer pudo abandonar el escondite y huir como alma que lleva el diablo cuando los hombres y mujeres lobo se marcharon del pueblo, seguramente para una nueva cacería. Como partieran hacia el este, Spierer puso rumbo sin demora al oeste, a la máxima velocidad que le permitían sus castigadas piernas, alcanzando a las pocas jornadas las ciudades de Jitia y Bisoca. La civilización.

¿Cuánto hay de verdad en el relato del luterano? ¿Existen, aún hoy, tribus salvajes como la descrita en los parajes inexplorados de Europa? Es una pregunta que esperamos que los hombres temerosos de Dios se planteen muy en serio, porque de ser así, y si no hacemos nada por erradicarlas, algún día podríamos descubrir que nosotros, o nuestros hijos, seremos los siguientes en el atroz menú de esas abominaciones…

XIII. HIPERTRICOSIS

Un extraño análisis, y un no menos extraño tribunal – Progenie – La sociedad para caballeros NH y su intrigante cabecilla – La maldición gitana

1.

Si alguien se hubiese fijado con detalle en el rostro de los caballeros que poblaban aquellas aulas, las cátedras escalonadas conectadas por los fríos pasillos de la universidad, habría podido afirmar sin asomo de duda que echaban de menos la presencia femenina. Las damas de noble cuna, hermosas como claros de primavera en sus crinolinas de pelo de caballo, con las brillantes joyas, los paraguas de fina blonda y entredós y los sugerentes volúmenes realzados con polisones, eran tan raras de ver en aquel espacio como un diamante de Gould[38] fuera de su jaula.

Sin embargo, por mucho que las echasen de menos, ninguno de aquellos rígidos caballeros de terso bigote habría roto nunca una lanza por ellas. No era políticamente correcto que los escarpines perturbasen el suave rumor de sus zapatos, yendo de aquí para allá con quién sabía qué maléficos planes. Aprender, tal vez, o algo peor: permitirse dar consejos a los venerables barbudos de las cátedras, maestros indiscutibles (e indiscutidos) de su campo.

Por eso, cuando los escarpines más elegantes de Perpignan (los míos), entraban en los pasillos podía sentir cómo docenas de ojos se volvían hacia mí, asombrados, y otras tantas manos subían hasta el rectilíneo punto y aparte de sus bigotes para musitar algo sin que se notase. Pero sí que se notaba. Y aunque al principio me divertían sus comentarios, terminé por ignorarlos en la misma medida en que ellos se fueron acostumbrando al compás de mis tacones.

La cátedra de Ciencias Naturales estaba emplazada en el segundo piso, junto a la elegante escalera con pasamanos de mármol de Carrara. Era una habitación estrecha,

tubular, con los graderíos donde se apelotonaban los doctores asomándose unos sobre otros. Abajo, en el espacio libre central, el ponente había dispuesto una silla reforzada para mantener inmóvil al sujeto del experimento.

Cuando entré en la cátedra, los graderíos estaban tan abarrotados que ni siquiera repararon en mi presencia. El olor a tabaco y a cosméticos glutinosos para fijar el cabello casi me hizo replantearme el asistir a la demostración.

Conocía al ponente, un médico de Canet-en-Roussillon apellidado Paré, como el ilustre cirujano (¿procedería de la misma familia?). Era un hombre de voz profunda, educada, cuyo ego daba más sombra al mediodía que el diminuto tamaño de su cuerpo. No me caía mal, pero tampoco pertenecía a mi círculo favorito de intelectuales.

Me sorprendió más el sujeto experimental. Los bedeles ya lo habían traído, sedándolo y subiéndolo en silla de ruedas desde las mazmorras (algunos las llamaban «habitaciones de tratamiento»). Viéndolo en persona, desde la última grada, comprendí por qué aquella demostración había despertado tanto interés, llegando a convocar a tantas personalidades a la hora del almuerzo.

El sujeto se llamaba Andreas Dullard. Era el cuarto hijo de una familia adinerada de Burdeos. Como el propio Paré se apresuró a indicar, la historia del «perro de Dullard», como se le conocía en la región, era tan triste como sorprendente: nacido en extrañas circunstancias después de que su madre hubiese sido violada por un perro rabioso, el niño surgió del vientre como un cachorro de animal, cubierto de una lana blancuzca que no llegó a perder del todo al crecer. Avergonzado por tamaña broma del destino, su padre lo encerró en los establos, con los canes. Allí pasó casi toda su vida, aprendiendo el lenguaje de las bestias antes que el de los humanos y alimentándose de los mismos desperdicios que comían los animales.

Su historia habría pasado como una más en la crónica negra de Francia de no ser por la repentina aparición de una joven sirvienta, Marie Clouet, que dando de comer a los perros se encontró un día con el benjamín de los Dullard. El chico atacó a la muchacha, en teoría para ampliar unos deseos carnales que hasta ese momento había satisfecho con los canes.

Al leer el informe del caso preferí ahorrarme los detalles escabrosos, pero me llamó la atención el hecho de que nadie hubiese echado de menos a la muchacha durante aquellos cuatro días. Era una sirvienta menor y relativamente nueva en la mansión, por lo que supongo que ni el jefe del servicio ni el ama de llaves le prestaban mucha atención. Incluso pudieron haber pensado que se había fugado, llevándose algún candelabro de plata u otro objeto que pagase la manutención de su

familia por unos meses.

Lo que nadie descubrió hasta el cuarto día era que Andreas mantenía viva a la joven en las perreras, violándola cada vez que la pulsión animal ganaba la batalla a su raciocinio, y «compartiéndola» con el resto de los perros para que experimentasen el contacto con un ser superior.

Encarcelado y objeto de estudio científico desde entonces, el perro de Dullard transmitía más lástima, viéndolo allí, atado e indefenso, que odio. Paré andaba lentamente a su alrededor, tocándolo de vez en cuando con una vara de roble con la que señalaba las particularidades cutáneas del sujeto, que tenían asombrada a la audiencia.

—Como ven, el sujeto encaja aproximadamente en el tipo C de la categoría de Barst —decía el ponente, con aquella voz que le quedaba grande a su cuerpo—: Enjuto, macilento, desgarbado, de carácter pasivo y dócil cuando no tiene hambre ni sus instintos primarios sojuzgan su razón… Es un regalo que nos ha hecho la naturaleza, en tanto que representa los estadios primitivos de la humanidad. El tipo *homo* que seguramente reinó en el mundo después de Adán, y que hoy, gracias al desarrollo de la civilización, ha cedido su trono al *sapiens*.

»¡Pero no se confundan, caballeros! —advirtió, girando la vara como una batuta cerca de la cabeza del hombre-perro—. Por mucha piedad que despierte este vil sujeto, a tenor de su indefensión y su monstruoso aspecto, no deben permitirse sacar conclusiones equivocadas: el *leit motiv* de su alma es hacer el mal, aprovecharse de los demás y sacar el máximo beneficio sin pensar en moralidad ni consecuencias. Es el salvaje desprejuiciado cuya aparición vaticinara Grocio, en efecto, pero al despojarse de sus rasgos humanos y dejar el control en manos de lo que queda debajo, ese sustrato claramente animal, la maldad se convierte en la piedra angular de su conducta. Y si no me creen, pregúntenle a la pobre Marie Clouet qué tiene que decir al respecto.

Una vibración sorda recorrió los graderíos, al aplaudir los caballeros golpeando la madera con los puños. Me quité los guantes, observando con verdadero interés al desdichado Andreas, que lo miraba todo como si estuviese a mil kilómetros de distancia y aquello fuera un cuento extremadamente realista que alguien le estuviese narrando. La semejanza con los estados de introspección de mi hermano me tocó una fibra sensible, debo reconocerlo, pero procuré no dejarme llevar por las emociones. Como bien había indicado Paré, aquel hombre de aspecto bestial había optado por la crueldad al ponerse en manos de sus instintos, cosa que Isaiah nunca había hecho.

Andreas no solo encajaba en la definición de hombre-perro por su

comportamiento, sino porque su aspecto físico parecía sacado de un cuento popular germano: tenía el cuerpo imposiblemente cubierto de vello, sin dejar más que las oquedades naturales (ojos, boca, oídos) despejadas. Incluso la palma de la mano y la planta de los pies estaban forradas de pelo. En las zonas no andrógeno-dependientes le crecía una especie de vello lanugo, parecido a la pelusa de los bebés, de gran longitud y color blancuzco, que bordeaba aquellas donde abundaba su espeso cabello negro.

Los ojos, profundamente enterrados en ese lanugo, eran anchos y rasgados, como los de los orientales, y su labio inferior, más dilatado de lo normal, se curvaba hacia arriba y adentro, como si siempre se lo hubiese estado succionando, y era tan extenso como para hacer de funda para sus dientes.

—¿Es capaz de sentir este ente tan extraño? —preguntó Paré, retóricamente—. Algunas teorías defienden que el hombre no ha implantado cualquier civilización, sino aquella que le permitía crear su estructura mental. Y eso depende de cómo ve el mundo, cómo lo percibe y cómo planifica su vida para acomodarla a este escenario. ¿Es lícito que nos preguntemos, pues, si el sujeto experimental percibe el mundo como nosotros, y por consiguiente puede reaccionar a él de la misma manera? ¿Podría ser capaz de llegar a las mismas conclusiones que nosotros sobre los estímulos que le afectan?

El ponente se volvió súbitamente y le dio un latigazo a Andreas con su vara, cruzándole la cara. El sujeto reaccionó con una especie de ladrido de dolor, seguido por un improperio que con toda seguridad no estaba incluido en nuestro idioma.

—Como ven, al menos frente a los estímulos negativos sí que sabe reaccionar bien.

Hubo risas en las gradas. Me apoyé contra la pared circular que tenía a la espalda, harta del espectáculo. Ya veía por dónde iban a ir los tiros en la exposición de Paré, y no me estaba gustando.

—No es nuestro estilo, como hombres cultos, dejarnos influenciar por las absurdas tradiciones que proceden más de la ignorancia y la superstición que de la ciencia experimental —reflexionó Paré—. Al contemplar a semejante error de la naturaleza, muchos pensarán: ¡demonio!, ¡blasfemia! Y los más ancianos, los que aún recuerdan ciertas leyendas arcaicas, gritarán una palabra obscena para describirlo: ¡*Garou*!

Los doctores volvieron a reír, más por el tono jocoso y teatral de Paré que por el contenido del discurso.

—¡*Garou*! —prosiguió—. El hombre lobo de los cuentos de las viejas, que servía

para asustar a los niños y convencerlos de que no abandonasen el camino y se internasen de noche en el bosque, territorio de fieras. Un temor atávico en nuestra especie, que tuvo su utilidad en los tiempos en que el cristianismo aún no había puesto orden en el mundo, pero que hoy en día no tiene sentido alguno. —Dobló la vara de roble por ambos extremos, formando un arco similar al de sus pensamientos —. Sujetos como el aquí mostrado prueban, sin embargo, la gran ironía del destino: el *garou* sí que existe, señores; de hecho, ha existido siempre. Pero no es un ser engañado por Satanás que cambia su aspecto tras sumergirse en una fuente de agua clara. No. El *garou* es un estado mental, un estado de demencia con el que se nace, y se crece, y que llega a provocar cambios físicos tan profundos como los que están viendo. Andreas Dullard es la prueba viva que respalda mi tesis de la kuantropía[39] inducida, y lo usaré para mostrarle al mundo el auténtico poder de la mente, la fuerza más poderosa del universo.

Los nudillos percutieron en la madera con más fuerza, aplaudiendo hasta quedarse rojos. Paré, arropado por una especie de éxtasis académico, iba a añadir algo más para seguir ganándose a la audiencia cuando mi voz se oyó perfectamente de fondo.

—¿Y no sería más lícito preguntarse si la personalidad demente de Andreas es una consecuencia de su estado físico, y no al revés?

Los aplausos se silenciaron. Cien cabezas se volvieron en mi dirección, la mayoría descubriéndome allí por primera vez.

—Ah, señora Buchanan, no sabía que estaba usted ahí. Bienvenida —dijo Paré cortésmente—. ¿Está disfrutando nuestra ilustre catedrática de mi discurso?

—Intensamente —respondí, con la misma voz meliflua que él. Aquello de «nuestra ilustre catedrática» lo había dicho con sorna, como si quisiera resaltar que era la única mujer con título (la rara avis del campus), y, como tal, una especie de atracción de feria—. Pero piense en una cosa, un… punto de vista alternativo: imagine por un momento que usted es Dullard.

—Uy, eso es evidentemente imposible, señora —rio Paré, secundado por los demás caballeros—. Este engendro es un hombre-perro, mientras que yo no he pasado nunca de hombre-pájaro.

—Sí que sabe volar alto, sí, pero haga el esfuerzo de situar sus pies en la tierra —dije, con más inquina de la que pretendía. Algunos mostraron ofendidos—. Imagine por un momento que es Dullard. Que ha nacido con una tara física que ya estaba ahí desde que abandonó el vientre materno, pues está documentado que sus padres creyeron haber dado a luz una bestia en lugar de un niño. Eso demuestra que la

deformidad del sujeto es anterior al desarrollo de su mente. —No lo dejé interrumpirme, sino que levanté una mano y seguí hablando—: A continuación imagine que su padre, avergonzado de usted, lo encierra con apenas unos meses de vida en las perreras para que crezca ahí, entre animales, aislado del mundo y disputándose la comida y el agua con los perros. Sin contacto alguno con el cariño de su madre, o su cultura, o su lenguaje… ¿Cree de veras que una persona así no habría crecido pareciéndose más a los animales que a las personas, y que las barbaridades y los actos crueles que se le imputan no son más que una consecuencia de ese retraso?

»Sé lo que son los estados alterados de la infancia porque en mi familia hemos convivido con un caso así. La diferencia entre mis padres y los de Dullard, gracias a Dios, es que ellos se dieron cuenta de que un niño que no se siente querido, a pesar de su deformidad, entiende el mundo como un lugar inseguro, lleno de peligros, de amenazas sin fin. Un niño sin amor es un niño sin confianza, sin fuerza de personalidad, y que acabará desarrollando garras para defenderse. Garras que en este caso son literales.

—Una… teoría interesante, señora Buchanan —dijo Paré, mesándose la perilla—. Sin duda digna de ser tomada en consideración para un estudio. Pero no creo que sea cierta.

—¿Tan pronto la desdeña, sin someterla siquiera a experimentación? —le espeté —. Puede escucharme o ignorarme, doctor Paré, pero le aseguro que su teoría sobre la influencia de la mente en el estado del cuerpo es errónea. —Ahora sí que las quejas y los murmullos de desaprobación fueron perfectamente audibles—. Lo que este desdichado sufre es hipertricosis, una enfermedad de la piel que hace crecer lanugo de manera desproporcionada. Puesto que cuando nació aún no tenía dientes, es de suponer que fue el pelo lo único que llevó a pensar a sus padres que su hijo era una especie de dogo antropomórfico. Luego, al crecer royendo huesos, los dientes normales de este niño se quebrarían y acabarían por afilarse, adquiriendo ese aspecto de colmillos lobunos. Y su forma de moverse, encorvada y cuadrúpeda, también sería consecuencia de su encierro, pues sabemos que los infantes son altamente imitativos; esa es su manera de aprender cómo funciona el mundo. Si no hay adultos cerca, a quien imitarán será a los animales. —Respiré hondo. Me había quedado sin aliento de soltar toda esa retahíla—. Como puede suponer, son las malas decisiones de nuestros padres las que influyen de manera irrevocable en nuestro destino, y no al revés.

Paré soltó una risa medio cómplice medio despreciativa. Estaba claro que consideraba mi aportación más un insulto que una ayuda, sobre todo habiéndola expuesto así, delante de tantos colegas. Me ignoró y siguió con su exposición un rato

más, hasta que decidió hacer un receso y algunos espectadores abandonamos la sala.

Estaba acostumbrada a que mis ideas fueran recibidas con recelo, pero el nombre de mi padre seguía pesando mucho en aquellos pasillos (no en vano se había doctorado aquí, en Perpignan, antes de irse a vivir al norte del país). Mi apellido paterno era lo único que evitaba que se me comieran viva en los claustros.

—¡Sabine! —llamó una voz a mi espalda—. ¡Aguarde un momento, por favor!

Unos pasos rápidos se acoplaron a los míos en la marea de estudiantes que llenaba el pasillo. Era Valdemar, uno de los becarios de antropología que estudiaban en mi área y con el que me llevaba especialmente bien. No en vano pretendía redactar una tesis sobre mis trabajos, algo asombroso en aquella institución.

—Dos a cero para la rarita del quinto piso, ¿eh? —rezongué—. Al menos esta vez no ha podido marcharse y dejarme con la palabra en la boca.

—Su aportación ha sido impresionante, señora —dijo el joven, con sincera admiración. Valdemar nunca pretendía adularme para conseguir mis favores (como profesora, evidentemente, no como mujer), pues sabía que yo odiaba a esa clase de estudiantes, los que hacían de la roncería un arte. Así que cuando expresaba su admiración era porque la sentía de verdad—. Si le soy sincero, me asombra que defienda con tanto encono las explicaciones puramente científicas de las deformidades físicas. La gente piensa que con su historial, usted… eh…

Se dio cuenta de que estaba a punto de convertir su halago en un insulto, así que se calló. Reí sin ganas.

—Que como vi a un hombre lobo siendo adolescente ahora debería defender su existencia, por supersticiosos e irreales que sean los motivos —completé. Me sabía de memoria aquel discurso—. No sé cómo se filtró esa historia en el campus, pero es completamente falsa. Yo no soy «la niña de los lobos», como sé que me llaman los estudiantes.

Valdemar se sonrojó. Era un joven de pequeña estatura pero muy robusto, como si entre examen y examen se dedicase a levantar pesas.

—Yo nunca la llamo así —murmuró.

—No te preocupes, ser profesor es tener que cargar con muchos apodos. Uno por cada generación de estudiantes. A ti te dejo llamarme Sabine —sonreí.

—Dicen que la han invitado esta noche a la fiesta de la prestigiosa sociedad NH. ¡Es todo un honor! ¿Piensa asistir?

Lo miré, asombrada. Desde luego, el servicio de información en aquellas aulas funcionaba mejor que en la milicia francesa.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Es que… bueno, es solo un rumor, pero…

—La NH es una sociedad exclusiva para caballeros, Valdemar. No estaría bien que una dama acudiese a una de sus fiestas. Quién sabe la de barbaridades que podría descubrir allí —dije con malicia.

—¡Pero a usted la han invitado! Es un acontecimiento histórico. No puede faltar.

Y se marchó, dejándome sola en medio del caudal de jovenzuelos que brotaba de las aulas. Sí, desde luego que el que me hubiesen invitado a aquella fiesta era algo insólito, y sin duda me haría recuperar muchísimo prestigio social. Confieso que hasta ese momento no había tenido claro si debía aceptar tal honor, ya que a la vez me parecía una forma tremendamente sutil y sofisticada de insulto. Pero cuando recordé al doctor Paré y su forma de tratarme en público…

¡Qué demonios! A lo mejor hasta servían canapés.

2.

Aquella tarde hacía buen tiempo, cosa inusual teniendo en cuenta que estábamos inaugurando noviembre. Dentro de poco la ciudad se vestiría de blanco y entraríamos en la clásica locura de despejar los caminos para los carruajes y poner sal en los tejados para evitar que se acumulara la nieve. Nadie se explicaba del todo cómo era posible que con el Mediterráneo tan cerca, apenas a una docena de kilómetros al este, Perpignan tuviera unos inviernos tan duros. Pero como mi marido siempre decía, bastaba con volver la cabeza al sur, al grandioso farallón de roca de los Pirineos, tan próximo que bastaba con alargar una mano y tocarlo, para darse cuenta de quién era nuestro verdadero rey.

La casa que habíamos comprado estaba muy cerca del campus. Madre y yo la hallamos merced a un golpe de suerte mientras mi marido se dedicaba a buscar trabajo en Port Leucate, la ciudad portuaria más grande y cercana a Perpignan donde podría ejercer su profesión. Una confusión entre nuestro apellido y el de los antiguos dueños del terreno nos hizo conocernos en el registro civil de valores, donde trabamos amistad y nos enteramos de sus intenciones de poner la casa en venta para la primavera.

Después de visitarla, y de quedarnos maravilladas con aquel prodigioso jardín donde crecían las mimosas, el segundo piso floreciente de buhardillas y los escudos de enredadera que abrazaban la casa con un manto verde, les pedimos que no pusieran los carteles anunciando la venta. Ya no era necesario.

Al salir de la universidad di un paseo hasta mi casa, aprovechando que aún hacía sol y la brisa no alcanzaba las cotas de frialdad de la noche. No sé cómo lo lograban, si tenían un oído especialmente desarrollado o una percepción extrasensorial adaptada a mí, pero mis hijos sabían siempre cuándo me acercaba.

El momento exacto en que cruzaba la puerta del jardín coincidía con la carga de los tártaros: la puerta de la casa se abría e iban saliendo en tropel, sin mirar lo que tenían delante, en rumbo de colisión directo con mis faldas. Eran lo que James llamaba jocosamente «la prole».

René, el más pequeño sin contar al bebé Charlotte, era el que más chillaba y el que arrastraba a los demás con su ímpetu. Solo tenía dos años y medio, y un arte resbalando y cayendo sobre la barriga al modo de los pingüinos que según mi marido nos podría hacer ricos en un circo. La siguiente era Clöe, de cinco años y con un pelo tan rubio que parecía albino, de hebras cortas y textura de broza. Dada la rareza de esa tonalidad en mi familia y en la de James, donde lo más rubio que habían alcanzado a parir era un pelirrojo claro, Madre se apresuró a explicar el suceso gracias a los buenos augurios. Clöe, que no quería saber nada de adivinaciones y encantamientos, paseaba su rubicunda testa por el pueblo, arrancando rumores a más de uno que a mí, como de costumbre, más que ofenderme me divertían.

El último y más precavido era siempre Chris. Con ocho años recién cumplidos era como el puntal de apoyo de sus hermanos, a quienes siempre estaba cuidando y manteniendo a raya. La salud de Madre había empeorado mucho durante el último lustro, y si no hubiese sido por la extraordinaria madurez de Chris, entre mi trabajo y el de James no habríamos dado abasto para liberarla a ella de tanto trabajo.

—¡Mamá! —Gritaron a coro. Se lanzaron a mis brazos hasta que ya no me quedaron extremidades para sostenerlos. Sentí el aire limpio de la risa ventilar mi pecho y librarme de la pesadez que me había dejado el enfrentamiento verbal con Paré.

El mundo, una vez más, y gracias a la magia de un beso, quedaba aislado al otro lado del jardín.

—¿Os habéis portado bien? —pregunté—. ¿Os lo habéis comido todo?

—Sí —fue la respuesta general, más o menos creíble. Chris se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla.

—Hola, mamá —me saludó, con aquella vocecilla que parecía estar esperando a la madurez para convertirse en un torrente—. Papá está dentro.

Eso me sorprendió. James no solía llegar hasta la noche a casa.

—Bien, pues vamos a darle un beso muy fuerte entre todos, ¿vale?

—¡Vale!

Entramos. El porche era uno de los puntos fuertes de la casa, con esas dos columnas que no sostenían nada pero que le daban un aire tan señorial. En cierta medida me recordaban a Caer Minloch, aunque a una escala más pequeña. Madre lo tenía abarrotado de mimosas y de una rara flor que crecía en los Pirineos llamada estrellalba. Era una flor de nieve, así que dentro de pocas semanas se sentiría a sus anchas en aquel lugar.

James estaba hundido en su sillón de lectura. Había cambiado poco desde que nos casamos: apenas unos centímetros más de circunferencia y un bigote que yo odiaba porque me hacía cosquillas, pero que él denominaba un «elemento de trabajo», imprescindible para mantener una apariencia de seriedad. Y sin duda lo necesitaba, porque la llegada de los niños había encendido tanto su lado paternal y cariñoso, que sin ese bigote para geometrizar su cabeza nadie habría tomado su dulce tono de voz en serio.

En cuanto me vio dejó aparte el periódico de una sola hoja que estaba leyendo (la imprenta había mejorado mucho su técnica, y ahora hasta incluía ribetes de adorno y dibujos) y vino a recibirme.

—Hola, amor mío. —Beso. Y cosquillas—. ¿Cómo te ha ido?

—Bastante bien, para lo que cabría esperar. ¿Y a ti? ¿Cómo es que estás tan temprano en casa?

—Oh, no pasa nada. Es que como esta noche vas… a eso, ya sabes.

—A la cena.

—Sí. Pensé en venir antes para echarle una mano a tu madre con los niños.

Dejé al pequeño René en brazos de su hermano y me incliné sobre la cuna del bebé. Estaba dormida, con las piernitas de rana tan graciosas muy abiertas y los bracitos por encima de la cabeza. Parecía muy vulnerable, y a la vez a salvo de cualquier mal que hubiese en el mundo. Al verla me sentía a salvo yo también.

Deposité un suave beso en su frente y la tapé con la mantita. El olor a leche que desprendía su cuerpo era embriagador.

—Charlotte —susurré, para que oyera mi voz.

—¿Al final vas a ir? Lo pregunto porque ayer no estabas muy segura.

Me volví hacia James con picardía.

—¡Sí! Y pienso disfrutar cada minuto. Será una forma de ajustar cuentas con alguien que… bueno, que no estará presente.

—Ah, una venganza encubierta. Ya veo. Lo que no llego a comprender es el porqué de la invitación. A ese tipo de reuniones solo te llevan si has ganado un

premio importante, o algo así.

—No te creas que lo tengo muy claro —confesé—, aunque en la carta decía que se sentirían muy orgullosos de conocer a la primera mujer doctorada en Perpignan y bla, bla, bla. —Le di una palmada en el trasero cuando me cercioré de que ninguno de los niños estaba mirando—. No te pongas celoso, volveré en seguida.

—¿Vendrá alguien a recogerte? Con el frío que hará esta noche…

—James, ya no soy una niña de dieciséis años, sino una mujer hecha y derecha de veinticuatro, con estudios, hijos y un trabajo que sin ser nada del otro mundo al menos me mantiene en contacto con el mundo académico. Deberías dejar de preocuparte tanto por mí.

Me abrazó. Olía a naftalina, por lo que supuse que había estado registrando cajas de té de importación en busca de contrabando. La naftalina se ponía junto a los hatos de hojas para matar la larva del gusano fagot, uno de sus parásitos.

—Es que hace tiempo hice una promesa y quiero cumplirla —ronroneó.

—Eres un travieso. Estate quieto, que están cerca los niños. —Le di un pellizco y me separé de él. Ya habría tiempo para eso… esta noche.

—¡Jim, ¿quién ha venido?! —preguntó una voz alterada desde el piso de arriba.

—¡Soy yo, Madre! —grité para que me oyera. La hipoacusia que le había sobrevenido después de unas fiebres, al poco de mudarnos, nos obligaba a todos a subir la voz. Entre eso y los chillidos naturales de los niños, había días en que mi casa parecía un manicomio.

—Haz el favor de cuidarte —dijo James, dejándose caer de nuevo como un obús en el castigado terruño de su sofá—. Y no hagas demasiado caso de las baladronadas de esos tipos. El único propósito de invitar a alguien a su círculo interno es para tener un nuevo incauto al que impresionar.

—Entonces procuraré no ser yo quien los impresione con mi currículo —bromeé, y subí a mi habitación a cambiarme.

3.

Al final enviaron un coche de caballos para recogerme. El interior era confortable, con asientos forrados de terciopelo y la escalerilla plegable estibada a un lado, tras lo que parecía un pequeño mueble para bebidas. No descorché ninguna por temor a cometer una impertinencia, pero me fijé en que todas las botellitas tenían etiqueta extranjera.

El coche zigzagueó por calles abarrotadas hasta que se detuvo en la zona más cara

de Perpignan, una colina que albergaba las mansiones de los más pudientes de aquel departamento. Ya me imaginaba que la reunión de la extraña logia, la sociedad para caballeros Noel Harrow, no iba a tener lugar en una cervecería del centro… pero la majestuosa mansión que tenía delante era mucho más grande, barroca y esplendorosa que Caer Minloch. Eso me impresionó. Y por la música de cámara que llegaba del interior y el ingente número de carrozas que esperaban fuera, con los animales uncidos, supuse que no habían esperado por mí para empezar la fiesta.

La NH era una sociedad inglesa con sede en Londres; este era uno de los primeros datos que una aprendía cuando oía hablar de ella. Pero el nivel de riqueza de sus eclécticos socios era tal que muchos donaban propiedades para que sirvieran como cuarteles de la NH en otros países. Me extrañaba que la delegación francesa no estuviese en París, o en otra urbe de similar importancia, pero había oído que uno de los rasgos definitorios de la sociedad era el secretismo, por lo que afincarse en una pequeña ciudad de la costa tampoco se apartaba mucho de su ideología.

Un mayordomo vestido de rojo cogió mi chal y mi sombrero y me guio al interior. El recibidor era un lujoso espacio tallado en madera con unas pinceladas de color en las esquinas, cuadros firmados por gente famosa (y que seguramente eran originales). Luego el mayordomo se fue y apareció la única persona que yo conocía de semejante círculo, y que era quien me había invitado: el decano de la Facultad de Historia Antigua, Luc Germanee.

—Ah, Sabine, eres como un destello de luz de luna en una noche oscura —dijo, dándome un empalagoso beso en la mejilla—. Estás radiante.

—Eso es porque estás acostumbrado a verme con los trajes que me pongo para dar clase, Luc. Y son de lo peor de mi vestuario.

—Me alegra saberlo. Ojalá vinieras así de ordinario.

—¿Por qué arruinar un *bouquet* fino destapando la botella todos los días?

Soltó una carcajada.

—Aceptamos la alegación, señoría —dijo, conduciéndome al gran salón de baile, donde se desarrollaba la fiesta.

El lugar estaba abarrotado, a pesar de ser tan amplio como para satisfacer las necesidades palaciegas de los Romanov. Los pocos miembros de la alta sociedad que yo conocía, por sus contactos con el mundo académico o porque sus hijos estudiaban allí, estaban presentes y lucían sus mejores galas. Pero había otros cuyos escudos familiares (que la mayoría llevaba grabado en algún lugar de la vestimenta) no me sonaban de nada. Vi el santo con la cruz de Perpignan, sí, pero también estaban los dragones trillizos de Dordogna, la flor de lis enraizada en el océano de Digne-les-

Bains o los cisnes negros de Laon, que estuvieron a punto de salir volando en desbandada cuando los leones se les acercaron demasiado.

Luc me presentó a algunas de aquellas personas y luego hizo el ademán de marcharse a atender otros asuntos, pero lo agarré educadamente del brazo y lo amenacé:

—No pretenderás dejarme sola con toda esta gente, ¿verdad?

—Tampoco puedo estar todo el tiempo a tu lado, Sabine. Ten en cuenta que estoy recibiendo a los invitados.

—¡Pero es que no sé de qué hablar! —protesté—. No pertenezco a estos círculos, ni siquiera sé qué hago aquí.

—La sugerencia para que te invitara partió nada menos que del fundador, el señor Harrow. Si no te sientes ubicada, pídele que te ayude.

Señaló a un hombre delgado, vestido con un frac tan negro que despedía brillos azules, y que se paseaba de círculo en círculo de tertulianos dedicándoles unas palabras. Tenía el rostro parapetado detrás de una barba larga, tan oscura como el frac, pero sus ojos eran grandes y sinceros. Me dieron ganas de acercarme para charlar con él.

—¿Fue él quien me invitó, lord Harrow en persona? —Me asombré. Luc me dedicó una sonrisa juguetona y se zafó de mi brazo. No volví a verlo en lo que restaba de noche.

Fui a la deriva entre islotes de aristócratas, con una copa decorativa en la mano que, sinceramente, no sé de dónde surgió, hasta que el deambular de Harrow y el mío coincidieron en un mismo punto.

Le dediqué mi más hermosa y programada sonrisa de gratitud.

—No sé si será cierto o si el señor Germanee me lo dijo para que me sintiera mejor, pero…

—Sí, fui yo quien la invitó, señora Buchanan —contestó él, con una voz sorprendentemente afeminada para su regio y varonil aspecto. Los ojos que asomaban por encima de aquella barba tupida eran profundamente verdes. Verde jade. No parecían ojos de hombre—. Bienvenida a nuestra humilde fiesta. ¿Conoce a alguno de los presentes?

—Eh… bueno, a casi nadie. Es que todo esto es… Estoy un poco… fuera de mi nicho.

Se acercó para decirme:

—Yo también. La mayor parte de estos buitres no tienen nada que ver con la sociedad NH, pero uno de nuestros proveedores cometió un desliz y corrió la voz de

que estábamos en la ciudad. Entonces nos vimos obligados a dar la fiesta, por cumplir. No hay que desairar a la gente que te admira.

Lo miré con estupor. No tenía ni idea de que ese fuera el verdadero motivo de la reunión, ni por qué el señor Harrow se estaba sincerando conmigo. Por otro lado, me estaba confirmando otra de las cosas que Luc me había contado sobre la NH, y es que no bastaba con ser rico e influyente para ingresar en sus filas, sino que todos sus miembros tenían algo raro, algo insólito, que los volvía únicos incluso dentro de la alta sociedad.

El propio Luc había oído rumores no confirmados sobre algunos de los miembros fundadores. La sociedad gestionaba lo más parecido que existía en Europa a una caza de excentricidades. Sus miembros eran reclutados de entre las más variopintas esferas sociales, y se ganaban el derecho de admisión donando a las arcas de la sociedad alguna maravilla extraída de su entorno. Había quien afirmaba que uno de sus miembros había donado un objeto de procedencia bíblica cuya naturaleza sagrada había sido confirmada por el mismo papa de Roma… Pero claro, solo eran habladurías.

—¿Qué poseo yo que sea tan exquisito como para tener el honor de estar aquí? —pregunté.

—Usted misma es única en su género, Sabine. Podría ser el punto de apoyo que necesitan muchas otras mujeres, tanto de Francia como del resto del mundo, para abandonar los salones de té y pasar a ser miembros de pleno derecho de nuestras universidades. Si usted lo consiguió, gracias a su esfuerzo y su espíritu de superación, ¿por qué no muchas más?

Me ruboricé.

—El mérito es de mi padre, me temo: fue él quien me educó siguiendo su particular versión de «la letra con sangre entra». Solo que en su caso no fueron letras eclesiásticas, sino científicas.

—Tuvo que ser todo un visionario. Nadie invierte un esfuerzo así en plantar un árbol y verlo crecer si no creyera que algún día dará fruto.

—Sí, el problema es que nadie le preguntó su opinión al árbol.

Noel Harrow echó la cabeza atrás para soltar una risa armoniosa y cálida. Y entonces lo supe. No me di cuenta hasta ese momento a pesar de todas las pistas que tenía delante. Pero cuando Harrow hizo ese gesto, ese movimiento lleno de sutilezas que fusionaba la risa con el resto de su lenguaje corporal, las dudas se disiparon.

Noel Harrow era una mujer.

Y ella supo al instante que yo lo había adivinado, porque me lanzó una mirada de

complicidad y susurró, en voz muy baja:

—Ahora lo entiende, ¿verdad?

Asentí, preguntándome el porqué de aquel disfraz. ¿El líder y fundador de la sociedad exclusiva para caballeros más famosa de Londres… una dama?

—La razón de haberla traído aquí esta noche no es solo conocer en persona a una estudiosa de su calibre —dijo Noel (¿Noelia?)—, sino porque necesito mostrarle algo. Acompáñeme, por favor, señora Buchanan.

La seguí en una especie de estado de *shock*. Abandonamos el carnaval en que se había convertido aquel salón en pos de habitaciones más tranquilas mientras en mi cabeza se apelotonaban mil preguntas: no era posible que solo yo me hubiese dado cuenta, lo cual quería decir que muchos de los caballeros que tan silenciosamente acataban sus órdenes sabían que su líder era una mujer. Pero entonces, ¿a qué venía aquella pantomima? ¿Cuáles eran los verdaderos propósitos de Noel y de su sociedad secreta? ¿Era posible, aunque fuese remotamente, que se le hubiese pasado por la cabeza invitarme a unirme a su logia?

Y lo más importante: ¿Aceptaría yo de darse el caso, sabiendo que para poder reunirme en sociedad tendría que plantarme un enorme mostacho en medio de la cara y enfajarme los pechos?

Gracias a Dios, esa petición nunca llegó a ser formulada.

Noel me condujo hasta un salón dominado por unos retablos de Caravaggio, que más que disimular sus claroscuros los esparcían con profundo contraste por toda la sala.

Y en ese duelo de luces y sombras se ocultaba alguien.

No me percaté de aquella presencia hasta que se movió. Era una mujer, una gitana de piel muy morena y ropas elegantes, al estilo de su cultura pero confeccionadas con terciopelo y otros materiales caros. Entendí que ella también había pasado a formar parte de la NH, pero no pude ni imaginar qué habría entregado a cambio.

—Sabine, permítame presentarle a la *maleggra* Marquieza, líder de un clan romaní asentado en Escocia. Ha cruzado toda Francia para estar aquí esta noche, y poder hablar con usted.

—¿Conmigo?

Observé a la mujer con recelo. Tenía aproximadamente mi misma edad. Apostaría incluso a que era más joven, pero aquellos ojos hundidos en un arabesco de *henna* (testimonio del origen hindú de su casta[40]) parecían encerrar la sabiduría acumulada de mil generaciones, como si cada predecesora se hubiese encarnado en su interior

aportando sabiduría a un todo que jamás desaparecería.

Me dieron miedo aquellos ojos. Sabían demasiado para su escasa edad… demasiado incluso para lo que esperaríamos de una sola vida.

—¿Es usted la primogénita del hombre llamado Donovan? —preguntó, con un acento indescifrable.

Un escalofrío me heló las conexiones nerviosas. Noelia Harrow esperaba en silencio a mi lado, invitándome a que me abriese a aquella desconocida. La pregunta seguía flotando.

Asentí. ¿De qué serviría negarlo?

—Estoy aquí para transmitirle un mensaje —dijo la gitana—. Los hombres olvidan rápido, pues el paso de los días pronto suma años, lustros y décadas, medidas sangrantes para nuestra efímera existencia. Pero para la tierra los años no son más que momentos que pasan sin dejar huella, mariposas que levantan el vuelo, y las décadas meros apartados en el camino. El suelo, las piedras y los árboles recuerdan, y no perdonan los pecados que cometimos y que dejamos sin expiar cuando éramos jóvenes.

—¿Por qué me cuenta eso? —pregunté a la defensiva. Me estaban poniendo nerviosa los ojos de aquella mujer, y no tardé en darme cuenta del motivo: desde que los miré de frente, no habían parpadeado ni una vez.

—Usted estuvo allí. Y lo sabe —murmuró. Entre las dos funcionaba una especie de conexión mística: yo sabía perfectamente de qué estaba hablando, y ella percibía cada matiz de mi miedo—. Asistimos al nacimiento de una maldición que aún hoy perdura, y que se cobra su precio en víctimas y sufrimiento. Da igual cómo pese el tiempo sobre nuestros huesos: nuestras vidas no son importantes ni duraderas. Tenemos que enmendar los errores y rematar los asuntos que dejamos a medias o no descansaremos en paz. Ni siquiera cuando nos llegue la hora de retornar a la tumba.

—Yo… no sé de lo que habla.

—Sí que lo sabe, Sabine —repuso la gitana, sin el menor ápice de duda—. Tiene que volver para arreglar lo que un día quedó a medias, o el sufrimiento que su familia habrá desatado sobre este mundo será… incalculable.

El color huyó de mis mejillas. Los arabescos de *henna* de Marquieza parecían bailar bajo sus ojos, como si formasen laberintos para encerrar lágrimas. Ella me miró, impertérrita, hasta que comprendí que de nada me valdría disimular, levantar las murallas de enmascaramiento a las que me había acostumbrado en los últimos años.

Ella sabía.

—Lo que me pide es imposible —musité—. No podría volver allí aunque quisiera.

Y la cuestión es que no quiero. Ahora tengo una familia.

—Aaah, la familia. Esa es la clave. Su linaje está maldito desde que su padre abrazó aquel terrible destino. Y esa maldición nunca, nunca los abandonará. —Dio un paso hacia mí, paso que yo retrocedí hasta chocar contra la puerta de la habitación—. Si de verdad quiere salvar a los suyos, Sabine, debe terminar lo que empezó. Si no, sus hijos pagarán cara su cobardía.

Al oírla mencionar a mis niños recuperé el aplomo.

—¿Qué tienen que ver con esto mis hijos? ¡No se le ocurra lanzar una maldición sobre nosotros!

—Usted no cree en el mal de ojo, Sabine —alegó como si me conociera de toda la vida—. Esa dimensión de su existencia quedó atrás. Pero aunque usted no crea en ella, la magia es fuerte en su familia, como podrá atestiguar su madre. Su padre aún está vivo.

Aportó este último dato como si fuese una consecuencia lógica del discurso anterior, cuando no lo era. Y al oírlo, mi corazón se desbocó.

—¿Qué sabe de mi padre?

La gitana desnudó más dientes de los necesarios para darme miedo.

—No hombre por más tiempo, bestia y espíritu libre de los bosques sí. Corre, corre por los confines del mundo sumido en una pesadilla sin final, un sueño interminable de presas destripadas y carne cruda, de lunas de carbón y días de sangre. —Sus ojos brillaron—. Me visita en sueños de vez en cuando, dejándome escuchar su espantoso aullido. Quedamos unidos para siempre cuando se acercó a nuestro campamento para matar, y fue rechazado por la ancestral magia de mi pueblo.

La gitana se mordió el labio inferior con verdadera congoja. Parecía estarme ofreciendo algo, unos conocimientos, que para ellos era imposible regalar.

—En esos sueños he visto que el horror se perpetuará a través de vuestro linaje. Empezará por infectar con su inmundicia a tus hijos, Sabine, y se perpetuará sin fin por cientos de generaciones. —Me agarró de la muñeca, desesperada—. Tienes que buscar a tu padre. Solo tú puedes acabar con la maldición antes de que más inocentes paguen el precio. Pero ten cuidado —advirtió, a modo de colofón de aquel tétrico discurso—: Igual que él fue tentado una vez, también lo serás tú, su primogénita. Cuando llegue ese momento deberás decidir qué es lo más importante.

—¿Lo más importante de qué?

—Del mundo entero, Sabine. Del mundo entero.

Cuando abandoné la mansión la fiesta aún estaba en su apogeo. Pero la alegría había muerto para mí. Solo tenía ganas de irme a casa, con mi familia, con la gente que me quería y en la que podía confiar, más allá de jueguecitos sociales y profecías absurdas. Gente real, no meros guiñoles en un teatro tan falso como la obra que en él se representaba.

Vi salir a la gitana por una puerta menor, de servicio, y perderse en la noche como una gata con pelaje de terciopelo. Noelia Harrow no la acompañaba. Adónde iría, solo ella y quienes vivían esclavizados en su mundo de enigmas podían saberlo.

Fruncí el ceño. Durante ocho años había intentado huir de aquello, asentando mis pies sólidamente en la realidad para que toda una vida de ciencia y pragmatismo compensase las pocas semanas en que la magia trastocó nuestras vidas. Bajo ningún concepto iba a permitir que la superstición volviera a poner en peligro a mi familia, daba igual que se presentase en forma de gitanas locas o de mujeres con tendencia al transformismo.

Alcé la vista al cielo, y durante un prolongado momento me permití fantasear con la idea de que los espacios interestelares que había más allá de las nubes no estaban realmente embrujados.

XIV. DESTINO

Temor por los niños – Un visitante inesperado – La racionalización de lo imposible – Dos días más, sólo eso

1.

Gitanos. Cada vez que alguien se topa con un secreto enterrado, los ve a ellos con una pala en las manos.

James refunfuñó, saliendo del baño con una escupidera limpia que colocó bajo la cama. Acababa de tapar al guacamayo, un capricho emplumado que habíamos decidido comprarle a un comerciante egipcio. Lo teníamos en una jaula que ocupaba medio salón.

Yo estaba acabando de peinarme en el tocador con mi cepillo favorito, un utensilio que llevaba en la familia desde los tiempos en que el aya era joven.

—No seas cruel. Tienen su propia forma de vida —opiné, observando con consternación cómo se iban los cabellos en las garras de aquel instrumento de tortura. Si seguía así, dentro de pocos años me quedaría calva. ¿Había antecedentes? Madre comenzó a perder pelo muy joven. ¡Qué horror!—. Se definen a sí mismos por sus tradiciones. Es lógico que sea gente muy cerrada.

—¿Entre esas tradiciones se encuentra asustar a la gente de bien que nunca se ha metido con ellos?

—Marquieza no quería lanzarnos una maldición, sino librarnos de ella. Según lo que me contó —suspiré—, somos nosotros quienes necesitamos su ayuda.

—Ya. —Mi marido puso cara de tahúr veterano, el que domina los trucos más retorcidos de su profesión—. Y supongo que esa «ayuda mágica» tendrá un precio. ¿Tendremos que vender la casa para pagarla?

—Qué exagerado eres.

Dejé el cepillo sobre el tocador y me metí en la cama. Habíamos sacado los

edredones del armario, porque en el jardín ya empezaban a destellar los primeros copos de nieve. Antes de arrebujarme en las mantas, me levanté de nuevo, hice la ronda por los cuartos de los niños para comprobar que estuviesen bien abrigados, y volví a toda prisa a la guarida. Las sábanas olían a lavanda.

Charlotte se movió en su cuna, que estaba junto a mi lado de la cama. Hizo uno de sus ruiditos de soñar en voz alta y cambió de postura. En las primeras semanas yo alargaba la mano y la mecía, pero eso me dejaba el torso fuera del edredón. Luego descubrí el truco de sacar el pie, engancharlo en las barras de madera de la cuna y hacer movimientos de vaivén. Así no se escapaba el calor. Un «mecanismo podológico», lo llamaba James.

—Lo que me pregunto es cómo está al tanto esa gitana de… ya sabes, lo de nuestra familia —barruntó, acostándose. El quinqué de petróleo ardía en su mesilla de noche, junto a unos informes de aduanas que solía leer antes de dormir. Había tratado de convencerlo de que *Madame* de Staël o Lamartine serían lecturas más apropiadas para las noches de invierno, pero él contraatacaba diciendo que una buena novela lo mantendría en vilo, mientras que lo único que quería a esas horas era conciliar el sueño—. Se supone que nos hemos venido tan lejos para evitar precisamente eso. Que la gente nos reconozca.

—Y sé lo duro que ha sido para ti, teniendo en cuenta las ganas que tienes de ver a tu padre —le acaricié la mejilla—. Pero te doy la razón. También me estaba preguntando cómo nos habrá encontrado. ¿Bola de cristal?

Me dio un pellizco por debajo de las sábanas, justo en la zona donde mis cosquillas eran más vulnerables.

—¡Ay, estate quieto!

—Déjate de bolas de cristal o acabaremos pagando a esa gente para que nos libre del mal de ojo. ¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer con qué?

Me invitó a seguir, como si fuera obvio.

—No voy a hacer nada —subrayé esa palabra—. No creo en las predicciones de una loca gitana.

—Pero te dijo que tu padre estaba vivo.

Me estremecí al oír de nuevo esas palabras. Y no tenía nada que ver con el frío. Charlotte volvió a gemir en su cuna.

—La gente dice lo que sea necesario para llamar la atención. Padre… murió en Mallaig, en los tumultos. —«Junto con Chris», pensé—. Los dos lo sabemos.

—Es lo que nos gustaría creer, más bien.

Le lancé una miraba furibunda.

—James, no sigas por ahí. Dejamos zanjado ese tema hace años, ¿verdad?

—Verdad, pero si existe una posibilidad, por pequeña que sea, de que los niños estén en peligro…

—Los niños no están en peligro —acoté, tajante—. Llevo años oyendo estupideces y falsas acusaciones basadas en la superstición, incluso en la universidad. Si hasta los tipejos que se tienen a sí mismos como hombres de ciencia, y no hablo solo de ese imbécil de Paré, presentan pruebas del lado «oscuro» de la razón, con sus monstruos de feria con aspecto de perro… imagínate lo que podría contarnos una hechicera gitana, que vive tan sumergida en esos mitos que no conoce nada más. —Finiquité el tema escondiendo la cabeza bajo el edredón—. Sea lo que fuere lo que hizo Padre para acabar así, mis hijos no tienen por qué cargar con la culpa. Ellos son completamente inocentes. La maldición de nuestro linaje murió en Mallaig, y ya está.

James no añadió nada. Solo habría servido para avivar la discusión, y en el fondo ninguno teníamos pruebas de que nuestra versión fuera la correcta. Así que cogió sus informes y empezó a ojearlos con los párpados a medio caer.

No llegó a pasar de la tercera página.

Esa noche tampoco hubo sueños que atravesasen la ventana de nuestro dormitorio. Al menos para mí. Desde hacía años mis noches eran limpias, sin sueños ni pesadillas. Ni siquiera las recurrentes, esas que me habían acompañado desde la infancia.

A veces, cuando abría los ojos balanceándome en esa cuerda floja que el cerebro tiende entre los mundos, creía oír ecos de una actividad lejana, como conversaciones intuidas detrás de una puerta. Eso me hacía sospechar que los sueños sí estaban en algún lugar, pero no podía acceder a ellos. Era como si sucedieran en la mente de James y yo, al dormir tan pegada a él, fuese capaz de oírlos.

Cuántas cosas había dejado atrás en Escocia, en eso James no se equivocaba.

Charlotte gimió suavemente y contrajo su carita en una mueca de intranquilidad, como si estuviese soñando con los animales feroces de sus cuentos.

El amanecer llegó sin demasiada fanfarria. Si cayó un poco de nieve durante la noche (y la piel de gallina que se me había quedado así lo atestiguaba), desapareció barrida

por los primeros rayos. No había sido mucha cantidad, entonces.

Mejor así: ojalá el otoño se estirase todo lo posible. De todos modos, al mirar las cumbres de la cordillera las vi cubiertas de un manto blanco, lo cual nos aseguraba una bajada general de las temperaturas en todo el departamento. Ni siquiera los vientos más templados que nos llegaban del mar podían luchar contra el aliento de semejantes colosos.

Habría que empezar a abrigar bien a los niños antes de sacarlos de casa.

Estaba intentando adivinar dónde habría guardado Madre los sacos con la ropa del invierno pasado cuando James abrió la puerta en el piso inferior.

Me extrañó: aún era demasiado pronto para que se fuera a trabajar, y a esa hora nunca nos visitaba nadie.

—¿Va todo bien, cariño? —pregunté.

Al principio no me respondió nadie. Hubo unos segundos de silencio y luego un parloteo tímido, seguido del golpe de la puerta al cerrarse.

Pasos que se dirigían a la sala de estar. Un sillón que se deformaba bajo el peso de alguien no muy grueso.

Iba a repetir la pregunta cuando la voz de James me urgió a bajar inmediatamente.

Descendí a toda prisa la escalera, a pesar de que no estaba vestida para recibir visitas. Las conversaciones de la noche me habían dejado intranquila.

James esperaba en el recibidor, con la cabeza gacha y una mano en el flequillo: un gesto muy suyo de cuando se encontraba con un desagradable imprevisto. Al verme llegar señaló la escasa ropa que tenía puesta.

—Ponte algo antes de entrar —recomendó. El absoluto sosiego atonal de su voz era lo más inquietante—. Ha venido alguien a verte.

—¿Alguien? ¿Quién?

No contestó. Me lanzó una bata que me había dejado el día anterior sobre una silla y salió al jardín.

—Estaré fuera, por si me necesitas. Creo que esto es algo que tienes que resolver sola.

Y se fue.

Me quedé allí, pasmada, preguntándome qué diantre estaba pasando.

Abrí lentamente la puerta de la sala de estar, como si detrás pudiera estar agazapado un ladrón o un perro rabioso. Pero no era nada de eso. La persona a la que James había dejado entrar en mi casa estaba encogida en el mullido sillón, como si sus articulaciones fueran ya demasiado viejas para estirarse del todo. Parecía un anciano, con una tonsura natural que le abría una isla en medio de un cabello muy blanco y

que dejaba al descubierto unas cicatrices antiguas y mal curadas. Iba vestido como un sacerdote perteneciente a una secta poco habitual, esas de las que el pueblo llano prefiere no hablar.

A pesar de que no hice ningún ruido al entrar, se levantó con pesadez, como si se hubiera acostumbrado a convivir con una serie de dolores insufribles, y me dedicó una sonrisa.

—Hola, Sabine. Espero no importunarla con mi visita, pero necesitaba hablar con usted. ¿Podría tomar un té, si no es pedir demasiado?

Me quedé paralizada. El guacamayo chilló, antes de abandonar su percha en una confusión de colores primarios.

El tiempo había tratado muy mal a aquel hombre, pero por muchos años que pasaran y por muy cambiado que lo hubiesen dejado los accidentes en monasterios remotos, creo que jamás dejaría de reconocer al pastor Tobías Tinker.

2.

La senda que serpenteaba por el jardín rodeaba la casa trazando pequeños meandros, destinados a hacer más largo el paseo al tiempo que esquivaba macizos de flores y troncos de árboles que en breve darían fruto.

James había decidido quedarse en casa y no ir a trabajar, no tanto para vigilarme como para evitar que los fantasmas del pasado me hicieran daño. Nos observaba de lejos, simulando estar enfrascado en alguna actividad intrascendente, mientras uno de esos fantasmas y yo paseábamos por el sendero, deleitándonos con el agresivo perfume de las flores de san Pallari y las buganvillas. Los niños nos espiaban tras las ventanas, abultando las cortinas con siluetas de pequeñas cabezas.

La tragedia parecía haberse cebado en Tinker durante aquellos años, y se reflejaba en su apariencia. Encorvado (y aun así más alto que yo), ojeroso, de barba rala y desdibujada, con la mirada velada por las cataratas, aquel hombre distaba de proyectar la imponente presencia del guerrero celestial terrible, aquel aspirante a santo que me había torturado durante los sombríos días de Rhum.

Ahora caminaba a mi lado, tranquilo y amable como un anciano más, como si cualquier atrocidad perteneciente a un pasado brumoso hubiese sido convenientemente borrada de su biografía.

—¿Cómo me ha encontrado? —pregunté, jugueteando con los pétalos de una flor.

—En realidad nunca la perdimos de vista, señora Sabine. La Orden de Isis Urania

tiene amigos en todas partes, y entre todos suman un buen número de ojos —confesó —. Lo que ocurre es que hasta ahora, y viendo cómo había logrado encauzar su vida según un modelo cristiano y bondadoso, no había sentido la urgencia de ponerme en contacto con usted.

—Vaya, pues supongo que mi «modelo cristiano y bondadoso» y yo debemos estarle agradecidos. Sobre todo —añadí con inquina— después de lo que pasó en Escocia. No quisiera que se sintiera obligado a compensarme por haberme encerrado en una celda y sometido a un juicio inquisitorial, ni nada de eso…

Tinker sonrió. Sus ojos se detuvieron en un macizo de flores especialmente hermoso durante largo rato, como ponderando el inmenso poder de Dios al lograr esa obra de arte, mientras yo rectificaba mi impresión. El pastor podía ser viejo, pero en modo alguno senil. Su sonrisa era demasiado ambigua.

Detrás de aquellas flores se alzaba la lápida del aya, que nos había dejado después de una larga dolencia que destrozó su hígado. Pero si Tinker la vio, no dio muestras de que le interesara.

—Fueron días difíciles para todos nosotros —dijo, como si eso lo disculpara todo. El sufrimiento, los asesinatos, el terror que me acosó por las noches durante años…

Contemplado en perspectiva y dando a entender que no lo hizo porque sí, sino obligado por un poder superior, Tinker se lavaba las manos con asombrosa facilidad. Claro, era fácil cargar la culpa en los hombros del deber; así todos eran inocentes, incluso los asesinos.

No pensaba permitirle que se librara tan fácilmente de sus responsabilidades.

—¿Esos «días difíciles» justifican las flores que crecen sobre las tumbas de nuestros criados? ¿O de la gente que murió aquella noche en el puerto de Mallaig? —pregunté.

Tinker se encogió de hombros.

—Ninguna muerte es justificable por ningún argumento, salvo que Dios la hubiese permitido porque de alguna manera encajaba en Sus planes. Eso nunca lo sabremos mientras sigamos siendo hombres.

—Yo pensaba que usted había trascendido ya ese estado…

—Tenga un poco de piedad de este pobre viejo, Sabine. Sobreviví a duras penas al derrumbe de aquella torre, y desde entonces no he parado de viajar por el mundo siguiendo el rastro de aquellos libros malditos. —Volvió la vista hacia una de las ventanas, sorprendiendo en ella el rostro de Christopher, que en seguida se escondió —. No sabe cómo me alegra que al menos parte de su familia lograra sobrevivir. Los hijos son una bendición que Dios solo concede a los que cree dignos. Y me parece

que en este caso… —Me guiñó un ojo perverso— todo apunta a que tuvo más que ver con la concepción del primogénito que de sus hermanos.

Los colores subieron a mis mejillas. Se había dado cuenta. Claro, el parecido entre Chris y su padre era más que evidente. El resto de los niños, que sí eran hijos de James, tenían un aire general en sus facciones mucho menos montañés.

—¿Quiere decirme de una vez para qué ha venido? —Acoté, impaciente.

—Si me lo permite, le contestaré con otra pregunta: ¿A qué ha dedicado los momentos de asueto en esta plácida existencia en el sur de Francia?

—A esto y lo otro.

—Intrigante. Entre «esto» y «lo otro» seguro que ha hecho amigos influyentes, dentro de la comunidad científica. ¿Dónde estuvo la pasada noche, Sabine, después de dejar la universidad?

—En la mansión de unos nobles de Perpignan, teniendo una epifanía —admití—. ¿Por qué le interesa?

—Algunos de los que asistieron a la fiesta del señor Harrow pertenecen también a la Isis, y me dijeron que la habían visto allí… muy bien acompañada.

Era lógico, comprendí: entre sociedades secretas los conspiradores siempre encontraban apoyo mutuo.

—Conocí a gente singular, pero ninguna de mi círculo.

—¿Eso incluye a la gitana, Marquieza?

Me detuve. Otra vez estaba allí aquella vieja sensación de estar rodeada por los zarcillos de la trampa de Tinker. Por Dios, cómo odiaba a aquel hombre.

—¿Militante de Isis, también? —aventuré.

—No, pero nos prestó un buen servicio al hacernos partícipes de ciertas… prácticas paganas que arrojaron un poco de luz sobre nuestro problema. Ya sabe que la orden nunca se cierra a ninguna mitología, sino a aquellas que son abiertamente contrarias al cristianismo.

Chasqueé los dedos mientras comenzaba a atar cabos.

—¡Le ha contado sus desvaríos sobre la maldición de mi familia! —Reí sin ganas —. Vamos, pastor, no me diga que se ha tragado las patrañas de esa loca.

Tinker se chupó el labio inferior, un gesto que me sonó tremendamente familiar: era el que siempre hacía en Mallaig antes de dar su sermón al pueblo, cuando iba a ser especialmente duro en su crítica.

Se estaba preparando para darme malas noticias.

—He viajado bastante durante estos ochos años, Sabine, más de lo que cabalmente podría soportar un hombre de mi edad. Y durante esos viajes he entrado en contacto

con una realidad, un aspecto oculto de nuestro ancho mundo… que me ha revelado cosas horribles. Cosas que supe que eran ciertas cuando su padre, el doctor Donovan, cambió su piel por la del Diablo delante de nuestros ojos. —Se frotó un lado de la cabeza, como si recordar le provocase migrañas—. Ahora sé, y tengo pruebas para respaldarlo, que la presencia de las magias oscuras está muy lejos de desaparecer de este mundo. Esa gitana es solo la punta del iceberg de un cúmulo de secretos increíblemente bien guardados. Secretos que permanecen latentes, subyaciendo a nuestra realidad, pero que pueden salir a la luz apenas rasquemos la capa de oscurantismo que los protege.

—Los circunloquios me marean, pastor. Esto no es una iglesia, y yo renuncié a ser su feligresa hace años.

—Ha ganado aplomo con la edad. Bien, eso le será útil cuando se enfrente a la dura prueba que la espera.

Me di la vuelta, esperando que mi espalda fuera lo suficientemente concluyente como para que Tinker supiera que su tiempo había terminado, y que estaba invadiendo una propiedad privada. Pero no se rindió. Me cogió suavemente por los hombros (ese contacto me transmitió un frío que me puso la piel de gallina, como si a Tinker lo rodease una especie de aura maligna) y me obligó a mirarlo.

—¡Escúcheme, por favor! Entiendo que no esté dispuesta a aceptar lo que tengo que decirle, pero es necesario que lo haga. Ya no me quedan más ases en la manga. Tiene que ser usted la que dé el siguiente paso.

Me zafé con brusquedad. Mi marido hizo el ademán de acercarse para expulsar a Tinker de nuestra propiedad, pero se detuvo cuando le indiqué por señas que la cosa estaba controlada.

—¿Ases para qué, para seguir embarcando a la gente en sus locos proyectos? Si quiere saberlo, el único paso que voy a dar será entrar en mi casa, y espero que cuando cierre la puerta el mensaje le llegue con suficiente claridad.

—Sabine, sé exactamente dónde está tu padre —dijo con voz tranquila, cuando me estaba marchando.

Hice todo lo posible por actuar con normalidad, como si hubiese sido un comentario razonable y no uno que hubiese estallado en mi cráneo como un fogonazo de magnesio.

—¿Qué acaba de decir?

—Tu padre sigue vivo, lo sé porque lo he visto con mis propios ojos. Después de lo de Mallaig reuní un grupo de milicianos y de cazadores experimentados para perseguir a esa criatura. Dimos con su rastro en los páramos e intentamos acorralarla,

pero era demasiado fuerte, y demasiado lista. Siempre escapaba de las trampas y conseguía darnos esquinazo. —Tinker se sentó en el único asiento que había en el jardín, una butaca que usábamos cuando había que arreglar los parterres—. Murieron muchos hombres durante aquella persecución. Tu padre parecía estar jugando con nosotros: al poco de haber perdido su rastro, y cuando pensábamos que no nos quedaba más opción que volver a casa, volvíamos a encontrarlo. Siempre hallábamos una granja destruida, un establo convertido en un matadero, cadáveres destripados de viajeros que iban por los caminos… cosas así. Entonces comprendí que no estaba huyendo de mí. Quería que le siguiese los pasos, que lo persiguiera, que… que fuese al lugar, Dios sabe cuál, al que quería llevarme.

—¿Hasta dónde lo persiguió? —pregunté con un hilo de voz.

Tinker señaló al cielo, pero entendí que se estaba refiriendo a la parte superior del mapa que tenía en la mente.

—Nos adentramos en las montañas hasta que vimos los grandes lagos. En el Mullardoch le perdimos la pista, pero luego dimos con un poblado de campesinos cercano a la ribera. Estaba arrasado, con las casas reducidas a astillas y los cadáveres de sus habitantes esparcidos por la zona, en pedazos no más grandes que mi puño. —Tinker sabía que podía ahorrarse todos esos espantosos detalles, pero necesitaba contármelo. Convencerme de lo terrible que era en realidad aquel asunto. Y yo… tonta de mí, necesitaba oírlo—. Desde allí continuamos hacia Scardroy, Braemore, Duchally, Tongue… Siempre, siempre hacia el norte. En mi corazón albergaba la esperanza de que se cansara, que la maldición remitiese con la llegada de cada nuevo día y Donovan volviera a ser un hombre, pero fue inútil. Cada vez que anochecía podíamos oír su aullido, y así sabíamos que nos estaba llamando, y que si no acudíamos otros inocentes lo pagarían caro.

—¿Cuánto duró la persecución?

—Más de siete meses, al cabo de los cuales tocamos la costa norte del país. Allá donde íbamos dábamos la alarma y la iglesia nos prestaba toda la ayuda posible. Más y más hombres se sumaban a la cacería, pero en cada ocasión que creíamos tenerlo acorralado… —Sus manos temblaron. Realmente, habían vertido paletadas de tierra en demasiadas tumbas—. ¿Sabes dónde se encuentra la ciudad de Hollandstoun, Sabine?

—En una de las islas exteriores —aclaró James, que se había acercado para escuchar la historia—. En North Ronaldsay. Es el ultimo puerto antes del océano abierto.

—Así es —confirmó Tinker—. Fue el último lugar donde lo vi. Cada vez que

atravesábamos un brazo de mar me preguntaba cómo lo haría, si nadaba o secuestraba barcos para que lo transportaran a la siguiente isla. Me decanté por la primera opción, porque por lista que fuera seguía siendo una bestia, y había perdido la capacidad de hablar y de amenazar como podría hacerlo un hombre.

»Cuando por fin pisamos North Ronaldsay, creí que le sería imposible seguir huyendo. Ya no había más costas cercanas a las que trasladarse. ¿Se lanzaría al océano abierto, por mucho que sus cuatro patas pudieran impulsarlo? ¿Estaría tan loco, o tan poseído por Satanás, como para intentarlo?

«Maldita sea —rumié—; nos tiene atrapados en su relato. ¿Cómo demonios me he dejado convencer?».

—¿Qué pasó entonces? —preguntó James.

—Hallamos una ermita que se levantaba donde antiguamente hubo un asentamiento vikingo. Un clérigo local me contó que había sido escenario de ceremonias paganas durante siglos, hasta que los cristianos se asentaron en la isla. Tu padre, Sabine, fue derecho hacia aquel enclave atravesando toda Escocia. Una vez allí destrozó la ermita para desenterrar lo que había debajo, los restos del altar pagano.

—¿Un santuario celta?

Tinker negó con la cabeza.

—No. Algo mucho peor, más… arcaico. Hallamos restos de una cultura que se había asentado en la costa antes incluso que los daneses o los noruegos. La escritura rúnica coincidía con la vikinga, pero parecía más tosca. Y estaba llena de imágenes representativas de sacrificios humanos, sobre todo de niños, a los espíritus del bosque. Sin embargo, en cuanto al texto en sí, por más que recabé datos en los años posteriores no logré encontrar a nadie que pudiera descifrarlo. Ningún sabio europeo había visto jamás aquellos símbolos.

—¿Está diciendo que mi padre murió en el mar? —Lo miré con los ojos entrecerrados. A nuestro alrededor la luz estaba envejeciendo antes de tiempo, como si el día tuviese prisa en morir.

—Constatar eso me gustaría más que nada en el mundo, Sabine. Pero no puedo. Sospecho que Donovan logró llegar de alguna manera a la costa de Noruega, a pesar de la distancia, y desde allí a los inmensos bosques nórdicos. A lo largo de estos últimos años me han llegado cartas de misioneros benedictinos que viven en la zona, y que suplican a todo el que pueda escucharlos que les envíe ayuda. Describen con precisión los ataques de una bestia salvaje, que a veces viene acompañada por una manada, cuya ferocidad no tiene límites. —Se frotó los ojos—. El papa romano no puede hacer nada por ellos. Nosotros tampoco, a menos que comprendamos de una

vez cuál es nuestro papel en esta tragedia.

—¿Una manada? —Parpadeó James.

Planté cara a Tinker. Había llegado a mi límite en lo tocante a escuchar majaderías.

—Váyase ahora mismo de mi propiedad. No pienso tolerar que…

Un grito provino de la casa. Era de uno de los niños.

3.

El huracán que penetró en la casa abriendo puertas y recogiendo a Chris del suelo era yo. El niño yacía contraído sobre la alfombra, con sus hermanos mirándolo en silencio, sin entender lo que estaba pasando.

Lo acuné en mi regazo.

—¡Chris! —exclamé, histérica—. ¿Qué te ocurre, estás bien?

—Mamá, me duele aquí —dijo con una vocecilla etérea, ausente, como si estuviera dormido. Se palpó el estómago.

James me ayudó a acostarlo en el sofá mientras le remangaba la camisa y le examinaba el vientre. Lo que vi contrajo mis pupilas como si alguien me hubiese plantado una antorcha ardiente frente a la cara.

El niño tenía una especie de excrecencia tumefacta que le nacía justo por debajo del ombligo y se abría como una flor púrpura extendiendo sus pétalos hacia la espalda. No se trataba de una sustancia que le hubiese teñido la piel, porque parecía brotar de su interior, de una reacción patológica en los músculos o los tejidos.

Y yo había visto antes algo similar. En Rhum.

En la piel del niño salvaje.

Era la marca de la Bestia, la firma del Diablo. El tatuaje que señalaba a los malditos.

—Iré a buscar al médico —dijo James, poniéndose la chaqueta. Pero lo detuve.

—Espera.

—¿Por qué?

Me volví lentamente, observando la oscura silueta de Tinker. El pastor nos miraba en silencio, como si esperase aquel espectáculo.

Me arrojé sobre él, agarrándolo con furia por la camisa. El pastor me miró con terror, convencido de que en esos momentos podía hacerle mucho daño, incluso matarlo.

—¡¿Qué le ha hecho a mi hijo?! ¡Esto es obra suya!

James no hizo el menor esfuerzo por detenerme, a pesar de que el pastor lo buscó con la mirada, suplicante. También estaba deseando verme cometer ese homicidio.

—¡Tranquilízate, Sabine! ¿Cómo podría ser yo el responsable de ese mal? ¡Razona!

—Aquí ya se ha razonado todo lo que se podía razonar —escupí, manchándole el bigote de saliva—. Sabía que esto le iba a pasar a mi hijo, ¿verdad? ¡Está compinchado con esa bruja gitana!

—Marquieza me advirtió, es verdad, pero no lo hemos provocado. Trató de prevenirte a ti también, Sabine, pero no la escuchaste. Creíste que volviéndole la espalda a la maldición esta desaparecería, pero ni siquiera Dios puede hacer que se esfume. Tu linaje está maldito, niña, y si tú no sucumbes al mal, tus hijos, que son más débiles, sí lo harán.

Por unos instantes estuvimos respirando fuego, una pantalla de llamas que flotó entre ambos. Luego volví al sofá y acaricié los cabellos de Chris. El niño parecía más tranquilo, pero aún tenía cara de sufrimiento. El tatuaje tumefacto se le había extendido unos centímetros durante aquella pelea, como si recolectase y amplificase la tensión que había en el ambiente.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi marido—. Por favor, Sabine, déjame llamar al doctor para que lo vea.

—No serviría de nada. Lo que le ocurre no tiene nada que ver con la medicina tradicional —aclaré.

Una voz nueva llegó desde el otro extremo del salón:

—Qué interesante. Los viejos fantasmas nos visitan. ¿Dónde están sus cadenas, pastor?

Tinker se volvió hacia la voz. Había una cualidad reconocible y a la vez perturbadora en ella que el pastor no había podido olvidar. Pero deduje que no había logrado identificar al joven que, vestido como un caballero y apoyado en un hermoso bastón de caoba, nos observaba con el distanciamiento del presidente de un tribunal. Era más alto que James y que yo, pero tenía una doblez antinatural en el cuerpo que lo hacía parecer un muñeco de trapo.

El elegante caballero se sentó junto a las rodillas de Chris. Empezó a masajearlas mientras nos llegaba la caricia de su perfume.

—¿Quién es usted? —preguntó Tinker. Se percibía el miedo en su voz. No miedo hacia aquel hombre, sino hacia lo que representó en una época lejana.

—Soy el fantasma de los tiempos modernos. Es un placer conocer a quien embrujó una época pasada. Pero no se preocupe: entre espectros todo se perdona.

—¿Cómo dice…?

Sonreí con rabia, tentada de seguirle el juego a mi hermano. Pero había cosas más importantes que torturar a Tinker.

—Isaiah, pórtate bien con nuestro invitado. Al menos hasta que lo echemos a patadas de la casa.

Tinker abrió mucho los ojos, reconociendo los rasgos de aquel niño retrasado en los del paladín de la armadura de seda.

—¿Usted es… Isaiah?

Mi hermano se encogió de hombros, con un movimiento similar al de un fuelle que se inició en algún punto por debajo de su abdomen.

—Cuidado, pastor, no vaya a dejar que algo tan trivial como el sentido común se entrometa a la hora de sacar conclusiones. Tendría que replantearse algunas cosas que daba por sentadas, incluyendo el hecho de que los niños, hasta los deformes, pueden crecer y hacerse adultos.

Tinker se sonrojó. Era la primera vez que lo veía caer presa de esa reacción tan humana, y tuvo un efecto completamente desmitificador, como si un sacerdote areopagita[41] de la Antigüedad hubiese sorprendido a uno de sus dioses dejando escapar una ventosidad.

—Lo siento, es que… no me esperaba que usted, con su tara…

—… Pudiese mejorar hasta el punto de mantener una charla culta con otra persona. —Isaiah movió la cabeza brevemente, como si acabara de morder un limón especialmente ácido—. Qué predecible es la gente predecible, por Dios. De todos modos, no debe preocuparse: si quiere mantener intactos sus prejuicios, todavía puede acusarme de brujería por mi deformidad. A la hora de colgar gente de sogas eso debería bastar.

—¡Dejadlo ya! —exclamó James, colocándole unos paños húmedos en la frente a Chris. El niño temblaba de fiebre—. ¡Tenemos que hacer algo!

Tinker me lanzó una mirada de Gorgona.

—Sabéis que no se puede hacer nada, al menos con métodos convencionales. Lo que vuestro hijo necesita es acabar con el maleficio. —Contempló las marcas del tumor; sus complejas ramificaciones recordaban un arabesco, más que una enfermedad natural. En efecto, eran idénticas a las que habíamos visto en el cuello del niño salvaje antes de que lo mataran—. No puedo obligarte a acompañarnos, Sabine, pero quiero que sepas que la expedición está en marcha. Lo único que me faltaba era venir a avisarte.

—¿Expedición? —Se sobresaltó James—. ¿Qué expedición?

Tinker lo ignoró. Tenía los ojos clavados a fuego en los míos.

—Te necesitamos —dijo, y parecía mortalmente sincero—. He rezado durante incontables horas suplicando una señal, una revelación de Dios que nos ayude a poner fin a esta pesadilla. Y el Altísimo, infinita sea Su misericordia, me la ha concedido. Solo tú puedes acercarte a tu padre sin peligro, Sabine; puedes hacerlo salir de los bosques y atraerlo al lado humano de su naturaleza.

—Está loco… —murmuré. Pero Tinker no se dio por vencido. Estaba hablándome otra vez desde su púlpito de llamas, igual que en Saint Clemens.

—Solo te lo pediré una vez. Y porque amas realmente a tu familia, sé que tomarás la decisión correcta. —Se dirigió a la puerta. Chris gimió en mis brazos, como si supiera que él era la clave de todo—. El barco esperará en el muelle de Canet-Plage hasta dentro de dos días —dijo el pastor a modo de despedida—. Trae equipaje, el viaje será largo.

Y se marchó.

Allí nos quedamos nosotros, mi familia, en aquella fría habitación, atrapados una vez más en la telaraña de intrigas de ese mundo oculto al que nos había arrastrado la locura de Padre.

Cómo lo odié entonces.

James soltó una risita histérica.

—No irás a tomarte en serio su ofrecimiento, ¿verdad? ¡Tu familia te necesita aquí, en casa!

—No es aquí donde Chris me necesita ahora —susurré, como si lo estuviera diciendo otra persona. Una que ya había tomado unas decisiones que a mí me aplastarían el corazón. Una que sabía que tenía que compensar de alguna manera a mi familia por aquel acto de cobardía de hacía tantos años, en Rhum, cuando huí de la mansión disfrazando mi pavura de plan genial para derrotar al monstruo.

Subí a toda prisa la escalera hasta mi dormitorio. Madre, que lo había oído todo desde el segundo piso, me esperaba con las maletas sobre la cama.

—¿Qué estoy a punto de hacer? —le pregunté.

Madre había dejado de ser la mujer elegante y bien plantada que recordaba de mi niñez (su cabello había encanecido mucho y la piel se le había arrugado hasta el punto de que parecía la viva imagen del aya), pero seguía conservando una chispa de aquella determinación que la llevó a enfrentarse al mal en Caer Minloch y sobrevivir.

Fue esa chispa la que le permitió decirme:

—Lo que Chris más necesita en este momento, hija. Aunque nos duela, solo hay

una manera de solucionar esto.

Comenzó a sacar de los armarios toda mi ropa de invierno. En un momento dado separó unas camisitas que ella misma había tejido para Chris cuando nació. Las cogí y sentí su textura, el olor a bebé y a leche materna que aún impregnaba las hebras. La promesa de un futuro mejor que se venía abajo por las sombras de oscuros días pasados.

Con las camisas en la cara, aspirando su aroma, volví a llorar.

XV. EL PAÍS DE LAS NIEVES PERPETUAS

El tortuoso camino que lleva al Norte – Arponeros y ballenas – La misión – «Haber mirado al Mal a la cara…»

1.

La bodega de aquel barco parecía la tráquea de un enfermo de tuberculosis.

Los pasillos estaban recubiertos por un moho viscoso que supuraba la madera, envenenado por los estratos de mil cargas que se habían podrido a lo largo de las décadas, resbaladizo por algo nauseabundo parecido a flemas humanas.

De los tres que habíamos tomado, este era el barco más limpio.

Cuando me presenté en el muelle para embarcar con el grupo de Tinker (seguida por un malhumorado James que cargaba, el pobre, con todas las maletas), sabía que no iba a ser un viaje de placer. Pero la realidad era mucho peor. El pastor había contratado barcos viejos y rápidos que sirvieran a sus fines, sin preocuparse de su propia comodidad ni la de sus acompañantes. Parecía el general de un pequeño ejército compuesto por hombres de mala catadura, recios y malhablados, que no me tuvieron en consideración salvo para hacer chistes groseros sobre mi escote. Su aspecto me trajo a la mente el de otros marineros, los de aquel enorme barco que nos había llevado a Rhum cuando era una adolescente, el *Enchanted*, solo que estos no eran hombres de mar. Tinker decía que la Iglesia Presbiteriana los había contratado como último recurso para enfrentarse al demonio, pero por más que llevasen crucifijos colgando de cadenas y tatuajes de Cristo redentor, distaban de ser personas de fe.

Mercenarios.

Mi padre me había hablado de ellos en alguna ocasión, gente que peleaba en guerras ajenas por dinero. Les daba igual matar por un país cualquiera que por una

Iglesia cualquiera, por un mecenas acaudalado e incluso por defender unos ideales opuestos a los suyos. Aquellos hombres eran guerreros, asesinos tan despiadados como los cruzados que marcharon a Tierra Santa, en épocas pretéritas, a arrasar las tierras musulmanas a sangre y fuego por petición del papa.

Si estos brutos eran el último recurso de Tinker, es que la situación había llegado a extremos insostenibles.

Cuando subí al primer barco, en Canet-Plage, pensaba que nuestro itinerario seguiría la ruta lógica para llegar a los países del Norte. Es decir: cruzar las columnas de Hércules, bordear Portugal y hacer una última escala en Gran Bretaña antes de poner rumbo a Noruega. Pero Tinker tenía otros planes. Quería llegar a los fiordos en el menor tiempo posible, por lo que había preparado concienzudamente otra ruta: atravesar Europa en lugar de rodearla.

Navegamos hacia el este hasta el estuario del Ródano y lo remontamos hasta sus mismas fuentes, cerca de la ciudad de Vittel, donde el río ya cambiaba de nombre. Desde allí cruzamos la frontera en ferrocarril hasta llegar al Rhin, en Alemania, y cogimos un barco fluvial para remontarlo hasta la costa norte del continente, repostando en Estrasburgo, Colonia y Arnhem.

Cuando al fin divisamos el lago Markermeer, nuestra puerta al océano, habían pasado tres semanas. En todo ese tiempo no había dejado de pensar en mis hijos. Sus caritas inocentes se me aparecían a cada momento; imaginaba las manitas tendiéndose hacia mi falda, agarrándola, preguntándome por qué no estaba allí para darles las buenas noches.

¿Estaría bien el bebé? ¿Se habría detenido la hemorragia de tatuajes que manchaba la piel de Chris, o habría seguido extendiéndose por todo su cuerpo? ¿Estaría sufriendo un dolor insoportable, rezando noche tras noche porque su madre volviera para curarlo?

La incertidumbre era espantosa, una auténtica tortura. Estaban en buenas manos, lo sabía, pues James había demostrado ser un magnífico padre, y Madre aún tenía fuerzas para ayudar en muchas cosas. Pero estar separada de ellos, por primera vez desde que los traje al mundo, era el peor tormento que jamás había tenido que pasar. Ni siquiera en los sótanos de Saint Clemens me había sentido tan asustada, impotente y fuera de contexto…

Mi ropa, a pesar de haber reutilizado varias veces cada prenda (tras lavarlas con saña en el momento y lugar en que me era posible, cosa que no hacía ninguno de los mercenarios), apestaba a salitre, rebozo y aceite, y a las fortísimas especias con las que condimentábamos las comidas de a bordo.

Ya no recordaba lo que era oler bien, a dama elegante y civilizada, y temí que nunca regresaría a ese estado.

El mar del Norte era distinto al Mediterráneo. El tono de las aguas era más gris que azul, y aunque por fortuna no nos castigó un oleaje intenso, tampoco vimos que se aplacara en ningún momento. Parecía una bestia irritada con los humanos por tenernos encima, hiriéndola con nuestra quilla.

En una ocasión avistamos un grupo de ballenas, con los surtidores clavados en sus lomos como lanzas de espuma. Pero el capitán no quiso acercarse a ellas. Dijo que eran cachalotes, unas bestias carnívoras que se tragaban barcos enteros junto con sus tripulaciones. No sé si lo decía en serio o para burlarse de mí, pero logró su propósito: a sabiendas de que aquellas aguas salvajes eran hogar de monstruos, me pasé el resto del viaje encerrada en mi camarote, rezando.

Y hubo un hombre que siempre rezó conmigo.

Me acordaba perfectamente de su rostro, de los días del interrogatorio en Saint Clemens. No había envejecido tanto como Tinker (aunque la tonsura de su cráneo abarcaba más petequias), pero sí que parecía distinto. Más maduro, o quizá… más desilusionado con respecto a las circunstancias de la vida. Y no era para menos, dado el estado de su pierna.

—Me la amputaron en la noche fatal, aquella en que se quemó el monasterio —me contó Montage Kegan, que fue cronista de la orden en aquella época y, por lo que parecía, seguía siéndolo en esta, aunque con una visión más amarga de los acontecimientos—. La verdad es que tengo grandes lagunas con respecto a lo que sucedió: cómo me hirieron, cómo fui rescatado por mis hermanos, el hospital donde me pusieron los hierros… Por más que se lo pido, mi mente se niega a retornar a aquellos tristes días.

—A mí me ocurre justo lo contrario —dije—. He pasado casi una década intentando borrar la mayor cantidad de detalles posible, pero aún hay muchos que se resisten.

Kegan me enseñó la pierna. Era una visión ciertamente desagradable, pues el muñón que tenía a la altura de la rodilla se fusionaba con un aparejo metálico, una especie de cruz de hierro que le tapaba la herida, cuyos clavos oxidados se hundían profundamente en la carne. El muslo parecía un reo metido en una jaula de castigo, de esas que se colgaban antiguamente en los caminos para servir de escarmiento. Un reo tan obeso que la carne le rebosaba por los barrotes de la jaula.

Kegan estaba orgulloso de su pierna, como quien se ha traído un recuerdo horrible de una batalla y lo pasea ante sus amistades para que sepan cuánto ha sufrido.

—Es como un pariente que se fue pero al mismo tiempo sigue ahí. Tan cerca como para tocarlo si extiendo el brazo —dijo el sacerdote—, y tan inalcanzable como un pájaro que ha volado. —Señaló un punto situado en línea con su pierna, quince centímetros por delante del muñón—. ¿Ves ese lugar, ese en concreto?

Moví la mano hacia allí. Un espacio vacío delante de su pierna.

—¿Este?

—Todos los días me duele la pierna que me falta, justo en ese punto. Daría lo que fuese por poder rascarme, aunque sé que no está ahí, que es una ilusión… pero noto el pie que me amputaron, agonizando. Chillando de pánico.

Aparté rápidamente la mano del sitio, aunque no estaba tocando nada. Había oído historias de lisiados que se quejaban de que les dolía el miembro perdido, como si su fantasma siguiera cosido al cuerpo, pero creía que eran cuentos de brujas para asustar a los estudiantes de medicina novatos.

—Maldita sea, ¿qué hago aquí? —me pregunté por enésima vez.

—Tinker confía en ti. La fuerza bruta ha fracasado con tu padre. Tal vez el amor que siente por su hija sea la clave para hacerlo volver.

—¿Acaso tiene un plan para reducir esa idea tan poética a algo real?

—En cuanto toquemos tierra nos dirigiremos a la misión de San Aparicio, desde donde nos llegaron las últimas cartas de los benedictinos referentes a los ataques de los lobos. Será un lugar inhóspito y peligroso. No quiero que te engañes, Sabine: nos estamos moviendo por el lado difícil de lo completamente imposible.

No dije nada. Conocía el plan, pero me seguía pareciendo una estupidez. ¿Qué esperaba Tinker que hiciera, sentarme en un claro como cebo a esperar a que un gigantesco hombre lobo surgiera del bosque y entonces cantarle una nana?

—Te gustará saber que me he convertido en un auténtico experto en la obra de tu padre —comentó Kegan, para rellenar el tiempo.

—¿Su obra? ¿Qué obra?

—La literaria, por supuesto. El doctor Donovan no solo fue un incansable viajero y coleccionista de libros prohibidos. También agregó muchas anotaciones de su puño y letra, complementando las páginas que traducía con sus propias observaciones. —Extrajo un libro de un saco de cuero, un ejemplar hecho de páginas de cien orígenes distintos y otras tantas coloraciones. Y me lo enseñó—. Podríamos decir que fue el mayor escoliasta que he conocido en lo tocante a disciplinas heréticas. Debió de viajar realmente mucho, ese hombre. ¿De dónde sacó tiempo para una familia?

Tardé unos instantes en asimilar esa información, antes de regurgitarla como una pequeña y molesta bola de incredulidad.

—Eso me pregunto yo.

—No soy quién para opinar, por supuesto, ya que nunca he tenido familia propia, pero siempre he pensado que los hombres que escriben esos libros que tanto adoramos (o a los que tanto tememos) deberían ser personas solitarias, casi por norma.

—Yo sí tengo familia, y le prometo que las personas son más importantes que los libros. Digan lo que digan sus normas.

Kegan abrió el libro por una página que tenía marcada con el astil guarnecido de barbillas de una pluma de ganso.

Me horrorizó lo que había allí dibujado. Vista de lejos parecía una mancha negra, de tinta vieja y descascarillada, flanqueada de pequeños caracteres. Pero más de cerca se distinguían perfectamente los músculos, las piezas del cráneo, el tenso ligamento de una lengua clavada a una hipotética mesa de operaciones (la misma página amarillenta que sostenía el dibujo). Era el esquema de una disección, el análisis pormenorizado de los componentes de una cabeza que estaba a medio camino entre la de un hombre y la de un animal salvaje.

La caligrafía original que acompañaba a aquella ilustración estaba escrita en un árabe tembloroso, una culebra con forma de grafo que se devoraba a sí misma. Pero junto a ella había letras latinas, en un color distinto, que correspondían innegablemente a la mano de Padre. Señalaba con flechas unas gotas dibujadas que caían de las fauces de aquel rostro, pretendiendo ser su sangre, y decía NEPANTIS, subrayándolo varias veces.

Nepantis. ¿De qué me sonaba ese nombre?

—Me costó lo indecible trazar un mapa de las actividades y los descubrimientos de tu padre en tierras de ultramar —dijo Kegan, emocionado—. Durante las semanas que siguieron al incendio, mientras perseguíamos incansablemente al monstruo hacia el norte… yo cargaba con los libros que habíamos requisado de su biblioteca. Unos pocos —precisó—. Otros se perdieron para siempre, añadiría que por fortuna.

—¿Qué libros eran?

—Manuscritos árabes, incunables chinos, traducciones parciales de… eh… —Parecía que a sus frases les costaba moverse por el restringido espacio de la bodega—. Pero esto ya debes de saberlo, ¿no? ¿No te permitió tu padre entrar nunca en su biblioteca?

—No. Esa fue una de las muchas cosas que repetí hasta la saciedad aquella noche, y nadie escuchó.

—Está bien, es irrelevante. Tu padre, Sabine… tenía una mente prodigiosa. Mal

orientada, eso sí, pero prodigiosa. Logró enlazar las hebras perdidas de unos mitos que hasta ahora parecían excluyentes. Él… —Miró de reojo la escalera que llevaba a la cubierta, como si Tinker o alguno de sus mercenarios pudiera bajar y sorprenderlo cometiendo un acto impuro—. Él siempre se negó a escuchar leyendas y supersticiones aisladas, de pueblos muy distantes entre sí. Por contra, redujo esos mitos a un común denominador y sacó algunas conclusiones que, de no haber provenido de tan nefasta fuente…

—Usted lo admira —comprendí, asombrada.

Durante unos instantes, la figura de mi interlocutor pareció un agujero en forma de monje tallado en la misma estructura de la oscuridad.

—Sí —admitió, bajando la voz—. Aunque no admiro al hombre, sino a su trabajo. A los lugares que llegó a descubrir. Observa esto, es apasionante. —Me mostró aquellas sucias páginas que sus ojos, sin duda, contemplaban como el mayor tesoro que jamás había caído en las arcas de la orden. No supe si sentir lástima o una taimada forma de respeto hacia su locura—. Piensa en esta simple palabra: nepantis. ¿La habías oído antes?

—Lo cierto es que me suena. Lejanamente.

—La mayoría de los escolios del doctor se refieren a esta mítica sustancia, que según algunas fuentes manó de la copa que Licaón[42] tenía en la mano cuando intentó engañar a Zeus. Cuando el dios transformó al monarca antropófago en un lobo, la copa cayó de su mano y el líquido, que en realidad era la sangre de su hijo sacrificado, se filtró por los tablones del suelo y formó un manantial. Los lobos que bebieron de ese manantial durante los siglos posteriores se transformaron, dando lugar a una nueva raza híbrida de hombres y bestias.

Una sonrisa incrédula se abrió paso en mi rostro. Sin darse cuenta, Kegan había adoptado un tono de cuento de hadas.

—No me diga —me burlé—. Y ahora me contará que al final del arco iris hay una marmita.

—¡Hablo en serio, Sabine!

—¿Ah sí? ¿Con qué autoridad puede uno permitirse hablar en serio sobre un mito?

—Con la que me dan los cientos de cadáveres que tu padre dejó tras de sí al atravesar Escocia. —Su voz se había vuelto dura como la piedra. Y yo no tuve fuerzas ni argumentos para discutírselo—. Donovan hizo un terrible descubrimiento cuando era joven, algo que cambió su vida para siempre: oyó hablar de las penurias de un

antiguo sacerdote luterano llamado León Spierer, que se perdió en los bosques del este de Europa, más allá del río Buzâu, y halló… —Le tembló el labio.

—¿El qué?

—Algo que ningún hombre civilizado había visto en cientos de años. Quizá miles. Spierer habló de una comunidad de hombres-bestia, del lobo que anda sobre dos piernas y se parece y actúa como los seres humanos, aunque no habla como ellos. Un pueblo espantosamente primitivo que podrían haber sido los descendientes de los attacotti, desaparecidos de tierras britanas.

—Los attacotti fueron estigmatizados por san Jerónimo y exterminados por los duques de Clammon. Recuerdo haberlo leído mientras estudiaba. No quedan huellas de su cultura en las islas Británicas.

—En las islas no, pero te equivocas si piensas que los orgullosos Clammon los mataron a todos. Tu padre estaba convencido de que algunos consiguieron escapar. Se lanzaron al mar en precarias embarcaciones y este los dividió en tres grupos. —Separó las manos en el aire—. Algunos llegaron a la costa de Francia, y de allí emigraron al este, hacia las remotas fronteras con Asia. Ese podría haber sido el pueblo que encontró Spierer oculto en la foresta.

—¿Y los demás, adónde fueron a parar?

Kegan señaló alternativamente la proa y la popa del barco.

—Unos a las Hébridas, tal vez a Rhum, donde empaparon la tierra con su rabia. Los demás al norte, a las tierras de las nieves perpetuas, de donde provienen las leyendas sobre los *berserker* y los hombres poseídos por espíritus salvajes. Ese lugar de donde vinieron los guerreros de afilados colmillos que arrasaron los poblados britanos durante las invasiones vikingas.

El recuerdo estalló en mi cabeza con una nube de luces. Recordé con gran nitidez lo que el viejo Freys me contó aquella tarde, en el faro, hacía tantos años:

»—*Ulfhed*, así los llamaban en el país de los hielos del que llegaron los hombres que se vestían con la piel de los lobos. Cuenta la leyenda que muchos de ellos vinieron a parar a esta isla cuando una feroz tormenta hundió sus barcos. Aquí cavaron madrigueras con las manos desnudas, para procrear y perpetuar su linaje.

»—¿Todavía viven en la isla? —pregunté, acongojada. A la imagen de la oveja muerta que encontramos en el bosquecillo de jacintos se unió otra aún más repelente: la de un hombre velludo hasta el extremo de lo grotesco que se alimentaba de ella, hundiendo sus afilados caninos en la carne.

»—No, hijita —dijo Freys—. Ya no. Se extinguieron hace mucho, pero el recuerdo de que un día corrieron desnudos y ávidos de sangre por estos páramos

sigue atado a la tierra. Si alguna noche ves a un pastor señalar con temor la niebla y susurrar las palabras *loup-garou*… —Trazó la señal de la cruz sobre su barba—, mejor corre a esconderte, porque significa que el espíritu de las antiguas bestias corre libre de nuevo».

Contuve un escalofrío. Había logrado olvidar todo aquello. O eso pensaba.

Kegan me mostró más trozos de pergamino, más dibujos y diagramas anotados: pieles de lobo arrancadas por la fuerza del cuchillo, una mujer que daba de beber a su hijo pequeño un extraño brebaje, y una fórmula alquímica para describir algo, no supe si la transmutación de los elementos o de las almas.

—Por lo que se deduce de estas notas —continuó el monje—, tu padre estuvo en Noruega con uno de sus equipos de investigación justo antes de que nacieras. Buscó a los descendientes de los attacotti durante meses, pero lo único que consiguió fue perder a algunos de sus investigadores. Sin embargo, durante ese tiempo… algo le tuvo que pasar. Solo a él, sin testigos. En algún lugar remoto del norte de Noruega debió de encontrar…

—¡Una piel de lobo! —Las cejas salieron repelidas de mis párpados. En efecto, una piel, pero no una cualquiera, sino la piel; aquella de la que jamás se separaba y que usaba como envoltorio para proteger sus libros más queridos. Sus tesoros.

—O la encontró o se la robó a alguien —precisó Kegan, los ojos inflamados por un resplandor maligno—. Así dice la saga de Voelund, cantada por los bardos desde los tiempos del bravo Beowulf:

Sea el hamr devuelto a su dueño de oscuras fauces
o custodiado por otra alma demente,
pues la sangre que calmó mi sed hierve,
la ira inflama los nervios de fiebre
y profundos dolores laceran mi vientre.

Yo que pensé elevarme
coronado de goces inmortales
y me creí feliz por la gloria haber alcanzado,
extraviado en el dédalo de monstruosidades
por el insensato libro de mis actos seré juzgado.

—Padre encontró a un hombre maldito que se había despojado de la piel del Diablo —deduje—. ¿Es eso? Se la robó y así lo liberó de la maldición, pero esta

recayó sobre sus hombros. Y jamás le contó nada a nadie, ni siquiera a nosotros, por miedo a desatar las iras de la Iglesia.

—He llegado a pensar que tu padre deseaba más que nada en el mundo librarse de esa maldición, sobre todo para protegeros a vosotras, pero al mismo tiempo… —El sacerdote soltó un largo suspiro, que se condensó en el aire frío y quedó colgando delante de su nariz—. Creo que al mismo tiempo pensaba que no había nada más hermoso en el mundo que haber caído bajo su influencia, por nefasta que fuese.

Eso me sacó de mis casillas.

—Pero ¿qué barbaridad es esa? ¡Padre jamás sentiría nada semejante!

—Cálmate. Mira, te lo leo directamente de su puño y letra. —Alisó con el dorso de la mano una de las maltrechas páginas y me la acercó para que viese que realmente era una de sus anotaciones—: «… Es la sensación más embriagadora que he experimentado nunca, y que ningún humano que se encuentre, como yo, en su sano juicio, podrá disfrutar jamás… Ese hálito divino que hierve directamente en la corteza cerebral, que habla de una libertad extrema, sin cortapisas, sin fronteras ni limitaciones morales o religiosas… El regreso a un estado atávico de la existencia del que nuestra especie no debió moverse nunca». —Kegan pasó la página—. Hay una parte ilegible, pero aquí sigue: «Hoy he aprendido lo que es correr libre por esos bosques, sintiendo la naturaleza en estado puro, sin cadenas que la amarren ni diques que contengan su abrumadora fuerza. Sin máscaras que disimulen su verdadero rostro de madre despiadada y a la vez cariñosa, terrible y sobrecogedora, capaz de hablarnos en lenguas que olvidamos cuando aún éramos niños, al principio de los tiempos… He recordado cómo hablar estas lenguas, he corrido con los lobos, matado y bebido la sangre de mis presas, y si ahora estoy obligado a dejar esto atrás y regresar a lo que insensatamente llamamos *civilización*, lo hago únicamente por pura necesidad… Sé que me arrepentiré como nunca en mi vida de volver a la pantomima, a los trajes, a los libros y la tecnología, incluso al lenguaje articulado que define a los humanos, pero no tengo otro remedio… La madre Tierra así lo quiere, pues no es a mí a quien busca… Mi único consuelo es haber aprendido a destilar el jugo de la hiel de la Tierra, esclavitud eterna a la que me rindo a sabiendas, pues solo el nepantis puede hacerme revivir aunque sea una mínima porción de la gloria de Su abrazo…».

—Dios de misericordia. —Me llevé las manos a las mejillas. Sencillamente, no podía creer lo que estaba leyendo.

—En otro lugar incluye una especie de fórmula de preparación de ese elixir, uno de cuyos componentes es el sépalo del jacinto, la flor del cielo.

Un incómodo silencio flotó entre nosotros, roto únicamente por la campana que

tañó en la cubierta. Miré a Kegan como intentando culparlo por haber sacado todas esas conclusiones, como si fuera el responsable directo de las notas que Padre había dejado en aquellos libros.

La campana volvió a tañer, plantando un sonido de diapasón en mi alma.

Ambos nos pusimos en pie, pues sabíamos lo que significaba aquella llamada.

El barco estaba llegando a destino. Y lo único que restaba, al menos entre Kegan y yo, era sacar conclusiones.

2.

El fiordo de Ardalsfj resultó ser uno de los lugares más hermosos que había visto en mi vida.

Era tan distinto a los clásicos estuarios europeos que ni siquiera parecía natural, sino el recuerdo de una antiquísima batalla, el choque de dos ejércitos celestiales cuyo encontronazo modeló los acantilados en cóncavas y profundas cicatrices. Ante nosotros se abría una garganta larga y redondeada, con el contorno suavizado por mantos de hierba, que se hundía como un puñal en Noruega hasta donde alcanzaba la vista y luego, según me contaron, se trocaba en una sinfonía de acantilados y glaciares.

Sygnefest era un puerto comercial, pequeño pero bien apañado, en cuya rada descansaban desde pequeños barcos de pesca hasta rechonchos balleneros de dos mástiles. Nuestro navío atracó al lado de uno de estos, y pude ver cómo un grupo de hombres se agolpaba junto a una grúa. El capataz dio una señal, y unos caballos que estaban sobre la propia cubierta del barco, ayudados por los marineros, tiraron con fuerza de las cuerdas.

Lo que izaron, sacándolo del mar, me dejó de piedra. Vi una cola gigantesca, azul oscuro, unida al cuerpo de la mayor criatura que habían contemplado mis ojos. Era una especie de pez de una longitud que rivalizaba con el propio barco, herido en multitud de sitios por arpones que se le clavaban profundamente en el lomo.

Ante mis fascinados y repugnados ojos, aquellos marineros se movieron como hormigas adiestradas en torno al leviatán, pasando su cuerpo por pesadas sierras, cortándolo, triturándolo, separando los músculos con poderosos garfios. Alzaron con cadenas una espina dorsal blanca como la leche que, una vez puesta en vertical, tenía la misma altura que el mástil. Cuando le llegó el turno a la cabeza, aquel yunque cuadrado cuya boca se abría como la tapa de un barril, no la partieron, sino que le

clavaron barrenas de acero con puntas giratorias, conectadas a mangueras.

Por esas mangueras comenzó a fluir un líquido denso y oscuro del que no se desperdició ni una mísera gota.

Creo que jamás se me borrará de la mente la cascada de sangre que caía por la borda, tan fluida y abundante que parecía no tener fin. Supe entonces que el capitán no había exagerado al describir a esas criaturas, verdaderos arietes submarinos cuya embestida podría haber partido en dos nuestro buque.

—Cachalotes, una de las criaturas más grandiosas y sorprendentes de Dios —salmodiaba Tinker, apoyándose en la barandilla mientras el capitán acababa con los trámites portuarios.

—Entonces, ¿por qué les hacemos esto? —Estaba sintiendo náuseas.

—Como todo lo que Él creó, está puesto ahí para nosotros. San Marcos, doce veintidós. —Lo justificó con un encogimiento de hombros—. Será mejor que te acostumbres a estos olores y a esta temperatura, porque aunque decidieras quedarte en el pueblo, el próximo barco de alta mar no pasará hasta dentro de un mes.

—¿Será el que cogeremos nosotros para volver?

—Quizá.

Bajamos al muelle seguidos por los mercenarios. Estos no lucían ningún arma a la vista, pero no se separaban de las largas cajas que habían viajado con nosotros en todo momento. Fusiles, supuse, o algo peor.

Me arrebujé en la pelliza. Hacía bastante frío, aunque los trabajadores del muelle apenas llevaban algo más abrigado que una camisola de manga larga y una bufanda. El olor a marisco era tan penetrante que parecía algo sólido, capaz de teñir de naranja el interior de mis fosas nasales.

Había bastantes niños trajinando junto a los adultos, pero su función se limitaba a cargar cestos de peces o espantar a los pelícanos ceñudos, unas aves de plumaje blanco que se agolpaban junto a los puestos mirando con ojos codiciosos la captura.

Tinker nos hizo esperar en el muelle hasta que una persona achaparrada hizo su aparición: Tenía el aspecto robusto de un guardabosques, con las caderas deformes de alguien acostumbrado a montar a caballo desde niño. Su piel tenía la palidez del vientre de un lagarto, y el único ojo visible bajo su gorro de fieltro estaba desenfocado y cianótico.

Tinker nos lo presentó como Snörren, un guía de las tierras altas.

—Conoce bien la región, y hasta hace unos meses fue el enlace entre la misión de San Aparicio y los pueblos de la costa —explicó—. Nos guiará hasta allí, aunque dice que corren siniestros rumores sobre el puesto de los benedictinos.

—¿Qué rumores? —preguntó Chastel, el jefe de los mercenarios, un hombre de cuya boca habían surgido a lo largo de aquel viaje los más asquerosos e imaginativos epítetos que podía dar de sí nuestro idioma.

—No lo entiendo muy bien —lo cual era cierto, pues aunque Tinker era un hombre decididamente culto y se estaba comunicando con Snörren en su idioma, la vernácula del guía era tan confusa que apenas servía para combinar treinta o cuarenta vocablos—. Creo que me está diciendo que el contacto con la misión se perdió hace meses. Desde entonces han corrido rumores de aldeas atacadas por fieras salvajes y de tramperos desaparecidos. Gente muy preparada que conocía el bosque como la palma de su mano.

Snörren añadió un par de frases.

—Dice que la luna se ha vuelto roja y nunca se esconde tras el horizonte, cosa inusual en esta época del año. Los viejos aseguran que hay una especie de tótems perdidos en lo alto de las montañas que se iluminan de noche, indicando la llegada del tiempo de los… —Repitió una palabra en noruego y el guía se la confirmó—. Sacrificios.

Chastel lanzó un esputo verdoso al muelle, que imaginé tan corrosivo como para agrietar la madera.

—Cuentos de viejas —gruñó—. Si lo que estamos persiguiendo es un hombre, entonces se le puede matar. Y si es un animal sanguinario, eso solo volverá más interesante la caza.

Tinker no hizo ningún comentario, pero cruzó una mirada conmigo. En ella leí cosas que no me gustaron. Parecía como si supiera que aquellos hombres poco iban a conseguir con sus armas y su pólvora, y se los hubiese traído para que sirvieran de carne de cañón mientras el verdadero as en la manga, un as de naturaleza mística (es decir, yo), hacía su trabajo.

¿Era tan despiadado el pastor como para contar desde el principio con el sacrificio de aquellos peones? Por lo poco que conocía a Tinker, y su forma de reaccionar ante el peligro, imaginaba que sí.

Se me ocurrió que la cabeza del pastor era como una clase llena de niños prodigio. Uno podía intentar esforzarse por llamar su atención y explicarles algo, pero siempre se encontraba con sus miradas perdidas en otro lado, en algún punto impreciso más allá de la ventana, ya que para ellos sus obsesiones intelectuales eran mucho más atractivas que la perorata del profesor. Así era la mente de Tinker: siempre puesta en lo que más le interesaba mientras controlaba la realidad de reojo.

Los hombres obsesionados son fáciles de engañar, porque aunque quieran no

pueden apartar la vista de su objetivo, había dicho Padre. Eso limita mucho el perímetro de su visión. Así pues, ¿nos estaba guiando hacia la muerte un hombre ciego?

Snörren, a tenor de las últimas noticias sobre la misión, no estaba muy de acuerdo con guiarnos hasta el enclave Bolstad, en las profundidades del fiordo, donde los benedictinos habían levantado su edificio. Pero Tinker impuso su punto de vista. No sé qué le prometió a cambio, si un incremento en la paga o la amenaza que suponían los mercenarios, pero al final se sometió a su voluntad.

Nos llevó hasta un almacén donde aguardaban unos carromatos cubiertos de lona, cada uno uncido con sus propios caballos. Incluso los animales nos miraban inquietos, con ojillos negros y acuosos, como si intuyeran la naturaleza peligrosa del viaje.

—El final de esta odisea está cercano —dijo Tinker, sentándose en el pescante del primer carro—. Que Dios nos dé fuerzas para dar los últimos pasos con dignidad.

—Mejor que nos dé luz, para que los miopes vean lo que están haciendo —rezongué, aunque tan bajito que no creo que me oyera.

Las riendas chasquearon sobre el lomo de los animales. Había tres carros en total, ocupados en su mayoría por los mercenarios y sus cajas claveteadas. Formamos una fila con Tinker y Snörren delante, Kegan y yo en el del medio, y Chastel, con el resto de los hombres, detrás.

Cuando dejamos el pueblo costero lancé una mirada por encima del hombro, ya que intuía que aquellas casas eran el último reducto de civilización que veríamos en semanas. Pero al instante me arrepentí: la espina dorsal de la ballena, apoyada en vertical contra el mástil, atrapaba con fuerza la vista, apresándola en la jaula de sus costillas curvas. En la cubierta, los balleneros lanzaban al mar las vísceras que no les eran de utilidad, y también un bulto negro y mantecoso que recé para que no fuera una cría que estaba a medio gestar en el útero del cetáceo.

«Si existe es que Dios lo ha puesto ahí para nosotros», había dicho san Marcos.

Yo habría cogido al maldito santo y le habría clavado un arpón en la espalda, para que aprendiera a justificar tan despreocupadamente la barbarie humana.

3.

Por espacio de cuatro días el viaje se sobrepuso a la realidad, como si de alguna manera el acto de moverse se incorporase a la narrativa de un sueño.

Una mañana alcanzamos el bosque de tilos, abedules, tejos y acebos que cubría las estribaciones de la cadena montañosa. Bajo aquellas ramas de verdor perpetuo bullía la vida con esplendor efervescente: los jilgueros poblaban con sus trinos el anfiteatro de ramas mientras los zorros cazaban agazapados y los cascanueces se cortejaban con agudos gritos. A hurtadillas maquinaba su estrategia el armiño, compitiendo por la misma presa con algunas aves de pelaje tan blanco que dañaba la vista. De los troncos de recios árboles llamados alerces, colosos desde cuya copa podría haberse divisado Escocia, se desprendían hijos que las ventiscas derribaron. Las heladas los habían fundido al suelo, mezclando el agua con la trementina como un alfarero revuelve conchas molidas para que la cerámica no se deforme. Eran masas compactas en cuya piel había dejado su firma el rey del bosque, el oso negro, cuya silueta divisamos a lo lejos en un par de ocasiones.

Toda esa explosión de naturaleza en estado puro nos llenó de alegría el corazón, pero al mismo tiempo nos intimidó, pues no era lo mismo divisar el lado salvaje del mundo desde nuestra ventana, en un espacio civilizado, que adentrarse en él sin saber lo que nos esperaba. Como dijo un poeta, estábamos acostumbrados a verlo atado, domado por nuestras maquinaciones de simios inteligentes, pero allí lo veíamos como realmente era: un monstruo despierto y atento, sin grilletes que contuvieran su instinto. El verdadero rostro de un país donde los dioses se convirtieron en montañas.

Al cuarto día, cuando el origen de este larguísimo viaje se mezclaba en nuestros recuerdos con hechos igualmente lejanos (como nuestro primer cumpleaños, o la primera vez que hicimos el amor), divisamos el edificio de los benedictinos, asomando tímidamente entre la foresta.

Lo que habíamos hecho era serpentear en torno al río por medio valle, llegando a cruzar de un lado a otro por unos peligrosos vados, para luego ascender lentamente en zigzag por la ladera de la montaña. La misión había sido construida a medio camino de la cumbre, en una especie de claro donde la hierba era de un verde cristalino y el aroma del musgo y el ciclamen daban la bienvenida. Consistía en un edificio de una sola planta, hecho de madera y sin ventanas, con unos tragaluces en la parte superior por los que también escapaba el humo de las chimeneas.

Pero no había humo. Ni la menor señal de actividad humana reciente en toda la zona.

Incluso la puerta principal estaba tapiada por unos troncos caídos.

—Se establecieron aquí, en Bolstad, porque es un lugar de confluencia de senderos —explicó Tinker—. Aunque no se vean a simple vista, los únicos pasos que permiten llegar al otro lado de la cordillera, a las remotas aldeas de Finnmark y

Laponia, pasan por aquí.

Tenía razón en que, si existían, los senderos eran complicados de percibir. Aquel «claro» era en realidad un laberinto salvaje de oquedades, zonas rocosas, oteros, entramados y osarios de hielo que los monjes habían despejado a golpe de machete para construir su hogar.

—Evangelizando los confines del mundo —murmuré.

—Sí, esta misión es la que está situada más al norte de todas cuantas existen en el mundo —apuntó Kegan—. Ni siquiera en las estepas rusas o en el río Volga hay monasterios tan cerca del Círculo Polar.

—Esto no parece un monasterio —terció el líder de los mercenarios—, sino una fortaleza.

Chastel señaló la puerta del edificio. Los troncos que la tapiaban parecían haber sido colocados ahí a propósito, por alguien que no deseaba que ese acceso fuera cruzado en ninguno de los dos sentidos. Se veían arañazos de herramientas aquí y allá, boquetes de martillazos y mordiscos de sierras. Clavos. Vergas. Listones. Una huella de calzado fosilizada en el suelo congelado.

Fuera quien fuese el arquitecto de aquel lugar, se había empleado a fondo para sellar cualquier posible vía de entrada. O de salida.

—Esto no me gusta —dijo Chastel.

Dio un silbido y sus hombres reaccionaron como un solo organismo, bajándose de los carros, delimitando un perímetro de seguridad y arrancando con palancas las tapas de las cajas. De ellas brotó un sinfín de armas, que pasaron de mano en mano hasta que todos y cada uno de aquellos «colaboradores» de la Iglesia pareció un veterano de la batalla de Waterloo.

Junto a las armas también vi largas madejas de hilo, cuya utilidad se me escapaba, así como un inesperado jubón de campanillas, como los que usaban los chambelanes de las cortes europeas del Renacimiento, lleno de pequeñas campanitas cosidas a la tela.

Los hombres de Chastel rodearon la misión mientras cargaba los fusiles. El aroma de la pólvora acompañaba los pequeños remolinos de nieve que esculpía el viento, como fantasmas plateados que, de repente, surgían del suelo.

Al verlos aproximarse al edificio, fui plenamente consciente del peligro que entrañaba todo aquello. No era un juego, ni un cuento rematado por una extraña y cruel moraleja que alguien hubiese rescatado de una saga. Sentí cómo el tiempo se ralentizaba a nuestro alrededor; mis latidos eran rápidos golpes contra mi piel. Incluso me olvidé de la temperatura, que pasó a ser una característica abstracta del aire.

Oí un sonido áspero a mi derecha, como si alguien serrara madera.

Era la respiración de Tinker. El pastor contemplaba la escena desde atrás, como yo, con una frialdad expectante. Ambos sabíamos que estaba a punto de ocurrir algo, pero no podíamos ni imaginar qué.

Al crecer había dejado de creer que existieran lugares encantados (a pesar de que tenía mis propios fantasmas), pero en aquel lugar era difícil ignorar la presencia de fuerzas preternaturales.

La cara de Chastel, que cada vez se aproximaba más a un ideal simiesco, se tensó cuando alcanzó la puerta principal.

—¿Dónde están los monjes? —pregunté en un susurro—. Si llevaban tiempo viviendo aquí, ¿qué les pasó? —Observé desde lejos la huella congelada en el suelo. Su contorno parecía espumoso, como la salmuera que deja la marea entre las rocas al retirarse.

—Puede que tengan un huerto cerca y estén trabajando —sugirió Kegan, de una forma que dejaba claro que estaba seguro de todo menos de eso—. O tal vez estén dentro, durmiendo.

—O puede que hayan visto de frente el rostro de Satán —opinó Tinker, con el cuello más rígido que la madera curtida—. Espero que sea así, porque si alguno ha sobrevivido podría aportar información muy valiosa.

Estuve a punto de soltarle una imprecación, pero por una vez descubrí que estaba de acuerdo con el pastor. Fue un momento perturbador, como si hubiese infringido alguna regla básica del universo.

Chastel guardaba silencio; su respiración había sido reemplazada por un tono palpitante, suave y maligno, como la ecolocación de un depredador.

Sacó de su mochila una lupa que se abrió como un huevo de Fabergé especialmente ingenioso. Al pasearla sobre los maderos de aquella improvisada barricada debió descubrir marcas inusuales, quizá huellas de algún animal grande, porque hizo una señal a sus hombres para que se detuvieran.

Entonces lo vi.

O más bien, no lo vi. Tuve la absoluta certeza de que había alguien más con nosotros en aquel claro, pero no llegué a verlo, sino que percibí su ausencia allí donde acababa de estar. Pude notar la brisa que levantaba al moverse.

Chastel alargó la mano con la que sostenía la lupa para tocar la puerta de la misión y…

XVI. LA TRAMPA

Los últimos supervivientes – Los miedos de los tramperos del Norte – Emboscando al enemigo – La noche de los colmillos rojos

1.

¡YAIEAAAAARGGHHH! El grito fue desgarrador, como si algún inquisidor católico especialmente brutal hubiese llevado hasta el extremo al alma humana en un interrogatorio.

Nos volvimos hacia la fuente del sonido: había sido uno de los hombres de Chastel. Lo vimos retorcerse de dolor y desplomarse junto a su propia pierna, que había sido atrapada por un cepo. El anillo de metal oxidado de aquel instrumento era atemorizador, igual que la longitud de sus dientes. Tenía que haber sido disimulado con gran esmero bajo la hojarasca para que aquel mercenario no lo detectara.

Y ahora que el primero había caído en la trampa, sus compañeros vieron salir de la nada más artefactos letales.

Chastel levantó los pies del suelo cuando lo que parecía una soga circular provocó un maremoto de hojarasca. Otro de sus hombres no tuvo tanta suerte, y acabó con el tobillo preso en la cuerda y colgando cabeza abajo. Su cuerpo pivotó como una peonza hasta que un tronco nudoso puso fin al balanceo.

Me pregunté por qué cuando las cosas iban realmente mal el mundo parecía reducirse a un montón de cuerpos en caída libre, cosas lanzadas de un lado para otro y montones y montones de inercia desperdiciada. Cuerpos en movimiento empujados por lo que Padre llamaba la fuerza más poderosa del universo (lo cual resumía perfectamente la gravedad de la situación). Aquel soldado, al ser arrancado literalmente del suelo por esa especie de lazo para animales, tuvo un acto reflejo: agarrar el fusil con firmeza para que no se le cayera. Por desgracia, ese mismo espasmo muscular debió accionar el gatillo, porque oí un estampido y vi cómo,

durante un espacio de tiempo demasiado breve para que el cerebro lo captase, una lengua de fuego lamió su cañón.

El proyectil (o proyectiles, no estoy segura de si disparó uno o muchos) fue a transmutarse en una flor roja en la cadera de Snörren. El guía no tardó en desplomarse cuan largo era, no supe si vivo o muerto. La hojarasca levantada por el lazo cayó sobre él como una mortaja, como si la tierra quisiera abreviar los rituales de sepultura.

Mientras el guía se desplomaba, Chastel concluyó el salto que lo había sacado de la trampa y disparó, casi sin apuntar, hacia la foresta.

Alguien gritó por ese lado.

Me metí reptando en la ilusoria seguridad del carro. Tinker y su adlátere se ocultaron entre las ruedas, prestos para salir corriendo si Chastel y sus hombres no cumplían con su cometido (y si las muletas de Kegan se lo permitían). El propio jefe de los mercenarios también tenía problemas, pues su enemigo invisible había lanzado con fuerza un objeto contundente que había impactado contra su fusil. Fue un golpe de suerte para Chastel, porque por lo que pude ver se trataba de algún tipo de hacha primitiva, tosca y afilada, que lo habría matado de haberse topado con su pecho.

En ese momento, los atacantes abandonaron su escondite.

Chillé al verlos. No pude evitarlo, aunque sabía que con eso estaba revelando mi posición. Tal fue la impresión que me causaron aquellos trajes hechos de hojas y jirones de piel de pequeños animales. Sus portadores eran hombres, no cabía duda, o al menos tenían las mismas proporciones que nosotros. Esgrimían armas rescatadas de algún pasado distante, o de algún país olvidado por el tiempo. Tenían largas barbas apelmazadas por una mezcla de barro y restos de comida, y no había ni un centímetro de su piel que no quedase o cubierto por los harapos o disimulado bajo una capa de barro reseco.

Y sus ojos.

Sus ojos eran lo peor.

No pertenecían a hombres civilizados, capaces de introspección o raciocinio, de piedad u otro sentimiento que atestiguase los milenios de evolución que subyacían a nuestra especie. Más bien eran máquinas capaces de capturar el mundo sin la necesidad de someterlo a ningún juicio.

Y aquellos ojos nos miraban como si en ellos coexistiese esa frialdad inhumana con el más profundo y sincero de los terrores.

Eran salvajes, brutos primitivos que seguramente habrían asesinado a los monjes cuando intentaron bautizarlos, en castigo por traerles la promesa de una vida más organizada. Había leído historias similares en los libros que tenía en la casa de

Normandía, cuando era niña, y me habían asustado mucho. ¿De verdad había alguien en este mundo capaz de responder con la violencia al mensaje de paz de una nueva religión?

Entonces me di cuenta de un detalle. Algo que podía fácilmente haber pasado por alto ante la amenaza de las hachas de piedra y las miradas desquiciadas.

Su cabello.

Había crecido en consonancia con las barbas de aquellos hombres, volviéndose espeso y desordenado, pero todos conservaban la huella de una tonsura que era demasiado circular y centrada en el mismo punto del cráneo para ser natural. Un afeitado a ras de piel que muchas órdenes religiosas consideraban una muestra de obediencia, y que dejaba el cuero cabelludo tan dañado que ya no volvía a crecer el pelo en esa zona durante años.

Volví a soltar una exclamación, pero esta vez fue al darme cuenta de lo que Noruega había hecho con aquellos hombres; a qué grado de barbarie primitiva los había reducido.

Nuestros atacantes no eran reliquias de la era de las cavernas muertas de hambre y de frío.

Eran los monjes benedictinos.

El interior de la misión estaba mucho más caliente que el terreno que la circundaba, y eso que cuando entramos los monjes aún no habían encendido la hoguera. El milagro lo lograba la propia arquitectura del lugar, que atrapaba el calor con sus invisibles conjuros y lo encerraba para que macerase como un licor añejo.

Uno de los monjes, el que ostentaba el mayor rango (y curiosamente, el mismo que había atacado a Chastel), se presentó como Danniksen. Nos pidió perdón por la emboscada usando el único idioma universal que conocíamos, el latín.

—*Non timemus tenebris* —comentó, taciturno. A partir de aquí, y tras darse cuenta de lo que me estaba costando seguir la conversación entre Danniksen y Tinker, Kegan empezó a traducir—:… Por eso casi nunca mantenemos el fuego encendido. El humo se ve desde muy lejos en estas montañas, y no queremos atraerlos.

—¿Los han visto tan de cerca como para poder describirlos? —preguntó Tinker, ayudándolo a amontonar leños en el hogar. El habitáculo único del interior del edificio

parecía abandonado desde hacía décadas, con enseres tirados por el suelo, sillas rotas, fragmentos de vasos y jarras, jirones desgarrados de tela, mesas tumbadas (pulidas por la parte superior pero decoradas aún por la corteza del árbol original en el resto), manchas imborrables de algo rojizo en las paredes y el techo…

Si alguna vez hubo actividad humana en este lugar, daba la impresión de haberse extinguido hacía mucho.

—Sí, cerca… Muy, muy cerca.

Danniksen dio un paso atrás anímico, volviendo a encerrarse en sí mismo durante un rato. A su manera reservada se lo notaba muy contento de haber conocido a la persona que estuvo durante aquellos años al otro lado de las cartas, el pastor Tobías Tinker, uno de los poquísimos hombres en el mundo con el que podía conversar sin temor a ser acusado de hereje.

Danniksen fue el primero en percatarse de que nosotros, independientemente de nuestra identidad y de que portáramos fusiles, no veníamos en son de guerra. O al menos, de que no éramos sus enemigos directos, aquellos cuyo nombre no se atrevía a pronunciar. La frialdad asesina había desaparecido de sus ojos desde que reconoció el símbolo de la cruz, pero no fue reemplazada por la alegría, sino por un pavor generalizado, omnipresente.

Lo estuve observando un buen rato mientras los otros monjes preparaban en nuestro honor un caldo caliente. Sin duda era un hombre muy religioso, hasta el punto de notársele cierto fanatismo (aunque al fin y al cabo, ¿qué hombre dibujaba el perfil idóneo para dejarlo todo e irse a predicar al fin del mundo y no estaba un poco loco?). Pero salvo la pasión que ponía en sus palabras, poco más había en él que pudiera entusiasmar. Su voz cortaba como un arma. No había en ella el más leve matiz de gentileza, sino que era temible, como el vuelo de una flecha antes de alcanzar su objetivo.

Por lo que nos contó, solo habían sobrevivido ellos seis de un grupo de treinta. Uno de sus hermanos había sido herido por la bala de Chastel (que aún los miraba a todos con desconfianza, agazapado en una esquina, como si anticipase una traición), pero no corría peligro de muerte. No se podía decir lo mismo de uno de los nuestros: Snörren, que finalmente había fallecido en la nieve.

Los benedictinos se hicieron cargo de su cuerpo y procedieron a enterrarlo en una fosa común, donde también descansaban sus hermanos. Curiosamente, aunque se mostraron arrepentidos por haber ocasionado ese accidente, ver un nuevo cadáver no pareció afectarlos lo más mínimo. ¿Tanto se habían acostumbrado a que la muerte los rondase que la veían como algo habitual?, me pregunté yo, que sí me sentía

turbadísima y más que indignada por esa «baja razonable».

Danniksen siguió hablando impersonalmente, como uno de esos autómatas de Vaucanson[43], mientras sorbía el caldo. Nos contó que la misión había sido fundada por la Compañía de la Luz en 1830, con el fin de llevar el mensaje del Evangelio a todos los pueblos dispersos que, sin una noción clara de constar en los mapas como un solo país (muchos de ellos se sorprendían profundamente cuando alguien les decía que había una frontera común que los delimitaba como nación), se repartían por los inaccesibles valles de Finnmark y Laponia.

Y todo les había ido bien durante los primeros años, hasta que oyeron de nuevo a los lobos aullando a la luna.

No me hizo falta preguntarlo para estar segura de que esa siniestra efeméride había tenido lugar en una lejana noche de hacía ocho años. Cómo había comenzado el contacto epistolar entre aquellos monjes y Tinker a propósito de la realidad de los licántropos era algo que nadie me aclaró, pero imaginé que cuando diversos grupos humanos se sienten amenazados por los mismos peligros, tarde o temprano unos se enteran del sufrimiento de los otros y tratan de ponerse en contacto para solicitar ayuda.

Cuando les preguntamos por qué no se habían marchado en cuanto sufrieron los primeros ataques, descendiendo río abajo hasta la civilización, Danniksen respondió con una frase enigmática:

—En estos bosques vive el Diablo, por lo que también está aquí la morada de Dios.

—¿Cuántos son los que los atacan, y con qué frecuencia? —preguntó Chastel, saliendo de su mutismo.

Danniksen siguió desarrollando el tema anterior, dando a entender que no había prestado la más mínima atención a la pregunta del mercenario.

—Y si el Diablo habita en estos parajes, es nuestro deber combatirlo y erradicar su influencia sobre los pueblos ignorantes que habitan los valles antes de que cause un mal irreparable. Cuando el obispo nos envió, ya nos imaginábamos que la tarea no iba a ser fácil: estaríamos aislados de la civilización, en el mismísimo límite del mundo, sin contar con la ayuda de nadie que conociera estos traicioneros pasos de montaña salvo unos cuantos tramperos y cazadores de osos. —Los monjes asintieron, dándole la razón a su líder, mientras avivaban el fuego del hogar y colocaban sobre él una cazuela llena de nieve. Uno me tendió una manta, que acepté gustosa a pesar de su aspecto apolillado—. Desconocíamos cuál iba a ser la reacción de los indígenas

cuando nos vieran. No todos son de la antigua raza aria de los normandos; hay muchos pueblos de gente de piel oscura, parecida a la de los indios de Sudamérica aunque con los ojos más rasgados, como los chinos. Los llaman «comedores de focas», y rezan a extraños dioses del mar, ballenas dentadas y monstruos similares. Son gente pacífica, que nos acogió en sus chozas con los brazos abiertos e incluso repuso nuestras provisiones… aunque hasta el momento se han mostrado reticentes a escuchar el mensaje del Redentor.

Más asentimientos, como si los monjes dijeran: «Bien, hasta aquí la parte positiva de la historia». Luego sus caras se volvieron sombrías.

—La primera advertencia nos llegó de uno de los chamanes de los comedores de focas —continuó Danniksen—. Fue durante la celebración de un sol de medianoche. Estábamos en su aldea, en una bahía situada muchos kilómetros al norte de aquí, mientras veíamos cómo el firmamento se teñía de fuegos celestes. El chamán alzó su vara hacia los fuegos y anunció que la época de los cambios había llegado, y que las antiguas fuerzas que dominaban los bosques estaban por despertar.

»Nos habló de los antiquísimos pactos que las primeras tribus que habitaban el Norte, gente que aún vivía en cavernas, establecieron con las fuerzas primordiales de la naturaleza. Nos advirtió, asimismo, que ni siquiera la cruz sería una protección fiable contra los demonios de la noche, y que nos preparásemos, porque los tótems que caminan sobre patas de lobo odian profundamente a los hombres, y nos cazarían sin descanso. Es una de las profecías más antiguas del mundo, dijo el chamán, y lleva haciéndose realidad desde que la gran ballena primigenia parió a todas las criaturas.

»Nosotros nos reímos, por supuesto. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Con las alforjas llenas de provisiones y la promesa de volver a reunirnos con ellos en el siguiente ciclo solar, para continuar hablándoles del Evangelio, partimos de regreso a la misión. Pero no habíamos recorrido ni la mitad del camino cuando empezamos a sufrir los ataques. —Danniksen cruzó una mirada con sus hermanos, y aunque siguió hablando en latín, volvió a parecer un cavernícola rabioso en lugar de un hombre de fe. Las palabras restallaban con acritud en sus mandíbulas—. Aquel día hallamos un campamento en un ventisquero. Eran tramperos, gente muy preparada que llama hogar a las tierras altas. Habían sido… masacrados, por usar una palabra que todavía es demasiado suave para describirlo. Era tal la brutalidad de lo allí ocurrido que ni siquiera pudimos juntar en un solo montón los restos de los cadáveres para darles sepultura. Las heladas los habían petrificado, convirtiéndolos en islotes de huesos triturados y carne machacada que se iba desplazando junto con el estrato de tierra líquida y las raíces de los árboles.

Hice la señal de la cruz sobre mis hombros. Estaba horrorizada, pero no podía dejar de escuchar el relato del monje (o mejor dicho, su traducción en boca de Kegan, de quien esperé el suficiente sentido común como para no estar añadiendo detalles de su cosecha).

—Los osos no hacen esas cosas, no atacan con tantísima voracidad a ninguna criatura hasta el punto de cebarse en la masacre —prosiguió el misionero—. Atacan para defenderse, cazar o proteger su territorio, pero nunca por placer. Y eso fue lo que ocurrió en aquel lugar: quien fuese el que los había sorprendido, no se marchó hasta reducir a aquellos desgraciados a carne triturada.

»También encontramos marcas en los árboles, muy diferentes de las que dejan los osos. Parecían símbolos, no trazos al azar, y creedme si os digo que aunque jamás en mi vida había visto dibujos similares, algo en lo más profundo de mi alma se estremeció de terror. Era como si una antigua memoria despertase al verlos y nuestros lejanísimos antepasados nos lanzasen un grito de advertencia. A pesar de que sentía la cruz apretada contra el pecho, experimenté un temor absoluto, como no había sentido desde que era niño.

»Pero ahí no acaba todo. En las cercanías de aquel lugar nos encontramos con un superviviente, un trampero cuyo acento indicaba que no había nacido en Noruega. Nos previno contra las fieras que habían emboscado a sus compañeros. No quiso unirse a nosotros, pero nos deseó suerte y nos dio algunos consejos para cubrir nuestras huellas. Intentamos ponerlos en práctica desde entonces.

»Tras despedirnos de él, de aquel loco que prefería internarse solo en la foresta, aceleramos el paso. El fin del ciclo de veinte días de sol estaba próximo, y no queríamos que la iteración de la noche nos cogiese fuera de la misión. Por desgracia… nos emboscaron cuando aún no habíamos rebasado el último paso de montaña. —Miró directamente a Chastel, como si hubiese llegado el momento idóneo de responder a la pregunta que habían dejado en el aire—. Fui yo quien los vi venir, al alzar en un momento dado la cabeza hacia la foresta, pero la imagen era tan sobrecogedora, tan irracional, que me quedé paralizado. Fui incapaz siquiera de abrir la boca y lanzar un grito de advertencia para mis hermanos.

»Eran un grupo, no un solo individuo. Algunos tenían la forma de gigantescos lobos grises, los depredadores del Ártico, pero otros parecían híbridos a medio camino entre seres humanos y otra cosa. Algo monstruoso. Se movían con una gracia antinatural, como si el mundo entero estuviese hecho de algodón y rebotasen sin esfuerzo sobre él. ¡Como si volasen por encima de la foresta en lugar de atravesarla! Sus ojos eran lo único llamativo en aquellas siluetas negras, más opacas que la

oscuridad más densa que sea capaz de imaginar un ser humano. Aquellos alfileres de fuego brillaban redondos y rojos, desplazándose por el viento como si no estuvieran pegados a ningún cuerpo, y en ellos habitaba un poder… que, siendo sincero, Dios bendito, no puedo calificar de maligno. No era ni bueno ni malo; estaba más allá de cualquier clasificación moral o religiosa que seamos capaces de hacer.

»Incluso el viejo chamán indio estaba equivocado, supe entonces. La furia que impulsaba a esas bestias era más que ancestral: era anterior a los conceptos de bien y de mal, a los dioses cuyos nombres nos suenan muy lejanamente, de esos cultos extinguidos hace miles de años. Era como si… —Dudó, buscando las palabras idóneas—, como si estuviésemos viendo la encarnación suprema de la naturaleza, de esa fuerza generadora de vida y destructora de continentes que parece existir por sí sola, independientemente de cánones o dogmas.

—¿Entonces, eran varios monstruos? —preguntó Tinker. Esa pregunta (la peor que se nos habría ocurrido formular) fue retrasada hasta lo inevitable, pero no quedaba más remedio que hacerla.

—Eso he dicho. Cazaban en manada. Aquel día perdimos quince hombres. —Sus dientes volvieron a rechinar, de rabia e impotencia—. Quince de nuestros hermanos quedaron abandonados allí, sus cuerpos destrozados contra los árboles. Los más afortunados pudimos escapar, apenas sin sufrir heridas, pero ya nunca se borraron de nuestros oídos los alaridos de nuestros compañeros. Seguimos escuchándolos durante todo el camino a casa. Días después nos armamos de valor y usamos la inteligencia que el Creador nos ha dado para procurarnos armas, objetos cortantes con los que defendernos de los sicarios del Maligno. No teníamos más remedio que regresar a por nuestros hermanos, recuperar sus cuerpos, o lo que quedara de ellos, y enterrarlos en suelo sagrado por el bien de sus almas. Pero cuando al fin hallamos el lugar de la emboscada…

Miró a Chastel en silencio. Yo también lo hice, y me sorprendió muchísimo descubrir que el mercenario también estaba lívido, como los demás.

—No quedaba la menor señal de ellos —concluyó Danniksen, acabando así su relato—. Intentamos hallar un rastro, cualquier huella de pisada o reguero de sangre que nos condujese a su guarida, pero fue inútil. Era como si aquello jamás hubiese ocurrido. Como si los propios árboles nos estuviesen juzgando y se riesen de nuestra suerte.

»Durante las siguientes semanas envié muchas cartas. —Entrelazó los dedos, apoyándose sobre la parte pulida de la mesa—. Escribí al Santo Padre de Roma, a los representantes de otras religiones, e incluso a algunas ordenes herméticas cuya

existencia conocía, como la Isis Urania. Solo usted me contestó —señaló a Tinker.

—Sé muy bien de qué clase de monstruos está hablando —asintió el pastor—, porque los he tenido delante de mí. Incluso he podido tocarlos con mis propias manos. Desde aquel momento decidí dedicar mi vida a un único propósito, y es la exterminación de ese mal doquiera que se presente.

Sacó de su abrigo un pequeño ejemplar del libro que había sido su compañero de almohada todas aquellas noches. Al fin pude ver de cuál se trataba: *El martillo de las brujas*, de Sprenger y Kramer.

Danniksen lo ojeó, como si desease realmente que en aquellas páginas estuviesen todas las respuestas, pero sin concederle mucho crédito. Entonces entendí el significado de la frase que nos había dejado caer un rato antes: «En esta tierra habita el Diablo. Eso quiere decir que la casa del Señor también está por aquí». Se refería a la demostración tácita que la existencia de estos monstruos implicaba sobre la de Dios. Si ellos existían, significaba que Satanás también, y por lo tanto Cristo redentor. Distintas posiciones en la brújula dogmática de la misma religión, incapaces de sobrevivir una sin la presencia de las demás.

Pero el discurso de Danniksen reflejaba sus profundas dudas, porque ya no estaba tan seguro de que fuera el Diablo el instigador de tanto sufrimiento. Se le veía en los ojos que la antigüedad de aquellos mitos sobrepasaba todo lo conocido por los cristianos.

—Es un noble objetivo, pastor, pero no sé si estará a nuestro alcance. Estamos en su terreno: los bosques de Noruega y Laponia son inmensos, y esas criaturas se mueven en ellos como pez en el agua. Tal vez si Francia o Alemania nos ayudaran enviándonos su ejército, tendríamos una posibilidad, pero siendo tan pocos… —Dejó en suspenso la frase, en referencia a los mercenarios de Chastel—. Al principio, esas cosas nos atacaban solo cuando nos internábamos en la foresta. Pero se volvieron más atrevidas. Al ver que no salíamos a buscarlos, comenzaron a realizar incursiones a la misión. Perdimos al resto de nuestros hermanos en esas largas noches de pesadilla, que se confundían unas con otras como si el sol tuviese miedo de salir para iluminar tantas matanzas.

—No quiero ofenderlo —intervino Chastel, agotado de tanta cháchara—, pero ustedes son misioneros. Carecen de verdadero entrenamiento militar. Debo admitir que lo han hecho muy bien preparando esas trampas de ahí fuera —rezongó—, con sus hachas y sus cuerdas. Pero si de verdad quieren matar a esos monstruos, nosotros somos la solución.

Los mercenarios asintieron, deseosos de echar mano a las armas.

—Dígame, su eminencia —bromeó Chastel—, ¿cada cuánto tienen lugar esos ataques?

Danniksen se frotó el mentón.

—Hemos detectado un patrón que sigue las fases de la luna. El próximo ataque está muy próximo, tal vez ocurra esta misma noche. Por eso los emboscamos a ustedes cuando se acercaron.

Los puños de Chastel se cerraron, marcando las venas bajo la piel.

—Pues les prepararemos una bienvenida digna de lobos.

2.

La luz que entraba por el agujero del techo pasaba a través de un cristal sucio, transfigurándose en todos los matices que mis ojos eran capaces de captar. Rebotaba anaranjada en los muros, se hería de rojo y dorado junto a las velas y se entretejía en un movimiento intrincado en la chimenea, como el de la lanzadera en el telar.

Sombras chinescas con voluntad propia destacadas sobre los muros; a eso me pareció que había quedado reducido el mundo.

Las palabras de Kegan sonaron desapacibles en el silencio:

—Alguien tiene que sobrevivir, aunque sea uno solo de nosotros. Basta con uno para contarlo, para llevar al mundo la noticia de lo que aquí sucede. —Aferró su crucifijo—. Bastaría con uno…

Se quedó con la boca abierta, una expresión circular de vacío.

Traté de ignorarlo. Apoyada contra el quicio de la puerta, observaba en silencio las evoluciones de los mercenarios: habían colocado el carro en una posición adelantada, taponando el sendero y haciendo a la vez de escalera para trepar a los árboles del perímetro. En esos árboles construyeron pequeños puestos de vigilancia, apenas unos tablones para que un tirador pudiese apuntar con ambas manos sin miedo a caerse. En una de esas atalayas habían subido entre todos al soldado herido por el cepo; no podría correr, y tampoco lo iban a dejar en el suelo a merced de los atacantes, así que lo ataron al árbol y le dejaron varias bolsitas de pólvora.

Chastel y Tinker parecían generales de dos ejércitos cooperantes. Desenrollaron las largas madejas de hilo que nos habían acompañado en el carro y fueron tendiendo hebras entre los árboles, a ras de suelo. Eran extremadamente delgadas, tanto que casi ni se veían aún sabiendo que estaban ahí. Conforme pasaban las horas y se acercaba el falso crepúsculo, la misión quedó rodeada por una intrincada red de hilos que,

colocada a escasos centímetros de la hojarasca, hacía virtualmente imposible que ninguna persona o animal se acercase al edificio sin tropezar. La trampa se completó cuando Chastel cogió el jubón de campanillas que tanto me había llamado la atención, y fue desenganchándolas una a una y asiéndolas a las cuerdas. Con solo rozarlas emitirían una suave musiquilla y sabríamos que alguien había forzado el perímetro.

Una vez los mercenarios y los misioneros estuvieron colocados en sus puestos de vigilancia, Tinker cogió un arma y se encerró con nosotros en el edificio. Antes de cerrar la puerta intercambió unas palabras con Danniksen, que iba a quedarse fuera con sus hombres.

El misionero me miró, callado, agitando algo oscuro en mi interior. Estaba claro que se había interesado por la presencia de una joven burguesa en una expedición tan peligrosa. No sé si Tinker le llegó a hablar de mi vínculo con uno de aquellos «monstruos», o de los pormenores de su plan de usarme como ancla espiritual cuando Padre estuviese a tiro de las balas…, pero Danniksen me miró exactamente como si fuera la hija del Demonio. Y su forma de sostener el arma no presagiaba nada bueno.

Tinker se me acercó, esbozando una sonrisa macabra que no le había visto nunca. Tal vez mantenía algunas en reserva para momentos como este.

—Todo está preparado —anunció—. Ahora solo resta esperar.

—¿Cree en serio que él vendrá?

—Sabe que estás aquí, Sabine. Estoy completamente seguro. Puede olerte, igual que nos olió a nosotros a través de media Escocia en lo que duró la persecución de hace ocho años. —Asintió con la cabeza—. Vendrá.

Sentí un temblor en el bajo vientre. Sí, Padre sabía que yo había acudido a su llamada. Habría apostado mi vida por ello. La pregunta era si estaba dispuesto a recibirme como a una hija o como a una presa de las muchas que le ofrecía el bosque.

De fondo, Kegan se mecía como un niño pequeño, sentado en un taburete, aferrando con tanta fuerza el crucifijo que parecía que se le iba a fundir a la piel. Las muletas estaban en el suelo, a su lado.

—Solo basta uno… —Canturreaba—. Solo con que sobreviva uno…

Las horas pasaron. El viento había cesado. Traté de dormir un poco, pero fue imposible: con la tensión que acumulaba en el cuerpo no podría haber articulado ni la

primera z.

Los mercenarios, a quienes vigilábamos por una diminuta rendija de la puerta, parecían esculpidos en mármol, tan quietos estaban, cada uno en su posición defensiva. La misma falsa noche del Círculo Polar quería unirse a aquella inmovilidad, sin sonidos, sin aire, sin estrellas. El río que serpenteaba por el fondo del valle devolvía la luz de la luna como un sólido, una plancha de metal noble sin fisuras ni ondas. El río tenía la placidez del cristal, pero no su calma.

Hacía frío.

El hogar estaba encendido, otra forma de atraerlos con su columna de humo. La llama apenas lograba triunfar sobre el frío, que no solo volvía cortante el aire, sino que también brotaba del suelo, trepaba por las paredes y se enseñoreaba del universo. Tiritando, entoné una plegaria por los hombres que estaban fuera, probablemente medio congelados ya, observando la foresta en medio de un silencio sepulcral.

Esperando.

Tinker le daba vueltas una y otra vez a un pequeño reloj de arena, que no debía contener más que unos pocos minutos. Danniksen se lo había regalado. Cada vez que el aparato hacía un giro, el pastor hacía una marca en la pared con un cuchillo. Esa arma había venido con él en sus pertenencias personales: un precioso ejemplar de cuchillo de cazador, largo como un antebrazo (casi parecía una espada, o una lanceta), con un tono parduzco en el metal.

Me estaba preguntando qué clase de aleación habría pedido Tinker específicamente al armero, cuando él mismo lo dijo en voz alta:

—Plata.

—¿De dónde cree que proviene esa leyenda, pastor? —inquirí—. ¿Por qué la gente piensa que la plata será capaz de herir a esos seres?

Se encogió de hombros.

—Porque es el único metal noble del color de la luna llena. Pura superstición.

—Pues bien que sujeta usted a esa «superstición» con firmeza, como si le fuese la vida en ello.

Tinker no respondió. Volvió a girar el reloj de arena.

Tirité. No sabía cómo darle más vueltas a mi abrigo para exprimir de las hebras aunque fuese un gramo de calor. La larga fila de muescas en la pared alcanzaba prácticamente la longitud de un humano.

Entonces, un sonido nos llegó del bosque, plañidero y cavernoso. Unos aullidos tan prolongados y graves que más que oírse se sentían bajo la piel.

El pastor se puso en pie. También yo. Y Kegan.

Nos quedamos atentos, escuchando. Sin mover un músculo. Ni siquiera nos atrevíamos a respirar.

El plañido, aunque ininteligible, cargaba con la inconfundible estructura del lenguaje humano. Eran palabras, indescifrables vocablos lanzados al viento con la esperanza de que los captase algún poder primigenio. Tal vez de que respondiera a sus súplicas.

Una oración no pensada para oídos humanos.

Durante un rato, una verdadera eternidad en la que los tres nos preguntamos qué estaría ocurriendo fuera, reinó la calma. El sol de medianoche estaba resbalando con gracia sobre el horizonte, tiñendo de turquesa el bosque. «La noche de los colmillos rojos», la había llamado Danniksen.

Vaya nombre más apropiado.

Entonces oímos los primeros disparos.

3.

—¡No te muevas de aquí! —ordenó Tinker, empujándome hacia abajo con la mano hasta que quedé, a la fuerza, sentada en un taburete.

Kegan se apretó contra mi hombro como un niño buscando el calor de la madre, su protección. El crucifijo se le había clavado en la palma de la mano y estaba aureolado de sangre.

—¿Adónde va? —pregunté, sintiendo llegar el pánico.

Tinker sopesó el cuchillo.

—A ver si puedo ayudar. Pase lo que pase, no te muevas de esta silla.

Obedecí. No me sentía capaz de hacer otra cosa que no fuera estar sentada allí, esperando acontecimientos junto al cobarde de Kegan.

Tinker abrió un instante la puerta, el mínimo tiempo necesario para dejar pasar su cuerpo, y la cerró tras de sí. Me pregunté a qué venía ese brusco cambio de actitud, esa prisa por enfrentarse al peligro cuando durante todo el viaje se había mostrado más bien cauto.

Sus ojos me lo dijeron. La locura anidaba en ellos, y era más evidente y poderosa que nunca. Estaba desesperado por ver a los lobos, encarar la manifestación del Mal. Un Mal que igual que le había pasado a Danniksen le serviría para justificarlo todo. Todo.

Nos quedamos solos, Kegan y yo, presos en aquella caja de resonancia que

convertía el mundo en una referencia lejana. Nos llegaron golpes. Disparos amortiguados. Algún grito que otro, órdenes ladradas desde los puestos de francotirador que transmitían consignas veloces.

Crujidos de ramas que se partían. Más disparos seguidos por intervalos de silencio, en los que no podía creer que nada estuviese pasando, sino que los hechos se estaban tomando su tiempo para suceder.

Y me di cuenta de que en aquel paisaje sonoro faltaba algo, pero ¿qué?

De improviso, un rugido, una especie de aullido desgarrador que hizo trizas el aire inmóvil. No era un animal, pero tampoco un hombre. Ni siquiera algo que se aproximara a una conjunción de ambos.

Más alaridos. Kegan y yo nos situamos en el centro de la habitación, rezando plegarias a toda velocidad. Mirábamos con ojos desorbitados las paredes.

El paisaje sonoro nos iba describiendo lo que ocurría: del nordeste llegó un rugido, seguido por un golpe sordo y el estampido de un arma. Ramas muy gruesas que se partían. Un cuerpo que caía desde cierta altura sobre la nieve. Más consignas militares en rápida sucesión: reconocí la voz de Chastel, y también el acento nasal de Danniksen. Tinker no daba señales (al menos auditivas) de estar vivo.

Kras, kras, gente que corría desde el sur. Pasos rápidos sobre la nieve. Alguien tropezaba y pedía auxilio.

Un impacto contra la pared que arrancó astillas nos sobresaltó. ¿Una bala perdida? Juraría que volaba a la altura de mi cabeza, y que me la habría arrancado de no haber estado allí aquel leño. Nos desplazamos unos metros hacia la pared oeste para alejarnos de lo que estuviese ocurriendo mientras manteníamos agachada lo máximo posible la cabeza. Y en aquel cuadro seguía faltando algo.

Mordiscos de cepos. Balas y perdigones que rebotaban como insectos blindados contra la pared. Los frenéticos tajos de un instrumento cortante que atacaban o se defendían. Alguien trató de escalar el muro por el sur, pero fue interceptado a mitad de camino y arrojado de nuevo contra el suelo. Distinguí un ruido espumante, como si unos pulmones hubiesen sido dejados al descubierto y el aire burbujease sobre un poso de sangre.

Por el oeste corría un grupo de personas, disparando a la vez que se movían. Los pasos cambiaron bruscamente de dirección cuando algo se plantó en su camino, un ser que era tan pesado como para hundir sus patas profundamente en el suelo helado. Crujidos de metal al partirse (¿los fusiles?), de hueso al quedar expuesto (¿cráneos humanos?), y de dientes al cerrarse como estiletes sobre carne blanda.

Me tapé el rostro con las manos mientras Kegan transpiraba padrenuestros y

avemarías. ¡Era demasiado horrible, por el amor de Dios! ¡Que parase ya de una maldita vez, no podía soportarlo!

Entonces se me iluminó el cerebro y me di cuenta del detalle. Supe qué era lo que faltaba en el paisaje sonoro, a pesar de que todos lo habíamos estado esperando.

Las campanillas del perímetro.

No habían sonado en ningún momento. Aquellas cosas habían irrumpido en el área pasando por encima de las trampas que les habíamos puesto.

¿Cómo lo habrían hecho, me pregunté? ¿Acaso era cierta la historia de Danniksen sobre que aquellas criaturas volaban por la foresta, flotando entre los árboles más que tocando el suelo con las garras? ¿O acaso su visión era tan increíblemente precisa, más allá del umbral humano, que veían los hilos entre un tupido mural de matorrales y hojarasca hasta en las peores condiciones de luz?

Entonces sucedió.

Supe que el monstruo estaba entrando por el tragaluz incluso antes de ver su sombra, de oír la respiración hueca, de sentir la densidad de su peso, de experimentar la cercanía de su pelaje.

Cuando se dejó caer en el centro de la sala, llevando la cabeza cercenada de Chastel en una mano y haciendo crujir el edificio entero bajo su peso, lo supe. Tuve un lapso de claridad divina en el que entendí el proceso que había llevado al destino a reunirme por tercera vez con aquella bestia.

La primera había sido aquella noche en Rhum, cuando interceptó nuestra huida de Caer Minloch y asesinó a los criados. La segunda, en la masacre del monasterio, la noche de la ira. La tercera, y definitiva, era en este preciso momento de esta hora de este día de este año.

El día en que miré al Diablo a la cara y tuve el valor de sonreírle.

XVII. EL PUEBLO DE LA LUNA

El rapto de Europa – Una pesadilla sin principio ni final – Época de celo y de caza – La gran amenaza para la tribu

1.

Había soñado en algunas ocasiones con estar muerta, pero jamás pensé que la experiencia se pareciera tanto a un cuadro de Tiziano.

Había dolor. Era un demonio que se había instalado en mi espalda y me mordía la columna. Y movimiento. Formas verdosas y troncos rectilíneos que conformaban las estrechas paredes de un embudo. La náusea revolvía mis tripas mientras el aire gélido me aplastaba el pecho. La tierra subía y bajaba al veloz ritmo de unas patas que, convertidas en un borrón difuso, tragaban kilómetros con apetito.

Me habían raptado, convirtiéndome en una Europa muerta de miedo que tocaba con reverencia la cruz del toro que la llevaba a cuestas. Solo que esta vez no era un toro, y su lomo estaba cubierto por un tupido abrigo de pelo negro. La bestia, de proporciones antropomórficas y más alta que un caballo, me tenía agarrada con una sola mano, mientras repartía sus otras tres extremidades en rozar, tan solo rozar, el suelo. La velocidad a la que nos movíamos se me antojó ridícula, por exagerada; habríamos dejado atrás con facilidad a un guepardo, y eso que estábamos esquivando tapices aparentemente impenetrables de ramas.

Aquel monstruo podría ser Padre. La idea no se me iba de la cabeza. Creí reconocer sus ojos cuando le sostuve la mirada, pero él no pareció darse cuenta de quién era yo. Me agarró sin miramientos y me sacó de un prodigioso salto por el hueco del tragaluz. No sé qué ocurrió con Kegan.

Cuando estuvimos fuera de la misión comenzó aquella loca carrera. Apenas pude ver, entre gritos y violentos espasmos, lo que había sido de los mercenarios y del resto

de los benedictinos. La única imagen que retuve eran miles de gotas febrilmente rojas sobre un fondo blanco.

Sangre.

La nieve, la tierra, el mundo entero se había bañado en sangre. Como cuando Cronos devoró a sus hijos en el primer gran acto de canibalismo. ¿Me devoraría Padre a mí, un nuevo dios y una nueva víctima?

El monstruo me clavó las garras en la espalda, no sé si para conseguir que me estuviese quieta o para que no me cayese al suelo. El efecto fue devastador. Estuve a punto de quedarme sin sentido de puro dolor, notando cómo las palpitaciones de las heridas abrasaban hasta el último rincón de mi cráneo. Bom, bom, bom, llegaba el dolor en oleadas, y cada una parecía arrancar un pedazo de mi conciencia. Bom, bom, bom, las patas del monstruo se estampaban en la tierra provocando terremotos en las bóvedas inferiores de mi cerebro. Bom, bom, bom, las auroras boreales atormentaban con latigazos de luz la cutícula de la noche.

Presentía una luz trémula en el horizonte, pero sí, para mi sorpresa era de noche. Habíamos salido de la región del día eterno para adentrarnos en los dominios de la oscuridad. ¿Habíamos cambiado de país, de continente…? ¿Cuánto tiempo llevábamos corriendo?

El hombre lobo que me llevaba a cuestas parecía disponer de una energía infinita. Llevábamos horas y horas avanzando y no daba la menor muestra de cansancio. Sus compañeros, que volaban a nuestro alrededor como una bandada de colmillos y pelaje lustroso, tampoco. A veces, cuando su sombra era proyectada por la luna sobre un árbol, algunas hojas caían de las ramas y eran engullidas por la oscuridad que mediaba entre los troncos. Y ese era todo el rastro que los monstruos dejaban tras de sí al correr.

En un momento dado la bestia cogió impulso y salimos volando. Volando de verdad, no en sentido figurado. Había dado un prodigioso salto sobre un acantilado sin fondo. Invoqué un alarido de pánico, pero cuando el aire se las arregló para subir por mi tráquea, llegamos al otro lado. El lobo había saltado limpiamente más de cincuenta metros de precipicio, o esa impresión me dio. Sus compañeros aterrizaron detrás y prosiguieron como si tal cosa la larga marcha.

Perdí toda noción del tiempo y de la realidad. Para mí solo existía el dolor, el sufrimiento, el recuerdo de un pasado lejano en el que había sido madre, tuve una casa preciosa cerca de unas montañas y unos hijos para los que yo era todo su mundo. Un marido al que había aprendido a querer como la vida misma con el paso de los años, y que me quería por igual. Sombras chinescas en un teatrillo destartalado.

De repente, la gran carrera acabó.

El lobo, transpirando por todos los poros de su cuerpo, resopló de agotamiento y me depositó con cuidado en una alfombra de hojas húmedas. Luego se alejó de mí. El resto de la manada se dispersó también, aunque no se alejaron mucho. Se apoyaban contra los árboles, bebían agua de los charcos que el hielo a medio cristalizar había sembrado por todas partes. Arrancaban con sus manos de dedos oponibles los frutos de alguna rama.

Muchos de ellos mantenían una oreja orientada en mi dirección, aunque no me miraban fijamente. Traté de moverme. La rigidez que se había instalado en mis músculos amenazaba con convertirme en una estatua.

La agonía fue atroz.

Doblar las articulaciones era como partir trozos de madera en el interior de mis brazos y piernas y tener que lidiar con los fragmentos que se habían quedado flotando en la sangre. Cien agujas incandescentes desgarraban mis músculos y los mantenían clavados al hueso.

Grité.

Aquel sonido arrancó ecos en las bóvedas entrelazadas de avellanos y tilos. Fue como la violación de un santuario de quietud. El silencio era extremo en aquel lugar, un concepto distinto a como lo entendíamos los humanos. Era el silencio de los profundos bosques, de la naturaleza antediluviana, en el que una brizna de hierba mecida por la brisa podía causar un estrépito al golpear a sus hermanas.

Cuando por fin retomé cierto control sobre mi cuerpo (y las agujas relajaron la presión sobre mis tendones), me puse en pie. Estaba dispuesta a explorar mi prisión. Y si aquellos terrores infantiles hechos realidad decidían comerme, pues bien, que les aprovechara.

No estaba preparada para lo que vi.

Aquel lugar no se podía llamar «claro», sino más bien un espacio aleatoriamente vacío entre troncos descomunales. No había sido despejado de hojas, ni de musgo, ni limpiado de ninguna manera del detrito de la foresta, pero aun así se apreciaba cierto orden en su interior. Alguien con manos hábiles había levantado una enorme construcción en forma de rombo, hueca, como una pirámide de planta cuadrada volcada de lado y observada desde la base, y la había encajado entre los robles.

Aquel grandioso rombo estaba apoyado sobre los troncos de los árboles más grandes que había visto en mi vida. Su simetría engañaba la vista, creando una sucesión de figuras geométricas que le conferían una falsa profundidad: rombo dentro de rombo dentro de rombo dentro de rombo… y así hasta alcanzar el arrugado

piramidión que remataba la estructura.

Sobre algunos de aquellos rombos, los más grandes y externos, distinguí costras estratificadas de sangre seca.

No sabía qué pensar de todo aquello. Verlo era como asomar la nariz a una caja de secretos que los humanos no estábamos listos para comprender. No pude buscarle un sentido a esa estructura, y mucho menos un propósito. Era la obra maestra de una inteligencia llegada quizá de otro mundo, o el canto del cisne de una era que tuvo su apogeo cuando los simios ni siquiera fantaseaban con andar a dos patas.

Pero había más cosas allí, aparte de la pirámide tumbada.

Vivaques prehistóricos. Amasijos de ramas amalgamadas con estiércol. Montañas de huesos limpiados de carne hasta el tuétano. Despensas bien organizadas que incluían piernas y brazos amputados, y pequeños enseres cotidianos fabricados con cráneos vaciados.

Distinguí cuencos para beber, algo parecido a cuchillos de pedernal y alfileres de tibias, y lo más horroroso de todo: collares y otras alhajas decorativas colgadas de la entrada de las «casas», confeccionados con vértebras que, sin lugar a dudas, habían sido sacadas de espinas dorsales de niños.

Las náuseas acercaron el suelo a mis rodillas.

Me toqué la espalda. Estaba húmeda, pero el líquido era demasiado denso para tratarse de condensación de rocío.

Extendí los dedos delante de los ojos.

Sangre. Mi propia sangre manando sin control.

Mis caderas estaban bañadas en ella. Mis piernas también.

Me desmayé.

2.

«¿Hola?», grité desde un lugar donde solo había negrura.

«¿Puede oírme alguien, por piedad?».

Arrastrarme con manos en llagas hacia arriba, hacia la luz, a las rendijas afiladas que podían ser mis párpados entrecerrados. Para asomarme y mirar más allá. Solo quería eso. Eso y que el dolor desapareciera.

Pero cuando logré trepar hasta los ojos y abrirlos un poquito, haciendo palanca con ambas manos… las tres veces que lo conseguí antes de despertar definitivamente… el terror volvió a golpearme y me lanzó de nuevo a la negrura.

La primera visión: yaciendo tumbada, ardiendo de fiebre, dentro de un vivaque con humus y excrementos animales. Formas que se movían a mi alrededor. Siluetas decididamente humanas que sostenían cuencos con mejunjes malolientes. Me los acercaban a la boca, la abrían a la fuerza y vertían su repugnante contenido. El líquido abrasaba, casi podía sentir cómo sembraba ampollas en mi garganta. Cuando me resistía a beberlo forzaban mis mandíbulas con una especie de bozal hecho de palos. El vómito acudió en varias ocasiones al paladar, y para que no me ahogara, aquellos seres lo drenaron, sorbiéndolo directamente de mi boca.

Vuelta al vacío.

La segunda visión: había dos mujeres, o quizá fueran tres, que nunca me dejaban sola. Eran humanas, o eso me pareció al mirarlas a través de la gasa de lágrimas. Sobre sus cabezas, una techumbre de cañas entrelazadas y barro. Las mujeres parecían nativas de esta región del mundo, e iban desnudas, con sus grandes pechos redondos meciéndose como si estuvieran permanentemente llenos de leche. Por el frío que sentía imaginé que me habrían desnudado a mí también. Se inclinaban a ratos sobre mi cuerpo para pincharme con agujas, pequeñas amenazas cortantes que previamente rellenaban con la misma sustancia hedionda que me daban de beber. Intenté rebelarme contra lo que fuera que me estuvieran haciendo, contra aquella tortura de laceraciones y venenos, pero no pude: apenas quedaba energía en mi cuerpo para nada que no fuese respirar y otras funciones básicas. Hubo un momento en que alcé una mano y la puse frente a mi cara. Lo que vi fueron tatuajes, esquemas de color y figuras insinuadas bajo la piel que culebreaban con vida propia.

Tatuajes. Aquellos salvajes me estaban tatuando.

Un niño desnudo entró en la tienda. Tenía el cuerpo cubierto de dibujos, y al abrir la boca me gruñó con un maxilar lleno de dientes afilados. Se inclinó sobre mí, lamiéndome las perforaciones de las agujas, explorando mis pechos por si también contenían gotas del precioso líquido de la vida. Situó el pene entre mis piernas, como si esperase a que lo invitara a copular con alguien que le triplicaba la edad.

Sus dientes eran tan afilados…

Vuelta al vacío.

La tercera visión, y la más espantosa: abrí los ojos y el techo seguía allí. Pero no las mujeres ni el niño, que al final no supe si me había violado. Me sentía mucho mejor de las heridas. De hecho, la sensación de dolor había desaparecido por completo. Podía mover las extremidades razonablemente bien, y al tocarme la herida de la espalda noté que había cicatrizado, sin infección. Aquellos brebajes malolientes… debieron de hacerme algo. Algo beneficioso. Pero los tatuajes seguían

allí, y me cubrían por completo los pechos y el bajo vientre como si fueran un regalo, un homenaje iniciático a los atributos de la feminidad.

Oí pasos fuera del vivaque. Algo enorme rondaba la construcción, olisqueando. Sintiendo mi presencia, incluso mis movimientos, a través de los mensajes invisibles que mi cuerpo sucio enviaba por el aire. Me miré la entrepierna. Manchas en la parte de dentro de los muslos. Sangre menstrual. ¡Dios, no, ahora no!

La cosa entró en el vivaque, enorme, amenazadora, bosquejada a partir de una miscelánea de hombre y bestia. Sus garras eran largas y curvas como cimitarras, sus dientes unos sables que las encías iban desnudando con ansiedad febril. Un miembro enorme y animal colgaba entre sus piernas, goteando una sustancia negruzca.

Mi corazón estuvo a punto de dejar de latir cuanto la cosa se echó sobre mí y me olisqueó. Olió mis fluidos, la sangre, el sudor, las heces, la suciedad acumulada de días y días de cautiverio. Los mezcló con los suyos. No llegó a penetrarme, pero de alguna manera supe que era Padre, en su mutación lupina, y que me deseaba. Deseaba poseer mi cuerpo más que nada en el mundo. Darme un hijo. Darme un hijo. Darme un hijo.

Grité con todas mis fuerzas.

Un día desperté en un lecho más cómodo, mejor adaptado a la curva de mi espalda. Incluso pude incorporarme y salir de la tienda.

No había rastro de mis antiguas ropas por ninguna parte, pero tampoco importó. No tenía frío.

Había gente por allí, pero nadie me hizo el menor caso. En aquel pueblo primitivo podía haber unas quince o veinte personas de casi todas las edades (salvo ancianos, no sabía por qué), concentradas en absoluto silencio en sus quehaceres. Me tapé instintivamente las partes pudendas con las manos, pero nadie me dirigió la menor mirada. De hecho, todos iban desnudos, como si cualquier variación de ese estado fuese un insulto para su cultura.

¿Dónde estábamos? ¿En qué lugar de Noruega… si es que aún continuábamos en el mismo país? Las características del bosque parecían similares a las que rodeaban la

misión, pero si el largo viaje a lomos del licántropo no había sido una fantasía, debíamos hallarnos realmente lejos de ese enclave. En el corazón del bosque, a muchos kilómetros de distancia del fiordo.

Por lo menos no vi focas ni osos polares cerca.

Me pregunté si sería posible escapar sin que se dieran cuenta. Y en el remoto caso de que lo lograra, ¿cuánto tardaría en recorrer el camino de vuelta hasta Sygnefest? ¿Me moriría de hambre por el camino? El único consuelo que tenía, por absurdo que parezca, era aquel fugaz comentario que había hecho Tinker cuando arribamos a puerto, sobre que el siguiente barco hacia Europa no pasaría hasta dentro de un mes.

Quizá me diese tiempo de regresar. Quizá. Aunque primero tendría que averiguar en qué dirección estaba el fiordo.

Me acerqué con cuidado a un grupo de nativos. Creí reconocer a las mujeres que me habían cuidado durante la convalecencia. Cosían una especie de red con agujas similares a las que habían usado para tatuarme. El material de la red parecía pelo, aunque estaba mezclado con tiras finas y largas de corteza de avellano.

A su alrededor zumbaban los niños, uno de los cuales era el pequeño salvaje que había entrado en mi vivaque (¿mi vivaque, de verdad lo había llamado así?), cuando las adultas no estaban. Me sonrió, mostrando la sierra que tenía bajo los labios, y que estaba usando para arrancar a mordiscos las finas tiras de corteza para pasárselas luego a las mujeres. Me dio un poco de repelús, pero al menos fue el único que correspondió a mi presencia. Los demás se limitaron a ignorarme cortésmente y seguir con sus tareas.

Busqué a Padre con la vista. No había ni rastro de machos en edad de cazar, y aún menos de un macho alfa, pero sí algunos adolescentes cuya conducta estaba cargada de simbología animal. Andaban a cuatro patas, a veces a dos; olisqueaban el ano de otros muchachos y la entrepierna de las chicas jóvenes, sin que a estas pareciera molestarles… Se acoplaban espontáneamente a los pechos de las mujeres adultas para beber leche, procurando no entorpecer demasiado la tarea que estuvieran haciendo (esto era una actividad común a todos los adolescentes, sin que importara su edad)… Ninguno de ellos usaba una lengua articulada, parecida a los lenguajes civilizados, pero pronto aprendí a interpretar mil señales distintas de sus cuerpos: si el pene estaba fláccido o medio erguido, si bajaban la vista al suelo al pasar junto a sus iguales o les sostenían la mirada, si llevaban enseres en las manos o los agarraban con la boca, a la usanza de perros…

Me dejé caer en la hierba. Doblé las rodillas contra el pecho y las abracé. Ya no sentía tanta vergüenza, aunque me hice la solemne promesa de estamparle una piedra

en la nariz a uno de aquellos adolescentes si se me acercaba con intención de… bueno, de dejar en evidencia su celo. En el árbol que tenía detrás, el tableteo del rocío que resbalaba por las hojas era lo único que rompía el silencio. Sus raíces se elevaban desde un suelo irregular y desbastado por antiquísimas corrientes de agua. Docenas de arañas diminutas construían catedralicios telares entre las ramas.

Observé durante mucho tiempo a los attacotti (¿de verdad eran ellos, o sus lejanos descendientes? ¿Estaba Kegan en lo cierto sobre el cruel destino que la vida deparó a estas gentes?). Al principio los miraba y me preguntaba si algo más allá del puro caos instintivo dominaba sus vidas. Pero poco a poco fui hallando claves. Gestos. Reacciones. Formas de premiar las conductas correctas y de penalizar las indeseadas.

Al cabo de unas horas, tuve la sensación de estar rodeada por una complejísima sociedad llena de reglas no escritas, preceptos, costumbres, tabúes y ordenanzas. Un complejo tapiz de relaciones sociales que se inculcaban en la infancia y que incluían no solo costumbres humanas, sino lupinas y quién sabe de qué otras parcelas del mundo animal.

Sonreí al imaginar lo privilegiado que se habría sentido el doctor Paré si hubiese podido estar aquí, viendo esto. A ver si así aprendía algo más sobre sus casos de hipertricosis.

La vista, desde luego, se me iba sin quererlo a la gran construcción que dominaba el poblado. Por más que le daba vueltas a esa confusión geométrica, ese laberinto de rombos de madera, no lograba ubicarla. Tenía la molesta sensación de haber visto algo muy similar antes, pero ¿dónde? ¿Acaso lo había soñado, o es que mi cerebro estaba intentando cotejarlo con una forma básica, elemental, que todos los humanos conocíamos?

Cuando el sol estuvo en el cénit, los attacotti se sentaron a comer. No en un sitio común, preparado para ello, sino allí donde les sorprendió el hambre. En el mismo lugar donde comían hacían también sus necesidades, aunque luego las enterraban bajo el suelo. Imaginé que las heces no resistirían el contacto con el suelo congelado, y que este las arrastraría hasta fusionarlas con la misma materia que alimentaba los árboles.

Una de las mujeres me trajo comida; era un trozo de carne cruda, la pata cercenada de algún animal que todavía tenía pelo y tendones colgando. Sentí náuseas, pero no había nada dentro de mi estómago que pudiese salir a protestar, así que me senté en la piedra e hice de tripas corazón.

Busqué una hoguera para desinfectar la carne, algo que se pareciese a unos palos situados sobre un hogar de carbones o leños… pero aquella gente no conocía el fuego. Oh, sí, probablemente sabrían lo que era, aunque solo fuese por los rayos que

de vez en cuando caían del cielo o por los diamantes de luz que veían al acercarse a los enclaves humanos. Pero no lo invocaban, no lo usaban para nada. La única energía que necesitaban brotaba de su interior, era de tipo físico y espiritual. E inagotable.

La carne tenía un sabor repugnante, tiras de cuero rebozadas en algo que parecían gusanos licuados (¿la grasa del animal?), pero sería por el acoso del hambre que me supo a manjar de dioses. Devoré hasta el último gramo de carne que pude extraer de la extremidad amputada, y bebí agua de los mismos caudales de rocío que nos regalaban los árboles. Con el estómago otra vez funcionando pude pensar un poquito mejor, aunque me negué rotundamente a defecar delante del grupo, como hacían los otros. Se rieron de mí al no comprender por qué me ocultaba detrás de los arbustos… pero en realidad ese fue otro paso adelante: conocían la risa.

Eso era bueno. Los humanizaba un poquito más.

Se hizo de noche, y otra vez de día. Había ciclos de luz y oscuridad, cosa que aunque no entendiera, agradecí. Las mujeres me permitieron seguir durmiendo en aquel vivaque, que comparado con la posibilidad de pernoctar al raso era como estar en un palacio.

Cuando amaneció me di cuenta de un detalle importante: no había usado palabras ni una sola vez desde que me trajeron al poblado. Ni las echaba de menos. Podía comunicarme con gestos, señalando cosas y abriendo y cerrando la boca. Con eso me hacía entender. Pero para mí misma, y en voz baja, pronunciaba a menudo los nombres de mis hijos como un recordatorio de que aún sabía hablar. Aún era una mujer civilizada, por más que andase desnuda y comiese carne cruda. Sabía hablar, y eso era lo único que me conectaba con mi lejano hogar.

El tiempo se arrastraba como una unidad homogénea. Los días eran indistintos, siempre hacíamos lo mismo y siempre obteníamos la misma recompensa. La naturaleza premiaba los esfuerzos de la tribu con agua y comida, el sol salía para concedernos un arrumaco de calor, el viento se mecía como una sinfonía eterna en las ramas, un aria para un solo instrumento que se expresase en murmullos… Y todo ello en silencio. En un hipnótico y sepulcral silencio, roto únicamente por los gemidos de los jóvenes mientras se entregaban a violentas cópulas.

Qué distinto era aquello de la prisa y la planificación de la vida en la ciudad. Qué desinhibición tan pura, tan sincera. La vida en el poblado de los monstruos, por mucho que me urgiese escapar de allí cuanto antes, se me antojaba de una esencialidad maravillosa.

Seguía queriendo escapar de allí con todas mis fuerzas, pero el bosque me daba

miedo. Mucho miedo. Era una oscuridad sembrada de peligros y depredadores que acabaría conmigo sin el menor esfuerzo. Tenía que conseguir racionalizar mi miedo antes de hacer un intento de fuga a la desesperada. Sí, racionalizar el miedo. Dividirlo en partes más pequeñas y averiguar cuáles de ellas me servirían para algo y cuáles no. Y luego, dar con un buen plan de fuga que no contemplase la posibilidad de una muerte lenta y espantosa. Bosques, bosques oscuros, sin direcciones, sin caminos, llenos de cosas infestadas de colmillos…

Oh, piadoso Dios…

Al anochecer del ¿décimo? día desde mi despertar regresaron los machos cazadores. Las mujeres intuyeron su llegada con horas de antelación, y cuando se encontraban cerca aullaron a los cielos en señal de bienvenida. El miedo volvió a lanzar su azarosa chispa en mi interior, pero de alguna manera supe que no pretendían hacerme daño. Que estaba a salvo, al menos de la posibilidad de acabar dando vueltas en un espetón para solaz de la manada.

Si Padre volvía a intentar violarme en cuanto me viera era harina de otro costal.

Llegaron desde la espesura, desanclándose de ella como si fueran un todo. Eran ocho, cinco lobos enormes de aspecto completamente animal y tres demonios bípedos con cabeza de bestia y musculatura de coloso. Pero lo que más me sorprendió fue no encontrar únicamente lobos en aquella manada: también había dos seres enormes, aún más grandes que los licántropos e igualmente híbridos entre animal y humano, pero que parecían osos. Feroces osos negros que habían aprendido a andar sobre dos piernas.

Recordé las sagas que me había narrado Kegan durante el viaje, antiguos poemas que hablaban de los *berserker* nórdicos, y me tabletearon los dientes.

Reconocí a Padre. Seguía convertido en licántropo. Traía una presa en la mandíbula, un reno que había matado retorciéndole de un giro completo el cuello. El hombre oso también llevaba otro a cuestas, y los lobos más pequeños, conejos, linces y algún que otro pájaro. Al verlos, las mujeres y los niños entraron en una especie de frenesí. Todos parecían festejar el regreso, aunque había algo mal. Lo noté, y eso que apenas sabía reconocer una minúscula porción del código.

Alguien no había vuelto de la cacería.

El cuerpo del fallecido lo traía el último lobo de la comitiva. Gemidos de desesperación y tristeza recorrieron el poblado: uno de los licántropos jóvenes había sufrido unas heridas tremendas en el lomo y las patas. Parecía como si algún depredador le hubiese arrancado kilos enteros de carne a base de dentelladas.

Preferí no imaginar qué clase de enemigo podía enfrentarse a aquellos seres y salir

triunfante, aunque tal vez no cazasen en manada. Kegan me había contado una historia sobre un príncipe vikingo que se había transformado en oso y retaba a sus enemigos a combates de honor. Puede que si encontraban a un adversario lo suficientemente digno, ellos también le concediesen la gracia de un combate singular.

Si hacían eso, desde luego eran más civilizados que los de mi especie.

Padre me olfateó a distancia, pero no se acercó. Me lanzó un bufido desde lejos (un gesto para el que no tenía traducción, así que no supe si me estaba despreciando o dándome las buenas noches) y llevó el cadáver del joven hasta el edificio romboidal. Tras depositarlo en su interior, juro que me pareció que hizo algo sospechosamente similar a una reverencia, un gesto de sumisión, y lanzó un potente aullido al cielo cuya onda sacudió con fuerza tectónica los árboles.

Los demás lo corearon con tal potencia que tuve que taparme los oídos con las manos para que no reventaran.

La luna acudió a aquel grito, saliendo de entre las nubes ante la llamada de sus hijos. Me dio la sensación de que había un enorme rostro ahí arriba, mirándonos con su faz plateada como si estuviéramos siendo juzgados.

Se hizo completamente de noche, salvo por el nimbo de luz blanquecina que nos enviaba la soberana del firmamento. Y entonces fui testigo de un acontecimiento que apenas puedo describir con palabras.

3.

El edificio romboidal se iluminó, o quizá fuera un juego de luces y sombras, de espejismos forjados con luz de luna que colmaron mis pupilas de destellos. Pero juro por lo más sagrado que creí que el edificio brillaba, y con él el cuerpo tendido en su base.

Padre fue el primero en infamar aquel cuerpo. Para nosotros, los seres humanos, es prioritario respetar el descanso de los muertos. Nos parece una monstruosidad, un tabú cultural, mutilar la carne que ya no está habitada por ningún alma, porque de esa manera estamos ofendiendo no solo la memoria del difunto, sino también la esencia que pueda haber pasado a un mundo mejor.

Los licántropos no tenían ese tabú.

Padre deslizó con precisión de cirujano las garras negras por aquel cuerpo, cortándolo en tiras. Luego se acercaron los demás y contribuyeron a reducir el cadáver a un mero conjunto de material orgánico desechado. Músculos, carne, huesos,

cerebro, incluso el contenido no procesado de su estómago… todo fue separado minuciosamente y apilado en montones, como quien desmonta pieza por pieza un puzle tras haber disfrutado de su imagen mucho tiempo.

La sangre del lobo joven se había transformado también bajo aquella luz divina, y ya no era roja, sino dorada, y fue recogida derramando la mínima cantidad posible en toscos cuencos.

Las mujeres trajeron hierbas, algunas azules como el jacinto, otras grises como el hueso recién pulido[44]. Las mezclaron con la savia que antes había sido sangre y elevaron cánticos a una deidad cuyo nombre no pude distinguir entre tantos gruñidos y alaridos guturales. Los niños se volvieron locos, poseídos por una exacerbación hormonal que retorcía sus cuerpos y volvía, si cabe, más afilados sus dientes.

Los adultos cantaron al cielo, a las estrellas, al mismo bosque. La llama fría que ardió dentro del santuario se volvió más intensa, y no me quedó la menor duda de que era real, no una alucinación. La parte de mujer de ciencia que había en mí intentaba decir algo, gritaba inútilmente dándose cuenta de detalles importantes (como que ya sabía de dónde procedían los enseres tallados en hueso que había visto en las guaridas y que en un principio confundí con el botín de sus cacerías), pero la ignoré. Toda mi atención estaba puesta en lo que tenía delante, en la destilación del mítico nepantis que Padre tanto se había esforzado en reproducir en Rhum (¿usando su propia sangre como catalizador, tal vez, junto con las flores recolectadas en el bosquecillo?).

La ceremonia se volvió más extrema y caótica conforme avanzaba la noche. Los attacotti empezaron a comer, a danzar, a copular como posesos, hombres con niños, mujeres con animales, monstruos con monstruos. La noche se llenó de violencia, de amor y de sangre. Todo giraba como un torbellino desquiciado a mi alrededor. Los dibujos que me habían tatuado fulguraban con la misma luz del santuario, y al mirarlo de frente, al contemplar el edificio desde la perspectiva de un suplicante, tuve una revelación: un momento de claridad que solo duró un segundo y que me permitió descubrir su secreto.

Supe, oh, sí, lo supe con diáfana claridad, qué representaba, y no me sorprendió en absoluto, pues era la forma más primitiva que había existido nunca para representar a una diosa y su correspondiente altar.

Un útero. Era un maldito útero gigante de mujer. Una especie de matriz genitora de vida, recicladora de muerte y forjadora de energías primordiales.

Era un altar dedicado a la Vida y a la Muerte, en sus más amplias y universales acepciones.

Bailé, contagiada por el desenfreno de la manada, el delirio exaltado de la noche de los colmillos rojos. Alguien derramó nepantis sobre mis labios y alcancé una especie de clímax apoteósico, un pico de sensaciones que casi hizo estallar mi corazón. Comprendí por qué Padre buscaba reproducir esta sustancia por encima de todas las cosas, cuando se vio obligado a retornar a la civilización. Por qué buscó por todo el globo libros prohibidos que pudieran aportar aunque fuera una simple pista sobre el secreto de esta hiel olímpica, este jugo divino y perverso.

Era como tener la voz de la Diosa relampagueando con el ímpetu de cien tormentas en las oquedades de tu alma; como dejarse llevar por el trueno y ser apuñalada contra una estrella; como tragarse una semilla y ver cómo tu cuerpo explotaba para dejar salir el árbol. Ante ese premio, el riesgo de enfrentarse a iglesias e inquisiciones y acabar agonizando en sus mazmorras bien valía la pena.

Padre se me acercó; vi sus ojos animales ardiendo como ascuas. Me deseaba, quería poseerme, no perder ni un instante más. Algo en lo más profundo de su ser se lo ordenaba: ¡Hazlo! Es el momento de que surjan los semidioses del crisol de las hembras humanas, de que los vientres ardan con la gloria de la semilla divina. ¡Engendra a tu heredero con tu antigua hija, transmite la magia ancestral, la llamada de la tribu!

Mis pezones estaban a punto de romperse de la excitación. Sentía arder mi entrepierna, deseándolo, queriendo que Padre me golpease contra el árbol y me partiese en dos con su miembro, enorme, velludo, enhiesto, y que el dolor y el placer me arrastrasen a cimas aún más inaprensibles. Quería ver la luna desde arriba, horadar cráteres en su cara oculta. Despellejarla para destapar sus secretos. Padre se me acercó más aún. De sus fauces goteaba la baba.

De repente, la locura paró.

Padre me rechazó. Se alejó de mí lanzándome un rugido de reprobación, de cólera. Los otros lobos también me amenazaron con sus gruñidos y formaron un anillo a mi alrededor.

Me desplomé en el suelo, tiritando, sin poder controlar los temblores que me sacudían espasmódicamente. La luz del santuario se volvió más tenue.

¿Qué, por Dios bendito, había pasado? ¿Por qué no me encontró digna? ¿Acaso no era una buena hembra, un buen receptáculo para su semilla?

Entonces lo comprendí.

Padre no podía saber que ya no era virgen. Desapareció de mi vida antes de mi primera unión con Christopher, y por lo que parecía, aún pensaba que seguía guardando intacto mi tesoro. Por algún motivo cabalístico, la virtud era importante

para consumar el acto en esta noche colmada de sortilegios.

Lloré, volviendo un poco a mis cabales. Dándome cuenta de lo que había estado a punto de pasar. Retrocedí hasta que encontré un agujero donde meterme, y ahí enterré la cabeza, dispuesta a llorar durante lo que me quedara de vida. A desaparecer tragada por la tierra, si esta era lo suficientemente blanda y misericordiosa.

Pero Padre tenía otros planes.

Se acercó lentamente, casi sin hacer ruido. Pensé que iba a forzarme, pero en lugar de eso me acarició con el hocico, como habría hecho un perro en busca de una carantoña. Sacó una lengua blanca y áspera, larga como un cinturón, y me lamió un brazo.

En su mirada seguía habiendo resquemor, y también una gran decepción, pero no quería hacerme daño. No por el momento.

Restregó la nariz contra mis tatuajes y se alejó corriendo. Yo no sabía qué pensar de todo aquello. ¿Tenía que sentirme halagada, contenta de que me hubiese perdonado? ¿O sencillamente había pospuesto mi castigo, el más despiadado que pudiese imaginar?

Inhalé profundamente, renovando cada gota de aire que quedaba en mis pulmones. Los párpados cayeron sobre mis ojos, tratando de concederles un minuto de descanso…

… Pero lo que obtuve no fue oscuridad. La serena y piadosa oscuridad. No. Al cerrar los ojos caí de lleno en los de otra criatura, una que corría a velocidades imposibles por el bosque con el morro pegado al suelo. Olfateando, entrando en un mundo de sensaciones que eran infinitamente más ricas e inmediatas que la vista.

Los sentidos de Padre. Su percepción.

Mis brazos se abrieron para agarrarse por instinto a cualquier cosa que hubiese cerca, ya que la sensación de vértigo casi me hizo perder el sentido. Velocidad. Hojas. Piedras. Ramas partidas. Excrementos de un arborícola. Huellas de lince. Heces de reno. Velocidad, velocidad. Sonidos distantes, con arcos sonoros que iban más allá de lo que podía oír ningún humano. El abanico de sensaciones era… indescriptible. Parecía como si todo el bosque estuviera allí, a mi lado, independientemente de en qué hectárea me fijase. Podía alcanzarlo con solo alzar el hocico.

Ver el mundo igual que un lobo. Sentirlo. Padre quería que no solo lo imaginase, sino que pudiera experimentarlo en la carne, en la mente, en el espíritu. A través de aquel embrujo podía llevarme a cuestas en su alma, haciéndome partícipe de todo cuanto implicaba su nueva existencia.

Y entonces lo comprendí.

Vaya si lo comprendí.

Supe lo que eran las cadenas de la carne humana. Lo que significaba estar prisionera en un cuerpo que no veía, que estaba tan sordo como ciego, que solo percibía su realidad más inmediata, lo que tenía justo delante y podía tocar. El hombre manipulaba el mundo para rebajarlo a su escala, para reducirlo a un concepto manejable, una fórmula matemática, sin darse cuenta de que era él quien tendría que haber crecido para admirarlo en todo su esplendor.

El lobo era distinto. Moverse dentro de su pellejo era como… Dios, como calzarse las sandalias de Hermes y salir despedida en alas del céfiro. Como pedirle a Apolo que arrojase su lanza y poder cabalgar el astil, chillando a pleno pulmón. Como robarle las alas a Ícaro y salir huyendo del laberinto de la vida, sabiendo que por más que te acercaras al sol, este no te iba a quemar.

Las lágrimas caían por mis mejillas, allá lejos, en mi cuerpo físico, mientras mi alma gozaba de aquel instante de comunión. Pero no lloraba de sufrimiento, sino de felicidad.

Meterme en la piel del lobo implicaba compartir sus sentimientos. Y si bien la mayoría eran similares a los que podía experimentar en mi condición de mujer, había uno que no tenía su origen en nada humano. Era como un fuego que brotaba de dentro, allá donde ni siquiera el licántropo se atrevía a mirar. Un lugar que se había iluminado cuando el nepantis abrasó mi cuerpo y que era propiedad absoluta de la Diosa. Ni de lobos ni de hombres. Solo de Ella.

Ese sentimiento hacía daño, porque no había forma de controlarlo. Era demasiado primitivo, demasiado inextricable. Y se intensificaba cuanto más corría Padre por el bosque y más se acercaba a los dominios de la civilización.

Odio.

El más profundo y elemental odio que hubiese creído que pudiera existir.

Hacia los humanos. Hacia todo lo que representaban. Y en concreto, hacia un hombre que estaba de alguna manera conectado con el espíritu del licántropo. Padre seguía allí dentro, por supuesto, y podía transmitirle pensamientos y anhelos a la bestia.

Podíamos olerlo. Los dos. El pelaje del lomo se nos erizaba de la excitación al presentir la carnicería.

Él estaba cerca.

Nuestra presa.

4.

Vi las luces que hacían daño. Olí el pozo de basura cuyos efluvios envenenaban el aire, mataban las plantas, vilipendiaban lagos y ríos.

Ciudades, las llamaban los hombres, y las sembraban como pútridas excrecencias de hongos por todas partes. Por toda la superficie de Ella que no estaba bañada por los vastos océanos. Hacían daño, las luces hacían daño. Oh, cómo podían haber caído tan bajo.

Incluso tenían la desfachatez de ponerles nombre, como si fueran cosas vivas.

Sygnefest.

Corrimos en equilibrio sobre los tallos de hierba, que apenas se doblaban bajo nuestro peso. La orgullosa piedra nos prestó por un segundo su dureza para que saltásemos lejos, usándola como trampolín, y el anciano árbol quiso estar allí para vernos caer con elegancia sobre sus raíces. Más, más rápido; los kilómetros se volvían segundos y los segundos recuerdos fugaces. Ciudad se estaba acercando. Ciudad se ofrecía para el sacrificio, para ser nuestra presa. El premio con el que siempre habíamos soñado.

Pero antes de eso, vimos la caravana.

Amasijos de tablas muertas, rodantes, llenos de personas. Carromatos. El olor de cada uno de los ocupantes nos llegó como una firma completa que nos permitiría identificarlos con absoluta precisión. Mercenarios, los que habían sobrevivido al ataque en la misión. Monjes, que al perder a su líder habían decidido que a Dios se le servía mejor de otra manera. Entre ellos, el narrador de historias al que le faltaba una pierna, y que estaba obsesionado por esos racimos de papeles cosidos.

Y él.

También estaba allí. Siempre cerca del lisiado, como si este fuera el encargado de contar su historia para la posteridad. Tan muerto de miedo como los demás, aunque una especie de cerrojo en su cabeza (¿la locura?) no le dejaba manifestarlo.

El hombre que nos había torturado. El que amenazó a nuestra familia y llegó a encerrarnos en un sótano sin sol, sin luna, sin esperanza.

Tinker.

Curiosamente, fue él quien nos vio venir. De hecho, fue el único que pudo anticiparse al ataque y desenvainar su arma, un cuchillo (otra apestosa arma humana) que interpuso entre su cuerpo y el nuestro como verdadero icono de su fe.

Mi cuerpo, allá lejos, en la aldea, se relamió por la excitación. Volvió a entrar en un estado próximo al éxtasis sexual. Deseaba hacerlo más que nada, y daba igual lo que dijese su condicionamiento moral. Tinker merecía ser castigado.

Saltamos directos al encuentro con aquel filo salido de la demencia de los humanos, de su tecnología. Tinker gritó de pavor, sus hombres también, los caballos desafiaron la brida. Hubo un momento en que olimos la sorpresa, el temor, el desconcierto, el estoicismo religioso ante la idea de la muerte…

… Un momento de gloria en el que sentimos tan cerca el corazón de nuestro enemigo que bien podría haber estado latiendo en nuestro propio pecho. Tinker tenía las fauces de la bestia a milímetros de su cara, las quijadas abiertas de par en par, la saliva manchándole la cara, los ojos clavados en los suyos, el rugido haciendo trizas su alma…

… Pero Padre no quiso ser tan magnánimo. Quería ser cruel, que sufriera durante mucho tiempo, y eso implicaba perdonarle la vida.

El daño estaba hecho. Lo leí en su aliento, en el esquema de colores de su calor corporal. Padre había cumplido con su venganza, aunque la cabeza de Tinker aún siguiera sobre sus hombros…

… Y desperté. Esta vez sí que tenía algo que expulsar dentro del estómago, producto de la orgía salvaje, y pude darme el lujo de vomitar.

Estaba de nuevo en mi cuerpo real, en el campamento. Sentada en el vivaque de los tatuadores. Y todo volvía a estar en silencio.

Lo primero que me pregunté fue si había sido real o un efecto secundario de la ingestión de nepantis. Miré el charco de vómito, dentro de la guarida. No me dio mucho asco limpiarlo. Al fin y al cabo, eran pedacitos de mí.

Eché un vistazo fuera. Tenía que haber pasado tiempo en lo que duraba el trance, porque ya había amanecido. Y yo me sentía pletórica, sin ganas de dormir, ni de alimentarme. ¿Era este el primer paso para convertirme en una de aquellas bestias?

Y acaso… que Dios me perdone… ¿acaso empezaba a seducirme esa idea?

Saludé a la mujer de los tatuajes. Me devolvió una inclinación cómplice de cabeza. Sí, había nuevos lazos, cosas que habían cambiado desde la noche pasada. Pero Padre seguía sin regresar al poblado.

Me preocupé. El arma de Tinker, forjada con veneno de luna…

Me extrañó sentir preocupación, sobre todo después de que intentara violarme. Pero ahora lo veía de otro modo. Casi… casi como si me pareciera algo lógico, dentro del orden natural de las cosas.

«¿Pero qué estás diciendo?».

En el fondo, no podía odiarlo por eso.

«¡¡Tienes que salir de aquí, ya!!».

Me acerqué al depósito de comida, situado bajo el altar de la Diosa (el cuerpo del lobo joven ya había sido reciclado, y todas sus partes aprovechadas para el bien de la tribu). Agarré el primer animal muerto que vi, y el hambre salió de su escondite y me cantó con una sonrisa llena de dientes. Hambre, hambre, hambre. Le arranqué un muslo. Lo introduje crudo en mi boca y lo mastiqué con fruición.

Sabía a gloria.

XVIII. UNA CIMITARRA DE BLANCA AURORA

El intruso – Huida – Un último adiós, un último beso – La justicia de las tierras salvajes (elegía para dos almas gemelas)

1.

Padre regresó un día después. No parecía estar herido, aunque sí cansado. En las puntas de su pelaje brillaban pequeños diamantes, una constelación de gotitas cristalizadas de nieve.

Seguí sus evoluciones por el poblado. No quería acercarme todavía a él.

Se aproximó al altar, frotó su oscuro lomo contra los troncos y fue a echarse donde había unas cuantas hembras. Estas le lamieron las patas y, con sus manos humanas, peinaron su pelaje extrayendo virutas, piedras y ramitas que se le habían quedado pegadas.

Un aullido sonó en la distancia. Padre levantó una oreja, la única parte de su cuerpo que movió. Otros cazadores más jóvenes sí que prestaron más atención, encaramándose a los árboles y moviendo los hocicos en la dirección del viento. Querían escuchar el mensaje completo. Uno de los suyos los llamaba desde algún lugar lejano, otro valle o montaña.

Jugué a identificar la llamada. Presa grande… no, esa tenía un sonido más agudo. Peligro para el grupo… tampoco, la vibración bucal era más larga. ¿Hembra en celo? Podría ser, aunque…

El sonido cambió, volviéndose más abrupto. Casi agónico. Se extinguió.

Padre se incorporó, apartando a sus concubinas. Los jóvenes cazadores desnudaron los dientes. Parecían aguardar una señal.

Padre y dos licántropos más, a la vez que un gigantesco hombre oso, se levantaron de sus lechos de maleza y se reunieron en el límite del poblado. Olfatearon los mensajes de la brisa. Escucharon el pálpito del mundo, quién sabía a qué distancia

(ahora que había probado sus sentidos, aunque fuese de una manera tan tangencial, imaginaba que podían trasladar su percepción a kilómetros de distancia).

Y la brisa les dijo algo malo, porque empezaron a correr.

Padre, justo antes de marcharse, exhaló un rugido breve, casi un tosido, y me miró por primera vez desde que había llegado. Sus pupilas destellaron como dos gemas carmesíes. Luego desapareció en la foresta, tras sus compañeros.

Tragué saliva. No sabía lo que estaba pasando, pero algo me decía que no era bueno.

Esperé junto a las demás mujeres y los niños en el poblado. Las nubes corrían veloces a mucha altura sobre nuestras cabezas. El cielo continuaba siendo un lugar limpio, sin cacerías, sin matanzas. Sin peligros ocultos entre las constelaciones. Desde allá arriba, imaginé, el mundo se contemplaría de forma distinta: sin ruidos, sin ríos de sangre, sin tumultos de batallas… Las ciudades parecerían aldeas de juguete, y las granjas pequeños *origamis*. Imaginé el surco de los ríos como hilos de cáñamo que mantuvieran cosidos los países unos a otros, sin que ningún poder humano o divino tuviese potestad para romperlo.

Las nubes abrieron una ensenada. La luna era una cimitarra de blanca aurora, la playa creciente de una bajamar de sombra.

Pensé en Padre. En lo que habíamos compartido cuando unimos nuestras mentes. Él me mostró su alma (la de verdad, la que había sustituido al ser humano en su interior) y aprendí cosas. Muchas. Detalles que habían sido un misterio para mí desde que huí de Mallaig y que siempre había tenido miedo de averiguar. Cosas sobre su pasado.

Padre no se transformó por primera vez en un avatar de la Diosa hasta que desató su furia en Rhum. Antes había alcanzado un estado intermedio, como este en el que, Dios me perdone, yo me encontraba. Una promesa de lobo en un cuerpo de hombre. Saboreó la hiel divina, transformó su espíritu, corrió por los montes, devoró presas, aulló junto a sus hermanos de manada a la luna… pero no liberó plenamente su animal interior hasta que no estuvo de regreso en la civilización.

Era casi una paradoja. La piel maldita que le había transmitido la maldición era un trofeo de caza. Un laurel que él mismo había arrancado a un hombre tras enfrentarse a él en el bosque y matarlo. Aquel hombre también formaba parte de la manada, pero ya era muy viejo. Iba a morir, y sabía que la dádiva de la Diosa no podía desperdiciarse. Tenía que pasar a nuevas manos. Por eso accedió a enfrentarse contra Padre en combate singular (¡el honor, siempre el honor!). Si Padre demostraba ser digno de ello, se transformaría en algo superior a lo humano. Podría vivir cientos de años,

correr libre por los confines del mundo, experimentar el placer extremo de ser el dueño y señor de la Creación…

Y lo fue. Fue digno de dejar atrás todo lo que hasta ese momento había sido parte de él. Lo que lo definía.

Nos dejó atrás a nosotros, su familia, para convertirse en un semidiós.

Y yo, pobre de mí, estaba a punto de entender (y hasta compartir) su punto de vista.

Yo …

Me detuve.

Sentí el peligro al mismo tiempo que las demás mujeres. Los cazadores se habían marchado y solo quedábamos nosotras en el poblado. Pero si algún agresor pensaba que eso suponía una desventaja, estaba muy equivocado.

Ayudé a reunir a los infantes y a meterlos en una de las guaridas grandes. Rápido, rápido, uno tras otro, tocándoles a todos las cabecitas, hasta que el poblado quedó desierto. El aire tenía un sabor dulzón, que me recordó a algunas de las sustancias que tal vez no debí ingerir aquella noche, cuando mi alma comulgó por primera vez con la Diosa.

Olía a *impasse*. A cuenta atrás. Algo estaba a punto de ocurrir, y ni siquiera en mis más atrevidos sueños habría podido imaginar qué.

¿Más asesinos de la ciudad? ¿Habrían logrado seguir a Padre hasta aquí sin que él se diese cuenta? Parecía improbable, pero los humanos ya habían demostrado en otras ocasiones ser muy astutos. Incluso usaban magias jóvenes, como la cartomancia de aquella bruja, Marquieza, para lograr sus siniestros fines.

Pero no. Lo más lógico sería esperar que.

«¿Los humanos? ¿Has dejado de contarte a ti misma entre ellos?» se tratase de algún otro habitante del bosque, un depredador.

«¡Despierta, Sabine, escapa de esta locura antes que te devore!» sin miedo a invadir el territorio de sus iguales.

Yo no tenía garras, ni dientes con los que competir con ninguna fiera, pero aún conservaba mi inteligencia. Y mis benditos pulgares. Agarré un palo del suelo y lo sostuve como una maza; ahora, si al menos tuviera un trozo de cuerda para atar una piedra al extremo…

Un objeto brillante fue lanzado con fuerza hacia el centro del poblado. No pudimos ver la mano que lo arrojó. Brillaba, brillaba por las llamas que lo recubrían.

Fuego, había fuego en nuestra casa. El proyectil se estrelló contra uno de los vivaques y su contenido se desparramó, convirtiendo el refugio en una tea ardiente.

Por fortuna no había nadie dentro, y estaba lejos de donde estábamos protegiendo a los cachorros.

Mostré los dientes en una mueca de desafío. Las mujeres aullaron, alertando a través del viento a los cazadores. En un plazo de tiempo muy breve estarían aquí. El crepitar del fuego lanzó chispas en todas direcciones. Los cachorros gimieron de espanto.

Corrí hacia la espesura, enarbolando la improvisada maza como si pudiera talar robles enteros con ella. Rebosaba cólera; no iba a permitir que ningún asesino hiciera daño a los cachorros.

El bosque me abrazó. Era tan tupido que ni siquiera me alcanzaba el resplandor del incendio. Recé porque las mujeres fuesen lo suficientemente listas como para acercarse a ese enemigo atávico, el fuego, y echarle agua o tierra por encima. Si había logrado arder a pesar de la humedad que absorbían los vivaques, y de los copos de nieve que los camuflaban, es que había sido preparado para ello. Para matarnos.

Me escondí tras un arbusto y agucé la vista. «Vamos, vamos, sal de donde estés. Solo quiero mirarte a los ojos, una sola vez, antes de…».

Lo vi.

Por la Diosa, allí estaba. Dejándose ver entre dos tilos. Era un hombre, aparentemente uno solo, y vestía como los tramperos. Llevaba un producto de su oscura tecnología en las manos, ¿cómo… cómo se llamaba? ¿Palo de fuego? ¿Por qué mi mente estaba tan espesa?

«Cuidado, cuidado, es peligroso. Ten mucho cuidado, cazadora. Tienes que ser más astuta que él, si quieres atraparlo y salir ilesa».

Se había dejado ver. Sabía que yo andaba cerca y quería que lo siguiese a la espesura. La parte racional que aún quedaba en mí me urgía a esperar a que vinieran los cazadores. Ellos tenían experiencia, podrían cercarlo y cogerlo entre todos. Así no habría peligro para una engendradora de vida, tan necesaria para la tribu. Espera, espéralos…

Pero no. Sentí crecer el fruto del odio en mi interior, aquel cuya semilla había plantado Padre cuando compartimos piel. Odio visceral hacia el hombre. Hacia su tecnología oscura. Hacia todo lo que su figura bípeda representaba.

Tenía que matarlo.

Dejé que la oscuridad me envolviera, que la sombra de los árboles me convirtiese en una grieta más en la mayólica de la foresta. Era muy patosa moviéndome, nada que ver con la gracia y la soltura de los licántropos, pero estaba dispuesta a aprender. Él me serviría. Se convertiría en la primera presa, un regalo para la tribu.

Moví arbustos, dejé huellas impresas en la nieve, quebré ramas y cometí todos los errores que hasta los infantes attacotti sabían cómo evitar. Pero me estaba acercando a mi enemigo, y eso era lo único que importaba.

Dilaté las fosas nasales. El mapa del viento seguía siendo un misterio para mí, pero intenté separar los aromas: lo que era del mundo vegetal por un lado, lo del animal por otro… ¡Maldita sea, qué difícil! ¿Por qué estábamos tan mal construidos los simios?

Dejé de ver al carnicero humano. Se escondió. Durante un rato pensé que lo había perdido, pero entonces vi algo que destacaba por sus colores entre los arbustos. ¡Ya lo tenía! Maldito humano simplón, que necesitaba de ropas y pieles de cadáveres para protegerse del frío…

Me acerqué de prisa, antes de que pudiera moverse; me daba igual hacer más ruido que un árbol centenario al caer de su trono. Solo quería que se estuviese quieto un simple instante más. Hice girar la maza cada vez más rápido, para que ella sola fuese cogiendo impulso. Partí una rama a menos de un metro de él; no me oyó, o tenía tanto miedo que no podía moverse.

Solté un alarido de rabia cuando descargué sobre él mi maza.

Lo que golpeé no estaba vivo, no sonó a carne blanda, sino a hojarasca embutida dentro de un abrigo de trampero.

No lo vi caer sobre mí, ni sentí dolor cuando me atacó. Pero alguien apagó súbitamente los colores del mundo y la tierra se levantó, poniéndose vertical hasta chocar contra mi cráneo.

2.

¿James, está la ventana de tu lado abierta? ¿Por qué hace tanto frío?

¿Está destapado el bebé?

Z de sueño…

Despegué la cabeza del manto de humus. Abrí… abrí los ojos lentamente. Mi pelo era una masa amorfa y unicelular que parecía la obra maestra de un orfebre, en lugar de una bonita melena de universitaria.

¿Qué había pasado?

No estaba desnuda. Alguien me había tapado con un abrigo de trampero que me llegaba hasta las rodillas, y gracias al Señor, estaba medianamente caliente. ¡Sí! Calor, calor, calor. Me abracé, frotándome con los brazos. Sangre en movimiento, arterias despejadas. Ahora lo siguiente era…

Miré alrededor. El bosque, claro. Y unos árboles que se veían desde el poblado de los attacotti, a menos de un kilómetro, cuya copa había aprendido a reconocer. Fuera quien fuese mi secuestrador, no me había llevado lejos.

¿Me escucharía Padre si gritaba pidiendo ayuda?

Un sonido a mi espalda. Alguien se acercaba. Volví la cabeza en todas direcciones, buscando algo con qué defenderme, y desenterré una piedra. Bien, eso bastaría por ahora. Una piedra bien lanzada podía abrirle el cráneo a cualquier hombre, y si no que se lo dijeran al bueno de Goliat.

Esperé a que se hiciera visible. Primero vi moverse las plantas, luego apareció un pie calzado en una bota. Después un fusil (¿de verdad lo llamé «palo de fuego» en una ocasión? Cristo, ¿qué me había hecho aquella gente?), y por último, un conejo muerto.

Una mano que lo sostenía. Una barba poblada más arriba, pelirroja, y unos ojos que…

Que…

Dejé de respirar.

De latir.

De existir, casi.

Sostuve la mirada de aquel hombre sin atreverme a preguntarle al universo si tal cosa podía ser cierta. Si los milagros ocurrían, aunque fueran tan frágiles como un sueño que se deshace en polvo en cuanto una abre los ojos. Si él también desaparecería en cuanto hiciese el menor movimiento, la más insignificante pregunta.

El trampero era Chris, Chris Laycock. El hombre que creí haber perdido hacía casi una década.

Se puso en cuclillas a mi lado. Olía a nepantis, pero a un nepantis falso, simulado de alguna manera con componentes que no eran los habituales. Por eso había eludido los agudos sentidos de los lobos: estos se saturaban del olor de la hiel de la Diosa durante la ceremonia, y cualquier nuevo registro que trajese el viento lo interpretaban como un espejismo. Un engaño de sus propias fosas nasales.

Alcé una mano, muy despacio. Le acaricié la barba, la mejilla y las sienes. Aquellos ojos… sí, era él. No había estado tan segura de nada en mi vida.

Chris dejó su presa, el conejo muerto, encima de una roca y me abrazó.

No sé si fue entonces cuando el mundo se hizo real de nuevo, o más tarde, en el instante en que nuestros labios se reencontraron tras un latido de ocho largos años. Soñé que hablaba con él, que le preguntaba cómo era posible semejante milagro. Y que Chris me respondía:

—Si de verdad es un milagro, no lo cuestiones. Acéptalo sin más.

—Yo… yo no sé si… —«Si podré aceptarte de nuevo», completaron mis ojos.

Todo mi cuerpo temblaba. ¿Seguía viendo espejismos? ¿Era el nepantis, que aún trastocaba mis sentidos? Tenía miedo de esa posibilidad, y de otras mil que pudieran atreverse a explicarlo racionalmente, pero aun así, mi mano no soltaba a aquella aparición; tenía miedo de que se hiciera insustancial de nuevo.

—Lo entiendo. Es demasiado improbable.

—¡Estás vivo! —No lo dije como una exclamación, ni como un grito de angustia. Simplemente constaté un hecho. Él seguía siendo material, no un fantasma—. Esto no… no puede estar pasando de verdad.

—Yo tampoco lo creía, cuando vi que te traían al poblado. Pensé en rescatarte el mismo día que te vi llegar, pero los attacotti tenían que relajar un poco la vigilancia. No podía acercarme con los machos cazadores cerca. Además, te estaban curando las heridas. Si te sacaba de allí demasiado rápido podrías haber muerto.

—¿Tú emitiste ese aullido? ¿Para alejarlos?

—He aprendido unos cuantos trucos en los últimos meses —sonrió. Uno de sus dientes se había partido y su piel lucía nuevas cicatrices. Todo mi mundo se vino abajo con aquella sonrisa. Las lágrimas amenazaban con salir como un torrente—. A ocultar mi olor con el extracto de nepantis, a identificar qué estímulos los hacen reaccionar más rápido… He estado tantas veces al borde de la muerte que empiezo a pensar que sí, que es un auténtico milagro que esté hablando contigo.

Lo abracé, vencida toda resistencia. El fantasma era carnal, un juego de espejos de carne y hueso. Su olor corporal, los sonidos de su corazón. Su aliento en mi cabello. El tacto de los dedos. La aspereza de la ropa. Dios, cuánto había anhelado (y a la vez temido) este momento. El siguiente capítulo en la historia de nuestras vidas, que llegaba ocho años tarde, cuando la ópera ya se había adentrado profundamente en otros actos.

—Quiero saberlo. Quiero saber… cómo es posible —susurré.

—Tuve que abandonarte después de la masacre de Mallaig porque tu padre me olfateó. Captó mi rastro, lo siguió hasta el muelle y mató a muchos hombres —explicó —. Cuando el barco al fin partió, vi cómo te alejabas en la bruma hacia Francia y me

alegré. Pensé en volver a contactar contigo muy rápido, en cuanto acorralásemos a Donovan en algún callejón y lo acribillásemos. Pero eso nunca sucedió. —Me devolvió la caricia. Dios, sus manos eran espantosamente frías, las de un auténtico trampero de los bosques, pero no me importó lo más mínimo—. Siguió persiguiéndome. Huí hacia el norte, aunque no antes de poner a Dulsie a salvo. Corrí en dirección a Escocia, siempre con el lobo pisándome los talones; quería vengarse de mí por algo. Por algo que le había robado.

«Mi virginidad», pensé. Lo que Padre necesitaba para completar el rito de la Diosa cuando me dejase preñada.

Y justo después: «Un momento, algo no encaja». Si Padre ya sabía que yo no era virgen, y por eso estaba persiguiendo a Chris, entonces… ¿por qué me rechazó durante la ceremonia del nepantis? ¿O es que no dependía de una condición física, sino de algo más espiritual?

Quizá fuera eso lo que olió Padre aquella noche, y por lo que se sintió rechazado: no mi condición de madre, sino el sentimiento de amor puro que aún ardía en mi corazón. Amor hacia una persona que había perdido hacía mucho tiempo. Podría ser que eso inhibiera de alguna manera los sortilegios sexuales del ritual.

—¿No tuviste ni una oportunidad de esquivarlo en todos esos meses? —pregunté en un hilo de voz.

Chris negó tristemente con la cabeza.

—Estuvo a punto de alcanzarme en varias ocasiones, pero por fortuna su atención estaba dividida en dos frentes. Por un lado me perseguía a mí, pero también estaba atento a alguien que le seguía los pasos. Deduje que se trataba de Tinker, y por una vez me alegré de la tenacidad del viejo. —Sonrió—. Cada vez que Tinker y sus hombres se quedaban atrás, el lobo se detenía para darles tiempo a reencontrar la pista, y eso me permitía alejarme un poco.

»Fue así durante semanas, saltando de valle en valle y de isla en isla, hasta que me topé con una antigua iglesia en la costa de North Ronaldsay. En los libros de tu padre había leído que allí se situaba un santuario vikingo[45]. Perdí unas horas valiosísimas desenterrando parte de él, apenas un atisbo de sus cimientos, mientras tu padre se acercaba. Aquel día me tuvo al alcance de sus garras —se estremeció—: Pudo verme de pie, en la arena de la playa, esperando a que un barco viniera a buscarme. Pero no vino a por mí. Yo sabía que algunas de las leyendas sobre los hombres lobo que venían recogidas en el *Organon Maleficarum* eran ciertas, aunque no las de la plata y la luna. Sí, por el contrario, las que los vinculaban a las magias ancestrales de la

Tierra. Sabía que si Donovan veía aquellos cimientos, no pararía hasta destruir el edificio cristiano que había encima y sacarlos de nuevo a la luz. Y así ocurrió. Huí en el barco mientras él descargaba inútilmente su ira sobre aquellas viejas piedras.

»Aquel día supe que tu padre jamás, bajo ninguna circunstancia, dejaría de perseguirme. Y que por eso no te volvería a ver. —Unas lágrimas nacieron en sus ojos. Lágrimas idénticas a las que desde hacía rato anegaban los míos—. No hasta que lo matase. Pero mi única posibilidad de acabar con una maldición tan antigua era acudir a su misma fuente, al país donde todos estos mitos nacieron. Así que arribé a Noruega y aprendí a sobrevivir en los bosques. Pasé años viviendo con los tramperos, cazando animales y moviéndome por los fiordos. Así fue como acabé encontrando a los attacotti, y también a los misioneros benedictinos, a quienes llegué a prestar ayuda en alguna ocasión.

—¡Tú eras el cazador de acento extranjero al que se refería Danniksen! —Comprendí, sorprendida de cómo estaba encajando todo. El miasma que anegaba mis pensamientos y que, supuse, había sido inducido por el nepantis, retrayéndome a un estado más primitivo de la existencia, desaparecía como por ensalmo de mi organismo. Otro prodigio, consecuencia de haber recuperado al amor de mi vida.

—Sí, me tropecé con ellos cuando regresaban de uno de sus viajes a los poblados saami. Hacía poco que los lobos habían atrapado en una emboscada a algunos tramperos y los habían masacrado. No quería que eso les ocurriese a ellos, así que les di unos cuantos consejos. Luego continué siguiendo el difícil rastro de los licántropos, para ver si descubría por fin su campamento.

—¿Acaso dejan rastros esos seres cuando se mueven? —pregunté, atónita.

—Sí, pero ni te imaginas lo sutil que llega a ser. En estos años he oído muchas historias sobre estas bestias. Cuentos que hasta los saami consideran leyendas, pero que me han ayudado mucho a entenderlos. Sé que tienen una deidad ancestral, tan antigua como el mundo, y que son adictos a una sustancia que les proporciona esa Diosa.

—El nepantis —dije, avergonzada por haberlo probado.

—Es lo que les da la fuerza, lo que les alarga la vida y los mantiene en contacto con el espíritu primario de la naturaleza. No pude acercarme ni una decena de kilómetros al poblado hasta que conseguí un poco de esa sustancia, y descubrí que recubriéndome con ella me volvía inmune a sus aguzados sentidos.

—Un momento —dudé—. ¿Cómo la conseguiste? ¡Es su secreto mejor guardado!

—Maté a uno —confesó, taciturno—. Un ejemplar joven. Lo acorralé en una cañada y logré cortarle la cabeza con un hacha. Su sangre… —Se miró los dedos— se

transformó en otra cosa en cuanto empezó a manar de su cuerpo. Al principio no supe qué era, pero luego me acordé de las anotaciones que tu padre había hecho en el libro, y me vino a la mente la linfa divina. De ahí a deducir que podía ser mi mayor ventaja contra ellos, solo había un paso.

—Has estado rondando el poblado desde que me trajeron. —Recuperé la idea en un lapso de claridad. Había datos que había almacenado sin comprenderlos del todo —. ¿Por qué no viniste a buscarme, si sabías que estaba viva? ¿Cuánto tiempo me han tenido prisionera?

—Dos semanas. Pero no creas que no intenté rescatarte. Mientras vigilaba el poblado vi que los cazadores habían traído una presa humana con vida (no te ofendas) de una de sus incursiones, un hecho muy, muy inusual. Y no te puedes ni imaginar la mezcla de sensaciones que me mantuvieron días enteros sin pegar ojo cuando descubrí que la prisionera eras tú. Elucubré durante el larguísimo ciclo del día eterno planes y más planes para sacarte de allí, pero hasta ayer no pude ponerlos en práctica. El aullido que oíste en la lejanía. Un pequeño conjuro de su magia secreta.

—¿El día eterno, dices? No sé lo que es eso. He visto pasar muchos ciclos de luz y oscuridad mientras estaba con ellos…

Christopher negó con la cabeza.

—No, era una ilusión provocada por la droga. He oído historias sobre astros ocultos en el firmamento que solo los hijos de la Diosa pueden ver, gracias al nepantis. Creo que lo que tú viste fueron esas constelaciones prohibidas, esas estrellas secretas a las que cantan los lobos por la noche.

—Oh…

Me abrazó. Sentí como que el peso del mundo se me venía encima, y a la vez que empezaba a flotar.

Cómo había echado de menos aquel contacto.

—Ahora que te he vuelto a encontrar, te acompañaré a la costa, de regreso a la civilización —susurró en mi oído—. No volveré a dejarte sola.

—¿Y Padre? A ti puede que no pueda localizarte, pero estoy segura de que podrá oler mi rastro a kilómetros. ¿Te queda suficiente linfa para…?

Chris sacudió negativamente la cabeza, antes de que terminara la frase.

—Usé casi todo lo que tenía para sacarte del poblado. Por eso me dejé ver, solo por ti, para que me siguieras. Pero me temo que si Donovan quiere encontrarnos ahora, poco podremos hacer. El nepantis que queda solo podrá protegernos a uno de los dos. —Alzó la vista al cielo—. Pero no será en este ciclo. Les he dejado el cadáver del lobo joven para que lo encuentren. Eso los irritará hasta extremos que no puedes

ni imaginar. Harán un ritual cuando salgan sus estrellas secretas, entrarán en frenesí, y entonces vendrán.

—Creo que eso… ya ha sucedido. Hace días que encontraron el cadáver, y yo… —«Participé en el ritual», no, por favor, no se lo digas—. ¿Vendrán todos, a por nosotros? —Tragué saliva.

—No lo creo. El honor es muy importante para ellos, y esto es una cuestión personal para tu padre. Vendrá solo, estoy seguro. —Suspiró—. A por mí.

Recliné la cabeza en su hombro. Mis propias estrellas escondidas estaban saliendo, daban vueltas y volvían a ponerse a toda prisa. Estrellas de amor, de júbilo, de ternura, de terror y angustia… Durante años soñé que si alguna vez volvía a encontrar a Chris, si la historia podía llegar a rescribirse de ese modo tan radical, con solo verlo, con estar cerca de él, todos mis miedos desaparecerían. Había vivido asustada todos aquellos años, haciéndome preguntas que nadie podía contestar: dónde estaba Padre, si aparecería una noche atravesando impunemente el atrapasueños de mi ventana… Si me perdonaría que no hubiera ido a buscarlo, o que hubiera formado mi propia familia a sus espaldas.

Familia. Era la palabra clave. Busqué los ojos de Chris y traté de decírselo todo mediante ese código silencioso. Contarle lo sucedido tras el dramático punto y aparte que supuso aquella isla.

Creo que él lo entendió.

—Tienes un hijo —dije, temblando—. Es precioso, y valiente, y se llama igual que tú. Mi primogénito.

Por su cara pasaron muchas expresiones. De algunas interpreté que ya lo sabía, que de algún modo lo había presentido mientras vagaba por los helados bosques esquivando a los depredadores. De otras, que había soñado miles de veces con tal posibilidad y en todas deseó estar a mi lado para protegerme, para cuidar de nosotros. Para honrar aquella promesa que James tuvo que cumplir por él, porque el mundo, este cruel mundo, dispuso así sus cartas.

Estuvimos callados, abrazados en silencio, con temor de dar el siguiente paso, como espectros que dudasen en todo momento de la realidad del otro.

El tiempo estaba en suspenso, y teníamos la sensación de que podíamos mantenerlo así por la mera fuerza de voluntad. Más tarde, cuando él me besó y yo le devolví todo el cariño que había acumulado durante años, cuando hicimos el amor sin que nos molestase el frío o la nieve, y todo acabó con un orgasmo que fue la continuación de aquel que habíamos vivido tan intensamente en el faro, no otro distinto… Cuando todo eso pasó, nos sentimos culpables. Porque nuestra propia

supervivencia estaba en juego, y habíamos perdido un tiempo precioso en la *arqueología* de nuestros cuerpos.

Pero mereció la pena. Fue el pensamiento que sobrevivió a todos los demás. Incluso al hecho de que dentro de muy poco, la muerte, en forma de avatar de la naturaleza, anotaría nuestros nombres en su inexorable lista.

3.

—Es todo lo que me queda de nepantis, me temo.

Chris me condujo a su refugio, una guarida no muy diferente a las que conformaban el poblado attacotti, construida bajo las raíces de un árbol que los corrimientos de tierra habían dejado al descubierto, y bien disimulada con hojas y ramas. Una vez allí, me enseñó una redoma que en otro tiempo podía haber contenido licor, pero que al destaparse dejó escapar un penetrante olor dulzón.

—Quiero que la guardes. Si llegamos a ese extremo, úntatelo directamente sobre la piel y huye. Ve en esa dirección. —Señaló unas montañas donde se veía claramente la huella cóncava de un glaciar—. Encontrarás el río en apenas cinco o seis jornadas. Síguelo hasta su desembocadura y estarás en Sygnefest.

Negué con la cabeza, rechazando las implicaciones de esas órdenes.

—No te dejaré.

—Puede que no tengas otra opción. Recuerda que ahora —su expresión se volvió tierna— tienes a alguien a quien cuidar.

Asentí, aunque la estimación de distancias de Chris no me parecía muy realista.

—Volamos durante mucho tiempo por los árboles y por encima de acantilados cuando me secuestró —recordé—. Me dio la impresión de que cruzamos países enteros. No es posible que la costa esté tan cerca.

—Lo está, lo que pasa es que lo que nosotros tardaríamos una semana en recorrer a pie, para esos seres es apenas cuestión de un par de horas. —Tomó aliento—. Ahora atiende bien a las instrucciones que voy a darte, porque solo vamos a tener una oportunidad, y hay que aprovecharla. ¿De acuerdo?

Asentí, nerviosa.

Chris desenvolvió un paño que contenía unos pedacitos de algo blanco y acabado en punta. Al principio no supe reconocer qué eran, pero unas gotas de sangre reseca que los manchaban por la parte ancha me dieron una pista.

Eran colmillos. Arrancados de la boca de algún animal… u hombre.

Chris me miró con severidad.

—Mis compañeros los arrancaron como trofeos de la boca de aquel lobezno, en el momento en que estaba revirtiendo a su forma humana. Entonces me pareció una barbaridad, pero ahora nos serán útiles.

—¿Qué pretendes hacer con esto?

—La principal regla de un cazador es que, pase lo que pase, debes ser tú quien controle la situación, no tu presa. El lugar, el momento, la forma de morir… todo debes elegirlo y prepararlo minuciosamente, porque desde el instante mismo en que le concedas potestad a la presa para cambiar algo, la perderás. —Señaló un ventisquero libre de árboles que coronaba, como una tonsura monacal, la cresta de una colina—. No podemos permitir que Donovan elija cómo y cuándo acercarse a nosotros, así que le pondremos un cebo. Hay que jugar con sus instintos, con su sed de sangre. Estos dientes servirán.

—Y cuando lo tengamos cerca, ¿qué harás? ¿Clavarle un hacha en el cuello? No te dejará acercarte tanto.

—Lo sé. Tu padre no es una cría de lobo. Es diez veces más fuerte que un hombre normal, y casi invulnerable; ninguna cuerda podría retenerlo el tiempo suficiente.

—Tú lo has dicho. Además, acuérdate de cómo intentaron abatirlo todos aquellos hombres en Saint Clemens, y no fue suficiente. —Señalé su arma, apoyada contra la pared del refugio—. ¿Crees que ese simple fusil de cazador podrá con él?

Chris me enseñó la munición del arma, bañada en un líquido ambarino.

—Lo que cambiará esta vez será el proyectil. A estas alturas, y a tenor de lo que he aprendido sobre esos seres, ya no sé de qué leyenda o superstición popular fiarme y de cuál no —rezongó—. Pero voy a hacer un último intento a la desesperada. He tratado de envenenar el nepantis, dado que la fisiología de los licántropos es tan sensible a sus efectos.

—¿Envenenarlo? ¿Cómo?

—Mezclando unas cuantas gotas con una aleación de plata y acónito, y fijándolo con polvo de tireleno para que no se evapore con la fricción. La fórmula no es mía, sino de los benedictinos. Al parecer, había antiguos soldados entre ellos.

—Soldados arrepentidos, imagino. —Me froté las sienes. Tenía una o dos arterias por ahí perdidas que estaban a punto de estallar—. Oh, Chris, ¿por qué no podemos marcharnos y ya está, poner medio mundo de distancia entre esta pesadilla y nosotros?

El pastor negó con la cabeza. Su barba onduló como si fuera un objeto aparte, cosido a su cara por pespuntes invisibles.

—¿Fugarnos como dos adolescentes enloquecidos por el amor?

Negué con la cabeza. Ese sueño era imposible, y ambos lo sabíamos. Además, mi verdadero amor eran mis hijos, y jamás los abandonaría. Ni siquiera por hacer realidad el sueño imposible de una vida junto a Chris.

—Sabes que nunca nos dejará en paz —continuó, librándome de la responsabilidad de explicar en voz alta por qué mis hijos eran más importantes que él —. Y lo que es peor, pasarás lo que te quede de vida montando guardia por las noches en el cuarto de los niños, temiendo que aparezca y se cobre su venganza. A mí, por lo menos, no me perdonará lo que les he hecho a algunos de sus hermanos de sangre. — Cogió el fusil—. Tenemos que trazar la línea aquí y ahora. Retarlo en combate y ganar, de modo que sus hermanos comprendan lo que ha pasado y lo respeten, para que no nos persigan. Su honor de tribu es nuestra única posibilidad de quedar exonerados de culpa.

Desvié la mirada. Sabía que estaba en lo cierto, por mucho que me doliera.

Hay veces en la vida en que no se puede retroceder más, en que ya no quedan puertos seguros a los que huir. Situaciones en las que, si deseas de verdad proteger a los tuyos de cualquier daño, tienes que trazar un surco en el suelo y decir: «Hasta aquí».

Aquella era una de esas ocasiones tan extremas. Y negarlo sería negar nuestra propia supervivencia.

Chris me rodeó con sus brazos. Cerré los ojos con fuerza, exprimiendo todas las sensaciones de ese contacto, un hiato entre realidad y fantasía.

Ojalá los eslabones de nuestra particular cadena no se hubieran roto con tan insultante facilidad.

—Te trata bien. —Era una pregunta.

No tuvo que explicarme a quién se refería.

—Es un marido maravilloso, y muy bueno con los niños. Se desvive porque todos estemos bien, a veces más de lo que debe. La verdad es que… estoy muy satisfecha con nuestra relación.

—Me alegro. Se le notaba que era un buen hombre cuando lo conocí en Mallaig. Y además sentía un afecto tremendamente puro hacia ti.

No me preguntó si me había enamorado de James con los años. Y yo lo agradecí. La respuesta, estaba claro, habría sido un «sí» rotundo, pero o bien Chris ya lo sabía y no necesitaba que se lo confirmase, o prefería seguir guardando una chispa de la duda sobre qué habría funcionado mejor: si la relación con el marido perfecto, James Buchanan, hombre fiel a su casa, su trabajo y su familia… o la loca aventura entre un

pastor presbiteriano y una muchachita inmadura que perdió a los dos hombres más importantes de su vida en una noche de truenos y relámpagos. Una muchacha que hasta ese momento había permanecido erizada de murallas, de defensas, de distancias… tratando de mantenerse a salvo de la sombra que medraba más allá de su ventana, y que había resultado ser su única aliada.

—Debes regresar junto a él —dijo Chris, y preparó su arma—. Tendrás una vida tranquila, te lo juro.

—Nuestra historia ha sido la más triste de todas, ¿verdad? —pregunté, dejando caer una lágrima que se cristalizó antes de tocar el suelo, donde se rompió con un tintineo.

Chris asintió como si mi frase no hubiera sido una simple reiteración. Y salió del refugio para matar a nuestro monstruo particular.

—La mitad de mi alma… —Fue lo único que dijo, el más precioso halago que me dedicó jamás, mientras se marchaba.

Permanecimos tumbados en el escondite durante al menos cuatro horas, en un lugar estratégico desde donde dominábamos el ventisquero. La quietud se había adueñado del paisaje. No había pájaros. No había animales. Nada se movía. A pesar de estar rodeados por una explosión de vida, parecía que habíamos descendido a un mausoleo a medio camino de los infiernos.

Lo que al principio fue un agradable lecho de hierba, con espacios libres de tallos que nos permitían apoyar la cabeza, con el tiempo fue convirtiéndose en una tortura de agujas que se colaban por las costuras de la ropa y de piedrecillas que se nos clavaban hasta el alma. Ya no sabía cómo ponerme: no había postura de las docenas que había probado que no me doliera. Mis piernas clamaban a gritos estirarse y corretear por la colina, y mi columna cargar un poco con el peso vertical del cuerpo.

Chris no estaba mejor, pero aguardaba, callado, sin apartar la mirada del ventisquero. Los dientes del licántropo seguían allí, bien a la vista, como un inquietante trofeo en espera de que alguien lo reclamase.

El tiempo pasaba, inexorable, tranquilo, como un verdugo con paciencia infinita para blandir el hacha sobre la cabeza del reo. Y con crueldad suficiente como para disfrutarlo.

Cada segundo caía sobre mi cabeza como una gota de ácido, carcomiéndome, atormentando el alma a la vez que la mente. Estuve a punto de proponerle a Chris que me dejase avanzar, llegar hasta el claro y hacer de cebo vivo (seguía manteniendo una levísima esperanza de que Padre no me atacase nada más verme, sino que se detuviera al menos un segundo para preguntarme por qué, por qué lo había traicionado de nuevo; el segundo que necesitaba Chris para afinar el tiro), pero mi amado estaba empeñado en que no nos separásemos.

Me había acostumbrado tanto al silencio que di un respingo cuando Chris comentó en susurros:

—El poder… es inconmensurable.

—¿Qué poder? —murmuré. Aunque estábamos pegados uno junto al otro, nos estaba costando oírnos.

—El de esas criaturas. El que les ha prestado una divinidad que, a diferencia de la nuestra, les demuestra su existencia de manera irrefutable todos los días. Es tentador adorar sin dudas, sin incertidumbres metafísicas. Adorar sobre pruebas fehacientes —elucubró—. Llevo meses preguntándome si tu padre es un espejo deformado de todos nosotros. De la vida y las tentaciones que habríamos llegado a abrazar si se nos hubiese presentado la oportunidad.

Enarqué una ceja. Había olvidado la facilidad que tenía Chris (¿no la tenían todos los pastores?) de subirse espontáneamente a ese púlpito mental tan suyo para hablar sobre temas trascendentes. Un púlpito que parecía una isla sobre la que venían a confluir media docena de ríos.

—Un espejo cuenta una historia, Chris, pero nunca la cuenta entera —opiné—. Que Padre lo haya hecho no significa que yo también hubiese sucumbido, solo por ser su hija. Quién sabe cómo habríamos reaccionado si… bueno, si la luna hubiese asomado en el momento justo de nuestras vidas.

—Creo que asomó, pero supimos interpretar de una forma cabal su mensaje. Por eso no somos nosotros quienes adoramos a una diosa pagana.

«Yo podría estar ahora mismo en aquel poblado, rindiendo pleitesía a ese maleficio que ni entiendo ni quiero entender», pensé, pero no se lo dije.

Escuché el viento. Me sonó como una cosa viva que olisqueara y lamiera la colina. Mis ojos, hipersensibles, daban la impresión de estar llenos de arena.

De repente, Chris se tensó. Mimeticé su movimiento, agachándome como un guepardo en la hierba alta.

—¡¿Qué pasa?! —Bom, bom, bom, mi corazón latiendo a mil pulsaciones por segundo.

Tardó en contestar.

—No estoy seguro. Me ha parecido ver algo.

Señaló con el cañón un punto indeterminado de la foresta, justo al borde del anillo de árboles. Pero por más que exploré el lugar con la vista, lentamente, tomándome mi tiempo, no distinguí nada. Solo vegetación. Y rocas.

Esperamos en completo silencio un rato más. No era la primera vez que un movimiento fortuito nos hacía dar un brinco. Pero en aquella ocasión era distinto. Había una sensación rara en el aire, como si los sentidos nos demostrasen de manera incontestable que estábamos solos, y aun así no nos lo creyéramos.

Chris estaba en lo cierto: ahí fuera había algo. Sentí lo mismo que cuando la comitiva de Tinker se aproximó a la misión, cuando los monjes aún no nos habían atacado pero, sin embargo, podíamos oler su trampa.

No se trataba de ver una silueta, o una sombra, sino de percibir una ausencia allí donde acababa de haber algo.

En ese momento, de una manera puramente fortuita, mis ojos se toparon con lo que estaban buscando.

El aliento se me congeló a medio camino de los pulmones.

Lo vi cuando se movió. De otra manera habría sido imposible. La cosa estaba perfectamente camuflada entre los arbustos, como un elemento indistinguible del paisaje, y un segundo después corría como un bisonte salvaje hacia nosotros, apartando todo lo que se interponía en su camino. Era como si una locomotora con la caldera a punto de reventar y las ruedas saliéndose de las vías se echase encima del testigo que la veía pasar.

Chris realizó un disparo, preciso, letal, con una frialdad acumulada de ocho años… pero los sentidos del lobo eran increíblemente finos y creo que le permitieron ver la bala, incluso en pleno vuelo. La esquivó limpiamente. Una nubecilla se levantó en la corteza de un tilo y el proyectil envenenado salió de la ecuación.

El lobo era todo colmillos, pelo y baba, todo ira desatada. Llegó hasta donde se parapetaba Christopher y le pasó por encima de un salto, aterrizando a su espalda. El pastor intentaba cargar frenéticamente el arma, pero en su cara se leía que habría una diferencia letal entre el tiempo que necesitaba para volver a estar preparado y apuntar y las oportunidades que iba a darle su adversario.

Padre giró en redondo dando un zarpazo. Las garras pasaron por encima de la cabeza de Chris, fallando por escasos centímetros, y destrozaron el tronco que había detrás. Un tilo joven se desplomó, cayendo sobre los árboles que lo circundaban con gran estrépito. Chris reculó, jadeando por la tensión, mientras sus manos volvían a

preparar el arma. En sus labios se leía la sombra de una plegaria.

No iba a poder apuntar, lo supe nada más ver la situación. Tenía que hacer algo o sería su fin.

Me levanté del suelo, agitando rabiosamente los brazos.

—¡Aquí, maldito seas, aquí! ¡Ven por mí si me quieres! —chillé.

La maniobra surtió su efecto, para mi desgracia: Padre se olvidó momentáneamente de Chris y me miró. El infierno ardía con todos y cada uno de sus pozos de condenación en aquellos ojos.

Luego saltó.

Sabía que si en algún momento había imaginado un combate largo entre él y nosotros, estaba equivocada. La refriega acabaría en segundos, lo más lógico cuando un titán se enfrenta a simples hormigas. Ni siquiera la redoma de nepantis que Chris había insistido en que guardara supondría la más mínima diferencia en el resultado final.

Padre corrió a cuatro patas, flexionó las de atrás y se impulsó volando casi a ras de suelo, acorralándome contra la roca que tenía detrás. Aparté la mirada de sus fauces: pasase lo que pasase, no quería ver cómo me sacaba las entrañas. No podría soportar, si es que en realidad existía la otra vida, que fuera la última imagen del mundo que mis ojos se llevasen.

—¡No, por piedad! —grité, apelando a lo poco de humano que pudiese haber en su interior, pero la furia que poseía a aquella cosa estaba más allá del raciocinio, más allá de la piedad. Ya no quedaba apenas nada de Padre en aquel monstruo: el odio ancestral que la Diosa imbuía en sus criaturas lo había arrastrado como una marea inexorable.

El lobo abrió la boca para arrancarme de un mordisco la cabeza…

… y una detonación sacudió el bosque.

Chris había vuelto a disparar.

El lobo se paralizó al sentir algo raro en la espalda. Una punzada. Un dolor venenoso, tal vez.

A pocos metros, Chris lo miraba con los ojos abiertos como platos, el fusil temblando en sus manos. Una pluma de humo se deshizo en la brisa.

Había acertado de lleno a Padre en la espalda.

Sin embargo, el efecto no fue el que esperábamos.

Padre no cayó, ni experimentó ningún dolor intenso y metafísico (relacionado más con la conexión espiritual del nepantis que con una reacción tóxica) que le impidiera moverse y a nosotros escapar. No. Aquella bala resultó ser tan inocua para él como el

famoso cuchillo de aleación de plata de Tinker, en el que el clérigo vanamente había puesto sus esperanzas.

Recordé haberme reído de él cuando me lo enseñó. Ahora habría dado mi brazo derecho porque tan solo una pequeña parte de aquella superstición fuera cierta.

Me empujó hacia la roca con un empellón que me habría fracturado los huesos de no haber tenido la suerte de encajarlo de lado. Mi brazo se convirtió en una región fría, un país muerto dibujado con burdos trazos en una esquina del mapamundi, pero no se rompió. Di una vuelta de campana por encima de la piedra.

Y hubo una explosión de sangre.

Por un momento pensé que era mía. Que el lobo había extendido sus garras para desgarrarme en plena voltereta, partiéndome en dos antes de que mis pies tocasen el suelo.

Pero no. Estaba ilesa, lo cual dejaba…

… solo una posibilidad.

—¡¡Chris!! —El nombre salió de mi garganta como un trozo de acero. Llegué a ver el final, solo el final, del movimiento del hombre lobo, de su embestida, pero me dijo lo suficiente para entender el desastre.

Vi el brazo del lobo al final de un arco que pasaba por el espacio que ocupaba el cráneo de mi amado.

Vi la cabeza de Chris siendo cercenada como un trozo de pan seco.

La contemplé mientras rodaba por el suelo, manchando de rojo la nieve y la mayor parte del mundo.

Vi los ojos de la bestia relampagueando tras cumplir su venganza, y volviéndose hacia mí en busca de más. Su rugido fue tan titánico que empujó unos grados hacia fuera la inclinación de los árboles.

Nada podía detener esa furia. No habría nada que la saciase hasta que no hubiera asesinado a la Creación entera.

Los ojos vacíos de Chris me miraban desde el suelo, donde habían caído junto al resto de la cabeza como un fardo ensangrentado. Me imploraban que huyese, que no fuera tan loca como él para enfrentarme al Diablo. Pero no podía. Unas cadenas de miedo ataban mis rodillas. Mi cerebro aún no había asimilado la muerte de Chris, y seguía teniéndolo en cuenta como un luchador más en aquella batalla, un campeón que vendría a salvarme en el último momento, como siempre pasaba en los cuentos. Mi paladín.

Padre se me acercó, lentamente. Su respiración le hacía vibrar las fosas nasales con bufidos huecos, de caballo.

Levanté una mano para intentar borrar aquella espantosa escena de la pizarra del mundo, como hacía cuando era niña y mis dibujos salían especialmente feos (siempre podía borrarlos y dejar en blanco la hoja, preparándola para recibir más sueños; eso era lo bueno de la fantasía), pero el lobo no desapareció. Mi voluntad no bastaba para poner las cosas en orden.

A punto de volverme loca de terror, me fijé en el pequeño objeto que sostenía en la mano, la misma mano con la que había tratado de borrar la pizarra.

Una redoma de licor.

«El nepantis», me susurró una vocecilla desde más allá de las corazas de pánico.

Lo hice sin pensar, de una manera tan automática que muchas veces, desde aquel trágico día, me he preguntado si realmente fui yo o una voluntad externa, un maestro de títeres que en ese crítico instante tomó el mando de mi cuerpo y lo obligó a hacer cosas a espaldas de mi cerebro.

Me quité el abrigo de trampero que me había dado Chris. Lo dejé caer sobre la nieve. Fuera cual fuese el hechizo que me protegía del mordisco del invierno mientras estaba con los attacotti, este regreso parcial a la civilización (al encontrar a otro ser humano capaz de usar un lenguaje coherente) lo había disipado. Así que en cuanto me quedé desnuda mi piel se volvió azul.

Padre se inclinó sobre mí. Mis brazos… mis benditas manos, que otro ser distinto controlaba…, habían derramado lo que quedaba del nepantis sobre mi pecho. Pero no todo. Apenas quedaba sangre de lobo en la redoma para proteger a una persona del olfato de los lobos.

Pero no era eso lo que yo quería.

Me metí todo el líquido restante en la boca, y lo dejé ahí, sin tragarlo.

La bestia me olfateó. Parecía complacida con mi gesto, como si yo misma me hubiese preparado para el sacrificio. Sus mandíbulas se separaron muy poco, lo justo para dejar salir una serpiente correosa y húmeda que podría haber pasado por una lengua.

Esa lengua se paseó por mis pechos, lamiendo el icor, apurando cada gota. Bañándome con la saliva del monstruo. Padre deseaba matarme, acabar de una vez con esto. Me había juzgado indigna en el poblado, y ahora que sabía que mi corazón pertenecería para siempre a aquel hombre muerto, y sobre todo a mis hijos, en su mente me había convertido en una simple humana más.

Y como tal, debía morir.

No sé por qué, pero mientras el monstruo anticipaba su festín, me vino a la mente el singular invento del viejo Buchanan, el padre, el hipnotizador. Él y su ciencia

arcana habían logrado sacarme una vez del cuerpo y hacerme volar como un espíritu encadenado a ciertos recuerdos. En aquella ocasión, los recuerdos tenían que ver con el primer asesinato de Padre, pero ahora…

… volé de nuevo, y sin necesidad de tecnomancia. Fui hacia atrás, al lejano día en que Padre estuvo a punto de cogernos in fraganti dentro de su despacho a Dulsie y a mí. ¡Pobre Dulsie, cuánto había sufrido por su castigo! Y yo, encerrada en aquel diminuto armario, espiando por la rendija de la puerta y sin poder hacer nada. Solo leer las páginas que había arrancado de aquel horrendo libro, el libro que cortaba, el libro que hería a quienes lo leían y vampirizaba su sangre.

Recordé lo que había leído sobre la maldición de la licantropía:

«Los hombres lobo pueden quitarse la piel que les ha prestado el Maligno durante breves periodos de tiempo, para descansar o para honrar fechas importantes para el paganismo. Colgarla deberán de árboles o clavos, y solo entonces mostrarán su verdadero rostro.

»Pero si alguien cogiese esas pieles y se las colocase sobre los hombros para sofocar el viento gélido, la maldición pasaría de su antiguo dueño a uno nuevo, y nunca más obtendría descanso».

El lobo terminó de lamer mis pechos y subió hasta mis labios. Gotas de nepantis los mojaban y sugerían la cercanía de un tesoro mayor: el volumen de líquido que mantenía sin tragar en mi boca.

Sus mandíbulas se separaron con un crujido, como si alguien estuviese partiendo leña para un fuego. Cascadas de baba se le precipitaban por los colmillos. La lengua forzó mis labios y se introdujo como una culebra dentro de mi boca. Era como tragarse una serpiente de cascabel, húmeda y fuliginosa. Después de lamer el icor, me aplastaría la cabeza como un huevo podrido.

«Por los dedos cortos, las cejas que se les unen y los cabellos que les nacen en la palma de la mano los conocerás. Y de la cruel servidumbre a las fuerzas de la noche solo los librarás hiriéndolos tres veces con una aguja en la frente, o arrancándoles de cuajo la lengua».

Apreté los párpados con fuerza… y mordí. Mordí como si me fuera la vida en ello. Mis dientes hallaron carne y se incrustaron en ella, seccionándola, amputándola, deshaciéndola en mares de sangre.

La serpiente de cascabel se retorció, y Padre sufrió una convulsión. Podría haber cerrado las mandíbulas por acto reflejo, triturándome la cabeza, pero no lo hizo: dio un salto hacia atrás, cayó de espaldas al suelo y su cuerpo se contorsionó en rabiosos espasmos.

El trozo de lengua que quedaba dentro de mi boca seguía moviéndose con vida propia. Lo escupí y le di un puntapié, mandándolo lejos, hacia unos matojos.

El gigantesco cuerpo del lobo aullaba, gritaba, gruñía, rugía, bramaba; se deshacía en monstruosos alaridos de dolor y arañaba troncos y piedras con las uñas, desmenuzándolos, destrozando el bosque a la par que se destrozaba su alma.

En una palabra: moría.

Por una vez, los libros de Padre habían tenido razón.

Pensé que todo acabaría ahí, con un híbrido de hombre y bestia muriendo en la nieve, pero los sortilegios de su Diosa aún me deparaban una última sorpresa: Cuando Padre dejó de moverse, y toda vida escapó por el agujero que había dejado su lengua…, al resto del cuerpo le ocurrió algo. Aparecieron grietas como de costuras rojas en su pelaje, y la piel se comprimió, separándose del cuerpo que había debajo.

Al cabo de unos instantes ya no era un solo ser, sino dos: la piel de lobo, que tenía el mismo aspecto que cuando la vi por primera vez, usada como saco para proteger los libros… y el humano que había debajo.

Un hombre desnudo, mayor, de piel pálida y barba bien cortada.

Mi padre.

EPÍLOGO

HIJA DE LOBOS.

Imagino que la sorpresa de los granjeros de Ardalsfj al ver salir una mujer medio desnuda del bosque tuvo que ser tremenda. Sobre todo la de aquellas familias cuyas casas estaban edificadas en la linde del río, a un corto tiro de piedra del bosque, que fueron las primeras en verme.

Debieron de pensar que me habían atacado unos bandidos, porque corrieron a socorrerme sacando de la nada mantas y agua caliente. Supongo que tendría un aspecto horrible. Luego me dijeron que parecía un muerto que caminase en vida, con la mirada perdida, las greñas de lo que quedaba de mi cabellera colgando sucias, los pechos transparentándose a través de los harapos, y la piel de color azul turquesa de lo cerca que había estado de congelarme.

Y para colmo, llena de lo que parecían obscenos tatuajes tribales a los que la lluvia no había logrado vencer.

Hoy, a la hora de escribir estas líneas para que Chris y sus hermanos puedan entender lo que ocurrió en aquellos oscuros años (o al menos que entiendan cómo lo viví yo), me resulta difícil precisar los rostros de aquellos amables campesinos. Lo único que recuerdo es que se trataba de gente muy rubia y con la piel extremadamente tersa, puede que como efecto de las bajísimas temperaturas. Y que casi todos los hombres llevaban barba y las mujeres cofia.

Sí que recuerdo su amabilidad, la forma como me trataron durante los días posteriores, hasta que el siguiente barco que hacía la ruta de los Países Bajos atracó en el puerto.

Una familia me permitió quedarme en su casa de Sygnefest en espera de ese barco. Aún hoy me carteo con ellos, y les mando regalos de vez en cuando, si la situación económica lo permite. Debió de ser un sacrificio compartir con una completa extraña

que ni siquiera hablaba su lengua sus escasas provisiones. Pescado, pescado y más pescado, eso fue todo lo que vi entonces, pero después de los días (¿o habían sido semanas?) que pasé en el poblado de los attacotti, me pareció el manjar más exquisito del mundo.

La gente me hizo preguntas. Muchísimas. Había unos emigrantes que hablaban algo de francés y ejercieron de intérpretes. A través de su boca les expliqué que me había perdido en el bosque cuando la caravana de misioneros con la que viajaba fue atacada, y que había pasado días vagando por la foresta y malviviendo de los frutos que encontraba, intentando regresar al valle. Nada de eso era mentira, pero no era sino una mínima parte de la verdad.

No sé por qué omití contarles lo del poblado. Al principio me daba miedo que me tomaran por una loca, que alguien con autoridad decidiese que el hielo me había congelado la cabeza y solo decía barbaridades. Pero luego me di cuenta de que aquella gente estaba más que habituada a los misterios del Norte, a las antiguas magias que aún permeaban la tierra en esas latitudes, y seguramente se lo habrían tomado en serio.

Pero ¿por qué preocuparlos? ¿Qué sentido tenía añadir más terror a sus vidas contándoles que lejos de allí, en la palpitante masa de la foresta, en esa entidad viva e ilimitada cuya canción había escuchado tan de cerca, había un pueblo de seres antediluvianos?

Era mejor guardar silencio, dejar para mí y para las pesadillas que seguramente me acompañarían el resto de mi vida las conclusiones. En el fondo no creía que los lobos fueran a abandonar su mundo perfecto para viajar al sur en busca de presas. Ellos ya estaban en el paraíso, así que… ¿por qué arriesgarse? ¿Para vengarse del género humano por sus crímenes contra la naturaleza?

Sí, ahí se escondía el secreto de su odio. Durante mi cautiverio me pregunté muchas veces por qué. Por qué tanto odio hacia el ser humano, de dónde venía esa enemistad atávica entre ambas especies; esa guerra secreta que probablemente se habría estado cobrando víctimas desde hacía milenios.

Pero al volver a la civilización lo comprendí.

Fue en el momento de ver atracar el barco que me llevaría de vuelta a casa. En el muelle habían colocado los restos ya procesados de aquel cachalote que vi descuartizar: la carne, el espinazo, todo lo aprovechable del gigantesco cuerpo, bien ordenado y separado en categorías para que quien lo tuviera a bien lo aprovechase.

En unos barriles habían almacenado el tesoro más valioso, los quintales de aceite que drenaron de su cabeza. Uno de ellos ardía desde hacía horas para quemar lo que

los pescadores llamaban *nurkla*, el poso de aceite no aprovechable que se había mezclado con la sangre del animal.

Contemplé largo rato ese fuego, pensativa. Y di con la solución.

Los lobos eran los hijos perfectos de la Tierra, el espíritu ancestral que había visto nacer a todas las especies animales y vegetales en los comienzos del mundo. Un espíritu cuya canción el ser humano había olvidado hacía siglos, pero que aún seguía entonándose allá donde nuestra civilización no enterraba sus podridas pezuñas. En los bosques, en las praderas, en los desiertos, en las altas montañas y en los vastos océanos… En cualquier territorio virgen donde las cosas siguiesen siendo como antes. Lugares donde tal vez habitaran criaturas que habrían descubierto cómo adorar a la Madre ancestral, y la idolatrasen en altares con forma de úteros femeninos.

Los lobos odiaban todo lo que sonase a civilización, no a ser humano. Y desde luego que no tenían nada absolutamente que ver ni con Satán ni con la religión cristiana ni con ninguna otra.

Como los últimos guardianes de la Tierra, podrían llegar a perdonar al hombre si este volvía a sus raíces y dejaba de sacrificar la naturaleza por sus ambiciones de conquista. Hasta que esto no sucediera, comprendí, los lobos seguirían siendo la cima de la cadena alimentaria. Y nosotros estaríamos por debajo.

Mucha gente me preguntó en aquellos días si el único objeto que me había traído del bosque tenía algo que ver con la tragedia de la misión. Y se cuestionaron, también, por qué no lo había usado para calentarme en vez de llevarlo colgado del brazo y exponerme a morir de frío.

Se referían a aquella raída piel de lobo.

No tengo recuerdos de haberla estado cargando durante el trayecto hacia la civilización, mientras vagaba como un fantasma entre los árboles. Me vienen imágenes fugaces, eso sí, de una especie de largo sueño en el que volví a ser niña otra vez, y le tendí la mano a Padre para que me guiase fuera de aquel lugar tenebroso.

Sostuve su mano durante horas, durante días, sintiendo el calor y la sensación de seguridad que me transmitía. Padre me acompañó durante todo el trayecto río abajo, estuvo allí mientras yo desfallecía y suplicaba por una muerte rápida e indolora. Me dio ánimos, me calentó y me hizo sacar fuerzas de la nada para seguir andando. Un

kilómetro más, y después otro, y cien últimos esfuerzos después.

Hasta que por fin la pesadilla acabó. Y cuando miré la mano que había estado sosteniendo todo aquel tiempo…

… no era más que una vieja piel de lobo.

Contuve las lágrimas al revivir el miedo y la sangre que habían teñido sus últimos días a mi lado. Yo misma había matado a Padre, ¿liberándolo de una maldición? No, cada vez me parecía más absurda esa idea. Él había descubierto su paraíso, su tierra prometida de libertad extrema y pureza, y Christopher y yo se lo habíamos arrebatado.

Durante años he estado convenciéndome a mí misma de que en realidad le hice un favor, pero ni siquiera ahora, que mis hijos son mayores y me han dado nietos y siento próxima la muerte, estoy segura de que eso sea cierto.

Recuerdo estar de pie en aquel muelle de Sygnefest, con la piel que se había desprendido del cuerpo de Padre envuelta en un hatillo. Sin saber si quería conservarla como el último recuerdo que tenía de él o no. Volví la vista atrás, con lágrimas en los ojos, hacia el denso bosque nevado, e intenté localizar un pico entre todos los que rozaban el fiordo.

Una montaña concreta, en la que tal vez una chica solitaria hubiese excavado una tumba para su amado, la hubiese marcado con una cruz de madera y, recordando el poco latín que había aprendido durante su lejana infancia de libros y misterios, hubiese tallado en su superficie la siguiente leyenda:

DIMIDIUM ANIMAE MEAE.

La mitad de mi alma.

El barco llegó. Y cuál fue mi sorpresa cuando vi a otros extranjeros llegar corriendo al muelle para que no se les escapase. No sé dónde habrían podido esconderse durante aquellos últimos días, pero en el fondo tampoco me sorprendió ver a Montage Kegan llevando a un anciano a su lado, el pastor Tobías Tinker, cada uno con sus propias muletas. Ellos también se sorprendieron muchísimo al descubrirme allí (y al ver mis tatuajes), ya que no esperaban que hubiese sobrevivido.

Pero no exigieron nada de mí. Ni que los acompañase, ni que los ayudara a explicar a las autoridades lo que había pasado, ni siquiera que hablase con ellos en lo que quedaba de viaje. Kegan estaba dispuesto a olvidar todo lo sucedido en los últimos meses, haciendo tábula rasa de su vida y de su fe.

Y Tinker, por su parte, no estaba en condiciones de juzgar a nadie. Había quedado reducido a un anciano babeante, sin el menor rastro de cordura en sus ojos; un pobre

hombre obsesionado que había visto demasiado cerca al Mal y no había podido soportarlo.

Los dejé en paz. Ambos habían sufrido bastante, como yo, y tenían el mismo derecho a poner en orden lo que quedaba de su existencia.

Mi último pensamiento antes de subir al barco fue para aquella raída piel. La contemplé a la lumbre del aceite que ardía en el barril de los balleneros. Y me descubrí enfrentándome al mayor dilema de mi vida.

Sabía por qué no me la había echado sobre los hombros durante los días en que estuve perdida, a pesar de que era mi único abrigo. Si lo hubiese hecho, el hálito de Gea habría venido a por mí. Me habría susurrado al oído con cantos de esperanza, de libertad absoluta, de frenesí salvaje y vida (quizá) eterna. Era la mayor tentación a la que podía enfrentarse un ser humano. ¿Vivir eternamente libre, corriendo por los confines del mundo como un animal, o regresar a la civilización, a las ataduras, a las reglas, a los lugares que ya conocía y se me antojaban terriblemente vacíos?

Padre se había enfrentado años atrás a ese mismo dilema, y tomó una decisión. En aquel momento, me vi abocada al mismo dilema. Al mismo callejón sin salida.

Pero yo no era Padre. Era una persona independiente, con voz y voluntad propias, y sabía que el mundo no era tan simple como esa decisión. No todo eran blancos y negros absolutos. Había matices.

Miré al bosque. Si lo dejaba atrás en ese momento, ya no regresaría jamás. No habría una oportunidad para arrepentirme. Gea me estaba llamando. Aún podía oír su canción. «Ven. Entrégate a tu destino. Corre libre por siempre jamás, y despreocúpate de todo lo que ha significado tu vida hasta ahora. Ven y ámame, porque nosotros te amamos a ti».

El hechizo era embriagador. Sentía el corazón galopando como una yegua desbocada. Ellos estaban allí, esperándome, y aún me acogerían con los brazos abiertos, como una más de la manada, si se lo pedía. La naturaleza entraría en mí y yo en ella, y nada sería como antes.

La libertad.

Absoluta.

Sin condiciones.

Sin cortapisas.

Sin engaños.

Tan solo libertad.

Mis lágrimas mancharon la piel. No, no era tan simple. En contraposición a la canción de Gea oí otras vocecitas lejanas que también me estaban llamando. Llegaban

de lejos, del otro extremo de un continente.

Vi los ojos profundos y sinceros de Chris. La danza alegre con la que Clöe saludaba siempre el nuevo día. La forma de jugar de René y cómo engañaba con su picaresca a sus hermanos para que hicieran lo que él quería. Y sobre todas las cosas, la carita sonrosada del bebé, Charlotte, capaz de pronunciar mi nombre sin un solo sonido, solo con su mirada. Con su amor.

Con decisión, arrojé la piel de lobo al fuego.

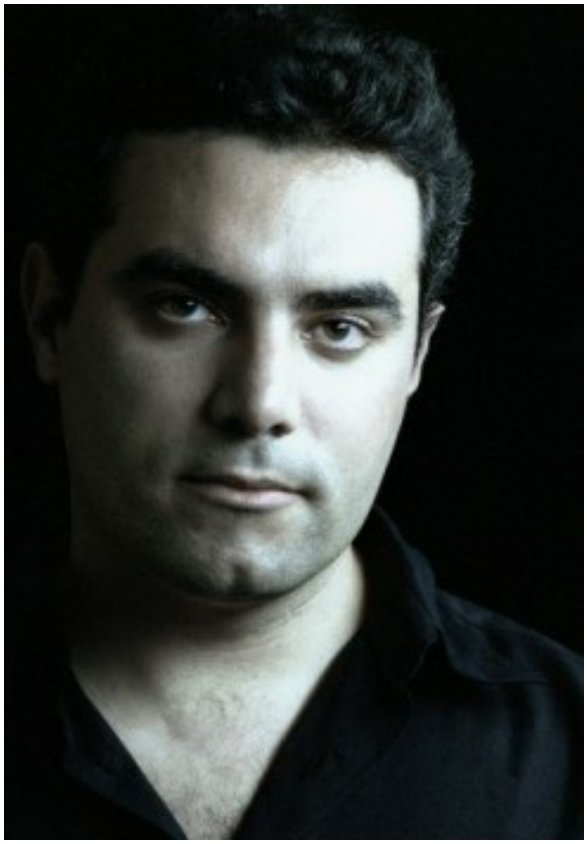
NOTA FINAL

Como habrán podido comprobar, el hombre lobo europeo del Medievo estaba estrechamente ligado a la mitología cristiana, sobre todo porque la gran mayoría de las leyendas que circulan sobre él proceden de Francia y Alemania. Inglaterra, al haber erradicado las manadas de lobos en tiempos de los reyes sajones, no sufrió tanto el castigo de estos depredadores, por lo que las islas son escasas en folclore de licántropos.

De todos modos, antes de que el cristianismo se extendiera por los países del Norte y transformase a su conveniencia los mitos noruegos y escandinavos, se escribieron muchas sagas que hablaban de los *eigi einhamir*, los hombres «con más de una piel», paganismo centrado no ya en la figura del lobo sino en la del oso, animal totémico para los vikingos. Es lógico suponer que el folclore europeo canibalizó todas estas leyendas nórdicas, así como las que se filtraban de Oriente a través de las mitologías griega y egipcia, para formar su propio batiburrillo de supersticiones donde la potencia instigadora era, cómo no, Satanás.

Los escritos que hablaban de las tribus que habitaban en lo más profundo y oscuro de los bosques, y que veneraban con sus rituales a las poderosas magias de antaño y sus animales totémicos (el lobo, el oso), se han perdido.

Hoy en día sigue habiendo casos documentados de viajeros que se han acercado al Subcírculo Polar, en los densos bosques de Laponia o Finnmark, y han encontrado huellas de asentamientos de tipo prehistórico con hogueras aún calientes, y marcas en los troncos de garras que no pertenecen a ningún animal conocido.



VÍCTOR CONDE, en realidad llamado Alfredo Moreno Santana, nació en Santa Cruz de Tenerife en 1973.

Comenzó a estudiar psicología, pero abandonó la carrera desilusionado y se pasó a Imagen y Sonido. Realizó algunos trabajos dentro del mundo del cine. En la actualidad trabaja como programador de sistemas. Su trabajo como guionista le permitió profundizar en la estructura de la trama de sus futuras novelas. De hecho, *El tercer nombre del emperador* surge por su interés de convertir en novela una idea irrealizable en el cine.

Prolífico autor de ciencia ficción, literatura fantástica, terror y juvenil; un auténtico todo terreno, ya sea en la literatura de género, ya en la literatura a secas, sin más etiquetas, con una voz sumamente personal y un talento innegable para conjurar imágenes poderosas. En 2010 ganó el premio Internacional Minotauro de literatura fantástica, del que había quedado finalista en dos ocasiones (2004 con *Mystes* y 2005 con *El teatro secreto*). Al año siguiente gana el premio Ignotus por su novela *Crónicas del Multiverso*, del que había sido finalista en 2009 (*Albedo cero*). También fue finalista del Premio UPC (mención de aprecio, 2007) de novela corta por *Mercaderes del tiempo*. Sus novelas *Naturaleza muerta* y *Crónicas del Multiverso*,

contaron con el favor de crítica y público, tendencia que consolidó definitivamente con *Heraldos de la luz*, con la que inauguró la trilogía de los *Heraldos*, su proyecto más ambicioso dentro del campo de la narrativa fantástica orientada al público juvenil.

Su temática es una mezcla de aventura a caballo entre lo fantástico y la ciencia ficción. Un tipo de *Space Opera* que consigue sobresalir por encima de la intrascendencia de las aventuras espaciales, al estilo de Dan Simmons, uno de sus autores de referencia. Su serie más conocida, la saga de *Piscis*, está protagonizada por una mujer creada genéticamente, una guerrero que viaja a bordo de su nave espacial. Se trata de un conjunto de novelas y relatos donde predomina la acción y la diversión.

Actualmente, además de dedicarse a la literatura, trabaja como guionista, tanto para el cine como para la pequeña pantalla. Es miembro de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.

Notas

[1] «Hombre que transita de estados, prisionero de dos pieles», era la fórmula común noruega de nombrar a las personas que caían bajo la posesión animal. <<

[2] *Hamr*: La segunda forma adoptada por el cambiante, que recibe automáticamente el mismo nombre de pila bautismal que la original, pues participa de su naturaleza medio humana. <<

[3] *Varga mor*: Gnomo o hechicero lobo que embrujaba los bosques nórdicos. <<

[4] Se refiere a Tobías Cailord Tinker (1766-1834), un presbítero del consistorio de las islas Skye que acabó su vida de forma un tanto insólita: después de predicar en contra de los seres mágicos de las leyendas populares, aduciendo que su presencia en los libros pervertía las mentes infantiles, se disfrazó de hada y se colgó de un árbol por los pies mientras cantaba el himno a los fundadores de la Iglesia, hasta que la accidental rotura de la cuerda dio con su cráneo en las piedras que había debajo. <<

[5] El *labyrinththodon*, un ser legendario cuyas huellas fueron confundidas con las de un animal prehistórico, está en la lista de seres cuya existencia se presupone en la Europa de antes del Diluvio Universal. Lord Byron lo incluyó en su listado de «locuras célebres» de los duques de Italia, en cuya corte llegó a presentar pruebas de su existencia. <<

[6] Tautología que proviene de la expresión nórdica *loup-gar-wolf*: lobo-hombre-lobo. <<

[7] *Agrícola, diálogo sobre los oradores*, alrededor del 110 d. C., donde se cita por primera vez a los *berserker* (pronúnciese con acento en la última «e») nórdicos. <<

[8] *HDL, Libro XVI*, estudio sobre las sagas Aigla y Vatnsdal. Latinización de Herminio. <<

[9] Johannes von Kaysersberg (1445-1510), en su controvertido sermón del día de Cuaresma de 1508. <<

[10] Un epítome de este relato puede encontrarse en *Saxo Grammaticus VII: Tantam illis rabiem sive saevitia ingenii sive furiarum ferocitas inspirabat*. <<

[11] *Hume*: Con este nombre se conocía el bebedizo que preparaban las curanderas de la región de La Rondelle, junto a Champigni, para limpiar el alma de impurezas. Por extensión, el calificativo se aplicó a la estirpe de mujeres que podían soñar con el futuro el día antes de dar a luz trillizos, y que eran especialmente sensibles a la proximidad del otro mundo. <<

[12] Fosa de junéas: Fosa común destinada a la gente humilde, que financiaba el concilio de presbíteros con dinero de las recaudaciones. Se las reconocía porque en lugar de lápidas de piedra o madera se plantaban buganvillas en la cabecera. Algunos escribían a mano los nombres de los fallecidos en la tierra, pero estaba prohibido dejar una huella permanente. <<

[13] Los traductores de las tablillas hebreas en las que aparecía escrito el nombre de Dios se encontraron con un grupo de consonantes, YHWH, que no sabían cómo pronunciar. Erróneamente, vocalizaron esas consonantes con las vocales de la palabra Adonai, que no era sino un recordatorio para que el nombre de Dios no se pronunciara. Los estudios demuestran que las formas fonéticas Yahú y Yaó eran habituales para pronunciar esta palabra. <<

[14] Vatelianos: Fuerza policial de la época. Se llamaban así en honor al jurista suizo Emmerich de Vattel, cuyo *Droit de Gens* está considerado como una de las biblias del Derecho, aunque no deja de ser una popularización del *Ius Gentium* de Christian Wolf. <<

[15] Virgilio: *Moerim, saepe animas here imis excire sepulchris, atque satas alio vidi traducere meses*. <<

[16] Licaón, rey de Arcadia. Según distintas versiones del mito, el civilizador de Arcadia instauró el culto a Zeus Licio mediante la homofagia (Ovidio —43 a. C.-17 d. C. y Pausanias, siglo II d. C.). El rey de los dioses, ofendido por semejante práctica, visitó disfrazado a Licaón, quien intentó engañarlo sirviéndole un plato de carne humana. Como castigo, Zeus lo convirtió en lobo y lo condenó a vagar por la tierra presa de un hambre eterna. <<

[17] La descripción de tales prácticas se recoge en algunos códices celosamente guardados en monasterios de Escocia, y en bibliotecas sacras como las de Elgin, Achallader o Invergeldie. <<

[18] *Diálogo sobre las mareas* (1624), que solo obtuvo la licencia de los censores de la Iglesia católica de Roma cuando cambió su nombre a *Diálogo sobre los sistemas máximos*. <<

[19] *Almagesto* o *al-Majisti* («obra magna») de Tolomeo, en la que se plantea por primera vez una teoría geométrica para explicar los movimientos y posiciones aparentes de los planetas. <<

[20] Corriente científica desarrollada en el siglo XVII que estudiaba los humores del organismo, las transmisiones de influencia química y eléctrica de una región a otra del cuerpo según los diferentes tonos de color de la sangre. <<

[21] Autores del manual de cabecera para los inquisidores católicos, uno de los libros más crueles jamás escritos, que defiende el exterminio de cualquier mujer acusada de brujería sin preocuparse de valores morales, piadosos o de derramamiento de sangre, pues tan solo la sospecha de su pertenencia a este grupo ya pone en peligro la fe católica. <<

[22] Cambises: En una de sus acepciones menos conocidas, comerciante renombrado que dirigió uno de los puertos púnicos de Cartago. <<

[23] Autor de una traducción del *Heimskringla* de Snorri Sturluson, un conjunto de sagas escritas en Islandia alrededor del 1225, también conocida como *Crónica de los reyes del norte*. Esta traducción desató una oleada patriótica a lo largo y ancho de Noruega, ola que pudo inspirar al clérigo del siglo XVII Petter Dass para escribir *La trompeta de Nordland*, un extenso poema topográfico que describe los paisajes del norte del país. <<

[24] Según se expone en los ensayos de René Descartes, *Dióptrica, Geometría* y *Meteoros* (1637). <<

[25] Sabine Baring-Gould, *El libro de los hombres lobo*, capítulo VIII, título IV, bajo cita de Gibbon. <<

[26] Pschent: Doble corona distintiva de los faraones del Egipto unificado. <<

[27] Libro fundamental del credo de la Orden de Isis Urania, escrito hacia 1616 por el venerable Lambert Kitten. Según la leyenda, Kitten utilizó su sangre para escribir los quinientos versos de los que consta el libro con una tinta imperecedera, mas no debería temer mal alguno porque Dios lo protegería sustituyendo la sangre de sus venas con maná. Murió pocos días después. <<

[28] Mudra: Gestos de canalización de energía practicados en algunas formas de yoga. También se conocen como mudras las posiciones de los dedos de ciertas estatuas cristianas, con dos dedos alzados y los otros cogidos con el pulgar, ideadas para representar bendición o buenaventura. <<

[29] *DIES IRAE*: El día de la cólera. La secuencia latina que se recita en las misas de difuntos comienza con estas palabras. <<

[30] Según un antiguo cuento de Borgoña, un alquimista creyó que la plata podría ser anatema para los licántropos porque era del color de la luna llena, y esta parecía ser el faro astrológico que gobernaba sus instintos. Se fabricó una espada hecha de plata y salió una noche a cazar a una de esas bestias, pero cuando la golpeó en el cuello, el endeble metal se dobló como papel. No se volvió a saber nada de aquel valiente alquimista. <<

[31] Según algunas tradiciones de pueblos europeos y asiáticos, la forma de llamar a los hombres lobo compartía una etimología similar: La palabra danesa *var-ulf* significa «hombre bestia» e «impío». La gótica es *vaira-ulf*, o simplemente *vaira*, y en algunos ritos se usa como orden *formulaica* para mantener alejado al demonio. *Vargr* es el inglés *were* (de *were wolf*). En el Romans de Garin, leemos «Leu warou, sanglante beste». *Wearg* es una derivación que significa «malvado», y el gótico *vargs*, «mal espíritu». Las antiguas leyes normandas sentenciaban a los reos de determinados delitos de sangre *Wargus est!*, «¡Sé un forajido!». En Asia encontramos emparentado el sánscrito *carmma* con el indostaní *câm* (pellejo), *camra* (cuero), el persa *gamê* (disfraz), e incluso el italiano oriental *camicia*. <<

[32] En muchos cuadros del gótico y el barroco, sobre todo en los que tratan las variantes de Adán y Eva en el jardín del Edén y la expulsión del Paraíso terrenal, Yavhé es representado sobre un risco en forma de águila o de cabra montesa, en segundo plano, vigilando lo que ocurre en sus dominios con ojo sagaz. <<

[33] Matriarca y líder espiritual. En ciertas acepciones peyorativas, bruja. <<

[34] Mar de los Sargazos: Región única del Atlántico Norte que está delimitada por corrientes oceánicas en lugar de por tierras. <<

[35] Nombre por el que también se conoce a la Comédie Française, el primer teatro nacional de Francia, sito en el primer *arrondissement* de París. <<

[36] Caspar Peucer, *Commentarius de Praecipuis Divinationum Generibus*, 1591, pág. 169. <<

[37] Naida: Especie de vivaque de los tramperos y buscadores de oro, construido con ramas, hojas, piedras y otros elementos naturales. <<

[38] Ave exótica procedente de Australia, de aproximadamente catorce centímetros de longitud y con colores llamativos. <<

[39] Desorden del pensamiento por el cual la persona cree convertirse en un cánido de fiero aspecto y de carácter violento. Del mismo modo que la «licantropía» se refiere a los lobos, la «kuantropía» es relativa a los perros y la «boantropía» a las vacas. <<

[40] Aunque hay mucha controversia al respecto, se piensa que los gitanos proceden de una serie de castas repudiadas que salieron del noroeste de la India en oleadas, a principios del siglo V. <<

[41] Cada uno de los jueces del Areópago, tribunal superior de la antigua Atenas bajo la gracia del dios Ares. <<

[42] Existe una variante a esta historia en el Deuteronomio, el quinto libro del Antiguo Testamento, tras la exhortación de Shemá. Según este relato, posiblemente apócrifo, durante el reinado de Josías, en Judá, se presentó en la casa del señor un hombre oscuro que portaba un báculo. El hombre exigió ser alimentado antes de continuar su viaje, y el rey accedió, ofreciéndole los más apetitosos manjares. Pero al olerlos y descubrir que no incluían carne humana, el extranjero se puso hecho una furia. El rey ordenó a sus soldados que lo echaran del palacio y de sus tierras a punta de lanza. Esa noche se oyó un aullido de chacal (lobo, en algunas versiones latinizadas) en la distancia. De la copa que el extranjero dejó caer al suelo al oler su plato manó nepantis. <<

[43] Jacques de Vaucanson, relojero y constructor de autómatas nacido en 1709, realizó algunos de los más impresionantes trabajos en automatización de su tiempo. Llegó a fabricar un animal mecánico, el *canard digèrateur*, capaz, en teoría, de hacer la digestión. <<

[44] Según antiguas tradiciones, esta planta descrita podría ser el marrubio o el capullo de ulano. Se pueden preparar bebedizos a partir de estas hierbas y de otras como la raíz de mandrágora en aceite, el arrayán o el ajenjo, pero los entendidos del siglo XIX lo desaconsejaban por peligroso. <<

[45] Este santuario podría haber estado situado en el límite de lo que hoy en día es la bahía de Dennis Head. <<